

The logo for 'tantamount' features a stylized white 't' icon followed by the word 'tantamount' in a lowercase, sans-serif font. The background of the entire cover is a close-up photograph of a golden, cracked mask with intricate scrollwork and a small bell hanging from a cord.

Viajes para mitómanos

20 rutas
europeas

Alonso Ibarrola

Viajes para mitómanos

20 rutas europeas

Alonso Ibarrola

© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Edita: Tantamount Ltd.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

Introducción

Italia mía

Piamonte: los caminos secretos

Venecia: una ciudad de leyendas

Parma: por tierras de Verdi

Floencia: una ciudad con vistas

Roma: recordando a Cesare Zavattini

Nápoles: canciones y milagros

Abruzzo: al otro lado de los Apeninos

Sicilia: la aventura de vivir

Cerdeña: sortilegio y bandoleros

La ruta de "El Código da Vinci"

A la búsqueda de Marcel Proust

Tras las huellas de Paul Gauguin

La vuelta al "pequeño mundo" de Julio Verne

Normandía: Día D-Hora H

En el país de los cátaros

Provenza: de Aix a Arles

Loira Atlántico: de Le Mans al Océano

Sur de Inglaterra: el círculo mágico

Viena: tras las huellas de "El tercer hombre"

Introducción

No estoy de acuerdo con aquellos que sostienen que el fetichismo literario y la mitomanía conducen inevitablemente a la decepción. Mi pasión por la literatura y el cine han provocado siempre en mí el deseo incontrolado de conocer los "lugares" en que se sitúa la acción, en que se

mueven los personajes o dónde el artista creó su obra. Esto es, lo asumo, mitomanía dura y pura, fetichismo sin excusas, pero reconozco que mis viajes me han colmado de felicidad.

En el verano de 1959 llegaba a París por primera vez en mi vida y en un hotelito de la rue des Écoles, cercano a Cluny, devoré el primer tomo de los siete que componen A la búsqueda del tiempo perdido, de Marcel Proust. Al mismo tiempo descubrí a los pintores impresionistas, entonces en el museo Jeu de Pomme, especialmente a Paul Gauguin.

Años más tarde, convertido ya en “escritor de viajes” (una definición un tanto extraña pero que suscita muchas envidias) me situé en París ante las respectivas casas que exhiben las placas de nacimiento de esos dos ilustres parisinos e inicié sendos recorridos por los lugares donde transcurrieron sus existencias.

Medio siglo más tarde, aparecieron en el mercado mis guías de París y de Tahití. Esta última ha sido la primera que se ha escrito en español y en ella hablo profusamente de mi admirado Paul Gauguin y de un “tesoro”. En el otoño de aquel inolvidable año de 1959, también llegué por vez primera a Italia. En Milán tuve la fortuna de ser el primero en entrevistar al gran poeta italiano Salvatore Quasimodo, justo el día en que le concedían el Premio Nobel. Días más tarde, en Roma, conocí y entrevisté a mi admirado Cesare Zavattini y visitaba Nápoles.

Años más tarde publiqué una guía de Nápoles y otra dedicada a Italia. Con el paso de los años, me he animado a seleccionar una veintena de reportajes de entre los cientos escritos y reunirlos en un libro titulado Viajes para mitómanos.

Alonso Ibarrola: www.alonsoibarrola.com

Italia mía

Digo “Italia” y ya estoy en ella, con ella. Como un amor furtivo, secreto. Como una pasión, siempre correspondida. Me gustaría poder definirla con brevedad. “Italia es...”

No sé qué decir, lo reconozco. Y me consta que tres palabras bastarían. Quizás cuatro... ¿Cuántas Italias hay? Tantas como turistas... Cada uno conserva en el recuerdo su Italia particular, según como le fue. Pero Italia es algo más que un país a visitar. Es un escenario vivo, permanente, en el que sus habitantes son parte integrante, no meros comparsas, coro o paisanaje de fondo de una ópera. Cesare Zavattini, el gran escritor, soñó un día con mostrar a los italianos y al mundo entero, una Italia diferente, una Italia compuesta de italianos, con nombres y apellidos, con señas de identidad, y escribió un libro, un bellissimo libro titulado Un paese, primero de una colección que

no prosperó y que llevaría por título Italia mía. Él habla de su tierra, de su país, de sus gentes... de algo que palpita y vive. Y yo estoy con él, porque un país no es sólo paisaje, monumentos y piedras históricas. Un país es su gente y hay que conocer a la gente. Son parte de nuestra propia existencia. Si no lo ha hecho todavía, empiece ahora, nunca es tarde. Solamente es preciso decir “basta” por unos días a las cosas que nos arruinan la cotidiana existencia y plantarse en el escenario siempre dispuesto, en verano o en invierno, en primavera o en otoño... No me pregunten dónde comienza la visita a Italia, ni dónde termina. Hay que sorprenderla, sin más.

Mi Italia, la Italia mía, está plena de anteriores lecturas itinerantes y literarias, de previos visionados cinematográficos o televisivos y de posteriores confrontaciones, jamás desilusionadas. Mi vida está jalonada de añoranzas y nostalgias, revividas, como todos los turistas, en el sofá hogareño de nuestras habituales frustraciones. No se puede decir impunemente “te quiero”, en Venecia, sin que resuene durante años en nuestras vidas.

Yo he visto en Venecia la niebla invernal cubriéndolo todo, y oído el resonar de los pasos de los transeúntes anónimos. Acababa de salir de una representación operística en “La Fenice” y era de noche. Por aquellas callejuelas, creí ver a Alida Valli, y oír el “fru-fru” de su falda almidonada, corriendo en busca de su amado, de Farley Granger, bajo el ojo atento de Luchino Visconti, mientras rodaban Senso. Porque Venecia es, además de su famosa “regata histórica” septembrina o de sus carnavales de febrero, un gran plató cinematográfico, un inmenso plató.

De aquí zarpó Marco Polo, aquí vino a morir Ricardo Wagner –lo vio todo el mundo en una serie televisiva– y también “él profesor Aschenbach”, en aquel maravillosos film del siempre recordado Visconti, Muerte en Venecia. Pero éste fue “un muerto de celuloide”, maravillosamente incorporado por el actor británico Dirk Bogarde. También he visto, al atardecer, en el Lido veneciano, a bañistas, frente al famoso Hotel Des Bains. Creí entrever a Tazio, el muchacho rubio que inventara Thomas Mann para escarnio y tormento del “profesor”. Me pareció ver a Florinda Bolkan y Tony Musante, cuando rodaban en la Giudecca, el film Anónimo veneciano, cuyo adagio del “Concierto en do menor” de Marcello, quedó para siempre grabado en el recuerdo de millones de espectadores que creen en el amor y luego van a Roma, a arrojar su moneda a la Fontana de Trevi. No saben que más tarde, de madrugada, unos barrenderos se disputan el tesoro cotidiano. Yo los he visto, desde un hotel modesto, el Albergo Fontana, que se yergue justo enfrente. Nunca el amor fue tan agradecido.

En cierta ocasión, un tren me condujo más hacia el norte, pasando por Bassano del Grappa, Asiago, Trento y Bolzano -todavía por estas tierras descubren, hoy día, restos de caídos en la Primera Guerra Mundial, esqueletos que en vida cantaron en las trincheras “El Piave murmuró:

no pasa el extranjero”, una contienda ya olvidada por las nuevas generaciones. Un anciano, en el compartimento del tren, me decía “yo estuve en Monte Nero” y me parecía que hablaba con una reliquia venerable. Por la noche, llegué a Cortina d’Ampezzo. Madrugué para ver los primeros rayos de sol sobre las Dolomitas y dije: “ya no me importa quedarme ciego”. Más tarde, en Trieste, creí ver a James Joyce dirigirse a la academia de inglés, para impartir sus clases. El autor de *Ulises* vivió aquí, y también otro maravilloso escritor, Italo Svevo, y sus novelas –Una vida, Senilidad- tomaban vida para mí cuando recorría las calles y plazas triestinas.

He visto, o mejor dicho, creí ver en Ferrara, desde Venecia y hacia abajo se llega pronto, a Micol y sus amigos en el jardín de los Finzi-Contini, porque para mí Ferrara es Giorgio Bassani y siempre recordaré el maravilloso y desesperado final de su libro: “Y como éstas, ya lo sé, no eran más que palabras, las habituales palabras engañosas y desesperadas que sólo un verdadero beso hubiera podido impedirle proferir, sean ellas, precisamente y no otras, las que sellen aquí ese poco que mi corazón ha sabido recordar”...

Un poco más abajo está Ravena –sus mosaicos pueden retenerle a uno, toda una vida- y pasando el Rubicón –ríos como éste configuran la existencia del mundo- se llega a Rímini, famoso centro de vacaciones indefectiblemente ligado al gran cineasta Federico Fellini y su *Amarcord*. Sí, yo también recuerdo, me imagino en una barca alejándome de la playa, intentando localizar ese maravilloso trasatlántico que nos llevará a otros mundos, pero que nunca termina de llegar... y la nave va.

He recorrido la Umbría y visitado Asís, en un atardecer coloreado, quizá por Giotto, y me maravillaba de lo fácil que resulta aquí hablarle al hermano sol y a la hermana luna. Hay paisajes que configuran vocaciones. San Francisco es el mejor ejemplo... y Verdi.

En cierta ocasión, quizá la culpa la tuvo Bernardo Bertolucci con *Novecento* o con *La estrategia de la araña*, no lo sé, el hecho cierto es que, desde Milán, me lancé a recorrer las tierras “verdianas”. El pequeño caserío de Roncole me decía que allí había nacido un campesino, como tantos otros. Pero Giuseppe Verdi tenía talento y un apellido que se convirtió en un grito de independencia, de unidad italiana. ¡Viva V.E.R.D.!! era un viva clamoroso y encubierto a un rey llamado Vittorio Emanuele, rey de Italia. Y con los sonos del “Va pensiero” de Nabucco, recorrí Busetto y Parma y las tierras ribereñas del Po, tierras feraces, fértiles, donde la gente canta, come, bebe y ama la vida. Cerca de Busetto, se puede visitar Villa Verdi, donde el gran maestro realizó su sueño burgués: una casa con jardín, vacas y confort.

Antes, en Milán, había visto la bella y pequeña “Madonina”, en la famosa catedral del Duomo.

La vi de cerca porque subí a los tejados, repleta de agujas pétreas que se yerguen hacia el cielo. Aquí discutían su existencia los protagonistas de Rocco y sus hermanos, del inevitable Visconti y por los cielos pasaron en sus escobas los “pobres” de Milagro en Milán, el maravilloso film de Vittorio de Sica, rodado en una periferia, hoy inundada de casas de gente acomodada. Sí, es bonito pasear por la “Galleria” milanesa y terminar echando una ojeada al “cartellone” del Teatro de la Scala. Ante sus puertas, unos pugnan por cantar y otros, la mayoría, por conseguir una entrada. En el interior, cuando se inician los primeros compases de una ópera, el silencio total y contenido les antecede.

De Milán a Bérgamo hay escasa distancia. Los bergamascos tenían costumbre, a principios de siglo, de fotografiar al familiar agonizante y más tarde muerto. Tengo todavía clavada en mi mente la imagen de una anciana, gruesa como un barril, con los ojos abiertos como platos. Vi las fotografías en una exposición, abierta en la misma plaza de la Catedral, bellísima. Allí está enterrado mi adorado Donizetti, el compositor de Lucia de Lammermoor y de Elixir de amor, donde el enamorado Nemorino canta “Una furtiva lágrima”. Cuentan que el gran tenor navarro Julián Gayarre recibió un telegrama antes de salir a escena, en la Scala de Milán, informándole que su madre había muerto. Cantó la romanza maravillosamente y me pregunto si algunos directores de escena no jugarán con ventaja... Por tierras bergamascas rodó el director de cine Olmi su maravilloso film El árbol de los zuecos, y zuecos calzaban algunos muertos, vestidos con sus trajes de los domingos, en las fotos aquellas...

Hay dos lagos italianos en mi vida: el de Garda y el de Como. Un día es suficiente para verlos. El primero es el más grande de los lagos italianos. En sus orillas, unos pueblecitos maravillosos, y en esta misma orilla se yergue el “Vittoriale”, la finca donde viviera aquel gran poeta, loco, visionario, polémico y presuntuoso llamado Gabrielle d’Annunzio. El otro lago, el de Como, me trae recuerdos de Manzoni y sus desventurados novios. Subí en funicular al Monte Bré y quisiera que en un futuro la arteriosclerosis no me traicionara y me hiciera olvidar el recuerdo que conservo de aquella visión sin par, con Italia y Suiza a mis pies. ¿Cuántas muchachas de tirabuzones rubios no habrán aporreado al piano, en desesperados intentos, la popular composición El lago de Como? Al igual que las rosas, es mejor no tocarla... que diría Rubén Darío.

De Bérgamo a Mantua, en coche, lo justo para oír el prelude y primer acto de Rigoletto. En su bellísimo Palacio Ducal no esperen encontrar rastros del maldito jorobado ni de su bella hija Gilda, ni del duque de Mantua. Si no hubiera sido por la censura, Verdi hubiera contado una historia francesa, concretamente parisina. De todos modos, los mantovanos se han inventado una “Casa de Rigoletto” para los locos del “bel canto”. Ahora bien, la verdadera locura “bel cantista” alcanza su máximo esplendor en Verona, con obligadísima visita a la “Arena”, en plaza Bra. Vi, en su

escenario, al tenor que declaraba su amor a la dulce Aida. “Celeste Aida, forma divina...” Me parecía estar viendo al actor Jacques Perrin en éxtasis, contemplando a Claudia Cardinale en el film *La muchacha de la maleta*, de Valerio Zurlini, bajando por las escaleras de su casa. Luego llegaron los esclavos, la trompetería, los camellos, los guerreros, los sacerdotes y aquello era un tumulto. También los veroneses se inventaron la “Casa de Julieta”, porque Shakespeare puso la cuestión muy fácil. Contemplando el balcón por el que Romeo arriesgaba la crisma, millones de parejas enamoradas comprueban que su historia personal resulta vulgar a todas luces.

He visto Bolonia con lluvia, y bajo sus pórticos, esas dos torres, las Sinelli y la Garisenda, distantes, pero muy juntas al mismo tiempo, como un matrimonio viejo. En Modena interrumpí al guía local, mientras mostraba la maravillosa catedral medieval, para decirle, como un Woody Allen cualquiera, “Perdone, quisiera saber dónde nació el famoso tenor italiano Luciano Pavarotti...”.

En Turín, llegué hasta la colina de San Mauro, donde se quitó la Vida Emilio Salgari, el hombre que me hizo, que nos hizo, soñar con Sandokán y una Malasia que jamás conoció. Me emocioné viendo una placa en la casa donde vivió. Es una maravilla pasear por las plazas porticadas de Turín y con lluvia, mejor -los limpiabotas de la estación de Turín son los mejores del mundo-, pero no a todos los turinenses les gusta la lluvia. Yo diría más bien que están hartos. Por eso, los que se jubilan se van a vivir a la “ribera de las flores”, San Remo, Bordighera, y un interminable etcétera de pueblos junto a la orilla del Tirreno, hasta llegar a Génova, parada obligatoria para seguir más tarde hacia Roma, pasando antes por esa maravilla llamada Pisa.

Subí a la torre inclinada y el vértigo me traicionó. “Un día se caerá”, pensé, agarrado a una columna, pero todos pensamos que ese día está muy lejano. Lo mismo pensarían los habitantes de Pompeya y Herculano, pero el Vesubio no perdonó. Impresiona subir al cráter. Lo hice a pie con un buen amigo italiano que jamás había acometido la experiencia. Pudimos haberlo hecho en un telesilla, pero el guardia nos dijo retadoramente “se tarda en la subida de veinte a treinta minutos”. Lo hicimos en veinte y nos abrazamos emocionados. Se disipó la niebla y el espectáculo resultó incomparable: la bahía de Nápoles, con Capri, Sorrento, etc. Estuve en Sorrento, en sus balconadas construidas sobre los acantilados y me dije que volvería algún día. Capri es otro sueño con su gruta azul. Pero hay otras grutas, con otros colores en Italia.

Puede que sea un tópico, pero en Nápoles he comido la pizza en Santa Lucía y me han cantado “quando sponta la luna a Marechiare”. Dice la canción que “en Marechiare hay una ventana...”. No la había, pero la construyeron a todo correr, tras el éxito de la canción. Los napolitanos son así. Otro gran escritor, Curzio Malaparte, cuenta que, durante la Segunda Guerra Mundial, del puerto de Nápoles desapareció un barco de guerra de los norteamericanos. Es la leyenda, una

leyenda que inventan los propios napolitanos.

Amo sus canciones y su pasión por la vida. En el Trastevere romano, en un inevitable mesón turístico, llamado “Mea Pataca”, un cantante me pidió le diera el título de una canción, la que quisiera, que la cantaría. “Santa Lucía luntana” dije. Con esa canción y algunos vasos de vino blanco, soy capaz de llorar en breves minutos.

He visto Roma desde la cúpula de San Pedro en el Vaticano. Y por la noche, desde el Gianicolo. Esas cosas no se olvidan jamás. Y he paseado, hemos paseado, por la plaza Navona, por la plaza de España, Trinitá dei Monti... ¡Qué bella eres Roma! En via Veneto no hay artistas de cine, porque todos los paseantes quieren parecerlo. Pero sentado en una de las terrazas de sus cafés más renombrados y entornando los ojos, quizá vean pasar a Anita Ekberg, o Marcello Mastroianni..., depende también del alcohol ingerido. Los americanos para estas experiencias son únicos. Desembarcaron en Salema, en Anzio, y jamás se fueron. Aman esta tierra, como la amamos todos. Los británicos son otra cosa. Aman, sobre todo y ante todo, Florencia. En el recinto de la capital florentina se yergue un antiguo cementerio inglés con muchos nombres ilustres. Hay un famoso refrán italiano que dice: “Ver Nápoles y después morir”. Pero los británicos lo entendieron mal o quizá no lo comprendieron. El caso es que prefieren Florencia. Aquí, junto a la orilla del viejo río Arno, Dante vio, por vez primera, a Beatriz. Un flechazo. Un amor “a primera vista”, dicen los italianos. Florencia es una maravilla. Con Florencia no ha podido jamás el Arno. Los florentinos adultos recuerdan todavía la gran avalancha de agua y fango que asoló la ciudad el año 1966. Las aguas pasaron por encima del viejo puente. Pero la ciudad renació y ahora está más bella que nunca. Desde una maravillosa terraza, desde el Belvedere, en la plaza de Miguel Ángel, la vista es increíblemente bella. Hay muchas Florencias y conservo el recuerdo de los personajes del novelista Vasco Pratolini, esas calles que acogieron a los pobres amantes y ese barrio que cobijara a las muchachas de San Frediano y las miserias, ya superadas, de unos personajes que sufrían la postguerra. Todo aquello ya pasó y quedan ahora los libros, los maravillosos libros.

Para muchos turistas, Italia termina en Nápoles y sus alrededores... Pero se equivocan. Hay que seguir, procurando no detenerse en exceso en sus bellas playas. Hace muchos siglos, cuando el dichoso Vesubio se puso serio, los habitantes de Herculano echaron a correr hacia la playa. Allí aguardaron a las naves de Nápoles. Todo el mundo creyó que se habían salvado y ahora, hace poco, han descubierto que las naves no llegaron... Los restos de los infortunados están saliendo ahora a la luz. En Pompeya, la muerte fue más dulce. Dedicué un día a Pompeya. Recorrí sus calles, sus plazas, sus tiendas, sus jardines, me alejé de todos y me situé en un rincón. Hubo un momento en que creí oír las voces de sus antiguos habitantes, ajenos al peligro: “¡Mira el

Vesubio!”. “Tranquilo”, decía el amigo. Todos murieron asfixiados y posteriormente sepultados por las cenizas. Hace años, la ciudad fue despojada de su manto mortal para mostrarla sin pudor a todos nosotros. Da la impresión de que por la noche, cuando todos se retiran y los guías cierran las puertas de acceso, ellos vuelven a la vida de pie juntillas...

¿Verdaderamente Cristo se detuvo en Eboli, como aquel gran escritor Carla Levi, que vivió el destierro en tierras del sur, asegura en su famosa novela? Es posible. Pero en la actualidad, Eboli es solamente un simple testigo de la fuga de los italianos hacia los azules mares del Sur, hacia las costas tirrénicas, y al otro lado, las jónicas. Maravillosas playas, recónditas, salvajes, desconocidas... Aquí vinieron los griegos y como los griegos sabían vivir, se quedaron. En Paestum y en Sibaris, sus habitantes, los sibaritas, se cansaban y fatigaban viendo trabajar a los esclavos, dice la historia; y Metaponto, que está en el golfo de Taranto. Tierras que la emigración dejó sin habitantes que marchaban al Norte, al Piamonte, a Lombardía, a trabajar. Ahora son los del Norte quienes vienen aquí a broncearse y a descansar y a amar la vida.

Y al otro lado del estrecho de Messina, Sicilia. Cuenta una leyenda que Aníbal, derrotado por los romanos, huía con sus naves del mar Tirreno al Jónico, ignorando que existiera tal estrecho, ya que no es visible hasta que no se encuentra uno cerca. Aníbal mató al piloto Peloro que le había jurado que tal estrecho existía. Minutos después, Aníbal y los suyos vieron el estrecho.

Sicilia es, ante todo y sobre todo, el Etna, un volcán que se enfadó y lo quisieron domesticar, encauzando sus ríos de lava. Se ve desde muchos lugares, pero sobre todo desde Taormina. La visión es increíble. En Sicilia, el sol es violento y suscita pasiones violentas, porque la sangre lleva siglos calentándose. Tierra de leyendas, de “vendettas”, tierra que soñaba “Don Corleone”, el famoso personaje que encarnaba el actor Marlon Brando, en El Padrino, porque en la misma había nacido. Y aquella famosa balada del film, no era más que una balada siciliana.

Por aquí, por las calles de Palermo, de Catania, de Agrigento, parecen moverse todavía los personajes de Leonardo Sciascia, o la sociedad que pintara admirablemente Elio Vittorini. “¡Han matado al compadre Turiddu!”, grita desesperadamente la campesina, en el último acto de la ópera Cavalleria Rusticana, la célebre obra de Mascagni, y para testimoniario las cámaras cinematográficas se adueñaron del pueblecito de Vizzini, muy cerca de Siracusa, para rodar en escenarios naturales el drama de amor siciliano, un drama, a fin de cuentas, prosaico, como todos los adulterios. El gran tenor Plácido Domingo era Turiddu... y aquí “murió”. Antes, su rival le mordía la oreja, como mandaba la costumbre. Cerca de Sicilia hay otro grupito de islas, las Lípari, y en una de ellas, una con un volcán ahora extinguido, Estrómboli. En esta maravillosa isla se conocieron y se enamoraron la actriz sueca Ingrid Bergman y el director de cine italiano Roberto

Rossellini, rodando el film del mismo título. Pero todo aquello se extinguió y murió...

Marsala es famosa por su vino, dulzón y un tanto traicionero, pero sería injusto olvidar que aquí desembarcó Garibaldi y sus mil soldados, cuando luchaban por la unidad italiana. Lo cuenta el príncipe de Lampedusa en *El Gatopardo*, y si la novela es una maravilla, el film que se rodó, en estos lugares, no desmereció. ¿Recuerdan aquel baile interminable con una espléndida Claudia Cardinale, un apuesto Alain Delon y un Burt Lancaster, con su larga bufanda blanca, que descubre ante el espejo su irremisible vejez? Todo eso ocurrió aquí. Todo esto y otras muchas cosas más ocurrieron aquí. Pero ya he llegado al final de mi particular itinerario. En Noto, muy cerca de Siracusa, junto al mar, hay una gruta llamada "Calafarina". Dicen que en las tempestuosas noches de febrero, especialmente, vagan y gimen los espíritus de los esclavos degollados siglos atrás, invocando, a grandes voces, a aquellos valientes que se atrevan a liberar sus espíritus del maleficio. Quien lo logre obtendrá un fabuloso tesoro, un tesoro que se dice lo escondieron unos piratas árabes que se sirvieron de dichos esclavos. Una vez terminada su misión, fueron liquidados en la misma gruta. Sus espíritus errantes se quedaron allí..., pero nadie osa liberarlos. Es una leyenda, pero de leyendas y misterios está tejida nuestra vida. Como la heroína de *Corazón árido*, de Carlo Cassola, miro a través de la ventana salpicada de gotas de lluvia y trato de escuchar los gemidos de esos espíritus. Sean estas palabras y no otras, las que sellen aquí todo lo que mi corazón ha sabido recordar.

Piamonte: los caminos secretos

"Y en aquel entonces bastaba con que dijese el nombre de un pueblo para que me pareciese verlo", escribió Cesare Pavese en uno de sus concisos relatos que reflejan magistralmente las tierras del Piamonte. Esto me sucede ahora, cuando afronto el relato de un viaje increíble, orgiástico, por así decirlo, por tierras del Piamonte italiano. En el recuerdo se mezclan verdes colinas, castillos, viñedos, palacios, granjas agrícolas, haciendas vinícolas, lagos, montañas, nieve, torrentes y... gentes. ¡Pero qué gentes! Abiertos, humanos, entrañables... El piamontés rural poco tiene que ver con el turinés urbano. Ni peores ni mejores. Distintos.

El Piamonte es mucho Piamonte. Es más, hay muchos Piamontes. Administrativamente, se divide en provincias, en regiones y en comarcas. Pero referirnos, por ejemplo, a las Langas o al Cavenese, poco nos aclara.

Se hace el camino al andar y para conocer el Piamonte hay muchos caminos. Está el de los lagos, el de los Alpes, el del río Po, el de los viñedos y castillos... Y todo parte de Turín, obviamente, la capital, que ya es en sí misma, otra historia.

No pregunte dónde nace exactamente el Po, el gran Po, el río de los ríos de Italia, porque nadie lo sabe. Eso sí, es posible y recomendable acercarse al “pie de los montes”, a Monviso, a Pian del Re, exactamente el lugar al que se atribuye el honor de albergar los manantiales que se van uniendo para formar una torrentera, un riachuelo, un río, al que se puede seguir a través de una ruta que transcurre por una preciosa localidad llamada Pian della Regina, a tres kilómetros de las fuentes del río, y después Crinaldo. Desde aquí, el Po se hace adulto hasta llegar a Turín, a 108 kilómetros de donde nació. Más o menos a la altura de la bella Tortona, a 27 kilómetros al norte, se despide del Piamonte para arrojarse a la Lombardía, y lo hace en un paisaje muy distinto. Y es que el Piamonte es puro contraste.

En plan romántico, Piamonte ofrece el gran atractivo de sus lagos, principalmente Maggiore, Orta y Mergozzo. En el siglo XIX, la aristocracia europea, los grandes terratenientes y los incipientes empresarios iniciaron la moda de construir en torno a los mismos, su chalet, su villa, su mansión. Y todo ello coincidiendo con la llegada del “modernismo” –Liberty para los italianos, Art Nouveau, para los franceses- que ahora vemos reflejado en los grandes hoteles y residencias particulares que circundan las riberas lacustres. Por el lago Maggiore pasaron esa pareja de enamorados, protagonistas de la famosa novela de Ernest Hemingway, Adiós a las armas, camino del drama final, la muerte de ella, de la enfermera. No podía ser de otra manera. Hemingway se inspiró en estos lares. Estuvo concretamente en Stresa, donde precisamente se encuentra el embarcadero que, montados ya en un barco de recreo, permite la visita a las islas Borromeo, Isola Bella, Isla de los Pescadores e Isola Madre, esta última casi ocupada por completo por un bellissimo Jardín Botánico. Quizás la más bella sea Isola Bella, con sus Jardines y el Palazzo Borromeo, pletórico de tesoros artísticos. Más pequeño es el lago de Orta, en cuya parte oriental se yergue un promontorio con una panorámica fascinante. Frente a Orta se yergue la isla de San Giulio, que acoge una antiquísima iglesia fundada por San Giulio en el siglo IV.

Muy cerca del lago, podemos recorrer parte de la Valsesia, el valle más verde de Italia, según un eslogan afortunado. De Varallo a Alagna experimenté uno de los mayores placeres viajeros de mi vida. A través de una serie de precipicios y barrancos, la carretera, siguiendo el curso del río Sesia, que da nombre al valle, iba intuyendo que al fondo me esperaba el Monte Rosa, la segunda montaña de Europa. Pero antes nos detuvimos en Varallo, un pueblo tranquilo y famoso en media Europa, porque en el mismo se localiza el denominado Sacro Monte de Varallo. Concebido el año 1493 por el padre Bernardino Caimi como una nueva Jerusalén, como un pedazo de Tierra Santa para todos aquellos católicos que no podían afrontar el viaje a los Santos lugares. Casi tres siglos de trabajos se necesitaron para componer lo que ahora se denominaría un “parque temático” en torno al Nacimiento, Vida, Pasión y Muerte de Jesucristo. Estaríamos ante un anticipo de los “dioramas” tan de moda del siglo XX, promovidos para suscitar la emoción y la devoción de los

fieles. Hoy día, es la curiosidad la que impera en la visita y también el asombro ante tan grandioso complejo artístico. La visita arranca –o debe arrancar- desde la iglesia franciscana de la Madonna delle Grazie al pie de la espectacular funivía que conduce al Sacro Monte. En la misma, el gran artista lombardo Gaudenzio Ferrari pintó en 1513 un fresco que cubre una pared entera situada en medio de la iglesia, con escenas de la vida de Cristo. Es un anticipo, un guión, de lo que veremos allí arriba, en el cielo terrenal del Sacro Monte. Cuando no existía la funivía, recientemente reinaugurada, los peregrinos ascendían a pie y bien se puede comprobar el mérito observando la altura. Luego, atravesaban –y se atraviesa en la actualidad- una severa puerta neoclásica que da paso a un recorrido de 45 capillas que acogen 800 estatuas y 4.000 figuras, pintadas al fresco, de tamaño natural, y que arrancan con Adán, Eva y la serpiente. Las hojas de parra son enormes, ciertamente. El recorrido finaliza en la basílica de la Asunción, situada en una gran plaza que reproduce la ciudad de Jerusalén. Un monumento religioso quizás demodé pero que merece la pena visitar. “La Pasión de Cristo” marca el cenit del recorrido por su espectacularidad.

Tras las emociones religiosas, nos aguarda la Valsesia, por donde discurre el río Sesia, un auténtico paraíso para los aficionados a la canoa, a la piragua y a las bajadas fluviales. Alagna es el clásico pueblo alpino, ubicado a 1.192 metros de altura. Es el centro de esquí más importante del valle. Desde Alagna lanza uno la mirada y se topa con el Monte Rosa, una de las más bellas montañas del mundo. Cada día ofrece perspectivas y colores distintos, cambiantes, increíbles. Desde aquí parten muchos escaladores. El pueblo es encantador, tranquilo, con sus calles empedradas, la fuente pública y las típicas casas de madera estilo Walser con su peculiar construcción. Muy cerca del pueblo, en la pedanía de Pedemonte, a cuatro pasos en agradable caminata se llega al museo Walser, de obligada visita. Sobrecoge pensar cómo pudo sobrevivir la comunidad proveniente de la Suiza alemana, en los terribles y largos inviernos de esta región. La mansión, construida en 1628, recoge en sus tres plantas todos los elementos que contribuyeron a su vivir cotidiano. Utensilios de labranza, menaje del hogar, vestuario, ropaje festivo que utilizaban los “walseses”, cuya cultura se ha conservado a lo largo de los siglos. Junto al Museo, se encuentra el precioso hotel del famoso guía alpino Sergio Gabbio, Montagna di Luce, contrapunto moderno a otras formas de vivir.

Tras los lagos y las montañas, la cabalgada piemontesa desciende a la llanura repleta de colinas, viñedos, cultivos, granjas, castillos y palacios, haciendas agrícolas y bodegas vinícolas... En resumen, un paraíso terrenal para los que saben apreciar la vida.

Tuve la oportunidad de conocer Alba, “la ciudad de las cien torres”, que todavía conserva algunas de ellas entre los edificios de estilo románico, gótico y barroco. En el Café Vergano, los clientes saboreaban un capuccino y hablaban de trufas. Desde septiembre a diciembre la trufa es la reina

del mercado de las trufas. ¡Y el Barolo! El famoso vino inventado por una mujer, la marquesa Giulia Falletti di Barolo, tiene aquí su reinado, porque las colinas húmedas y frescas producen una uva tinta, delicada y difícil, conocida como nebbiolo, es decir, el de la niebla.

Es muy agradable pasear por los viñedos de Monferrato, región en cuyo centro se asienta la bella Asti, que en la Edad Media era más grande y próspera que Turín, que sólo era un pueblo. Su catedral es el monumento gótico más importante del Piamonte. Decir Asti es recordar al gran poeta Vittorio Alfieri, que preside la gran plaza a él dedicada con un gran monumento. También Asti tiene su “Palio”, pero es injustamente menos conocido que el de Siena. Se celebra todos los años el primer domingo de septiembre. Cerca de Asti, en Mombaruzzo, tuvimos la oportunidad de degustar los famosos amaretti (mostachones) y, por supuesto, los vinos de la región, reino del Moscato y de vinos tintos espesos como el Barbera, sin olvidar el Dolcetto de Asti.

De Asti a Canelli hay escasos kilómetros. Canelli es uno de los “santuarios” mundiales del vino. Tiene un interesante centro histórico en torno a una colina en cuya cima se yergue un castillo de 1706, hoy día propiedad de la familia Gancia, y numerosas iglesias barrocas, pero todos los turistas lo que realmente quieren conocer son las famosas bodegas de Canelli, denominadas “catedrales subterráneas”, y es que lo son. Aprovechando el terreno, compuesto de tufo calcáreo, en las entrañas de la colina, se han llevado a cabo maravillas de ingeniería y arquitectura. Visite la Casa Contratto, con edificios que datan de 1876, y que se hizo famosa en el mundo entero con su Asti Metodo Classico. Tras la visita, se pueden degustar los vinos, que acompañados de embutidos y dulces, templan el cuerpo para toda la jornada.

De las bodegas vinícolas de Canelli a las aguas termales de Acqui Terme no median muchos kilómetros y recorrerlos resulta un placer, entre colinas y viñedos. Desde los tiempos de los romanos, la gente venía aquí a rehabilitar sus vías respiratorias y someterse a tratamientos antirreumáticos. Acudían las grandes familias italianas, desde los Gonzaga a los Saboya. La belle époque de las termas de Acqui lo marca su famoso columbario neoclásico, situado en medio de la plaza de la localidad. Le llaman La Bollente y es que el agua hierve y emana a una temperatura de 75°C. Luego, como en casi toda Europa, entre las dos guerras, los balnearios termales decayeron, pero nuevamente se han puesto de moda, modernizados y con un nuevo estilo de vida social activa, lejos de aquellos recuerdos de agüistas aburridos. Acqui Terme es algo más que un balneario. Tiene un interesante centro histórico, la magnífica catedral de San Guido y detrás el Jardín Botánico y el Museo Arqueológico; un vistoso acueducto en las afueras y sobre todo la basílica de San Pedro, más conocida popularmente como la “Iglesia de la Dolorosa”. Fue una abadía benedictina hasta 1477. En 1920 se inició su restauración y hoy día es algo digno de ser visitado.

Sigo atravesando las “Langhe”. Más colinas, más viñedos, bosques de avellanos, porque el chocolate es el rey de esta región... ¡Y la trufa por supuesto! Me esperaba Carrú, la “patria del Bollito”, y famosa por su feria del Buy Grasso, que se celebra anualmente, a mediados de diciembre. No podía faltar un monumento al buey, en este caso dos y uncidos, en una de las plazas del pueblo, obra del escultor Raffaele Mondazzi.

Llegamos a Vicoforte Mondoví, famoso centro de peregrinación mariano, pues en esta localidad se ubica el santuario basílica Reina del Monte Real. Su construcción duró dos siglos. Su cúpula elíptica es la más grande del mundo. Es basílica desde 1935 y está situada en el centro de un gran complejo arquitectónico que comprende al sur la Palazzata, un conjunto de casas en semi-octógono, y al nordeste, el monasterio de los Cistercienses. Pudo haber sido la tumba de los Reyes de Saboya pero se ha quedado en culto a “la Virgen del Pilon”, pues así la llaman. Los Saboya están en Turín en la basílica de Superga.

Luego, me aguardaba un pueblo precioso: Mondoví. Tiene un impagable mirador que abarca una preciosa visión de los Alpes Occidentales y la Liguria. Desde aquí divisé perfectamente la cúpula inmensa del Santuario de Vicoforte. Todo el pueblo se alza en torno a la Plaza Mayor: monumentos barrocos, conventos y palacios nobiliarios. Por aquí pasó Napoleón Bonaparte y ganas le dieron de quedarse a vivir aquí, según dicen. Camino de otra maravilla del pueblo, Saluzzo, observo la inconfundible pirámide del Monviso, donde nace el Po. Saluzzo es una de las localidades de origen medieval más interesantes del Piamonte. Su centro histórico conserva los pórticos y las residencias de los nobles. Decir Saluzzo es recordar a Silvio Pellico, nacido aquí en 1789. Conspirador “carbonaro” escribió en la cárcel Mis prisiones. Su casa natal es ahora un centro de actividades culturales. La subida al castillo es obligatorio hacerla a pie. Fatigosa pero gratificante, porque está salpicada de bellos y elegantes palacios del siglo XV. También desde su emblemática Torre Cívica, que sobresale especialmente por la noche, cuando la iluminan. Muy cercanas están dos visitas imprescindibles: la iglesia de San Giovanni, que alberga auténticos tesoros, y la capilla sepulcral de los marqueses de Saluzzo. Y muy cerca, Casa Cavassa, restaurada y convertida en la actualidad en Museo Cívico. Ofrece una interesante exposición de cuadros –no podía faltar uno de Pellico- y dibujos y la famosa Madonna de la Misericordia, pintado en 1499 por Hans Clemer.

En los alrededores de Saluzzo, dos visitas obligadas: la abadía cisterciense de Santa María de Staffarda y el castillo della Manta. Este último es famoso por las pinturas al fresco de la “sala del barón”. Allí están Los Nueve Valientes, las Nueve Heroínas y la mítica Fuente de la Juventud, una obra maestra del arte gótico europeo.

La abadía Se fundó el 25 de julio de 1135. La iglesia es muy representativa de la tradición

románica lombarda. En la abadía, me enteré, al abrir una puerta, de cómo huelen los excrementos de los murciélagos que, al parecer, son muy abundantes...

Por caminos comarcales me topé con Santo Stefano Belbo, el pueblo que vio nacer al gran escritor Cesare Pavese, el hombre que escribió “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos...”. La casualidad quiso que en la casa-museo se encontrara el profesor Luigi Gatti, presidente del Centro Pavesiano Museo Casa Natal. Me mostró la obra de Pavese en numerosas ediciones italianas y extranjeras. Y entre ellas, las versiones en idioma español. ¡Qué impacto causó Pavese en toda una generación de españoles en los años 50 y 60! Desde hace tres años, me contó, Pavese descansa en el cementerio de su pueblo. El año 2002, su hermana dio el permiso necesario para trasladarlo desde Turín, la ciudad que le vio suicidarse.

Antes de emprender el regreso a Turín, dos castillos me aguardaban: El de Aglié y el de Masino. Hasta llegar a los mismos la ruta seguía siendo maravillosa. Y es que estaba en la zona del Canavese. Buen vino, buen salami, buena gente, buena compañía. Viverone y su lago, Strambino y su viejo palacio, regentado por una condesa y su marido, tan amables que olvidaban que sus huéspedes eran clientes y no “viejos amigos”. En su mansión no hay fantasmas, pero sí en Mazzé, otro castillo cercano. Aseguran que el “fantasma” se aparece cada siete años. En el castillo de Aglié me llamó la atención la cantidad de visitantes, todos italianos y de la tercera edad. La guía me lo explicó: en el mismo se rodó una popular serie televisiva de amores y odios. Ahora todos quieren conocer los escenarios contruidos en el siglo XVIII por los Saboya –¡no podían ser otros!- para disfrutarlo como lujosa residencia veraniega. Es un perfecto ejemplo de arquitectura barroca y está rodeado de un gigantesco parque con jardines artísticos a la inglesa y a la italiana. Y antes de volver a Turín, última parada en Caravio, donde se yergue el Castello di Masino, que es más bien una gran residencia, circundada de un inmenso parque que domina la llanura del Canavese.

Tras cinco jornadas trepidantes por tierras del Piamonte, regresaba a Turín, pletórico, radiante, maravillado, pesaroso de creer que ya conocía Italia y me faltaba lo más cercano a nosotros, a nuestro país. Nunca es tarde.

Ya en Turín, quise poner punto y final a mi particular homenaje a Cesare Pavese, visitando el Hotel Roma e Rocca Cavour. En recepción pedí visitar la mítica habitación 346, escenario elegido para su suicidio. Tengo suerte, me dicen, porque no la ocupa ningún cliente y puedo visitarla. Supe más tarde que no la ponen a disposición de los clientes, aunque más de uno haya solicitado pernoctar en ella. Una camarera me la muestra. Me abre la ventana. Da a la Plaza Pietro Paleocapa. Solamente se sabe que hizo algunas llamadas, se quitó los zapatos, tomo unos barbitúricos y olvidó lo que una vez había escrito: “Los suicidios son homicidios tímidos”. Por la

mañana, el padre de la actual dueña del hotel descubrió el cadáver. El mobiliario de la habitación sigue siendo el mismo. Gris, mediocre, estrecho. Incluye una horrible butaca forrada de plástico rojo. Por menos, se han suicidado muchos...

Venecia: una ciudad de leyendas

Venecia, para millones de personas, es uno de los escasos puntos de referencia en la corta existencia que generalmente se concede a los mortales. Es un decorado de agua y piedra, una ficción, una ilusión, que el recuerdo, con el paso de los años, mitifica. Cientos de miles de parejas, de recién casados, de irregulares, de aventuras galantes, yacieron aquí, en medio de esta laguna, que de no haber sido por las corrientes marinas estaría quizás atascada por cientos de miles de profilácticos. Pero eso era antes. Ahora las píldoras anticonceptivas las toman hasta las palomas de la plaza de San Marcos, por acuerdo del Municipio. “Venecia o las palomas”, dijeron. “¡Tú también debiste haberlas tomado, amor mío!”, decían los maridos meses más tarde en cualquier hogar del mundo, cuando los sollozos de los niños no dejan dormir y algunas veces hasta entran deseos de estrangularlos. No se puede decir impunemente te quiero en Venecia sin que resuene durante años en nuestras vidas. Como un reproche. “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos”, dijo el poeta, pero los sesenta pasajeros del vaporetto no la presintieron porque llovía y habían cerrado previamente las ventanillas y las puertas. Murieron treinta y seis, en su mayoría turistas de diversas nacionalidades. “Cerraron su propio ataúd”. Esto nos lo decía un superviviente a un grupo de periodistas curiosos. Su ropa, sus cabellos estaban empapados de agua y yo no me cansaba de mirar a una persona que había visto a la muerte. Conservo el periódico de aquel día, Il Gazzettino. Suena bien, ¿verdad? Su fecha: 12 de septiembre de 1970. Un poco más tarde, Luchino Visconti vendría aquí, al Lido, a rodar otra muerte, la del viejo y cansado “profesor Aschenbach”, esa patética creación de Thomas Mann. Sólo un artista como Visconti podía imaginar una muerte tan bella en la playa del Lido veneciano. Esos son los muertos de celuloide, pero yo no entré en contacto en Venecia con la Muerte auténtica. La vieron venir por el lado de Cavallino y nada se pudo hacer. Los más viejos del lugar no recordaban un tornado de tal potencia. Lo arrasó todo. Pero aquello ya pasó, incluidos los viejos del lugar. Pocos viejos hay en Venecia. El reuma y la humedad hacen estragos...

Hay muchas Venecias. Está la Venecia de los turistas veraniegos, policromía y tarjetas postales. No es recomendable Venecia en verano. Se convierte en algo así como un gran museo. Millares de turistas en paciente cola avanzan penosamente por sus callejuelas queriendo verlo todo lo más aprisa posible. “Si hoy es martes, esto es Venecia...”: una foto por aquí, otra por allá. Y luego, en el hogar, todo un invierno para enseñar a los amigos las diapositivas de “la bella Venecia”. Hay otra Venecia. La de los meses invernales. Recogida, íntima, silenciosa, encantadora. Para captarla es

necesario decir “basta” a todas las cosas que nos arruinan la existencia y plantarse en el escenario un día cualquiera de enero o febrero. Al atardecer, los venecianos cierran sus negocios y se van a dormir a tierra firme, en Mestre-Marghera. Es entonces, cuando voluntariamente perdidos, extraviados en el dédalo de sus callejuelas, se puede intentar captar la Venecia de otros tiempos. Es entonces cuando cobran relieve las cosas, los edificios, los monumentos. Y además las palomas duermen. No se fíen de las palomas venecianas. No quieren a los turistas. En el fondo, los odian. Todos los días posando ante las cámaras de los aficionados. ¿Se lo imaginan? Tampoco al famoso dibujante Saul Steinberg le caían, al parecer, muy simpáticas las palomas venecianas. Existe un famoso dibujo suyo, una visión personalísima de la plaza de San Marcos, toda ella invadida... de cuervos. El dibujo causa un efecto angustioso. Cuervos en lugar de palomas. ¿Se las imaginan un día atacando con saña a los turistas, como en la inolvidable película Los pájaros, de Hitchcock? Los venecianos están hartos de ellas. Hay más palomas que habitantes. Y durante el invierno su alimentación corre a cargo del presupuesto municipal. Además sus excrementos arruinan todos los monumentos, porque los ácidos contenidos en los mismos roen los mármoles, los bronce. Es por eso que decidieron años atrás implantar la píldora. Ignoro si todavía la mezclan con el maíz en los cucuruchos que se venden en los estratégicos tenderetes.

En un día claro se pueden vislumbrar parte de las 118 islas esparcidas por la laguna y los 150 canales en los que se divide la ciudad. Basta con subir al Campanile en la Plaza de San Marcos que la preside con sus 99 metros de altura. Se derrumbó la mañana del 14 de julio de 1902, pero no causó víctimas y afortunadamente cayó en sentido contrario a la Basílica. Sólo una de sus campanas queda intacta. Las otras quedaron destruidas; entre ellas, la llamada “Campana del Maleficio”, que repicaba cuando se llevaban a cabo las ejecuciones capitales. En la antigua Torre exponían los venecianos a los sodomitas a la vergüenza pública. Se calcula que en el año 1500 había en Venecia 11.000 prostitutas y un número más elevado de homosexuales. Los castigos eran severísimos. Muchos eran decapitados en la misma plaza; los más afortunados. Los menos eran encerrados en una jaula de hierro y madera, que se colgaba de una viga sobresaliente a mitad de altura de la torre. Y allí morían...

De Venecia y los venecianos podrían contarse muchas historias. Los venecianos han sido muy dados a la fantasía y a dar rienda suelta a su imaginación. Lo que no ha existido se lo han inventado, procurando no defraudar a los turistas..., como en el caso de Otelo y Desdémona. ¿Qué veneciano se atrevería a decir que la existencia de la famosa pareja resulta un tanto improbable y quizá su drama solamente se anidó en el cerebro de Shakespeare? En Venecia, no faltaba más, existe una “casa de Desdémona” y una “casa de Otelo”. La primera se halla situada, según reza la inscripción, en el Palacio Contarini-Fasan. La del “moro”, en el campo de los Carmini. Los historiadores, especialmente los venecianos, han creído descubrir al célebre celoso en

determinadas personalidades ciudadanas. Tengan en cuenta que sangre mora la tenían muchos venecianos y que, por lo tanto, la piel oscura no extrañaba mucho en la Venecia de siglos pasados, marinera y aventurera. Un estudioso ha identificado a la pareja en los nombres de Nicola Querini y Palma Querini, que se casaron en 1535 y entre los que se daba una diferencia de edad de trece años, la misma que Shakespeare señala en la ficción teatral. Nicola fue un bravo soldado y no se excluye que fuese moro y tuviera la piel oscura. Parece ser que el matrimonio vivió muy feliz los primeros años, pero luego, cuando Nicola marchó a luchar contra los turcos, se despertaron en él los celos, al parecer totalmente infundados. De Yago, instigador de los mismos, nada dice el estudioso. Pero se sabe que Nicola maltrató a su mujer y que una vez trató de estrangularla. Asustada y harta, la presunta Desdémona se refugió en casa de sus padres. Estos acusaron al yerno de malos tratos, pero la influencia de la familia de Nicola era asimismo notable y el celoso salió bastante airoso del trance con un leve castigo. De todos modos, veinte años más tarde murió asesinado misteriosamente.

Otro inevitable personaje veneciano es Marco Polo, el legendario viajero del siglo XIII que llegó hasta China. Pero, ¿realmente Marco Polo estuvo allí? Porque en su famoso libro Descripción del mundo no hace ninguna referencia a la Gran Muralla China y a otras muchas peculiaridades del pueblo chino. Fue una investigadora británica, Frances Wood, la que suscitó en 1996 un gran escándalo con su libro ¿Estuvo Marco Polo en China? Existe un tercer veneciano universalmente famoso, el seductor Giacomo Casanova. Es inútil que pregunten por él porque falleció el 4 de junio de 1798 en la actual República Checa.

Dicen que los venecianos no creen en nada; mejor, en una cosa: en el dinero. Calumnias. Las numerosas iglesias que salpican Venecia vienen a demostrar lo contrario. Solo que muchos venecianos, por si acaso, se han mostrado creyentes de todo, hasta del diablo, que tiene su calle, su puente y un pórtico en Santa María Mater Domini.

Cuando pasen –ineludible, por supuesto- por el Puente de los Suspiros no hagan mucho caso a los cicerones. Por muy fuertes que suspirasen los prisioneros, pocos los oían en la época de los duces, ya que el corredor que conducía desde los calabozos de San Marcos al palacio del Dux queda un poco a trasmano. De todos modos, el corredor tuvo años de mucho tránsito. Eran los tiempos en que las denuncias secretas estaban a la orden del día. Se depositaban en la famosa “Boca del León”, existente en la actualidad y que se encuentra en la Sala de la Brújula, en el Palacio Ducal, y a la derecha de la puerta que conduce a la escalera de los Censori.

Hoy día los turistas tienen ocasión de visitar los calabozos húmedos y lóbregos pero que, comparados con los utilizados en su tiempo, son ejemplo de confort y comodidad. Las crónicas

hablan de la existencia de unas antiguas prisiones utilizadas por la República veneciana, llamadas de los pozzi, sin ventana alguna, con sólo una estrecha abertura hacia un oscuro corredor. Los calabozos estaban revestidos de maderos que los hacían semejar a ataúdes, aunque parece ser que el propósito de este revestimiento fue el evitar las humedades, dado que los calabozos se hallaban a ras del agua y en época de grandes mareas quedaban bajo su nivel. Muchos prisioneros enloquecían y para ellos era una gran liberación ser decapitados, hecho que siempre tenía lugar en la Plaza de San Marcos, junto a la orilla del mar, en medio de las dos famosas columnas que se yerguen la una junto a la otra. Allí levantaban los venecianos el patíbulo y acudían a presenciar la ejecución, previa convocatoria verificada por la tristemente famosa campana, a la que me he referido anteriormente.

Hay una Venecia enloquecida durante los Carnavales de febrero y a partir de la primavera con la masiva afluencia de turistas. El primer domingo de septiembre, día de la “Regata Histórica”, marca el punto de inflexión. Personalmente aconsejo visitar y revisitar Venecia en los meses otoñales e invernales. Entonces, pasearán por una Venecia recogida, íntima y silenciosa.

Años atrás podríamos habernos topado con Jeanne Moreau y Stanley Baker, cuando rodaban Eva, de Losey. O con Farley Granger y Alida Valli trabajando para Senso, de Visconti. O con Tony Musante y Florinda Bolkan, en Anónimo veneciano, mientras suena el solitario oboe del “Adagio” del Concierto en do menor de Marcello. Precioso telón de fondo Venecia para los dramas de amor... invernales.

Parma: por tierras de Verdi

“¡Verdi è morto!”, grita una y otra vez un hombre disfrazado de “Rigoletto”, en una de las primeras secuencias del film de Bernardo Bertolucci, Novecento. Sí, Verdi había muerto, pero los campesinos del film no parecían emocionarse mucho. Podía más en ellos la imagen del patrón, del dueño de la gran finca cercana a Busseto, que la imagen del mítico compositor de óperas, famoso en el mundo entero y gloria nacional. Porque Giuseppe Verdi murió en Milán a las tres de la madrugada del día 27 de enero de 1901, una fecha emblemática que servía para arrancar una historia de la Italia del siglo pasado, feroz, cruel y magistral en la película citada.

El mundo sigue amando a Verdi y los admiradores más fervientes, entre los que me incluyo, siguen visitando los “lugares verdianos” y otros sitios de la Emilia Romagna que merecen la pena, y al final, sobre todo, Parma.

La ruta comienza en Milán, aunque también puede ser desde Parma. Desde la capital lombarda,

la ruta verdiana se inicia al revés, es decir, con la visita a la “casa de reposo” que Verdi hizo construir para acoger a cantantes ya retirados y que alberga las tumbas del maestro y de su segunda mujer, Giuseppina Streponi. El Museo del Teatro alla Scala también alberga objetos muy emotivos del maestro. Y más de un fetichista “verdiano” se acerca al renovado Grand Hôtel Et De Milan, en via Manzoni, donde una placa recuerda que en el mismo murió el maestro. Meses antes, el 4 de diciembre, había dejado para siempre Villa Sant’Agata, ahora denominada “Villa Verdi”.

Dicen que durante su agonía, los milaneses pasaban quedo por la calle, a la cual cubrieron de serrín para que los carruajes que circulaban por la misma no molestaran al Maestro. Pero los fans ya no pueden visitar “la habitación donde murió”, porque su mobiliario fue regalado por la dirección del Hotel a los herederos de Verdi, la familia Carrara Verdi. Ahora se exhiben en Villa Verdi.

De Milán a Busseto hay 73 kilómetros por la autopista que conduce a Bolonia. La salida más apropiada es Fidenza. Y desde aquí, por Soragna, llegar a Busseto. Refiriéndose a esta encantadora localidad parmesana, el escritor italiano Gustavo Marchesi escribió: “Es el único lugar turístico que permite llegar al fondo del alma de Verdi”.

La primera y obligada visita se sitúa en Roncole Verdi, antes de llegar a Busseto, donde se encuentra la casa natal de Verdi. Un humilde caserío, con dos lápidas solamente, porque hubo un momento en que las autoridades del pueblo tuvieron que decir “basta”, pues llegaba una banda de cualquier lugar de Italia, interpretaba una marcha del maestro y colocaba una lápida. Ahora tocan y dejan una corona ante el busto, pero no hay lápida. Enfrente está la iglesia, modesta, donde Verdi aprendió a tocar el órgano, que se conserva también.

Busseto, como todo pueblo que se precie, tiene una calle mayor. Se llama via Roma. En la misma está la iglesia donde Verdi se casó, por vez primera, con Margherita Barezzi; y el “Salón Barezzi”, es decir, la casa de su suegro, al que le debía todo en la vida, según confesó en los últimos años, y a quien le hizo sufrir cuando se casó con una cantante, piedra de escándalo para el pueblo, llamada Giuseppina Streponi, y a quien muchos creen ver en La Traviata. Cuando se instaló en el Palacio Orlandi -en la misma calle-, algunos ciudadanos tiraban piedras a las ventanas. Pero Verdi, impertérrito, seguía componiendo Rigoletto y esa maravillosa romanza de tenor “La donna é mobile”, para muchos “la romanza más famosa del mundo”. Los que solamente tararean “Un automóvil, dos automóviles...” ignoran que es la romanza más antifeminista del mundo. “La donna è mobile qual piuma al vento, muta d’accento e di pensiero...”, traducida al castellano vendría a decir: “la mujer es voluble como una pluma al viento, cambia de tono y de pensamiento...”.

A Verdi la vida, en el terreno familiar, no le trató bien. Se casó, tuvo dos hijos y en el espacio

de dos años perdió a los tres seres queridos. Y mientras sucedían las muertes, Verdi trabajaba en una ópera cómica que resultó un fracaso, *Un giorno di regno*. Antes había debutado con *Oberto*. Crítica y público pensaron que había madera en aquel joven "bussettano". Y luego está el famoso episodio imposible de soslayar: deshecho, derrumbado, destrozado, Verdi malvive en Milán. Su orgullo le impide volver a su pueblo natal. Un empresario, Merelli, que cree en él, le introduce subrepticamente en el bolsillo de su chaqueta el libretto de una ópera que no quería nadie: *Nabucodonosor*. Con este título, ¿quién iba a quererla? Llega a casa, descubre el libreto en el bolsillo y lo abandona displicente sobre la mesa. Se arroja agotado en una silla. El libreto ha quedado abierto y en sus ojos quedan plasmadas unas palabras: "Va', pensiero, sull'ali dorate...". Se acuesta con ese inicio de estrofa. De repente, se levanta y escribe unas notas: ha nacido un coro maravilloso para la posteridad. Un lamento patriótico para los pueblos irredentos... Concluye la ópera, se estrena y el éxito es clamoroso. Sigue trabajando, produciendo, "años de galera" los llama él. Además ha descubierto "el truco". Incluye coros brillantes, con letras que expresan odio al tirano y deseo de libertad, que son acogidas con entusiasmo. Con *Ernani* se repetirá el éxito. El nacionalismo italiano juega a su favor... y su apellido también. Porque ¡Viva V.E.R.D.I.! no era más que el grito encubierto de los patrióticos monárquicos que reclamaban la unidad italiana y manifestaban su admiración por "Vittorio Emanuele Rey De Italia". Con las cinco siglas surgía el acróstico VERDI. Y las primeras fueron vistas en Roma, la noche del 17 de febrero de 1859, tras el éxito de *Un ballo in maschera*, en el teatro Apolo de dicha ciudad, "eterna" para muchos. La ópera, bloqueada muchos meses por la censura, dado que el libreto recogía el asesinato de un rey francés, hubo de reformarse, y en vez de un monarca sería un gobernador de Boston, allende los Estados Unidos, la víctima por un asunto de faldas. La vida tiene sus ironías. Verdi soñaba -lo escribió- con Italia "una, libre y republicana" y terminó siendo un hombre clave y cifrado de las ilusiones monárquicas, y posteriormente diputado.

Verdi, harto de sus paisanos, deja el pueblo y compra Villa Sant'Agata. El campesino que hay en él surge cuando se ocupa de sus tierras. En una carta le recuerda a su administrador que "en las tierras bien administradas, la paja y el forraje hay que hacerlos en casa y no gastar en comprarlos". Y el campesino nato decía esto y una hora más tarde quizás, al piano, ponía unas notas musicales a un libreto que decía: "Ámami, Alfredo...", una apasionada y desesperada llamada de amor. Estaba concluyendo *La Traviata*, cuyo primer acto lo había escrito de un tirón en Génova.

Aquí también, en Sant'Agata, terminó *El trovador*... ¿Se puede pensar que la inspiración pueda venir en esas tierras del río Po? Cierto. Cuando cae la tarde, la niebla lo invade todo. Y los altos árboles que circundan las tierras cultivadas emergen como fantasmas. Dicen que en su jardín intuyó la atmósfera de *Aida*, y un biógrafo, Bruno Barilli, cuenta que paseando Verdi por Parma,

al oír los gritos de un vendedor ambulante de alfarería, tomó notas en un minúsculo block y más tarde, esos gritos son los que escuchamos transformados en las invocaciones de los sacerdotes junto al Nilo. Verdi no fue jamás a Egipto, ni tan siquiera para el estreno de Aida en El Cairo, pero previamente pidió detalles del tamaño del coliseo para tenerlo en cuenta a la hora de contar con “el metal” en la orquesta. El campesino minucioso lo seguía siendo cuando se convertía en compositor.

Verdi, tras su viudez, se unió a Giuseppina Strepponi, a quien ya había conocido interpretando su primera ópera en Milán. Una gran mujer la Strepponi, que dejó el canto por amor. Tenía un pasado borrascoso pero a Verdi eso no le importó. Las murmuraciones le traían sin cuidado, pero la burguesía, la sociedad que le rodeaba, no le perdonó aquella provocación, presentándose en Busseto con su “amiga”. Y cuando la ciudad decidió construir el Teatro que lleva su nombre -coqueto, elegante y entrañable-, Verdi renunció al palco que le concedieron de por vida, en señal de desprecio.

Las malas lenguas afirman que le inspiró el modelo de “Violeta”, la mujer libre y sin prejuicios, que los italianos llamaban traviata, denominación que no refleja exactamente esas virtudes. Años más tarde, al no tener descendencia, la Strepponi decide adoptar como hija a una sobrina, llamada María Carrara. Giuseppe le dio su apellido y ahora, los Carrara Verdi son los poseedores de esta mansión y de estas tierras que Verdi amó con locura y que ahora se pueden visitar.

El invierno es duro en esta tierra. Verdi lo sabía y por eso los transcurría en Génova y Milán, porque en Sant’Agata, a tres kilómetros de Busseto, donde vivió treinta años, los últimos de su existencia, se moría de frío a pesar de que intentó por todos los medios implantar un rudimentario sistema de calefacción que todavía se conserva.

Por cierto, algo muy curioso y extraño nos aconteció el 31 de octubre del año 2000 en Villa Verdi cuando llevábamos a cabo un reportaje con motivo del centenario de su muerte. Iba acompañado de una fotógrafa y algo sucedió.(1)

Desde Busseto, por carreteras comarcales, se llega a Samboseto, pueblo encantador, con su preciosa iglesia. Muy cerca está Diolo di Soragna. Es obligado detenerse ante la Torre que alberga el Museo Giovanni Guareschi, en el denominado “Centro del Boscaccio”.

Después surge Roccabianca, cerca del Po, que exhibe una magnífica plaza porticada. Sissa es el siguiente pueblo, maravilloso, tranquilo, con su correspondiente Castillo –en estas tierras a estas edificaciones mitad palacios mitad fortalezas las denominan Rocca- y mansiones de fin de

siglo XIX, como Villa Scaramuzzi.

Camino de Colorno se pasa antes por San Nazzaro, con su obligada iglesia rompiendo el horizonte. A la llamada “Reggia de Colorno” se llega atravesando un puente empedrado sobre el Canal Lorno. La suntuosa y monumental residencia de los Farnesio, de los Borbones y de María Luisa de Parma, es llamada la “pequeña Versalles parmense”. Residencia de verano –está a catorce kilómetros de Parma-, sus fuentes, su jardín a la francesa y sus amplios salones, con sus llamativos frescos, la hacen acreedora a esta denominación. Actualmente es de propiedad pública y la restauración ha merecido la pena.

De nuevo en camino, presintiendo el Po, el gran Po. Recomiendan observarlo desde Sacca, porque en el pueblo hay un restaurante, “Stendhal”, que recuerda que el gran escritor francés venía por aquí, seguramente a contemplar el Po en el gran recodo que a estas alturas dibuja. En época invernal, su gran caudal de agua impresiona. Las grandes embarcaciones se suelen ver en aprietos con las corrientes.

De vuelta a Colorno, pero ahora evitando su paso, por una ruta secundaria que hace atravesar dos pueblos muy tranquilos, Torrile y Trescasali, se llega a San Secondo Parmense y su famosa “Rocca de los Rossi”, que junto a la “Rocca Meli Lupi” de Soragna y la “Rocca Sanvitale” de Fontanellato, configuran el triángulo de oro de esta región parmense y uno de los motivos esenciales del recorrido.

Los tres castillos no distan más de nueve kilómetros el uno del otro y la duración de las visitas depende del interés puesto en cada uno... Quizás la más llamativa y espectacular sea la Rocca de Fontanellato, con su estructura cuadrada y rodeada de una fosa de agua de casi tres metros de profundidad, que antiguamente la alimentaban arroyos naturales. El Castillo es famoso porque alberga la obra maestra de F. Mazzola, apodado “Il Parmigianino”, la salita de Diana y Acteón, una estancia decorada con el mito del joven que espiaba a Diana en su baño y se convierte en ciervo.

El recorrido termina en Parma. Íntima, fascinante, recoleta, entrañable... son los primeros adjetivos que se me ocurren cuando me refiero a Parma, la ciudad italiana que fuera antigua capital del Ducado que siglos atrás fuera español. Situada en el corazón de Italia, en la Emilia Romagna, y en medio de una de las grandes vías romanas, la famosa via Emilia, no es lugar frecuentado por el turismo de masas. En Semana Santa, Parma es la gran oportunidad para compaginar arte y descanso.

Pocas veces se habrá dado en una ciudad la coincidencia de artistas tan excepcionales como

Antonio Allegri, llamado “El Correggio”, Antelami y el “Parmigianino”. El primero nos dejó esa maravilla de cuadro que es La Virgen de San Jerónimo. Francisco Mazzola, apodado “Parmigianino”, nos legó uno de los cuadros femeninos que han hecho famosa a Parma: La esclava turca, que se exhibe en la Galería Nacional, y que constituye la obra más significativa del manierismo del Cinquecento. El trío de damas se completa con el Retrato de Maria Luigia, duquesa de Parma, de Giovanni Battista Borghesi. Parma adora a esta mujer, a la que debe casi todo su esplendor. Hija del emperador de Austria y segunda mujer de Napoleón Bonaparte, llegó a ser desde 1816 a 1847 duquesa de Parma, Piacenza y Guastalla. El cuadro se encuentra también en la Galería Nacional, pero existe otro en el Museo Glauco Lombardi, lugar muy interesante y totalmente restaurado en 1999.

Parma es ya, de por sí, como ciudad, un Museo al aire libre en el que todo está a mano. En el centro histórico, en la Plaza que alberga su Catedral y el increíble Baptisterio, tiene uno la sensación de que todo es un montaje, un decorado de cartón-piedra para una película histórica o de un film de Bertolucci. En esta ciudad el famoso cineasta italiano rodó La estrategia de la araña y Antes de la Revolución.

Es posible que en los meses de verano, al atardecer, cuando el sol cae y reverbera en los mármoles rosáceos, sea el momento más indicado para admirarla y amarla. Es posible que en invierno tenga otro encanto –yo la prefiero así- cuando la foschía, esa niebla casi volátil, lo invade todo y por las calles y callejuelas silenciosas cientos de bicicletas nos regatean, con ciclistas embozados en bufandas y cubiertos con gorros y viseras. Hace tiempo que dejaron de verse las boinas, que los italianos llaman il basco. Y los vascos, txapela.

Y tras admirar esta maravilla de plaza nos aguardan las divinas cúpulas de los dos edificios mencionados, el Baptisterio y el Duomo o Catedral.

De forma octogonal y revestido de mármol rosa de Verona, el Baptisterio es una de las joyas del arte medieval italiano. Fue proyectado por Benedetto Antelami, que dirigió también la construcción entre 1196 y 1216. Los frescos de la bóveda provocan en quien los contempla un inexplicable estremecimiento, ayudado todo ello por una lograda iluminación. El tema principal gira en torno al Bautismo de Cristo. El Baptisterio fue completamente restaurado, tanto en su interior como en el exterior, entre 1986 y 1992.

Conviene visitarlo, al igual que el Duomo después, nada más abrirse sus puertas o a la hora habitual del almuerzo de los turistas, para no encontrarnos con visitante alguno y poder sentarnos y dirigir la vista hacia arriba. Es entonces cuando nos llegará el éxtasis, el momento maravilloso.

Terminada la visión terrenal del Baptisterio nos aguarda el Duomo, soberbio ejemplo de arquitectura románica, modificada a instancias del propio Correggio, que además decoró su famosa cúpula. El tema principal es la Asunción de la Virgen, pintado entre 1526 y 1530. En el interior, entre otras maravillas, una obra maestra del citado Antellami: El Descendimiento. No tuvo suerte nuestro compatriota Leandro Fernández de Moratín, el autor de la famosa comedia El sí de las niñas, cuando visitó Parma en septiembre de 1793. Lo encontró todo en franca decadencia y degradación. Solamente los cuadros del Correggio le llegaron al alma. La restauración del monumento ha sido muy posterior, en los años noventa del siglo pasado con la financiación de Parmalat, cuando todavía la crisis no había estallado.

Muy cerca se encuentra una tercera cúpula, también del Correggio. Está en la iglesia de San Juan Evangelista. En su interior hay frescos del omnipresente Parmigiagino. En el monasterio anexo, una visita ineludible: la Biblioteca con sus bóvedas magníficamente decoradas. Contiguo a este conjunto, se halla la histórica “Farmacia de los monjes”, de obligada visita también.

En esta ciudad uno se encuentra con una raza particular de turistas, mitómanos y fetichistas, en su mayoría franceses, que portan en su mano o en su mente un ejemplar de La Cartuja de Parma, de su admirado Henry Beyle Gagnon, más conocido por su nombre artístico: Stendhal. Son los “stendhelianos”. En cuanto pisan Parma tratan de localizar inútilmente la Cartuja que da título a la obra porque ésta no existe en la realidad. Es un resumen de varias cartujas que existieron y que pasaron a mejor vida o a otros menesteres. El escritor Enrique Vila-Matas cuenta en su libro de relatos El viento ligero en Parma que en uno de sus viajes a la ciudad de las cúpulas decidió conocer la cartuja indicada en las guías turísticas y se encontró con “una anodina finca vallada donde instruyen a futuros policías de tráfico”. Al parecer, esta cartuja que recomiendan las guías y que está situada en la via Mantova, nunca la pisó Stendhal. Y los policías que de ella salen no van al infierno del tráfico, sino a instituciones penitenciarias.

Lo que se sabe, según el estudioso Antoine Adam, es que cerca de Parma, en su extrarradio, traspasando la puerta de San Michelle –hoy Plaza Vittorio Emanuele- existió una cartuja –la de Vicopo- que parece habría sido la que le sugirió al escritor el escenario de las aventuras de Fabricio del Dongo. Pero por conveniencias de la trama, la situó en la cercana localidad de Sacca, donde precisamente hay un restaurante muy famoso que lleva el nombre del escritor. Y es que el francés, puesto a inventar y confundir a los mitómanos, se inventó una torre, la “Torre Farnese”, desde la que su héroe divisa un imponente panorama. En Parma no existe ninguna “Torre Farnese” y difícilmente pudo divisar ningún panorama. Dicen que se inspiró en el Castell Sant’Angelo romano.

El escritor modenés Antonio Delfini, a quien siempre recordaré por su precioso relato El recuerdo de la vasca, sostenía que realmente la novela tenía que haberse desarrollado en Módena y no en Parma, pero el escritor no quería contrariar al Duque de Módena.

Evidentemente, no podía faltar en Parma un Hotel Stendhal, muy céntrico por cierto, pero curiosamente no hay monumento, calle ni plaza a él dedicados. Eso sí, en una estrecha y céntrica calle denominada Borgo P. Giordani, junto a una puerta de ingreso a los jardines públicos de San Paolo, existe una placa con la efigie del escritor y una inscripción que recuerda que por allí entraba Stendhal camino del monasterio de las benedictinas para admirar los cuadros de su adorado Correggio.

En su famoso Teatro Regio, de obligada visita, siguen teniendo gran importancia sus temporadas líricas. En Parma nació el gran director de orquesta Arturo Toscanini y la visita a su casa natal, convertida hoy en museo, resulta también muy interesante. Parma tiene también otros atractivos como la iglesia de Santa Maria della Steccata, el palacio de la Pilotta, en cuyo interior se encuentra el Museo Nacional, la Biblioteca Palatina y el maravilloso Teatro Farnese.

(1) En el sitio web www.elfantasmadevillaverdi.com se recoge el hecho con el título **“El fantasma de Villa Verdi: un misterio sin resolver”**

Florenia: una ciudad con vistas

Jamás olvidaré la visión de Florenia tras la crecida del río Arno, acaecida en un fatídico 4 de noviembre del año 1966, a través de los noticiarios e imágenes de periódicos y revistas. Un año después la visitaba y todavía quedaban restos palpables del desastre ecológico, fruto del abandono de tantos años de improvisación que hacían presagiar el desastre. Y así sucedió. Porque los días anteriores llovió en toda Italia como no había llovido en muchos años. El cataclismo afectó a Venecia, a la Lombardia, a la Toscana, a la Emilia, pero sobre todo, a la ciudad de Florenia, la maravilla de las maravillas de las ciudades del mundo. La crecida del Arno fue rápida, alevosa y con nocturnidad. A las tres de la madrugada los comerciantes de Ponte Vecchio se apresuraron a llevarse su valiosa mercancía en orfebrería y platería, primordialmente, de sus escaparates. Por los pelos. Dos horas más tarde, las aguas barrían cruelmente el famoso Puente. Luego, el agua alcanzó todo el centro histórico. Hubo 107 muertos y nueve desaparecidos. Los florentinos jamás olvidarán aquella tragedia que, por otro lado, significó también un reactivo, un acicate para su recuperación. Llegó ayuda de toda Italia, de todo el mundo. Curiosamente fueron muchos los jóvenes que meses más tarde acudieron voluntariamente a trabajar en la recuperación de los tesoros artísticos deteriorados. Surgieron iniciativas que aún perduran en forma de escuelas de aprendizaje de restauración. Ahora todos quieren olvidar aquello. Quien visite ahora Florenia le costará trabajo imaginar cómo quedó entonces.

En Florencia, lo que cuenta es la vista, la visión total de la ciudad, para que ello nos transporte a esa sensación “de estar finalmente en un medio humano perfecto”, como escribió en *El amante de lady Chatterley* el gran D. H. Lawrence. Anticipado esto, es muy aconsejable, por lo tanto, nada más llegar a la capital de la Toscana, subir a la plaza de Miguel Ángel para contemplar una vista maravillosa. Es la vista clásica, quizás tópica, con el Arno abajo, la cúpula de Brunelleschi y el campanario de Giotto en primer plano y, como fondo, el verde de las colinas que la rodean –repletas de cipreses- y arriba, el cielo azul. Un azul que sólo los pintores florentinos saben plasmar, porque hace falta vivir aquí para captarlo.

El gran compositor Giacomo Puccini era toscano, de Lucca, y ambientó en esta ciudad una preciosa ópera de un acto, *Gianni Schicchi*, en donde incluyó una romanza de tenor, considerada como un himno a la ciudad y que arranca así: “Florencia es como un árbol florido...” Y cuando se llega, se comprueba que es cierto.

Y no creo exagerar, porque en Florencia saben muy bien –y nosotros también- que al que exagera o miente le crece la nariz, como al florentino Pinocho, nacido aquí, concebido por el periodista y escritor Carlo Collodi.

No olvidemos ese síndrome que tanto afectó al pobre Stendhal, que lleva su nombre y está íntimamente ligado a Florencia, aunque la ciudad no tenga la culpa de nada. Lo que sucede es que tanta belleza, tanta maravilla es imposible digerirla en 24 horas. Y llegan los sofocos, las angustias, las depresiones y en algunos casos graves, ¡los delirios!

Todo itinerario florentino arranca forzosamente de esa maravilla llamada Puente Vecchio, repleto de boutiques. Es el más antiguo de la ciudad y todo un símbolo de ella. Data en su forma actual de 1345 y se levantó para sustituir a la antigua estructura de madera, arrasada por unas inundaciones. En 1565 se construyó el pasadizo de Vasari, que se eleva por la parte este y une el palacio Pitti con el palacio Vecchio. En Florencia, la tentación de comprar es más acusada que en ninguna otra parte del mundo. Desde el Puente Vecchio, a la derecha, nos esperan los soportales de la ribera del Arno que nos conducirán a la famosa Galería de los Uffizi, el museo más visitado e importante de la ciudad. Pero antes se ha de echar un vistazo al otro puente, el de la Santa Trinità. En él, sitúa la tradición que Dante vio por primera vez a Beatriz. Quedó prendado de su belleza, aunque nunca fue correspondido. Se consoló escribiendo *La divina comedia*. Tras la visita a la citada galería, se llega a la gran plaza della Signoria, con el palacio della Signoria llamado también Vecchio –imponente, majestuoso y severo- y la más famosa Loggia, entre las que destaca de sus famosas esculturas el Perseo de Benvenuto Cellini. El palacio della Signoria ha sido denominado de uno u otro modo según quiénes fueran los que gobernaban la ciudad

en cada momento. Su construcción fue finalizada en 1322 cuando se colocó en la torre la gran campana –que en 1530 fue sustituida por una nueva-, que se utilizaba para avisar si algún peligro acechaba la ciudad y también para convocar las asambleas generales. En un principio, el palacio fue bautizado del Popolo, más tarde cuando los signori, los dirigentes de las familias comerciantes más importantes se hicieron con el poder de la ciudad, lo llamaron della Signoria; era el año 1434. En 1537, se denominó Palacio Dúcale y cuando en 1550, el palacio Pitti pasó a ser la nueva residencia del duque, su nombre cambió a palacio Vecchio. Después, bien por la Vía D. Studio –donde se encuentra la casa de Dante-, o por la Vía Calzaiuoli, se llega a la impresionante plaza de la Catedral donde el Baptisterio, el Duomo y el Campanile de Giotto componen uno de los escenarios más bellos del mundo. El Baptisterio, donde fue bautizado Dante, es buen ejemplo de la arquitectura románica de Toscana. Éste, en su exilio, se refería cariñosamente al Baptisterio como su bel de San Giovanni y lo describía como un mundo antiguo lleno de significado. En la Catedral destacan: la famosa Piedad de Miguel Ángel y la cúpula de Filippo Brunelleschi. Éste se fue a Roma para estudiar el modelo de todas las estructuras en forma de cúpula –el Panteón- y volvió a Florencia con una solución para realizar la Cúpula que se basaba en la técnica de la Roma clásica, así la pudo erigir de la altura y dimensiones requeridas sin necesidad de usar ingentes cantidades de madera para el andamiaje. En cuanto a la Piedad, Miguel Ángel comenzó a trabajar en ella en 1550, con la intención de que fuera colocada en su propia tumba, pero desanimado por las imperfecciones del mármol y por su propio trabajo, la rompió. Un criado suyo guardó las piezas y fue un alumno, tras su muerte, quien la reconstruyó y terminó la figura de María Magdalena. La Catedral es un símbolo de la determinación y del deseo por tener lo mejor de los florentinos. En otro tiempo fue la más grande del mundo. Su construcción duró desde 1294 hasta 1436. Tras esto, la Vía Borgo San Lorenzo nos conduce a la iglesia del mismo nombre y atravesando su plaza se llega al palacio Medici-Riccardi. Cósimo de Medici mandó construirlo en 1444 y se trasladó a él en 1459, aún con las obras inconclusas. Con el palacio, al principio, se pretendía establecer una pauta de sencillez en la edificación, modelo para las demás viviendas. De ahí, el aspecto “pobre” que presentaba en sus orígenes. Ahora presenta un aspecto algo más ostentoso debido a las ventanas de frontón que realizó Miguel Ángel en la planta baja, las ventanas góticas en los pisos superiores y la cornisa clásica. Atrás queda la plaza de la República con su Columna de la Abundancia, y camino del puente de Santa Trinità se pueden admirar los palacios Strozzi y Ferroni Spini. Atravesando el Arno, por la Vía Maggio, cualquiera de sus callejuelas laterales nos lleva al famoso Palazzo Pitti. Alberga la Galería Palatina, la Galería de Arte Moderno y el Museo de la Plata. Detrás del palacio se ubican los jardines del Bóboli y el Museo de las Porcelanas, que culmina en el Fuerte Belvedere. También resulta imprescindible la visita al Museo Nacional, Il Bargello.

El periodo de tiempo razonable para disfrutar de Florencia en todos sus matices es una semana, aunque existen algunas agencias que intentan mostrar la ciudad en un solo día. Esto, sin duda, provoca en el visitante la sensación de haber pasado por alto demasiadas cosas en una ciudad con tanto que ofrecerle. Toda Florencia es un catálogo, un inmenso y rico catálogo artístico, como no hay otro en el mundo. Aquí nació la nueva concepción urbanística, gracias sobre todo a Brunelleschi, y también se forjó la novedosa escultura del Renacimiento en 1401. En Florencia vivieron Cimabue y Giotto, padres de la pintura italiana; Arnolfo y Pisano, renovadores de la arquitectura y escultura; Brunelleschi, Donatello y Masaccio, iniciadores del Renacimiento y por supuesto, los genios universales: Leonardo da Vinci y Miguel Ángel Buonaroti.

Pero hay mucho más... Aún nos quedan por ver el museo de San Marcos con obras del Angélico, la Casa de Buonaroti con las esculturas de Miguel Ángel, los museos de Horne y Sttibert, la Galería Corsini que alberga la colección privada más importante de la ciudad y el museo Arqueológico con magníficos objetos de la civilización etrusca. Con el descubrimiento en 1959 de la tumba de Montagnola, se llegó a la conclusión de que los etruscos vivieron en las tierras toscanas. Veinticinco años de continuas excavaciones han dejado como herencia un espléndido “itinerario etrusco”.

Tras los etruscos, los romanos, que fundaron Florencia un siglo antes de Cristo y que iniciarían su renacimiento –el primero- tras la decadencia bárbara en la época carolingia. Los siglos XI y XV marcan el máximo esplendor. Los Medici se adueñan de Toscana, y por supuesto de Florencia; este hecho clave tiene lugar en el siglo XV. Se convierten en los grandes duques de Toscana y se erigen en fabulosos mecenas. Florencia vivirá unos años gloriosos de esplendor cultural, artístico, político y económico. En el siglo XVII, el Ducado pasa de manos de los Medici a los de Lorena, hasta que en 1860 entra a formar parte de Italia. Durante seis años, de 1865 a 1871, Florencia fue la capital del Reino de Italia, en lugar de Roma. La burguesía florentina pretendió equiparar la ciudad con su alta responsabilidad política y terminó destruyendo la zona central aduciendo de forma oficial, razones humanitarias y sanitarias, sin embargo en el fondo ocultaban especulación y un prestigio mal entendido. Se demolieron el viejo mercado y el barrio judío, sobre el que surgió una plaza dedicada al rey Víctor Manuel II y que hoy lleva el nombre de plaza de la República.

Pese a los destrozos ocasionados por la Segunda Guerra Mundial y la terrible inundación del Arno en 1966, Florencia sigue siendo maravillosa.

Roma: recordando A Cesare Zavattini

“Aquí, en esta habitación, murió mi padre”. Arturo Zavattini, hijo de Cesare, me muestra un

despacho con estantes repletos de libros y una mesa de trabajo repleta de objetos. Estamos en Roma, en el bajo interior izquierda de la casa número 40 de la Via Angela Merici. He vuelto a la casa que tantas veces visité cuando él vivía en la misma, a manera de homenaje póstumo, aunque él dijera en una ocasión: “Póstumo no me intereso”. La recorro con Arturo, su hijo, convertida ahora en una especie de Museo y Archivo. Arturo, gran fotógrafo profesional, ya retirado, dedica sus años de jubilación a mantener viva la memoria y el recuerdo de su padre.

Le vi por última vez el 27 de junio de 1989. Arturo me había aconsejado que no lo hiciera. Pero me empeñé en verlo, darle un abrazo y decir un “adiós” que intuía que sería definitivo. La arterioesclerosis había minado aquella fabulosa mente y ya no había recuerdos, sino frases atropelladas y silencios embarazosos. En un momento dramático de la conversación, hice un comentario sobre Milagro en Milán y preguntó a Arturo quién había escrito ese libro. Supo por su hijo que había sido él... Sin llegar a transcurrir cuatro meses, me enteré de su muerte por el escritor y periodista Manu Leguineche que, al día siguiente de su fallecimiento, escribió un artículo magistral que arrancaba diciendo: “Somos hijos de Milagro en Milán, de Zavattini y de Hemingway, del neorrealismo, del existencialismo y de algunos otros ismos. Zava ha muerto, no sabemos si con su boina puesta, derrotado al fin y sólo así de todos sus entusiasmos y energías vitales”. Y es cierto. Toda una generación, la que padecimos el franquismo, tuviéramos los años que tuviéramos, vivimos la pasión del “neorrealismo” con filmes como Ladrón de bicicletas, Milagro en Milán, Limpiabotas, Umberto D y tantos otros...”.

En el mismo despacho en que le vi por última vez, y que ahora emana un inmenso y desolador vacío, le conocí, como le conocimos todos habitualmente: entrevistándolo. Para entonces alguien ya había escrito que mientras que no se demostrara lo contrario, las películas italianas se dividían en tres categorías: las que el guión era de Zavattini, las que estaban basadas en ideas de Zavattini y las que eran copia de los dos guiones de Zavattini. Dentro de esta intencionada exageración se escondía una gran verdad: la influencia que Cesare Zavattini ejerció sobre toda una generación de cineastas del mundo entero y sobre un particular momento de la historia del cine italiano. Era descubrir, en las oscuras salas, casi criptas, de los cine-clubes, generalmente una realidad que nos era negada en nuestro país; era intuir que la vida podía ser afrontada de otra manera, sin los mitos y creencias que un poder omnímodo nos hacía digerir constantemente, era palpar un aire de libertad que intuíamos cómo podía ser...

No es de extrañar, por tanto, que sea así, en su condición de guionista cinematográfico e inspirador de aquella corriente denominada “neorrealismo” como le recuerden y conozcan muchos.

Periodísticamente hablando, Cesare Zavattini -“Za” para los iniciados, amigos y amantes del poco

hablar- no defraudaba nunca. Siempre tenía algo que decir, algo que contar, algo que anunciar. Un proyecto, una idea, un nuevo libro, una nueva película, una iniciativa cultural. El año 1959 entrevistaba por vez primera a Cesare Zavattini, para el semanario Gaceta Ilustrada, suscitándose inevitablemente la cuestión del “neorrealismo”. Ya en aquella entrevista me impresionaron su tremenda vitalidad, su abierta humanidad, su amor por las cosas y por los hombres, su afán de lucha. Los años, afortunadamente, nos depararon otros contactos personales y de ellos, y del progresivo conocimiento de su obra literaria, me fue surgiendo el convencimiento de que en Zavattini había antes que nada una personalidad literaria sacrificada, ahogada, en un momento determinado de su vida, en aras del irresistible canto de sirena de ese medio de expresión llamado “Cine”.

A partir de ese momento concebí un libro antológico que pudiera dar a conocer en nuestro país a un escritor injustamente postergado y minusvalorado. Así surgió Milagro en Milán y otros relatos (Editorial Fundamentos, Colección Espiral, Madrid) en el año 1983, con un prólogo mío y la eficaz y desinteresada colaboración de Arturo Zavattini. El libro tuvo una gran acogida de crítica y hoy día, agotado prácticamente, es objeto de culto de cinéfilos y también manual de prácticas para cursos de guión cinematográfico. Esta vez Cesare Zavattini, al recibirlo, mostró entusiasmo y emoción, pues la contraportada reproduce una frase de un famoso escritor, “que me hizo llorar”, según me confesó. La frase dice así: “Después de la II Guerra Mundial, los escritores de cine vivieron su cuarto de hora con la aparición en primer plano del guionista Cesare Zavattini, un italiano imaginativo y con un corazón de alcachofa que infundió al cine de su época un soplo de humanidad sin precedentes”. Lo firma Gabriel García Márquez.

Al acercarse la conmemoración del centenario de su nacimiento, prometí en Roma a Arturo Zavattini gestionar la reedición de Straparole. Fue una tarea difícil y ardua. Tuvo que ser la Filmoteca de la Generalitat de Valencia la que se decidiera a editar el Diario de cine y de vida, que forma parte de Straparole. Esta edición, llevada a cabo en colaboración con el Festival de Cine de Huesca, me ofreció la oportunidad de completar la biografía incluida en la edición de Milagro en Milán y otros relatos de 1983. Diario de cine y de vida lo presenté primeramente en el Festival de Cine de Huesca, después en la Filmoteca de Valencia y por último en La Habana.

Recuerdo aquellos brindis que hacíamos con sidra asturiana en su casa romana de Via S. Angela Merici, 40. De sus viajes a España, le quedó el recuerdo de la sidra y procuraba llevarle siempre dos botellas. Una nos la bebíamos juntos. Brindábamos por sus libros, por los míos y terminaba siempre diciéndome que tenía que encontrar un empresario italiano dispuesto a fabricar sidra asturiana... en Italia. En cierta ocasión, se me ocurrió llevarle una auténtica boina vasca, de las fabricadas en mi tierra, en Tolosa. Y es que el “basco”, es decir la boina en italiano, ha quedado

prendida a su figura y a su presencia como un emblema. Semanas más tarde recibía una carta en la que me decía: “Caro Ibarrola, has calculado el tamaño de mi cabeza y quizás mi inteligencia, más grande de lo que es en realidad. Por eso, la maravillosa boina no puedo utilizarla. La expondré o la regalaré a alguna persona querida...”.

Esta carta la recordé el 4 de diciembre del 2002, en la Escuela de Cine Cubana de San Antonio de los Baños, cerca de la Habana. Allí ese día, se inauguró la Plaza Vattini, en presencia de alumnos e invitados venidos desde la capital. En el estrado, su director, Julio García Espinosa, y el que fuera alumno de Zavattini, Gabriel García Márquez. Al final del acto, una “sorpresa” preparada de antemano por Julio. Me requirió en el estrado, subí y conté la historia de las boinas de Zavattini. Luego extraje de una bolsa dos boinas vascas de la misma fábrica que surtía a Cesare. En medio de cariñosos aplausos se las entregué a los dos. Se las pusieron con mucha gracia y Gabo se acercó a mí, diciéndome: “No me la quitaré mientras viva”.

Recientemente he visitado Parma y el famoso colegio Maria Luigia, donde un Za jovencísimo residió en él y actuaba como tutor de alumnos, entre los que se encontraba Giovanni Guareschi, que más tarde crearía los famosos personajes Don Camilo y Don Peppone. No muy lejos está el enorme río Po y Luzzara, el pueblo que le vio nacer. Y está el cementerio. Nada más entrar, a la izquierda, se encuentra la tumba de Cesare y de su mujer Olga. Pero estos son recuerdos terráqueos, reales, prosaicos. Sugiero recordar a Za en la plaza del Duomo de Milán, quizás sigan los pobres robando las escobas a los barrenderos y remontando vuelo hacia un país donde decir “buenos días” quiera decir de verdad “buenos días”. (1)

(1) Este capítulo pertenece al libro Cesare Zavattini: medio siglo en mi memoria, de libre acceso en www.alonsoibarrola.com

Nápoles: canciones y milagros

Dice un eslogan turístico, quizás el más célebre del mundo, “Vedere Napoli... e poi moriré”, pero yo me resisto. Mis primeros recuerdos napolitanos se remontan al año 1966. He vuelto en varias ocasiones y he sido testigo de su progresiva decadencia y degradación. Año tras año la he visto perderse en sus miserias y contradicciones. Pero es preciso conocer Nápoles y cuanto antes mejor, porque el turismo de masa la corroe, el Vesubio, ahora silencioso, amenaza y, además, podría desaparecer en sus propias inmundicias si el Municipio no soluciona de una vez por todas el problema de la limpieza y de la sanidad públicas. De todos modos, una ciudad que ha sufrido tantas vicisitudes en su historia no puede morir. Por lo menos, no debe.... Terremotos, dominaciones, sublevaciones, liberaciones posteriores, crisis económicas, guerras, pobreza,

emigración, corrupción, inmundicias, tráfico caótico... A pesar de todo, la bahía de Nápoles sigue siendo de las más bellas del mundo, junto a Sorrento, Pompeya, Capri, adonde llegó Axel Munthe y se quedó, en su San Michele, para toda la vida. En Nápoles estuvo también Oscar Wilde con su escándalo auestas, con el amor de su vida, lord Douglas, y en este clima ardiente terminó irónicamente su obra más dramática: la Balada de la cárcel de Reading. Por aquí pasaron también Wagner, Goethe, Stendhal, Sartre y tantos, tantos otros.

El escritor Carlo Levi tituló su famosa novela del destierro – título que dio la vuelta al mundo cuando fue llevada a la pantalla grande y a la TV- de manera harto significativa: Cristo se detuvo en Eboli. Algunos italianos –casi todos del norte-, y otros que no lo son, creen que se equivocó y que tenía que haberlo hecho mucho antes: a las puertas de Nápoles. Tal es el rechazo que inspira a algunos la ciudad partenopea. Ciertamente exageran, pero el hecho es que a tal rechazo contribuyó la emigración napolitana, acrecentada tras la Segunda Guerra Mundial (primeramente a América) y luego al Piamonte y a la Lombardía sobre todo. Los orgullosos habitantes del norte acogieron con desagrado a estos terroni, como despectivamente les llaman. Y es que el napolitano emigrante, con su pobreza, ignorancia e incultura se labró una fama acreditada ciertamente, y no en el mejor de los sentidos.

De ahí que, como reacción, el scudetto obtenido por el Napoli en la histórica fecha del 10 de mayo de 1987 se convirtiera en delirio, en clamor, en locura colectiva, en histeria de un pueblo que quería restregar a los de Milán y Turín, a los del Inter y la Juve, sus millones, su riqueza, su desprecio, su renta per cápita. Era la venganza del pobre, el corte de mangas al odiado milanés y turinés. Porque esta ciudad, y por supuesto sus habitantes, necesitan otro “milagro”, más tangible y menos espiritual que el que anualmente lleva a cabo San Gennaro el primer domingo de mayo y el 19 de septiembre. El “milagro” futbolístico se produjo y sólo un pueblo como el napolitano podía armar la que armó cuando su equipo se llevó el scudetto. Algunos tifosi apasionados querían llevar a Diego Armando Maradona a los altares, junto a San Gennaro... Alguien escribió en una tumba del cementerio de Poggioreale: “¡No sabéis lo que os habéis perdido!”. Al día siguiente, apareció la respuesta del difunto: “¡Y tú qué sabes, imbécil!”.

Luego las cosas volvieron a su cauce. La aventura futbolística “europea” terminó con la confrontación frente al Real Madrid, en el Estadio San Paolo, que se yergue junto a la Mostra de Ultramar, otro sueño de grandeza mussoliniano, como el EUR romano. Ignoraban los napolitanos que también los madrileños tienen cada año un milagro similar al de San Gennaro: la licuefacción de la sangre de San Pataleón. Sucede el 27 de julio en el monasterio de la Encarnación, desde hace trescientos años. Días antes del encuentro de vuelta, también San Gennaro –el 19 de septiembre y ante cinco mil fieles apretujados en el Duomo- cumplió con su obligación y empataba a milagros.

Lo mismo sucedió, como es sabido, en el Estadio y el Napoli fue eliminado por los madrileños ya que el empate no le servía... Fui testigo de la enorme tristeza que se apoderó de la ciudad tras el partido. Calles desiertas, vacías, desoladas... Hubiera sido muy fácil atracar un banco, una tienda o a un ciudadano cualquiera, pero aquella noche, hasta los ladrones se quedaron en sus casas, tristes y cabizbajos.

En mi ciudad natal, San Sebastián, en los años cincuenta, se cultivaba una gran afición por la música, y especialmente por la coral. En aquellos años, la canción napolitana imperaba en el mundo entero y reverdeció laureles en aquellos años cincuenta, especialmente gracias a un film que conmovió y asombró: Carrusel napolitano. Recuerdo haberlo visto por vez primera en un cine de la Gran Vía madrileña el año 1956 y la gran impresión que me causó. La película, basada en un montaje teatral llevado a cabo inicialmente por Ettore Giannini, había triunfado en el Festival de Cannes. Narraba, en boca del que fuera gran actor italiano llamado Paolo Stoppa, fallecido en Roma el 1 de mayo de 1988, la historia de Nápoles, entre amarga, irónica y divertida a la vez. Pero sobre todo, en el film se cantaba. Canciones napolitanas alegres, optimistas, vitalistas... y románticas. El film termina con una suntuosa tarantella, en "plan colosal", y una secuencia final, rodada a lo largo de la via Partenope. Al tercer visionado del film, ya me había convertido en un napolitano de película y me juré conocer la ciudad algún día. Realicé numerosos reportajes en Italia, pero ninguno me conducía a Nápoles. Un día, entrevistando a Cesare Zavattini, en su domicilio romano, en la via Angela Merici 40, me comentaba desconsolado el fracaso del film El Juicio universal, que tras muchos años de esperanzas y desilusiones había rodado finalmente su inseparable amigo, Vittorio de Sica... en Nápoles. Presentado ese mismo año de 1961 en el Festival Internacional de Cine de Venecia, el film resultó un gran fracaso. Supe por el propio Zavattini que años más tarde, la editorial Rizzoli lanzó un libro titulado Nápoles: una ciudad en sus personajes, firmado por Vittorio de Sica y por el fotógrafo Herbert List. Ambos agradecían la ayuda a Cesare Zavattini, "ideador de este libro". El libro me llegó a las manos a través de la realizadora catalana Mercè Vilaret, por cortesía de otra catalana, María Mercader, viuda de De Sica. Es una joya inapreciable como testimonio de un mundo y de unos personajes inolvidables.

Con los recuerdos personales de Cesare Zavattini y las canciones evocadas por Ettore Giannini, me dirigí a Nápoles por vez primera el año 1966. Resultó traumático y desconsolador. Y es que vamos –al menos yo- por la vida con la mente deformada por las cosas que nos cuentan y por las lecturas incontroladas y mal dirigidas, por visionados cinematográficos o televisivos que nos falsean la realidad de la cosas -y de la vida, por supuesto- y cuando llegamos al escenario tantas veces soñado, idealizado y añorado nos percatamos, de repente, que adonde realmente hemos llegado es al "escenario del crimen". En el caso de Nápoles, al escenario del "crimen urbanístico". Esta comprobación, años más tarde, la vi reflejada en otro film de Franco Rosi,

situado en las antípodas del Carrusel. Me refiero a Las manos sobre la ciudad, en el que se narra la especulación inmobiliaria, la degradación ambiental que ha sufrido Nápoles a lo largo de los últimos cuarenta años. En aquella mi primera visita, por lo menos, tuve la fortuna de escuchar a los últimos posteggiatori, es decir, a los cantantes ambulantes de Nápoles. Recuerdo que me dieron ocasión, una noche, en un restaurante, de elegir una canción napolitana. Santa Lucía Luntana, pedí... De todos modos, a pesar de aquella primera desilusión, yo sigo amando a Nápoles y cultivando mi pasión por la canción napolitana. Porque la historia de Nápoles no se puede entender sin la historia de sus canciones y compositores que la hicieron célebre en el mundo entero. La canción napolitana murió, pero fue algo muy importante en la cultura de esta ciudad vital, mísera, colorista, patética, amarga, soñadora... y ladrona, como otras muchas. Que se lo pregunten a nuestra eximia cantante Teresa Berganza, a la que le dieron el tirón –lo scippo lo llaman en Italia- en plena calle, desde la obligada motocicleta, dos muchachos napolitanos. Cayó al suelo, se lastimó el hombro y tuvo que suspender su actuación.

Los posteggiatori han sido siempre el alma de Nápoles, al igual que los organilleros. Pero unos y otros han ido desapareciendo, muriendo, lenta e inexorablemente. En Santa Lucia nació la canción quizás más célebre de todos los tiempos: “Santa Lucía; Sul mare luccica l’astro d’argento...” fue transmitida, en este barrio de pescadores, de padres a hijos, de generación en generación, en dialecto napolitano hasta que el año 1850 Cottrau asumió su paternidad al transcribirlo al idioma italiano. No hizo otra cosa que darle una cuadratura musical en la transcripción, pero ganó mucho dinero. Posiblemente a este barrio mariner, al igual, pero mucho antes, que Cottrau, venía también el pintor, poeta, músico y cantante Salvatore Rosa, al que se le atribuye otra canción, famosísima también, quizás la más antigua de todas: Michelemmá. Precisamente la película Carrusel Napolitano arranca con esta canción su nutrida antología. Refleja su letra el drama de amor vivido por una pareja de enamorados por culpa de las invasiones sarracenas. El novio se va a pescar, llegan los sarracenos, la muchacha es sorprendida por los moros y violada. Luego se suicida. Fue ésta, la canción interpretada la noche del 7 de septiembre de 1860 por un gran coro, cuando Garibaldi hizo su entrada triunfal en Nápoles. Con ella quisieron decirle lo mucho que le querían, aunque quizás intuyesen que sería un amor imposible. Y lo fue...

Resulta obligadísimo hablar de la Fiesta de Piedigrotta al referirme a la canción napolitana. Etimológicamente, “Piedigrotta” significa “al pie de la gruta”, y parece referirse a las grutas que hay en Posillipo y que servían como lugar de reuniones para ceremonias rituales y orgías de todo tipo. Algo así como las grutas o cuevas de Zugarramurdi, en nuestra Navarra, donde se reunían en aquelarres las “sorguiñas” o brujas. En Posillipo no había aquelarres, sino auténticas bacanales, de las que da cuenta Petronio en su Satyricon. Cuenta la leyenda que, a finales del siglo I, algunos cristianos destruyeron un ara pagana, que se hallaba en una gruta, y en su lugar

erigieron una capilla a la “Virgen de la Serpiente”, llegándose a convertir en un centro de devoción que culminaba anualmente en la festividad de la Natividad de María, el 8 de septiembre. En el siglo XIII, la capilla se transforma en iglesia y adopta el nombre de “Madonna de Piedigrotta”. Convertido en centro de peregrinaciones, devociones y escenario de algún milagro que otro de menor cuantía, a partir del 8 de septiembre de 1528 –cuando la flota francesa que asediaba Nápoles se ve obligada a capitular y los napolitanos, ante la coincidencia de fechas, empiezan a gritar ¡milagro!- es cuando, ante tal acontecimiento histórico, se convierte en “fiesta solemnísimas”. Desde ese año será una gran fiesta popular, donde lo religioso va siendo olvidado o relegado a un segundo plano. Por otra parte, los reyes de la dinastía Borbón, que ocupaba el trono de las Dos Sicilias, alentaron esta fiesta y añadieron desfiles militares. Pero lo que se hacía en la fiesta de Piedigrotta era cantar, sobre todo, y hay quien asegura que la primera canción que lanzó Piedigrotta en la noche de septiembre de 1835 fue *Te voglio bene assaie*, la maravillosa romanza compuesta por Gaetano Donizetti con versos del poeta Raffaele Sacco.

Salvatore di Giacomo fue el gran artífice de la canción napolitana de autor. La emmarca en la tradición literaria e inicia la construcción del inmenso patrimonio que constituye hoy día para gozo de todos. Di Giacomo canta al amor y a la naturaleza, pero siempre con un toque aristocrático de tristeza y nostalgia. “Todo pasa, todo se olvida”, decía y escribió Di Giacomo, y esa expresión define, retrata a todo un pueblo, como el napolitano, que a través de siglos de dominaciones, de sufrir la prepotencia de tantos conquistadores, refleja su vivir y su sentir en sus canciones. La auténtica canción napolitana nunca ha sido alegre. La querían alegre los turistas, y hablaban del país del sol, del amor, del vino y de la vida. Pero la melancolía y la resignación son los dos sentimientos que subyacen en el fondo de las mejores canciones napolitanas. “Escuchando las canciones más bellas –escribe Gianni Cesarini- entre las escritas, no sólo por Di Giacomo durante los años 1880 a 1910, es posible penetrar en un cierto espíritu napolitano, nutrido de sentimentalismo, agitado por las pasiones, pero a la postre rico de una consoladora filosofía, “todo pasa y se olvida”, uno de los leitmotiv “digiacomianos” que nace de una actitud muy napolitana en lo que respecta a la vida, impregnada de melancolía y de una fundamental capacidad de resignación”. Y será esta capacidad de Salvatore di Giacomo de comprender el alma napolitana lo que provocará su enorme éxito entre el pueblo, junto a su decisión de “excluir como medio expresivo la lengua italiana, académica y cristalizada a finales del ochocientos, confiando su poesía a la lengua napolitana, más dúctil y viva, la que hablaban todos en torno suyo, una lengua que la sentía como suya y dominaba con gran naturalidad”, añade Cesarini.

Si Salvatore di Giacomo contribuyó al prestigio de la canción napolitana con su poética de alto nivel literario, personal e inimitable, es obligado aludir a dos grandes cantantes de ópera napolitanos de aquella época que incluyéndola en sus respectivos repertorios –en recitales primeramente y

después en las primeras e incipientes grabaciones discográficas- la hicieron famosa en el mundo entero.

Me estoy refiriendo a Enrico Caruso –"Don Erri" le llamaban sus paisanos- y a Fernando de Lucia. El primero, quizás magnificado en exceso. El segundo, injustamente olvidado durante muchísimos años y ahora reivindicado... por estudiosos ingleses. Caruso no amaba a sus paisanos y murió en Nápoles por casualidad. Cuando llegó a su tierra se instaló en Sorrento, en el Hotel Vittoria, y creyó que se repondría de sus dolencias pulmonares. Tras una visita a Pompeya se sintió indisputado. Necesita ser intervenido en una clínica con urgencia. Lo montan en un automóvil, pero con cuarenta grados de fiebre se impone un descanso en Nápoles, en el citado Hotel Vesubio. Aquí morirá, en el mismo hotel en el que un año más tarde Benito Mussolini –el 24 de octubre de 1922- contemplará a los camisas negras fascistas que cuatro días más tarde marcharán sobre Roma. Nápoles ignoraba que las desgracias nunca vienen solas. Había perdido a su gran Caruso y con el fascismo iba a perder su identidad, porque el fascismo no era amigo de lenguas y dialectos que "desintegran la nación". Pero eso ocurrirá más tarde.

Los napolitanos tienen un famosísimo teatro de ópera, el teatro de San Carlos, pero hace tiempo que no está a la altura de su gloriosa historia. Se inauguró el 4 de noviembre de 1737, onomástica de Carlos de Borbón, que fue quien lo ideó y ordenó su construcción, apenas ocho meses antes, al arquitecto Giovanni Antonio Medrano. Se representó la ópera Aquiles en Sciro, de Domenico Sarro

-basada en la obra de Metastasio-, que también la dirigió. Cuentan que era un teatro espléndido, que vivió momentos de brillantez. Paisiello y Cimarosa encabezan una lista brillante de autores de la época, una época que había inventado la "ópera bufa" pero que en el San Carlos no se representó. Aquí se cultivó la ópera seria y Nápoles se convirtió en la capital de la música europea. Atraídos por su fama vinieron Haydn, Johann Christian Bach, Gluck, Hasse, etc. También los más célebres cantantes de la época ambicionaban exhibirse en el escenario del San Carlos y muchos consolidaron en el mismo su fama, como Lucrezia Anguieri y Caterina Gabrielli, así como los celeberrimos castrati Caffarelli (Gaetano Majorano), Farinelli (Carlos Broschi), Gizziello (Giacchino Conti), los tres provenientes de conservatorios napolitanos, hasta llegar a Gian Battista Velluti, el último evirato cantore, como les llamaban en Nápoles a los cantantes castrados, de los que se cuentan increíbles anécdotas. Su fama era universal, siendo reclamados para actuar en Madrid, Lisboa, Viena, Leningrado (entonces San Petersburgo), etc. Nápoles era el centro más renombrado en la preparación de cantantes evirati, y un escritor inglés confesaba haber visto rótulos en la ciudad con la inscripción: "Aquí se castran muchachos". Se cuenta la anécdota de un castrado, el año 1765, en el Teatro San Carlos, llamado Luca Fabbris, que intentó afrontar

una nota demasiado alta y murió por el esfuerzo, fulminado. En 1799 los franceses decidieron suprimir la castración de niños con fines musicales, decisión que fue muy mal vista por profesores de canto y aficionados a la ópera. Protestaban al grito de: “¡Viva el cuchillo! ¡El bendito cuchillo!”. Aseguran que en la década posterior la adopción de tal medida se hizo notar en Italia provocando una crisis de cantantes.

El gran Rossini tiene una historia personal y musical muy ligada al San Carlos de Nápoles. Ocho años permaneció en Nápoles –de 1815 a 1822- y en el San Carlos estrenó varias de sus óperas, entre ellas Ermione, Armida, Mosé, La donna del lago, Zelmira y, si no como “estreno” -ya que se verificó en el Teatro Fondo porque todavía el San Carlos estaba en obras- sí como “reestreno”, Otello, con el español Manuel García como protagonista, padre de la famosa María Malibrán, que compartió temporadas con Giuditta Pasta, Rubini y dos tenores franceses: Adolphe Nourrit y Gilbert Duprez. Este último inventó el “do de pecho”. Nourrit, no pudiendo resistir los éxitos de su paisano, una noche se suicidó arrojándose desde la habitación de su hotel napolitano el 8 de marzo de 1839. Al término de una representación de Zelmira, Rossini huyó con su protagonista, la soprano española Isabel Colbran, que era amante del empresario, y con la cual terminaría casándose. El empresario dio entonces la oportunidad a un joven prometedor: Gaetano Donizetti. La anécdota me recuerda la trama de nuestras zarzuelas, al estilo de El dúo de la africana... Donizetti compuso para el San Carlos dieciséis óperas, entre ellas la citada Lucia, con el rey del “do de pecho”, Duprez, en el papel de Edgardo, y la soprano Tacchinardi-Persiani en el de Lucía. En 1826, Barbaja estrenó la ópera de un estudiante del Conservatorio San Pietro a Majella. Su título: Bianca e Fernando. Su nombre: Vincenzo Bellini. Más tarde vendría a Nápoles el gran Verdi, que estrenó varias de sus óperas en este coliseo... menos una: Gustavo III, prohibida por la censura en el último momento. Hechos los cambios pertinentes, la estrenaría en Roma con el título de Un ballo in maschera. A punto estuvo Verdi, animado por su segunda mujer, la Strepponi, de comprar una casa en Nápoles y transcurrir en ella los inviernos. Finalmente optó por Génova, dado que estaba mucho más cerca de su Sant’Agata, en Busseto. A principios de este siglo, el San Carlos va a conocer las óperas de Puccini, Mascagni y de cuatro napolitanos ilustres – por nacimiento o estudios-: Leoncavallo, Giordano, Cilea y Alfano. Luego, el público napolitano acogerá a Wagner, cuyas óperas inaugurarán las temporadas durante diez años.

Literatura, cine y teatro han deformado casi siempre la visión napolitana. Recuerdo otro film entrañable y pintoresco: El oro de Nápoles, de Vittorio de Sica, que era de Sora pero que amaba mucho a esta ciudad. Descubría la compleja personalidad de los napolitanos basándose en la famosa novela del mismo título de Giuseppe Marotta, un napolitano de pro. También de otro inolvidable napolitano, Pepino de Filippo, de una ilustre familia de artistas napolitanos, es obligado citar Nápoles Millionaria y Filomena Maturano, originariamente piezas teatrales y posteriormente

llevadas a la pantalla grande. Y junto a estos dos, un “mito”: Totó, el famoso cómico a quien la RAI italiana rindió homenaje en 1987, con motivo del XX aniversario de su muerte, ocurrida el 15 de abril de 1967. Antes de morir, declaró a un periodista: “Cierro por quiebra, nadie me recordará”. Se equivocó. Todos lo recuerdan. En muchos lugares y establecimientos públicos de Nápoles es frecuente encontrarse con su efigie, en lugares de honor. Y en el napolitano Teatro Sannazaro, en septiembre de 1987, tuve ocasión de asistir a un gran homenaje póstumo. Todos terminamos cantando su famosa canción Malafemmena. Otros films como Maccheroni y Cosí parlava Bellavista no hicieron otra cosa que proseguir con la deformación y/o la caricatura del pueblo napolitano. En el film de Ettore Scola, magistralmente interpretado por Marcello Mastroianni y Jack Lemmon, el personaje asumido por el gran actor italiano resulta falso a todas luces. El segundo film basado en la novela del mismo título, de otro napolitano, Luciano de Crescenzo, es una graciosa, pero exagerada, visión del “espíritu napolitano”. El ingeniero De Crescenzo, que dejó su profesión porque descubrió una mina con la escritura fácil y vulgarizadora de la historia griega, deforma los personajes en su intento de ofrecer una visión humorística de la sociedad napolitana a través de unos personajes prototipos.

A lo largo de la última década, libros, folletos, exposiciones, conferencias... durante el curso escolar, hacen que en esta tierra siga viva la presencia española. Un completísimo y voluminoso libro de Riccardo Raimondi, sobre la Real Arciconfraternità e Monte el SS. Sacramento de Nobili Spagnoli, me puso en conocimiento de todo lo referente a la presencia y actividades de esta entidad en Nápoles. De esta manera supe del gran número de iglesias españolas que hubo dedicadas todas ellas a la Virgen del Pilar y que los napolitanos transformaron en “Virgen de la Colonna”. Pasear por los “barrios españoles” resulta fascinante. Da lo mismo elegir una calle que otra. Todas arrancan de via Toledo, todas en pendiente, rectilíneas y paralelas, se cruzan con otras iguales, pero perpendicularmente. Exactamente como los antiguos castros romanos, pues a su imagen y semejanza los construyeron los españoles. Al pasear por ellas, se encontrarán con los típicos bassi, es decir, los bajos de los edificios. A los extranjeros en general les choca mucho este tipo de vivienda, que originariamente fue concebida para albergar a los gremios y sus respectivos menesteres. Pero ante la falta endémica de casas, los napolitanos las transformaron en sus hogares. Para el turista español, la existencia de los bassi no sorprende ni asombra. Tenemos casos bien patentes. Pero, de todos modos, los bassi napolitanos resultan muy especiales, entrañables, humanos, tiernos, patéticos y miserables. No quiero poner poesía al hablar de los mismos ni hacer literatura barata. Están en los bassi porque no tienen otra opción. En un autobús urbano camino de Sant’Elmo hablé casualmente con una señora que había nacido y transcurrido su infancia y juventud en los bassi y, para ella, abandonarlos fue una auténtica liberación. Odiaba los bassi con toda su alma. He visto, en esas viviendas de una habitación, la

típica imagen de la familia en torno a la mesa a la hora de la cena, con el abuelo o la abuela en la cama. Toda la intimidad mostrada al extraño, al paseante, al viandante. El mobiliario siempre es el mismo. Un frigorífico, un televisor, un sofá-cama y una cama grande matrimonial. Promiscuidad, falta de intimidad e higiene, hacinamiento, calor en verano, frío en invierno, pobreza en algunos casos... éstos son los bassi. No me gusta, no me ha gustado nunca, pasear por los barrios con bassi. Me parece cometer una falta de pudor y de respeto hacia unas gentes que si pudieran se habrían marchado ya, porque nadie ama vivir en “los bajos”. Ya desde la unidad de Italia los políticos se empeñaron en eliminar los bassi, pero no lo lograron. Ni el mismo Mussolini, el más optimista y temerario de todos, lo consiguió. En 1935 Nápoles tenía 850.000 habitantes y los bassi eran 56.000. Esto significaba que casi un tercio de la población vivía de mala manera. Otra ironía del destino: los bombardeos de la aviación aliada resolvieron en parte el problema, porque no solamente destruyeron objetivos militares, edificios públicos, monumentos e iglesias, sino que desaparecieron barrios enteros... con los bassi. Hay bassi en los barrios españoles, en Pizzofalcone, en la Sanità, en Montesanto, en el cuadrilátero de la vieja Nápoles... Hay muchos bassi todavía, por desgracia. Y no es un elemento típico, sino una realidad deprimente. Jamás he visto poesía en los bassi. Y si algo ha hecho a tales viviendas agradables a la vista, es la entrañable humanidad de quienes lo habitan. Porque son gente abierta, cordial, inequívocamente optimista, sabia, de vuelta de todo en la vida... Es el “espíritu napolitano” el que habita todavía en los bassi.

Once calles, tras el terremoto, tuvieron que ser cerradas al tráfico y el sesenta por ciento de las casas resultaron seriamente dañadas por el dichoso terremoto. Igualmente alto resulta el porcentaje de “tirones”, robos y drogadictos en la zona, siempre creciente además. Un muchacho de los “barrios españoles” decía a un periodista cuando el Napoli quedó campeón: “No habíamos tenido nunca una fiesta así; en los quartieri sólo hay miseria. Pero a nosotros nos parece que todo vuelve a sonreír y vemos un futuro mejor”. Un año después, todo esto resultaba irónico. Pan, miseria y fantasía. La verdad es que no saben qué hacer con los “barrios españoles”. ¿Rehabilitarlos o destruirlos por completo? Ésta es la cuestión.

El film El Juicio Universal, dirigido por Vittorio de Sica, arranca en San Martino, el famoso museo dañado por el terremoto de 1980 y del que hablaba al inicio, al referirme a una entrevista mantenida con su responsable. En la primera secuencia, un grupo de turistas de varias nacionalidades siguen a un guía que les va mostrando objetos y curiosidades de su interior. Cuando llegan a la terraza la voz del guía advierte: “¡Preparen sus ojos, señores! ¡Ésta es la Nápoles de hoy! A la derecha Capo Miseno... Mergellina... Posillipo... via Caracciolo... Castel dell’Ovo... Chiaia... Toledo...”. Y finalmente, con voz solemne, exclama: “E o’mare. O’mare signori, levatevi o cappiello...”. Y los turistas, ante tanta belleza, absortos ante el panorama, se descubren.

Cuando voy a Nápoles, siempre que puedo me asomo desde la impresionante terraza de San Martino para ver, arriba, un cielo azul y el sol implacable tantas veces cantado; enfrente, el mar maravilloso, las costas, las islas famosas, Capri, Ischia, Procida... el Vesubio. Abajo, el infierno de la ciudad... ¿Cuántas Nápoles existen? Para el escritor francés Dominique Fernández, hay dos Nápoles: la que se ve y la subterránea. Ciertamente existe una Nápoles que no se ve. Precisamente un ingeniero, Guillermo Melisurgo, escribió un libro, Nápoles subterránea, que recoge y testimonia lo que vio en sus correrías... subterráneas, acompañado por los pozzari, es decir, los poceros, los que se ocupan de limpiar las conducciones y pozos, como su propio nombre indica. El ingeniero contabilizó más de cinco mil grutas, dos mil pozos, algunos profundísimos, canales, conducciones de agua, estanques, piscinas, sumideros, depósitos particulares de agua, etc. Téngase en cuenta que Nápoles descansa sobre toba, que es materia muy manejable. De ahí que a los napolitanos no les extraña que de vez en cuando el suelo ceda y se trague a un ciudadano, un coche, un niño o un turista. Todavía recuerdan los dramáticos episodios del Corso Vittorio Emmanuele y de via Aniello Falcone. Es comprensible que el Municipio prohíba terminantemente la visita a la Nápoles subterránea, a diferencia de lo que ocurre en París y Viena, por ejemplo, donde es posible recorrer las cloacas. Y no lo prohíbe por los posibles hundimientos solamente, sino por el peligro que entrañan las ratas de cloaca, que aquí en Nápoles las llaman zoccole. Hace unos años, tras un hundimiento, surgió una zoccola que pesaba siete kilos y medio y medía, rabo incluido, un metro veinte centímetros. De todos modos, los napolitanos siempre exageran.

A decir verdad, no hay dos Nápoles, como decía Dominique Fernández. Hay tres... La que se ve, la subterránea... y la camorrística, que no se ve pero se palpa, se intuye, se presiente. La corrupción está siempre latente y protegida. Y es que me falta escribir una palabra absoluta: “mafia”, que en esta ciudad tiene otra denominación más precisa: “Camorra”, que gobierna, rige los destinos de la ciudad, de los concejales, de los conserjes, de los barrenderos, de los enterradores, comerciantes, contratistas de obras, albañiles, traficantes de drogas y un largo, larguísimo, etcétera.

En Nápoles, mafioso se nace. Es un acervo cultural, por así decirlo. La mafia ha sido siempre, por excelencia, siciliana, donde nació, pero llegó a la península a través de Nápoles, donde adquirió identidad propia.

La Camorra siempre está presente en la vida napolitana. Bien lo saben mis colegas de Il Mattino. El 23 de septiembre de 1985 caía muerto a balazos en Torre Annunziata un joven periodista de dicho diario, Giancarlo Siani. Dos años y medio más tarde, veía en la RAI un reportaje en torno a su misteriosa muerte con una fallida entrevista a uno de los presuntos culpables, declarado inocente con la enérgica intervención de la “mamá”, y las desconsoladoras palabras de un hermano del

asesinado que albergaba la esperanza de que, de una vez por todas, fueran descubiertos los culpables. Pero muchos dudan de que esto ocurra algún día. El propio director del diario napolitano, Pasquale Nonno, un excelente profesional a quien tuve ocasión de conocer personalmente, en la pequeña pantalla respondía a un colega romano, que achacaba a Il Mattino poco arrojo y decisión al afrontar el tema de la Camorra. En su reposada pero contundente respuesta vino a decir que resulta muy fácil hablar así desde Roma..., pero otra cosa es afrontar la Camorra y vivirla en su propio terreno, en las zonas de Torre Annunziata, Torre del Greco, como corresponsal, y en la misma Nápoles en barrios como Forcella y Secondigliano, donde la Camorra campa a su aire.

Pero el diálogo entre “vivos” y “muertos” en Nápoles cobra especial acento en los diarios, en la “sección necrológica”. Más que esquelas mortuorias, lo que acostumbra a los napolitanos a insertar en el periódico –la mayoría en Il Mattino- es un “mensaje” al difunto: “Abuelito, tu recuerdo vivirá siempre en mí. Tu adorado Paolo”. Por supuesto, Paolo paga la tarifa establecida. “Greta, Fabrizia, Bàrbara y Maria Tiziana lloran la pérdida del adorado tío, el abogado Vittorio Porta”. Las sobrinas pagan el llanto, obviamente. La categoría y prestigio del muerto se puede medir por el número de columnas que ocupen las condolencias.

Con la emigración napolitana, la Camorra se exportó a los Estados Unidos. Y de todos es bien sabido, a través de novelas, films y telefilms principalmente, cómo actúan. El famoso policía Joseph Petrosino –del cual se hizo un film en torno a su vida- consiguió atrapar al chantajista del tenor Enrico Caruso y a otros muchos elementos de la Camorra y de la Mano Negra, otra organización del mismo estilo, pero siciliana. Petrosino, llevado por su fervor antimafioso, cometió un grave error: se trasladó a Palermo en busca de los antecedentes penales de uno de los jefes y murió a balazos. “Don Erri” pagaba su impuesto por ser napolitano, y por tener dinero, claro está.

La Camorra, durante la Segunda Guerra Mundial, hizo pingües negocios con las tropas de ocupación aliadas, sobre todo en torno al puerto. En Nápoles residía el tristemente famoso Lucky Luciano, que mantuvo unas estrechas y nunca bien aclaradas relaciones con oficiales del ejército norteamericano. La Camorra napolitana dominó el mercado negro de víveres. Con los años, los víveres fueron sustituidos por el tabaco americano, la prostitución y el juego. En la actualidad, la droga es lo que domina principalmente el quehacer de la Camorra napolitana. El intrépido que se lanza a la aventura de desemmascarar la trama de la Camorra casi siempre es hombre muerto, sea magistrado, policía o periodista. En los años cincuenta, Luigi Zampa rodó un film –Proceso a la ciudad- en el que un magistrado terminaba sometiendo a proceso a toda una ciudad. Evidentemente, la ciudad era Nápoles... aunque no se dijera en concreto. Todo el mundo entendió el mensaje. El film, en su denuncia, a pesar de los años transcurridos y aunque su trama estuviera situada a finales del siglo pasado, sigue siendo válido y vigente.

Pocas veces una ciudad habrá sufrido tantos avatares en su historia como Nápoles desde que fue fundada. Resulta lógico, por lo tanto, que la realidad histórica se cruce y entrecruce con mitos y leyendas, que a fin de cuentas son la sal de la vida de una ciudad. ¿Pero qué sería de Nápoles sin sus mitos y leyendas?

Cuenta la historia que había una mazmorra –sin identificar en la actualidad- destinada a encerrar a los condenados con el máximo rigor. Pero un día se percataron de que éstos desaparecían misteriosamente. Las mazmorras eran muy húmedas y cuando subía la marea, el agua le llegaba a la cintura al desgraciado encerrado en la misma. Redoblada la vigilancia, por fin se averiguó cuál era la causa de las misteriosas desapariciones. Se trataba de un cocodrilo, que se introducía con la marea alta en la mazmorra y devoraba al prisionero de turno. Se supuso que el cocodrilo habría podido llegar a Nápoles agarrado a la quilla de alguna de las muchas naves que llegaban provenientes de Egipto, y que el hambre le hizo dar con la mazmorra que se comunicaba con el mar a través de un conducto. Parece ser que durante un tiempo, las autoridades callaron el hecho y su existencia fue aprovechada para deshacerse de algunos presos embarazosos. Cuando decidieron eliminar al animal, arrojaron al mar un ancla con un muslo de caballo como cebo. El cocodrilo cayó en la trampa y materialmente fue “pescado”. Una vez liquidado, fue disecado, su piel cortada cuidadosamente y su interior relleno de paja. Luego se expuso a la curiosidad pública en la entrada del Castillo, durante muchos años, hasta mediados del siglo XVIII.

De la reina Juana está llena de leyendas la ciudad. La fantasía popular siempre ha atribuido los sitios más dispares –y en ruinas- como presuntas moradas de la reina. De la reina Juana se cuenta su pasión amorosa, su lujuria, su ninfomanía. Una auténtica devoradora de hombres... y de caballos. Porque aseguran que en un momento de su vida no le satisfacían los hombres y se hizo amante de un caballo. Murió atrozmente, cuando un día los criados que ayudaban a ella y al caballo en el difícil pero placentero trance, por malicia o descuido, abandonaron al caballo a su suerte y éste la destrozó.

Ardo en deseos de hablar del inquietante príncipe de Sansevero. Para ello es preciso que nos lancemos al Nápoles antiguo, viejo, como quieran llamarle. Muy cerca de la Plaza de Dante, pero en dirección contraria a la de Capodimonte, detrás de la iglesia de San Domenico Maggiore, se encuentra una calle estrecha a la que se debe estar muy atento para no pasar de largo. Es la via de Sanctis. Mejor sería llamarla vicolo. En el número 19 se halla el Palacio de los Sangro y la Capilla Sansevero. Fundada en 1590 por Juan Francisco Sangro como capilla funeraria de la familia, fue decorada años más tarde a su manera, entre 1749 y 1766, por Raimondo de Sangro, príncipe de Sansevero. Este príncipe vivió entre 1710 y 1771 y la fantasía napolitana le ha convertido en personaje de leyenda. Masón, quiromántico, inventor, mixtificador, escritor, artista, humanista,

mecenas, filósofo, astrónomo, brujo, mago, hombre de armas... Lo fue todo. Benedetto Croce no lo trata con mucho cariño en sus Historias y leyendas napolitanas, y cuenta que mató nada menos que a siete cardenales y con sus huesos construyó otras tantas sillas, utilizando la piel para los asientos... Lo que sí es cierto, y esto lo digo porque existe un plano que se conserva todavía, es que el príncipe de Sansevero inventó una “carroza anfibia”, ciertamente de escasa utilidad, pero el pueblo napolitano magnificó el invento hasta hacerlo “milagroso”. Lo más macabro de Nápoles está indicado en la misma capilla con un letrero. Una escalera de madera conduce a un sótano y en una sala, en un armario, se exhiben dos esqueletos... muy singulares. Aquí quizás debería haber un letrero que avise a las personas de sensibilidad acusada que se les puede arruinar el almuerzo... si la visita la realizan por la mañana. Los esqueletos pertenecen a un hombre y a una mujer. De ella se sabe que era negra y que sufrió una cesárea. No son dos esqueletos cualesquiera, porque ofrecen a la vista todo su interior, es decir, huesos, corazón, venas, arterias, los mismos que en vida, conservados gracias a un proceso de “metalización” que el príncipe descubrió y del que se ha perdido la fórmula. Se dice que el príncipe suministró una sustancia química por él inventada a los dos siervos cuando todavía estaban vivos, para que la circulación sanguínea facilitara la mejor distribución del líquido por todo el cuerpo. A muchos les cuesta creer que “aquellos” sean dos cuerpos humanos y afirman que todo es de plástico... Pero falta añadir un detalle: que todavía, en los tiempos del príncipe, no se había inventado el plástico. Claro que de haber vivido más tiempo seguro que lo hubiera conseguido...

Es obligado al hablar de Nápoles referirse a San Gennaro y su milagro, que en España tiene su correlación en el “milagro de San Pantaleón”, y más concretamente en Madrid, donde se considera que la sangre del italiano se licua “no con la misma precisión y nitidez que la de San Pantaleón”. Esto lo recogía un redactor del diario El País el 28 de julio de 1987, con motivo de haberse producido el “milagro”. El día anterior, 27 de julio –idéntica fecha desde hace trescientos años-, se produjo de madrugada la licuefacción y permaneció así durante veinticuatro horas, con un tono escarlata, hasta que se coaguló nuevamente. Esto ocurría en el monasterio de la Encarnación, situado junto a la madrileña Plaza de Oriente. San Pantaleón sufrió martirio el año 305 en Nicomedia, en la actual Turquía. San Gennaro, por su parte, fue decapitado en Pozzuoli, cerca de Nápoles, por los romanos, el 19 de septiembre del año 305. Elegido obispo en Benevento a los treinta años, tres años más tarde el procónsul Timoteo lo requirió ante su presencia para que aclarara su presunta condición de cristiano. Gennaro ni se inmutó. Sufrió terribles y atroces pruebas, según una leyenda, y terminó en el anfiteatro romano de la citada localidad puteola, testigo de tantos sacrificios de mártires cristianos. Gennaro, junto a tres diáconos y dos laicos, iba a ser destrozado por las fieras, pero el suplicio tuvo que ser suspendido por la inesperada ausencia del gobernador romano de la Campania. Les fue conmutado el suplicio por la decapitación. La

leyenda es más atractiva. Narra que cuando Gennaro y los suyos esperaban, temblando pero con fe, el asalto de las fieras, Gennaro trazó en el aire la señal de la cruz y las fieras cambiaron de actitud y se acercaron a los fallidos mártires como gatitos, lamiéndoles los pies. Timoteo, el procónsul, se enfureció y dio la orden de decapitación general. De repente, durante una hora, quedó ciego; Gennaro rezó y Timoteo recuperó la vista, mas no por ello les perdonó la vida. Y mientras les decapitaban, le aquejaron unos espantosos dolores, pero ningún médico pudo desentrañar la causa. Timoteo murió ese mismo día.

Otra leyenda cuenta que, horas más tarde, un ciego que había recobrado la vista con la venda que cubría los ojos de Gennaro durante su ejecución, recogió en dos ampollas la sangre vertida sobre la tierra. Este hecho otros lo atribuyen a Eusebia. La cuestión es que, quien fuera, en una de las ampollas vertió la sangre más limpia y en la otra, dado que la recogió ayudándose por unas pajuelas, la más sucia, con tierra, polvo y hierbajos que todavía se aprecian, y la entregó al obispo Severo –otros dicen que se llamaba Cosme- cuando trasladaban el cuerpo de Gennaro desde el Agro Marciano, donde primeramente fue sepultado, camino de otro lugar, más digno, en Nápoles. Era la época de Constantino. Al obispo se le licuó la sangre de las ampollas en sus manos. Más tarde descubrieron algo increíble: la sangre no se licua si no es en presencia de la cabeza, y en la actualidad del cráneo, evidentemente, de Gennaro. En un documento anónimo del año 1398, *Cronicum Siculum*, se habla por vez primera de la licuefacción, pero del texto se deduce que el fenómeno ya se producía muchos años antes. Luego, a lo largo de la historia, ampollas y cráneo por un lado y restos mortales por otro sufrirían destinos muy diversos. En el Duomo, a la derecha, la tercera capilla está dedicada a San Gennaro. Se llama Capilla del Tesoro y fue construida entre 1608 y 1637 sobre un proyecto de Francesco Grimaldi, cumpliendo el voto hecho por los napolitanos el 13 de enero de 1527 durante la terrible epidemia de peste que soportó la ciudad entre 1526 y 1529. La capilla está separada de la nave central por una preciosa verja de bronce modelada por Cosimo Fanzago en 1668. En el interior hay siete altares y detrás del altar mayor, obra de Solimena, se encuentra la estatua del santo. Las guías turísticas indican que bajo la estatua se custodian, dentro de un relicario de plata del siglo XIV, el cráneo y las ampollas con la sangre milagrosa. La última visita que llevé a cabo en septiembre de 1987, tras el milagro correspondiente, me dio la ocasión de comprobar que las reliquias no quedan expuestas al público devoto por razones de seguridad, y se guardan en una caja fuerte. Precisamente el día anterior a mi visita, una señora proveniente de la isla de Ischia o Procida, no recuerdo bien, había arrojado un objeto contra la estatua del santo, por no haberle concedido el favor que le había formulado el día de la licuefacción. Es lógico, por lo tanto, que con tanto devoto despechado hayan tenido que adoptar tales medidas. El milagro se efectúa dos veces al año: el primer sábado de mayo y durante ocho días consecutivos, y el 19 de septiembre, aniversario de una erupción del Vesubio,

de la cual Nápoles se consideró salvada gracias a la intervención del santo. Las reliquias siempre han estado preservadas con una lápida de mármol para evitar que el santo “viera” su sangre y evitar así que provocara una licuefacción antes de tiempo. Ya he dicho que la licuefacción sólo se produce cuando las ampollas se encuentran a la vista del cráneo. Esto sólo cuenta por lo que respecta al “milagro” del Duomo, porque sucede otro hecho más increíble...

Hay en Pozzuoli, concretamente en la Solfatara, una iglesia, de los Padres Capuchinos, erigida en 1580, en el lugar donde fue decapitado Gennaro, que conserva la cepa de mármol con manchas de sangre, que suele enrojecer en la fecha señalada. Y aquí viene lo curioso: el milagro se produce regularmente en ambos sitios, en el Duomo de Nápoles y en la iglesia de Pozzuoli. Estaba en Nápoles cuando ocurrió. Cinco mil fieles en el Duomo, y otros cinco mil en la iglesia de los Padres Capuchinos de Pozzuoli. A las diez horas y un minuto del sábado 19 de septiembre de 1987 se registró el hecho, después de treinta y un minutos de rezos y plegarias. En Pozzuoli sucedió minutos antes de las diez de la mañana. Escasos minutos de diferencia, como lo registró *Il Mattino* en una crónica publicada al día siguiente.

También conviene aclarar que el “milagro” del primer sábado de mayo no se produce en la Capilla del Tesoro, en el Duomo, sino en la iglesia de Chiara, tras haber recorrido las reliquias la ciudad procesionalmente. Pero también con el cráneo presente... La gran escritora napolitana Matilde Serao explicó en una crónica magistral el “milagro” con detalle y cómo una de las ampollas está casi llena y la otra semivacía, “ya que

–aclarar- Carlos III se llevó parte de su contenido a España”. ¿Dónde está?, me pregunto.

Se pueden imaginar que en torno al milagro, su causa y sus efectos hay cientos de historias y anécdotas.

La primera vez que sucedió el “hecho milagroso” fue en 1389. Para los napolitanos, tan infausta es la falta de licuefacción como una licuefacción demasiado rápida. Lo más positivo y deseado es que la licuefacción venga dada tras unos minutos de rezos y plegarias. El retraso tampoco se considera negativo siempre y cuando no transcurran más de tres horas. Cuando no ocurre, los napolitanos no presagian nada bueno para su ciudad. En el año 1987 todo fue bien y el Napoli ganó el scudetto, es decir el título de Campeón Nacional de la Liga italiana. El primer sábado de mayo de 1988 el “milagro” se produjo muy tarde. Tres horas estuvieron implorando el arzobispo Michele Giordano y los fieles devotos... y no ocurrió nada. Todos presagiaron lo peor. Al día siguiente, el Napoli perdía ante el Milan lo que hubiera sido su segundo scudetto.

Hay una anécdota muy curiosa en torno a San Gennaro y la república Partenopea del año 1799. Parece ser que la sangre se licuó y además en presencia de los odiados oficiales franceses que ocupaban la ciudad. Aseguran que un general le colocó una pistola al arzobispo en la tripa o en la cara –no está muy claro- y que el “milagro” se verificó... fuera de las fechas tradicionales, a petición del mismo. Los buenos napolitanos consideraron que San Gennaro accedió a licuar su sangre para salvar al arzobispo de las garras del francés. Pero la mayoría, indignada, pensó que San Gennaro se había hecho jacobino, por lo que fue destituido oficialmente como “patrono de la ciudad”. Dado que también ostentaba el grado de capitán de la armada napolitana, con la paga correspondiente, fue sometido a consejo de guerra, degradado y condenado a la confiscación de sus bienes. Matilde Serao, con ironía y humor, compara el caso y piensa que San Gennaro fue de esta manera convertido en el Dreyfus del siglo decimonono. Es más, los napolitanos, furiosos, arrastraron con una cuerda al cuello la estatua de San Gennaro hasta los muelles y la arrojaron al mar. En su lugar, nombraron patrón de la ciudad a San Antonio. Pero años más tarde, el Vesubio comienza a arrojar lava. Corren a sacar en procesión a San Antonio del Duomo para que detenga la lava, pero no lo consigue. Nápoles corría peligro de desaparecer, al igual que Pompeya y Herculano, y he aquí que la estatua de mármol de San Gennaro, del puente de la Magdalena – que afortunadamente no había sido destruida por los iconoclastas-, mueve sus brazos y con un gesto manda a la lava detenerse. La lava obedece, el Vesubio se calma, Nápoles se salva y San Gennaro nuevamente retorna como patrón de la ciudad, ya que la estatua había sido rescatada a tiempo por un pescador, que la guardaba en su casa. La historia es demasiado bonita para que sea verdadera. De hecho, después de 1799 hubo tres erupciones del Vesubio, en 1804, 1805 y 1810, pero la lava nunca llegó a amenazar a Nápoles y, por supuesto, no llegó hasta el puente de la Magdalena.

En los últimos años, la devoción a San Gennaro sufrió dos rudos golpes: uno, el hecho de que en 1969 el Vaticano declarase el culto a San Gennaro solamente local y facultativo. El otro, que el director del Instituto de Anatomía, profesor Gastone Lambertini, llevase a cabo un “reconocimiento canónico” de los restos del santo, que se encuentran en una urna, en el Duomo, en la capilla llamada Capilla Carafa, y comprobara que no todos los presuntos huesos del santo eran de la misma persona. Había otros restos pertenecientes seguramente a algunos compañeros de martirio. Y antes de seguir con los restos, una digresión en torno al milagro: ¿dónde está el truco..., si es que hay truco? En esta cuestión no valen las negaciones fáciles. Como la tesis de que se licua porque cinco mil fieles apretujados dentro de un templo, en los cálidos, habitualmente, meses de mayo y septiembre napolitanos, producen un calentamiento ambiental capaz de licuar la sangre. Muchos napolitanos sonrían con la explicación leída por el profesor universitario Giacinto Albini, en la Real Academia de Ciencias Físicas y Matemáticas, a finales del siglo pasado, que se

empeñó en sostener que la sangre de San Gennaro era en realidad una infusión de chocolate. Le rebatieron fácilmente: el milagro ya está homologado desde 1389 y Europa conoció el cacao tras el descubrimiento de América por Colón.

Debo confesar que, intrigado por el caso, cometí también un pecado, una “locura” por así llamarla, del que hice partícipe a un santo varón agustino. Todo empezó con Maria Tiziana, una colega

–colaboradora de Il Mattino–, que tuvo la paciencia y amabilidad de acompañarme e ilustrarme en el recorrido “gennariano” y “sanseveriano”, los dos temas más apasionantes de Nápoles. Me habló de unas investigaciones llevadas a cabo en una Universidad norteamericana que al parecer explicarían “el milagro” de San Gennaro a la luz de la razón. Una revista científica de dicho país adelantaba, diríamos, la “noticia”. Meses más tarde contaba esto, en San Lorenzo de El Escorial, el agustino padre Agustín Fernández, profesor de química y matemáticas en el Real Colegio de Alfonso XII, ubicado en el mismo gran edificio¹.

El padre Agustín Fernández goza de renombrada fama en España por haber descubierto fórmulas de licores medicinales y cosmética que no quiere desvelar, ya que jamás ha buscado el lucro en sus investigaciones, pese a que ha recibido ofertas de laboratorios para comercializar sus licores y ayudas económicas para continuar la investigación. Gracias a una entrevista de una colega, Minerva Donald, que curiosamente no llegó a ser publicada, supe de sus trabajos. Se refería de pasada al fenómeno de la sangre de San Pantaleón y la de San Gennaro, afirmando que su explicación “podría encontrarse en la historia de la destilación”. Me llamó poderosamente aquella afirmación y me puse en contacto con el padre Agustín en San Lorenzo de El Escorial. Nos citamos –curiosamente, en el Restaurante Genara– y luego fui a su modesta habitación, en la que vive y trabaja con una colección muy valiosa de libros de su especialidad. El padre Agustín Fernández es un alquimista de la era moderna, que asumiendo los principios rigurosos de la ciencia está redescubriendo todo lo que la química moderna desechó de la alquimia, sin tener en cuenta que muchos logros son importantes. Me recibió primeramente con cierta desconfianza, pero cuando le aclaré que quería saber algo de San Gennaro, para incluirlo en este libro, me dio toda la información que tenía hasta el momento.

El padre Agustín, profundizando en las investigaciones sobre los secretos de la alquimia y en la búsqueda de nuevas fórmulas y recetas medicinales a base de plantas y flores, había encontrado en la inmensa y magnífica Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial un libro de alquimia y medicina del siglo XVI escrito en latín y traducido al francés, inglés y alemán de la época. El manuscrito ha permanecido ignorado en la Biblioteca del Monasterio cientos de años, aunque posteriormente descubrió que en la Biblioteca Nacional existe otro ejemplar. El libro es del médico

y naturalista alemán Conrad Gesner y la edición del año 1555, impreso en Lyon. Su título: Tesoro de los remedios secretos. Como solía ocurrir en aquella época, el autor no se atrevió a poner su nombre y apellido auténticos y utilizó el pseudónimo de “Evonimo Philiatro”, por temor a las represalias de sus colegas, contrarios a la difusión de las recetas. Fue un discípulo suyo quien, a su muerte, lanzó un segundo tomo, con nuevo material inédito, en el que desvela el verdadero nombre de su maestro.

El padre Agustín tuvo la suerte de encontrar la colaboración de un gran conocedor del francés antiguo, Andrés Manrique, que abandonó la Orden, se casó y se dedica a dar clases de latín y religión a los alumnos de un colegio en Móstoles, en las cercanías de Madrid. En sus ratos libres tradujo el libro en cuestión. En un capítulo titulado “Extracción de la quinta esencia de los frutos, flores, hierbas y raíces de la sangre humana y de la miel”, el autor confiesa: “No alabo la utilización de sangre humana como remedio para los humanos. La razón y la experiencia me persuaden de ello. Sin embargo, nuestra religión parece defenderlo, dado el gran número de remedios que utilizamos...”.

Como no me interesaba mucho la obtención de la “quinta esencia” sino el “secreto” de San Gennaro, el padre Agustín pasó a leerme el capítulo XXVII, titulado “El aceite santo o aceite vivo”. He aquí el comienzo del capítulo, literalmente transcrito:

“Se toman tres libras de sangre pura y roja de un hombre bien sano o de varios, entre los veinticinco y treinta años; una libra de esperma de ballena y otro tanto de médula de buey. Se destilan en un alambique bien zulacado; la primer agua saldrá blanca; la segunda, pálida; la tercera, leonada y la cuarta roja y un poco grasienta. El aceite, así destilado, crece y crece junto con la luna. Por lo que se denomina aceite santo.

“Si se introducen tres gotas de este aceite con un poco de vino en la boca de un enfermo que haya perdido sus facultades e incluso el habla, al instante recobrará las fuerzas y la palabra. El que bebe todos los días una gota de este aceite, con una cucharadita de vino, llega a hacerse fuerte y robusto en el coraje, en el cuerpo y en todos sus miembros. Alargará su vejez cuanto se puede alargar, y no será atacado por veneno alguno.

“Dicho aceite cura también las viejas roturas y antiguas úlceras, siempre que, de antemano, sean lavadas con vino para ser desecadas. En cuanto a las heridas recientes, con el solo contacto con él se curan en tres días. Cura, igualmente, las excrecencias del fundamento (almorranas), tanto externas como internas, sirviendo de remedio a distintas afecciones como lepra, rafo, parálisis y otras. Para ello, debe tomarse en ayunas una gota de él, con una cucharadilla de vino blanco”.

Curiosamente, el traductor había glosado, al margen de la traducción, al entregársela al padre Agustín, las siguientes palabras: “¿Sangre de San Gennaro y San Pantaleón?”, en el primer párrafo.

Evidentemente, era lógico que al traducir le llamara la atención dicho párrafo. Un aceite destilado, en su fase cuarta, de color rojizo y textura viscosa, que crece y decrece -¿en una ampolla, quizás?- con las fases de la Luna, ¿no podría ser considerado como un “aceite milagroso” siglos atrás? Ahora bien, ¿quién podía acometer esta experiencia en sus retorteros? El alemán dice más adelante que un tal Bartolomeo de Montagna, de Padua, “hacía grandes elogios de la sangre humana sublimada”, y añade: “Sin embargo, ciertamente, no la sabían preparar...”. El autor reseña a continuación el procedimiento. Pero –es una pregunta personal- ¿cómo podía un italiano de Padua preparar el “aceite santo”? ¿Y el esperma de ballena dónde está? El padre Agustín Fernández me contó que la cosmética actual emplea mucho el esperma de ballena para productos de belleza para la mujer, especialmente en la eliminación de arrugas. Me mostró un libro, editado en Barcelona, del año 1903, que cita el esperma de ballena entre los ingredientes necesarios para un producto contra las arrugas.

Cuando nos despedimos, me prometió que un día, cuando tuviera tiempo, se pondría manos a la obra y trataría de obtener el “aceite santo”. Le rogué que me lo comunicara. Y mientras esperaba su llamada pensaba con la imaginación desatada que el monasterio de El Escorial podría terminar convirtiéndose en algo parecido a la abadía a la que llegan Guillermo de Baskerville y Adso de Melk, en la novela de Umberto Eco El nombre de la rosa. Bastaría con que el padre Agustín descubriera el “aceite santo” y la Camorra napolitana tomará sus medidas... Todo, evidentemente, comenzaría con un asesinato, el del padre Agustín Fernández, por supuesto.

El día 23 de abril de 1988 me trasladé nuevamente a San Lorenzo de El Escorial para llevar a cabo el “experimento”, permítanme que lo denomine así, en el Real Colegio de Alfonso XII, donde ejerce sus funciones docentes el padre Agustín Fernández, palentino de treinta y nueve años todo bondad y paciencia, al que nunca podré agradecer el tiempo y sangre que perdió conmigo. Como marco para el experimento, San Lorenzo de El Escorial era un lugar adecuado. Antes tuve ocasión de conocer, gracias al padre Agustín, lugares cuyo paso está vedado al turista en general, ya que forman parte del claustro. De esta manera pude observar con detenimiento una especie de cuadro que acoge la “Relación de reliquias que se hallan en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial”, y que en fiestas muy señaladas –como el día de San Lorenzo, por ejemplo- se muestran al devoto. Exactamente el monasterio guarda 7.422 reliquias. Luego se hace un desglose de la cifra. Cabezas enteras se registran 142 exactamente. Bien es sabida la gran afición que Felipe II tenía por las reliquias. Enviaba emisarios por toda Europa y lo compraba

todo, sin parar en mientes, auténtico o falso. Obviamente, fue timado y estafado en muchas ocasiones. Algunos huesos de santo resultaron ser de animales. El gran sueño de Felipe II fue trasladar las reliquias de Santiago Apóstol a San Lorenzo de El Escorial, pero no se sabe a ciencia cierta si no lo planteó o lo vio difícil de conseguir.

Evidentemente, el caso “San Gennaro/Benevento” de seguro que se hubiera repetido con Santiago de Compostela y la capital del reino...

Recorrí los pasillos del monasterio y me parecía estar escuchando las bellas notas del dúo de Don Carlos, de Verdi, “È lui! L’infante...”, que una increíble y reaccionaria decisión impidió que realmente pudieran oírse cuando el director de cine y televisión, Franco Zeffirelli, solicitó rodar aquí la gran ópera del compositor de Busseto. No pudo ser... porque es posible que el espíritu de Felipe II siga reinando por estos lugares, que tantas historias ha conocido.

Ahora, en los alrededores, en una huerta que se divisa a lo lejos desde los ventanales del monasterio, todos los primeros sábados de mes se reúnen miles de creyentes que esperan el “milagro” de la aparición de la Virgen, o por lo menos su presencia incorpórea. Cierta olor a rosas parece indicarles a algunos que está con ellos. Todos esperamos siempre “un milagro”, seamos o no napolitanos. Y mientras pensaba en estas triviales cosas, el padre Agustín ya se había puesto manos a la obra. Le llevaba de Madrid lo que me había encargado, es decir, medio kilogramo de “esperma de ballena”, adquirido al peso en una conocidísima droguería de la calle Desengaño. Había mucho público en el establecimiento, pedí la vez con un número y cuando el empleado exclamó: “¡57!”, dije “esperma de ballena”, con cierto pudor. No le impresionó en absoluto. Lo tenía en uno de los cientos de cajones, rotulados con títulos maravillosos. Me preguntó: “¿Cuánto?”. “Medio kilo”, respondí con voz queda...

Al llegar a San Lorenzo de El Escorial, el padre Agustín me esperaba. Nos fuimos a una carnicería que conocía y pedimos una tibia de buey. “¿Para el perro?”, preguntó el carnicero. “No, para un experimento”. El carnicero sonrió convencido de que le estábamos tomando el pelo.

El tercer ingrediente, según la fórmula de Hugo Gordonio recogida por Conrad Gesner, era sangre humana. El problema radicaba en la coagulación. Por lo tanto había que actuar rápidamente, tras la obtención de la misma. Una doctora amiga, Sonsoles Sánchez, de Ávila obviamente con ese nombre, se avino a extraer al padre Agustín una dosis proporcional, ya que la exigencia de la receta original resultaba francamente excesiva, dado que tres libras de sangre pura y roja vienen a ser ¡litro y medio! El experimento ofrecía un problema importante: ¿cómo se debía hacer la destilación? El libro no lo dice. El padre Agustín, por intuición y experiencia profesional, optó por

hacerlo “al baño maría”. Así supe por qué se dice de esta manera. Es un recuerdo de “María la judía”, que vivió en Alejandría. No utilizó un alambique antiguo –que los tiene-, sino uno moderno, y las dosis indicadas en el libro fueron adecuadas a cantidades más pequeñas y proporcionales. Durante tres horas estuvimos observando la pócima, que cambió de color. Finalmente, el padre Agustín extrajo un líquido viscoso... que curiosamente semejaba a chocolate. El olor también recordaba al chocolate. De sabor... ciertamente no nos atrevimos a probarlo, a pesar de las buenas cosas que promete Gesner. De ahí, quizás, el error del docto napolitano, poco instruido en fechas de descubrimientos, por otra parte. El padre Agustín introdujo el líquido rojizo, grasiento, en una ampolla y me la entregó sonriente, diciendo:”Hace muchos años, por traducir el Cantar de los Cantares, a un padre agustino le metieron en la cárcel durante cinco años. Yo no me hubiera librado de cuarenta, por lo menos...”. “O de la excomunión”, le corregí.

La ampolla la tengo en mi casa, dentro de una vitrina de cristal, erguida, con una señal que indica su nivel primitivo... a la espera de que la luna, algún día, cuando crezca, o decrezca, refleje su poder, no solamente en el flujo y reflujo de los mares, en el cuerpo humano, en los lunáticos y en nuestro temperamento, sino también en mi ampolla. Y si algo sucediera no gritaré ¡Milagro!... ni volveré a Nápoles, por si acaso. La Camorra tiene gran fe en San Gennaro.

Olvidándome ya de la sangre, y volviendo a los restos, contaba que el obispo Severo, o Cósimo, los llevó a Nápoles, siendo enterrados en las catacumbas que llevan su nombre. Pero los beneventinos, sus diocesanos, no estaban muy de acuerdo con aquel traslado porque San Gennaro era en vida su obispo. Cinco siglos más tarde, Sicone, duque de Benevento, sitió Nápoles en el año 817. Un espía le confesó saber el lugar exacto donde estaba el santo cuerpo, en las catacumbas. Una noche penetraron silenciosamente en las mismas y robaron los restos, llevándolos a Benevento. Y en Benevento permanecieron hasta 1159, en que fueron trasladados a Montevergine.

Durante dos siglos no se supo nada, hasta que en 1440 fueron encontrados por casualidad. Los monjes se negaron a entregar los restos a los napolitanos. Hubo de intervenir el Papa y finalmente regresaron a Nápoles el año 1497. Y en el Duomo siguen...

También en el convento napolitano de San Gregorio Armeno –en la calle que lleva su nombre-, las monjas poseen, conservada en dos relicarios, la sangre de Santa Patricia. Según una leyenda –¿qué sería de Nápoles, repito, sin sus leyendas?-, la sangre salió del cráneo un siglo después de la muerte de la santa, tras la extracción de un diente. Hace unos años, calcularon que entre las varias iglesias e institutos religiosos de Nápoles se conservaban unas cuatrocientas ampollas con sangre que periódicamente se licua... (1)

(1) Este capítulo pertenece al libro titulado Nápoles, de libre acceso en www.alonsoibarrola.com

Abruzzo: al otro lado de los Apeninos

Hablar en profundidad del Abruzzo con tres días de viaje, no es posible. Pero da cierta idea. Y luego están los recuerdos, las alusiones a personajes célebres, por muchos motivos, encadenados a los lugares. La guía nada dijo cuando atravesábamos en coche los Apeninos, dejando Roma atrás, por el largo traforo, es decir el túnel del Gran Sasso, el segundo más largo de Italia, pero luego recordaba con el chófer, que allí arriba, en el macizo, durante la II Guerra Mundial, sucedió uno de los episodios bélicos más espectaculares: el rapto, el secuestro o “la liberación” de Benito Mussolini, prisionero de Badoglio, en el Hotel Campo Imperatore, situado a 2.112 metros de altitud. Ahora se sube en funivia (funicular), pero el 12 de septiembre de 1943, el Duce, desde la ventana de su habitación, observó con asombro cómo ocho planeadores tomaban tierra en la cima y sus ocupantes desarmaban a los asombrados soldados italianos y se iban con el jefe supremo de los fascios hacia Alemania, donde Hitler le esperaba. El jefe de aquel comando era Otto Skorzeny, que vivió en España muchos años, bajo el amparo de Franco, y murió en Málaga, plácidamente. Pero esto, como dicen ahora, ¿a quién le interesa? Bueno, el alcalde de Predappio, en la Romagna italiana, acaba de tener la idea de abrir al turista la casa natal del Duce, 45 años después de su muerte en Dongo. Se ha suscitado una gran polémica, pero el turismo lo justifica. Siempre queremos fetichismo.

Aquí, en esta tierra, cuentan con dos Gabrieles muy famosos y de muy distinto signo. Uno se llama Gabriele D’Annunzio. El otro, Francesco Possenti, pero todos lo llamamos Gabriel de la Dolorosa. Nació en Asís, pero murió en el Abruzzo, en Isola del Gran Sasso, el 27 de febrero de 1862. Al año siguiente nacía D’Annunzio en Pescara. Esteta, provocador, intervencionista, creador, poeta, escritor, dramaturgo y durante muchos años amigo de Mussolini.

San Gabriel de la Dolorosa tiene un santuario que es visitado cada año por más de dos millones de peregrinos de todo el mundo. Gabriel D’Annunzio tiene su casa-museo en las orillas del Garda. Se llama “Il Vittoriale”. La visité hace muchos años. De San Gabriel de la Dolorosa quedan sus milagros, del otro su discutible, pero importante obra literaria. Gracias a ella, el Abruzzo ofrece unos itinerarios que recuerdan los personajes y escenarios de sus obras más significativas, La hija de Jorio y otras muchas incluidas en sus relatos titulados Novelle della Pescara. Su prosa refleja el mundo bárbaro, cruel y sensual del Abruzzo. Porque el Abruzzo, hace escasos años, era una región agreste, cuyos habitantes vivían en las faldas del Gran Sasso y de la Majella, ya que las tierras cercanas al mar eran aguas pantanosas, que acarreaban el paludismo y la malaria. Fue tierra de bandidos, gente desesperada que se echaba al monte, harta de tanto vasallaje a tantos invasores a través de los siglos. Los últimos fueron los españoles en la persona de los Borbones,

que no dejaron precisamente buen recuerdo en estas tierras. Los abruzeses emigraban y aseguran que en Toronto, en Canadá, hay más abruzeses que en el propio Abruzzo. De esta tierra salieron los abuelos de la cantante Madonna. También gracias a D'Annunzio, Pescara, la ciudad que le vio nacer, tiene su provincia. Antes de Mussolini, los Abruzzos lo integraban L'Aquila, Teramo y Chieti. Benito, el Duce, no pudo sustraerse a las reclamaciones del poeta y creó la provincia de Pescara a costa de la cesión de territorio de las otras provincias. Ahora las cuatro rivalizan en atraer a los turistas. La verdad es que están llevando a cabo una política turística muy inteligente. Primero atraen al turista a las playas. Luego lo invitan a que conozca el interior, con los bellísimos pueblos colgados de los grandes macizos montañosos. "Aquí nació el abuelo del gran Vincenzo Bellini", me indica la guía al pasar por el bello pueblo de Torricella, que recuerda siempre al gran compositor nacido en Catania. Pero su abuelo nació aquí y le enseñó las primeras notas al niño que luego compondría óperas como Norma, La sonámbula y Los puritanos. ¡Lástima que su abuelo tuviera que emigrar! De otro modo, Vincenzo hubiera sido abruzeses.

Si los campesinos emigraban a América, los abruzeses con inquietudes culturales, como D'Annunzio, se iban a estudiar a Florencia. Antes, en Chieti, me mostraron el colegio donde aprendió a leer y a escribir. Luego, en Francavilla, muy cercana a Pescara, y casi totalmente destruida durante la Segunda Guerra Mundial, se veía con la famosa escritora Matilde Serao, autora de novelones melodramáticos, con el famoso compositor de canciones Paolo Tosti y con Michetti, pintor también de estas tierras y del que en la actualidad se ofrece una gran muestra en el restaurado Palacio Venecia de Roma. Eran "la banda de los cuatro" de los Abruzzos. Cuentan que D'Annunzio con su prodigiosa facilidad para todo, se sentó un día en una mesita del famoso Café Gambrinus de Nápoles y le dio a Tosti la letra de una canción napolitana famosa en el mundo entero, A Vuchella.

He hablado de guerra y aunque aquí no se hable mucho de ella, lo cierto es que hay varios cementerios bélicos, dos de ellos dedicados a los ingleses y canadienses que murieron en el Valle del Sangro, porque por el mismo pasaba la "Línea Gustav", que desde el Adriático llegaba al Mediterráneo. En esta zona, los aliados rompieron el frente por Pescara. Y no es por eso que al precioso Valle del Sangro le llamen Valle de la Muerte. Esa denominación, oculta en todos los folletos promocionales, venía del paludismo y de las ciénagas que invadían la región. Todo eso ya pasó y ahora en el Valle del Sangro, desde abril hasta septiembre, circula el "Tren del Valle", que desde Pescara va hasta Castel di Sangro, pasando por Lanciano, que también tiene su "milagro eucarístico", como los corporales de nuestro Daroca turolense.

Observe el paso del tren desde Bomba, una preciosa localidad cuyo nombre nada tiene que ver con los explosivos. Al parecer en lenguaje primitivo significaba "agua". La verdad es que tiene un

lago maravilloso, pero es un embalse artificial. No me resisto a escribirlo: lo pasé bomba, en dicho pueblo, sobre todo que nos agasajaron con un festival gastronómico, con vinos y alimentos de la región. De aquí los vinos Trebbiano y Montepulciano, vinos tintos, y también el aceite. También es famosa la pasta fabricada en Fara San Martino, por la firma "Delverde". Visitamos la fábrica y me comentaron que el secreto está en el agua. Vamos, como el whisky. Y me mostraron unas grutas que horadan la montaña para conseguir el agua más pura del mundo.

Todo el viaje se sucedió a un ritmo vertiginoso, como sucede siempre que en escasos días quieren mostrarlo todo. Y más aquí, que cada provincia trata de atraer a los turistas por su cuenta.

No puedo dejar sin citar a Chieti, emplazada en un alto, con vistas maravillosas del Gran Sasso al fondo y su fabuloso Museo Archeologico Nazionale d'Abruzzo, con el famoso "guerrero de Capestrano", símbolo del Abruzzo prerromano. Y el maravilloso "Hércules Curino", descubierto en Sulmona, de impresionante belleza. En el ayuntamiento exhiben un "León" de la Serenísima República de Venecia, regalo de los venecianos que durante la Gran Guerra Mundial se instalaron en la ciudad y prestaron sus camisetas de fútbol a los chietinos, que en la actualidad visten los mismos colores que el equipo veneciano. Pero el campo de fútbol es nuevo y está abajo, en la llanura. El viejo, se descubrió que estaba asentado en un maravilloso anfiteatro romano. Chieti también tiene una magnífica Catedral, la de San Giustino, que visitamos al detalle.

En Teramo lo más representativo es su catedral, magnífica en todos sus aspectos. También tienen un teatro y un anfiteatro romanos. Es una ciudad moderna y rica que se observa en sus edificios de estilo umbertino.

Sulmona, donde nació el poeta Ovidio, tiene el precioso Palacio Sulmona, que ha sido restaurado, un acueducto medieval muy bien conservado, y un Teatro Comunal, donde todavía se ofrecen algunas representaciones operísticas. Aquí nació la famosa soprano María Caniglia, y en octubre le dedican un Concurso Internacional de Canto. Hay mucha afición a la ópera. Imparten sus clases magistrales el tenor Gianni Raimondi, bien conocido en España, y la soprano Anita Cerquetti. Todo esto me lo contaba el Director del Teatro, personaje amable y simpático, durante la recepción que se organizó para recibirnos. Sulmona, durante la Segunda Guerra Mundial, se salvó de milagro, pues cuando los aliados se aprestaban a bombardearla, gracias a una radioaficionada, supieron que las tropas alemanas la habían abandonado. Como ya habían abierto las compuertas de las bombas, llegados a ese punto se fueron al Adriático para arrojarlas al mar. En la plaza Garibaldi son visibles las huellas de la guerra todavía. Y en esta plaza se celebra el Domingo de Pascua la famosa carrera de la "madonna que scappa in piazza". En andas y a todo correr, unos cuantos sulmonenses llevan el "paso" al encuentro del Hijo. Si se cae el paso, es augurio de desgracias.

Últimamente no se ha caído. Sulmona tiene también fama por la recreación de los torneos caballerescos medievales, en los que participaban los aragoneses que dominaron estas tierras. Con ellos Sulmona conoció un gran esplendor. Pero no sería justo terminar sin decir que Sulmona es conocida en todo el mundo por sus confites, tan dulces y tan maravillosamente presentados, a manera de flores... comestibles.

Y hablando de aragoneses, hay que ver el famoso Castillo restaurado de Roccas calegna, desde cuya cima, de fatigosa ascensión, pues todo hay que decirlo, se vislumbra un maravilloso panorama.

No olvidaré tampoco la Abadía de Santa Maria de Porpezzano, con su precioso claustro, y el pueblecito de Castelli, donde becarios de todo el mundo estudian el arte de la cerámica. El Museo es extraordinario.

Y de los confites de Sulmona a las serpientes de Cocullo. El primer jueves de mayo celebran la famosa procesión donde el Santo es paseado en andas con serpientes vivas en torno a su cuello.

Y viendo todo esto, y hablando de lobos, de bandidos, de milagros, no podré olvidar el inesperado monumento a la cretinez administrativa y funcional. En la autovía de Bomba, la carretera se desvía y deja a un lado un tramo recto que finaliza... en la nada. Escasos kilómetros más tarde, por la otra parte de la autovía, sale otro tramo. Estaban destinados a encontrarse. Calcularon mal y han quedado separados por muchos metros. Un despilfarro inútil. Recuerdo que en Pan, amor y fantasía, Vittorio de Sica preguntaba ante unas ruinas: ¿Terremotos? “No, bombardeos”, le contestaban. Y más tarde decía: ¿Bombardeos? “No, terremotos”, le respondían. Aquí, le hubieran dicho: “cretinismo”.

Sicilia: la aventura de vivir

¿Cuántas Sicilias hay? Cada uno nos forjamos en la mente nuestra Sicilia personal y particular. Mi Sicilia, antes de que la conociera, estaba forjada de lecturas maravillosas, a cargo de autores tan admirados como Giuseppe Tomasi di Lampedusa, Leonardo Sciascia, Vittorini, Pirandello y otros. Pero mientras el avión se acercaba a Catania la lectura de un diario italiano me devolvía a la triste realidad de la “Crónica de Sucesos” y a los muertos cotidianos en circunstancias misteriosas por ajuste de cuentas... En esta isla al parecer llevan ajustando cuentas desde hace siglos. Dicen que la culpa la tiene la miseria, pero resulta difícil encontrar miseria en esta isla. La miseria se la fueron llevando los que emigraron, especialmente a América del Norte. Otros aseguran que la culpa de todo la tiene el sol, un sol violento que suscita pasiones violentas, porque la sangre lleva

siglos calentándose. Sicilia tierra de leyendas, de “vendettas”, tierra que añoraba Don Corleone, el inolvidable personaje que encarnara Marlon Brando en “El Padrino”, al socaire de una preciosa balada siciliana que el ya desaparecido compositor Nino Rota transcribiera a la banda sonora del film, también utilizada en la tercera parte del film, como homenaje y “leit motiv”.

Sicilia es ante todo y sobretodo, el Etna, el famoso volcán que cuando se enfada hace temblar a todos los cataseneses. Cuando el avión se dispone, a aterrizar en Catania hay buena visibilidad, su visión es impresionante. Acercarse a su cráter es una de las excursiones obligadas desde Catania, por supuesto. Pero antes es muy recomendable la visita de la ciudad que vio nacer al gran Bellini, siempre recordado en esta isla con los “spaghetti a la Norma” y sus operas, tradicionalmente representadas, como es lógico en el precioso teatro Massimo Bellini, inaugurado en mayo de 1890, con “Norma” precisamente. En la plaza Stesicoro se yergue un gran monumento dedicado al compositor, pero el símbolo de la ciudad es otro monumento mas singular, el elefante de lava –en dialecto lo llaman “liotru”- que adorna la fuente realizada por Vaccarini, en 1735.

Subir a la cima del Etna o mejor dicho, a sus aledaños, es una de las cosas más impresionantes que ofrece la visita a Sicilia. El coche va abandonando las huertas cultivadas y adentrándose en un paisaje lunar, de ensueño, que en un día de niebla, lo convierte en fantasmal. Recordaba a Sciascia que escribió: “El Etna es como un inmenso gato domestico que descansa y ronronea pacíficamente, y de vez en cuando se despierta, se mueve y con perezosa lentitud se estira y con una distraída pata, cubre un valle, otra después borra del mapa pueblos, viñedos, jardines....”. Pero nadie sabe cuándo va a despertar de nuevo.

De todos modos, avisa siempre con temblores, sacudidas y terremotos previos. Es uno de los mayores del mundo y el más alto de Europa, con sus 3340 metros de altura. Han sido muchísimas las erupciones que han provocado el volcán y las mas terribles de su historia fueron las de 1669 y la de 1693, que destruyó toda la Sicilia sudoriental.

Más recientemente, en 1923, los vulcanólogos recuerdan que la lava arrojada permaneció caliente durante año y medio. Desde 1940 se han registrado erupciones y todos recordamos, porque la televisión fue muy generosa con las imágenes, la última erupción arrojó millones de metros cúbicos de lava. En el restaurante –mesón que todos los turistas invariablemente utilizamos para almorzar- venden unas tarjetas postales recordando cómo era el edificio antes de que la lava se lo llevase por delante. Miles de árboles quedaron reducidos a cenizas, al igual que muchos chalets, hotelitos y la estación de funivia, que nuevamente ha sido reconstruida. Tras el ultimo desastre se habló de adoptar medidas, pero....¿qué medidas? Algunos hablaron de construir una especie de canales, para la lava, pero resulta siempre imprevisible saber por donde surgirá la erupción y por

qué parte de las laderas descenderá. Es una cuestión del azar, una especie de lotería trágica. Al pueblo que le toca, le toca...

Y es una lástima porque los pueblos que surgen en torno al Etna son una maravilla: Miserbianco, Paterno, Adrano, Bronte, Mascali, Randazzo, Giarre, Acireale...Este último está ya en la costa, junto a otro pueblecito maravilloso Acitrezza, inmortalizado por una novela y una película. La novela es del gran Verga. "I Malavoglia" y el film del gran Luchino Visconti. "La terra trema", uno de los títulos claves en la historia del neorrealismo cinematográfico. Merece la pena detenerse una hora en este pueblecito, saliéndonos por unos momentos de la carretera que de Catania conduce a uno de los lugares más hermosos y famosos de Sicilia: Taormina.

Resulta muy difícil, creo que imposible, encontrar en el mundo un teatro, como el Teatro Griego de Taormina, que ofrezca un escenario de fondo, tan hermoso como el que muestra este el de Taormina.

Sentados en el anfiteatro, el escenario presenta una gran grieta en el centro de más de 10 metros de ancho, provocada al parecer por acciones bélicas, pero en su reconstrucción se dejó abierto el sugestivo boquete que deja entrever el magnífico panorama construido por la bahía de Naxos y el Etna. El Teatro de Taormina es, por su tamaño, es el segundo de Sicilia, después del de Siracusa. Durante muchos años, se discutió si era de origen griego o romano. Hoy día no hay más discusión. Es griego, pero agrandado posteriormente por los romanos, que emplearon decenas de años. Se calcula que tuvieron que remover cien mil metros cúbicos de tierra. Pero Taormina es mucho más que el Teatro Griego. Está también el Odeon Romano, el Palacio Corvaja, cuyo núcleo principal es una torre en forma de cubo, construida por los árabes. El ala derecha del palacio fue construida en los inicios del siglo XV para albergar al Parlamento siciliano. La primera reunión tuvo lugar en 1411, y la presidió la Reina Blanca de Navarra, regenta del reino de Sicilia. Es por este motivo, precisamente que al Palacio Corvaja se le denomina también, Palacio del Parlamento o de la Reina Blanca de Navarra. Taormina fue siempre fiel a los aragoneses que sin embargo, cuando ya se puede hablar de españoles, en varias ocasiones las vendieron.

Los franceses la ocuparon en 1675 y más tarde volvería a ser española bajo el reinado de Felipe V. En 1734 los Borbones dominan Taormina, pero desde 1861, con la unificación, Taormina no ha dejado de ser italiana.

También en Taormina se encuentra uno de los hoteles más famosos de Sicilia. El hotel San Domenico, antiguo convento de los dominicos. El fascinante claustro y el espléndido parque se asoma al mar con el Etna a la derecha, constituyen la zona más atractiva y mágica del hotel. A

partir de los años treinta, el hotel se ha agrandado y ha recibido a huéspedes notorios, ilustres y famosos.

Desde Taormina, dejando a un lado Catania, se llega muy pronto, bajando hacia el sur, a Siracusa, la gran metrópolis del antiguo Mediterráneo, una de las metas clásicas de Sicilia.

La visita a Siracusa bien merece dos jornadas o en todo caso una, pero bien definida en su trayectoria. Si examinamos un plano de la ciudad enseguida nos encontramos que hay una especie de istmo, sino que se trata de la isla de Ortigia, unida a tierra firme por un puente. Tiene dos puertos ubicados en puntos esplendidos y acogen en la plaza Pancali, las ruinas del Templo de Apolo; luego esta la Plaza de Arquímedes, dedicada a una de las figuras más insignes de la ciudad; la Vía Minerva y la preciosa Plaza de Duomo rodeada de soberbios edificios. En cualquiera que entremos descubriremos un precioso "cortile" (patio), especialmente en el Palazzo Vermexio. Y destacando sobre todos, la catedral de estilo barroco, erigida el siglo VII sobre el antiguo templo de Atenas, del cual todavía se conservan los capiteles dóricos, parte de las columnas y el arquitrabe a lo largo del lado derecho exterior. Por la Via Picherali, con preciosos edificios, pronto se sale al lugar más romántico de toda la Siracusa: La Fuente Aretusa, cantada por Píndaro y Virgilio. Es una fuente de agua dulce y dice una leyenda que el agua viene de tierras griegas. Según el mito, la ninfa Aretusa para huir del río Alfeo, se arrojó al mar y apareció en forma de fuente. Alfeo, corriendo bajo el mar, la alcanzó y mezcló sus aguas con las suyas. En el estanque crecen los papiros, utilizado por los egipcios para sus manuscritos. Si se dispone de tiempo es muy recomendable la visita del Museo Arqueológico Nacional, uno de los más importantes de Italia en su género.

El escritor francés Guy de Maupassant se enamoró de la Venus Anadiomene, que se exhibe en el mismo y que constituye un símbolo de esta capital de la magna Grecia. Es una estatua de la época romana, siglo I después de Cristo.

La parte moderna de Siracusa no tiene interés alguno, pero la segunda jornada ha de estar dedicada forzosamente al parque Arqueológico de la Neapoli, con el Anfiteatro Romano y el esplendido Teatro Griego, el mayor monumento de este tipo, excavado en plena roca y que tenía una capacidad para quince mil espectadores. En la actualidad se llevan a cabo en el mismo, representaciones de teatro clásico y por el que desfilan grandes figuras de la escena italiana.

Pero lo más espectacular de todo, lo constituye la visita de la famosa gruta artificial, denominada "Oreja de Dionisio". Es celebre por su increíble acústica. Se cuenta que el tirano Dionisio escuchaba desde el punto más alto de la cueva todo lo que hablaba en susurros los prisioneros y esclavos.

Los guías se encargan siempre de mostrar esta causticidad y algunos lo llevan tan a lo vivo, que obligan al visitante a cantar bajito “Funiculi, funicula”, entre otras canciones napolitanas.

Un viaje exhaustivo por tierras de Sicilia ha de incluir Ragusa, pero si falta tiempo, hay que enfilarse directamente hacia Agrigento, con dos paradas muy diversas pero interesantes.

Si se dispone de tiempo, el camino es muy agradable a través de un verde paisaje de colinas, que desdice mucho esa idea que nos hacen forjar ciertas películas “mafiosas” de una Sicilia de terreno rocoso y desértico que ciertamente también existe y nos conduce al Lago de Pergusa, donde la leyenda dice que Proserpina fue raptada; a Enna (no confundir con el volcán Etna con “t”) a la que llama “el balcón de Sicilia” por su ubicación en un alto con bellísima panorámica y su espléndida catedral; a Caltanissetta antes de llegar finalmente a Agrigento, otra de las maravillas de la isla.

Los árabes la llamaron “Girgenti” y anteriormente se llamó “Akragas”, pero fueron los griegos los que le confirieron el esplendor que le dio fama en el mundo entero. Hoy día, muestra al turista esa maravilla llamada “el valle de los Templos”, periodo que en escasos kilómetros cuadrados encierra uno de los tesoros más hermosos que la civilización griega produjera en su periodo de máximo esplendor, en el siglo V antes de J.C.

De todos ellos, quizás el más famoso, el símbolo del Valle sea el llamado “Templo de la Concordia” un ejemplo de refinamiento por la perfección de sus estructuras. Esta considerada la mejor construcción sacra existente en el mundo por su belleza y aspecto imponente. Los restantes templos están dedicados más en aras de la fantasía que del rigor científico, a la diosa Juno, mujer de Júpiter; al mítico Hércules, el de los doce trabajos o fatigas, a Castor y Pólux; a Júpiter que quedó inconcluso. Luego están el pequeño templo de Esculapio, la tumba de Terone, el de Hera Lacinia... Todos ellos forman un conjunto espléndido que por la noche, cuando los iluminan parece emerger de la oscuridad como joyas de sorprendente belleza a la par que misteriosas.

Y antes de subir a la otra Agrigento, a la que se ve allí arriba, en la colina, con su centro histórico, permítanme que les aconseje una breve escapada, de unos escasísimos kilómetros, tres a lo sumo, camino del mar, a una pequeña casita, en un lugar llamado Caos. Aquí nació el 28 de junio de 1867, el gran dramaturgo y Premio Nobel, Luigi Pirandello, el autor de “Seis personajes en busca de un autor” y tantos otros famosos títulos, universalmente conocidos. Nació aquí porque la familia huía de una epidemia de cólera. Y cuando murió pidió que sus cenizas fueran esparcidas al viento. No respetaron su deseo, y encerradas en una urna de plomo, se conservan bajo un gran pino y dentro de una gran piedra blanca.

Camino de Palermo, la carretera nos conducirá a un pueblo llamado Racamulto. Aquí reposan los restos de otro gran escritor siciliano, que denunció como pocos la situación y problemática sicilianas, Leonardo Sciascia fallecido el 20 de noviembre de 1989, en Palermo.

Y de Racamulto a Palermo, otros dos pueblos de nombre ahora emblemático jalonan la ruta, Prizzi y Corleone. Pero hay otra ruta mas larga y quizás mas obligada, la que bordea la costa, y que conduce a Selinunte, otro centro arqueológico de gran interés; Marsala, famoso por su vino y porque en la misma desembarcaron Garibaldi y sus mil camisas rojas, y Trapani. Cerca de Trapani. Segesta y Erice, este ultimo un maravilloso pueblo medieval donde sus callejuelas conservan todo el sabor de los siglos.

La tercera entrega de la saga de "El Padrino", rodada en Palermo nos mostraba el rostro un tanto patibulario de una mafia que no perdonaba a nuestro "héroe" personificado por Al Pacino, y que sufría un atentado en las escaleras del maravilloso Teatro Massimo. Si, todo es verdad, puede ser verdad. La mafia, los atentados, el teatro... pero no por ello deja de existir la belleza de una ciudad, que se debate entre el temor y el horror. Pero Palermo sigue viva, porque aquí más que en ninguna otra parte del mundo, existe la pasión de vivir. Y se vive al día, por lo que pudiera ocurrir. Toda una filosofía. Y dicho esto, visitemos, la ciudad, que no tiene desperdicio.

Se puede empezar por arriba, desde el Monte Pellegrino, ese gran montículo que domina la urbe y en el que se halla enclavado el Santuario de Santa Rosalía, patrona de la ciudad el 4 de septiembre celebran los palermitanos la festividad y desde el que se divisa la imborrable visón de la "Conca de Oro" que asombró a Goethe, y lo plasmó en su maravilloso libro "Viaje en Sicilia", quizás la primera guía turística seria de la isla. Palermo ofrece facetas muy heterogéneas. Hay un atractivo itinerario normando, que incluye su Palacio Real con la Capilla Palatina; la Catedral y la Iglesia de la Martorana. El llamado "Itinerario Barroco" es español por excelencia y nos habla de una época fastuosa, vivida bajo el dominio de los reyes aragoneses primeramente y españoles después. Hay también un "Itinerario Neoclásico", con edificaciones erigidas tras el Seiscientos. A mencionar y visitar también el famoso Parque de La Favorita que alberga el popular "Palacete Chino".

Y, por supuesto, no se debe abandonar Palermo ni Sicilia, sin acercarse a dos lugares maravillosos: Monreale con su famosa catedral, tan solo a diecisiete kilómetros de la capital. El claustro es una maravilla al igual que el interior de la catedral, obra maestra del arte siciliano en el periodo normando. Las paredes están recubiertas de un dorado manto de mosaicos.

El otro lugar es Cefalú, un pueblo situado en la costa, que tiene una preciosa catedral Normanda.

Y si el viaje por toda la isla se ha realizado en coche y no hay que tomar avión alguno ni en Palermo ni en Catania, el viaje de Palermo a Messina, nos permitirá conocer esta última ciudad. Tras soportar la destrucción total con el terremoto de 1909 y los bombardeos aliados, durante la II Guerra Mundial, Messina ofrece el atractivo de su Catedral con su famoso reloj animado del campanario y la Iglesia de la Anunziata de los Catalanes. Delante de la iglesia la estatua de Don Juan de Austria, que antes de dirigirse a Lepanto para cubrirse de gloria, recaló aquí con su gran armada.

Cerdeña: sortilegio y bandoleros

Cerdeña no es la típica isla que en dos días se conoce entera, sino que es una enorme tierra original y desconocida en medio del Mediterráneo occidental. El 80 por ciento de su superficie se ondula en colinas y montañas y, a vista de pájaro, asemeja una “pisada” (de ahí su primigenio nombre de Ichnussa, “huella”), de 270 kilómetros de largo por 110 de ancho. Tan sólo 11 kilómetros la separan de la francesa Córcega, al norte, en la zona conocida como Bocas de Bonifacio, donde las corrientes marinas son muy fuertes y peligrosas, y donde el viento ha esculpido fantasmagóricos paisajes de granito en la península de Capo Testa.

En Cerdeña vivió una legendaria civilización mil años antes de Cristo, que ha dejado un legado impresionante de ruinas megalíticas que impregnan con su misterio toda la isla. Pero no es la única sensación original que se percibe. Hay palabras, recetas culinarias, retablos y construcciones de auténtico sabor hispano. Y es que la Corona de Aragón reinó durante dos siglos en la estratégica isla (del siglo XIV al XVI). La ciudad de Alghero, en la zona occidental, constituye lingüísticamente un trozo de país catalán en la isla sarda.

Resulta imprescindible un coche de alquiler para hacer recorridos de costa y de interior. Atención: las carreteras no permiten correr, hay muchas curvas, así que hay que tomárselo con calma. Pero es mejor así, para hacer muchos altos en el camino y observar en el silencio el mar en la lejanía, las montañas ásperas y rocosas.

Dicen de los sardos que el “mal de Cerdeña” es algo que surge cuando se abandona esta isla, felizmente aislada en medio del Mediterráneo. Lo describe el poeta Marcello Serra, en un poema titulado Cerdeña, casi un sortilegio. Y no le faltaba razón al poeta. Seguramente que la princesa Diana de Gales murió con las imágenes todavía frescas en su retina de su última escapada sentimental, que al parecer tuvo como escenario la mítica Costa Esmeralda sarda. Pernoctó con su último amor en el Hotel Cala di Volpe, que reúne todos esos requisitos que ayudan a encontrar la felicidad. Lejos del mundanal ruido, de miradas indiscretas, un mar azul a veces, verde otras,

esmeralda siempre. Un cielo terso, una vegetación discreta, la lisa superficie de calas y ensenadas, y por la noche la brisa con nostalgias africanas.

El nombre de Costa Esmeralda lo inventó Karim Aga Khan IV cuando, a principios de la década de los sesenta, vino a esta parte de la isla y observó el excepcional color del mar, un espejo verde que se extiende a través de 55 kilómetros de costa, con playas de arena blanca y rocas que asemejan extrañas esculturas surrealistas, horadadas por siglos de viento y lluvias. Un paraíso al alcance de unos pocos afortunados. En medio del Mediterráneo surgía uno de los puntos más sofisticados del mundo. Pero un día todo se arruinó. La isla, haciendo honor a su triste pasado de bandoleros y secuestradores, se conmovió cuando, en 1987, un niño fue secuestrado y su familia recibió su oreja como señal de que estaba vivo. Cinco años más tarde, en el mismo escenario, otro niño fue secuestrado con idéntico procedimiento. Desde entonces Costa Esmeralda vivió con ese estigma. Pero ahora todo ha quedado olvidado. Ahora, Porto Cervo, la “capital” indiscutible de Costa Esmeralda, con sus espléndidas boutiques y elegantes restaurantes atrae a una selecta clientela internacional, además de poseer uno de los puertos deportivos más grandes y mejor equipados de todo el Mediterráneo. Ahora los turistas de la Costa Esmeralda se dirigen en viajes organizados a Orgosolo, en el interior de la isla, famosa por ser la tierra de los bandoleros. Y es que los secuestradores, finalmente capturados, eran de esta zona. En Orgosolo, el director de cine italiano Vittorio de Seta -no confundir con De Sica- rodó un film inolvidable, *Banditi a Orgosolo*, con cuyo cartel el visitante se topa en la calle principal del pueblo. Pero también es famoso por sus “murales”, un fenómeno artístico popular que empezó de manera fortuita en los años sesenta y que ahora es una de las mayores atracciones -si no la única- del municipio. Todo comenzó en 1967 cuando en el cercano valle de Pratobello los vecinos de la zona se opusieron a la construcción de una base militar. No encontraron mejor forma que pintar graffitis por todas las paredes de las casas. Luego cundió el ejemplo y ahora es una tradición. Los mejores se han conservado con el paso de los años. Muy cerca está Lula, un pueblo encantador que también ofrece atractivos murales.

La capital de la región es Nuoro. De Orgosolo a Nuoro el camino es precioso, siempre con el fondo de las grandes montañas rocosas y blanquecinas donde uno se imagina que se puede recortar la figura de un bandolero con su lupara (escopeta de cañón recortado). Antes de llegar a Nuoro, está Mamoiada, localidad famosa por sus carnavales con la intervención de los mamuthones, siniestros personajes con máscaras de cuero y piedra tras las que se ocultan vecinos cubiertos con pieles de cordero y grandes cencerros que hacen sonar al unísono.

Nuoro se hizo famosa a principios de siglo por ser el lugar de nacimiento de Grazia Deledda, premio Nobel en 1926. Era una mujer liberal que no soportó el mundo asfixiante sardo de aquel

entonces. Ahora, desde la ventana trasera de la que fuera su casa natal y juvenil, se ve la iglesia que acoge sus restos.

Casi en línea recta desde Nuoro en dirección sur está Cagliari, la capital de la isla, y se llega a ella tras contemplar por el camino los numerosos nuraghe, prehistóricas construcciones sardas formadas por enormes bloques de piedra. Los nuraghe, más de siete mil, son el testimonio de una misteriosa civilización de pastores y agricultores que reinó en Cerdeña desde 1500 a.C. hasta el 700 a.C. Se trata de torres, lugares de culto, tumbas gigantescas y pozos sagrados. Los amantes de la arqueología no se pueden perder una visita a la necrópolis prehistórica de Anghelu Ruiu, en la que hay 36 domus de “janas” (casas de brujas). Se encuentra en la zona occidental, a ocho kilómetros de Alghero, en la carretera a Porto Torres.

Por Cagliari, además de los cartagineses, pasaron los púnicos, los romanos, los bizantinos, los árabes, y hasta aragoneses y saboyanos, y todos dejaron su huella. La ciudad antigua ha quedado rodeada por la ciudad nueva, y en el corazón se halla el atractivo barrio del Castello, encaramado a una colina. Aquí las callejuelas se estrechan entre tantos palacios de altura. En la Piazza Palazzo se halla la Catedral de Santa Maria, inspirada en el Duomo de Pisa, y data del 1200. Desde ahí se continúa hacia la Piazza Arsenale, donde se ubica la Cittadella dei Musei (con magníficos retablos que reflejan el arte medieval catalán) y la Puerta Cristina, desde donde se baja hacia el anfiteatro romano del siglo II. En la zona baja de la ciudad está la avenida más elegante de toda la isla, la via Manno, que conduce directamente a los bulliciosos soportales de via Roma.

La ruta de *El código Da Vinci*

“Y aquí estuvo alojado Robert Langdon...”, me dice la simpática encargada de relaciones públicas del Hotel Ritz en París. “¿Aquí, exactamente aquí, en esta habitación?”, reitero. Ignora que los mitómanos somos gente peligrosa, al igual que los fetichistas. “Usted sabrá -me dice con mirada cómplice-, que “Robert Langdon nunca estuvo aquí,...”. “Pero sí el actor Tom Hanks”, le replico. “Exacto y aquí, en esta habitación, se rodó la secuencia de la película”, me contesta. Comienzo a emocionarme. “Es decir -insisto-, en este teléfono recibió “Robert Langdon la misteriosa llamada telefónica de las 12.32 horas que desencadenará una serie de peligrosas peripecias”. La mirada cómplice se torna en mirada de asombro. Acababa de darse cuenta de que estaba ante un auténtico mitómano y buen conocedor de la novela de Dan Brown. Ya el resto no le sorprendió en absoluto. A mi requerimiento, me mostró la bata de baño amarilla con el anagrama del hotel bordado. Otra emoción. “¿La puedo comprar?”, pregunté. “¡Por supuesto!”.

Posiblemente, esta conversación, que sucedió tal como la he contado, no la entenderá quien no haya leído El Código da Vinci, el best-seller de Dan Brown, o no haya visto la película basada en la novela.

Obviamente, el perfecto mitómano-fetichista no repara ni en medios ni en gastos a la hora de recuperar los escenarios imaginados. Desde luego, hospedarse en el Hotel Ritz de París no está al alcance de cualquiera, pero cabe el recurso de visitar el bar al que ya no acude Hemingway desde que tuvo la mala ocurrencia de pegarse un tiro. Si uno se aloja en el hotel, como mandan los cánones fetichistas, podrá comprobar que su dormitorio es igual al utilizado por “Robert Langdon”: “Renacentista, con muebles estilo XVI, frescos en las paredes y la gran cama de caoba con dosel”. No todas las habitaciones son así, pero la alfombrilla colocada al pie de cama sí es “savonnerie” y, desde luego, cada habitación tiene su cadena de seguridad en la puerta como la de “Robert Langdon”.

Antes de que “Robert Langdon” se alojara en el Hotel Ritz, el mítico hotel parisino celebró el año 1998, con pompa y fastos, su centenario. Conservo como un tesoro el álbum-recuerdo editado para la ocasión, que incluye las “cartas apócrifas” de personajes como Marcel Proust -todo un mito en la historia del hotel-, Ernest Hemingway, los duques de Windsor, Chanel, el barón Rotschild e Ingrid Bergman. Pero también fueron ilustres y famosos huéspedes: Charles Chaplin, Gary Cooper, Maria Callas, Audrey Hepburn, Rodolfo Valentino, Rita Hayworth, Cary Grant, Humphrey Bogart y su esposa Lauren Bacall, Douglas Fairbank, Mary Pickford... Personajes de culto para mitómanos y fetichistas, por supuesto, aunque haya otros que Marcel Proust desvela en su magistral novela A la búsqueda del tiempo perdido, pues también la realeza y la aristocracia pasaron por aquí y siguen pasando dentro de la obligada discreción. El rey de España Alfonso XIII conoció estos suntuosos salones, comedores y “suites”, aunque no como se muestran a los clientes en la actualidad. El año 1989 se dio por concluida la transformación y renovación del hotel, pero conserva esa impronta de “glamour”, de “cachet”, de refinamiento, de estilo que le dio fama internacional. Su fachada de la Plaza Vendôme, número 15, sigue causando admiración. Por algo está declarado “monumento histórico”. Desde luego la plaza, fetichismos aparte, es de obligada visita. Es la plaza de las joyerías famosas y seguramente “Robert Langdon” no tuvo la oportunidad de enterarse de que en el número 12 murió el genial pianista polaco Chopin, en su dorado exilio.

Para llegar desde el Hotel Ritz, en la Plaza Vendôme, al Museo del Louvre, no hace falta tomar un taxi ni transporte público. A “Robert Langdon” se lo llevaron en un Citroën ZX, a toda velocidad, pero tenía un motivo: le esperaba un cadáver en la Gran Galería del Museo.

A partir de este momento, el mitómano puede elegir entre visitar el Louvre con el voluminoso libro de Dan Brown en la mano o dejarlo en el hotel y conocer la realidad de París sin las curiosas, pero muchas veces equivocadas, explicaciones de Brown.

“Robert Langdon”, metido en un veloz taxi que se salta el semáforo de rue Castiglione con la famosa rue Rivoli, se adentra en el Jardín de las Tullerías, que Brown define como “el equivalente parisien del Central Park neoyorkino”. Posiblemente, llegados a este punto es cuando hay que arrojar el libro por la ventana, esa “ventanilla” del taxi que le permite a “Langdon” ver “cuatro de los mejores museos del mundo... uno en cada punto cardinal”. Un poco difícil resulta la constatación, pero da lo mismo. Lo importante es que tengamos en cuenta que en París hay cuatro museos ineludibles: el del Louvre, el museo D’Orsay y el Centro Pompidou. El cuarto hace referencia al Museo del Jeu de Paume (Brown no se mete en disquisiciones sobre la tradición de este Museo, el del Juego de la Pelota, que durante tantos años albergó la mejor colección del mundo de pintores impresionistas y ahora incluidos en el Museo D’Orsay). Ciertamente lo primero que hay que hacer en París es visitar el Museo del Louvre... y madrugar porque las colas que se forman en la entrada son de impresión. Y es que el Louvre ofrece, además de sus colecciones permanentes de todo tipo, algunas exposiciones monográficas muy sonadas.

“Langdon” se refiere al Louvre “light”, ironizando sobre esa ingente masa de turistas que hacen carreras para contemplar rápidamente sus tres obras de culto: La Gioconda o Mona Lisa, de Leonardo da Vinci, la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia, esta última situada en un rellano de las grandes escalinatas. Siempre me acuerdo de la anécdota que contaba el genial escritor Oscar Wilde cuando fue a dar conferencias a los Estados Unidos. Al parecer, reclamaron daños y perjuicios a la compañía de transportes que entregó una réplica de la Victoria de Samotracia... porque le faltaban los brazos.

Ahora, los mitómanos sólo se dirigen a la Gran Galería en busca de los dos cuadros de Leonardo da Vinci acreditados en la novela: La Gioconda y La Virgen de las Rocas.

Claro está que antes de admirar las citadas obras, hay que alcanzar el gran hall subterráneo, que cubre la Gran Pirámide del patio de Napoleón III y a la que jamás se me había ocurrido atribuir las simbologías que figuran en la novela de Brown. Conocí hace años el gran patio del Louvre sin Pirámide y con jardines y debo confesar que me llevé un gran disgusto cuando construyeron la dichosa Pirámide. Creo que rompe la armonía de la plaza. Pero esto lo digo por mi cuenta y riesgo, obviando comentarios de Brown al respecto. François Mitterrand se la encargó al arquitecto estadounidense de origen chino I. M. Pei, y con tal fausto motivo, el presidente francés se quedó con el apodo de “La Esfinge” para siempre. Aseguran las malas lenguas -Brown se hace eco- que

Mitterrand tenía “complejo de faraón”. Bien, nos guste o no, la Pirámide está ahí, como lo está la Torre Eiffel.

Procuren visitar el Louvre en algún día de la semana que no sea el lunes. Tiene su explicación: todos los museos parisinos, como los de casi todo el mundo occidental, se cierran los lunes por descanso del personal, menos el Louvre, que lo hace los martes. Y precisamente fue un martes cuando el departamento de promoción del film alquiló una parte del Museo, una vez rodada la película, para ofrecer una rueda de prensa con el director del film -Ron Howard- y otros componentes del equipo. Así supimos que alquilaron el Louvre, gracias a la mediación de Chirac, el entonces presidente de Francia, durante una semana, de diez de la noche a cuatro y media de la madrugada, incluida la Pirámide pequeña de la secuencia final. Claro está: no encontraron las mismas facilidades en la iglesia de San Sulpicio, cuyo párroco se negó en rotundo. ¿Qué aspecto ofrece el Museo de Louvre por la noche y cerrado al público? Desde luego, tiene que ser apasionante pasear por las galerías, pasillos y corredores del Louvre vacíos totalmente de visitantes. Experimenté esta emoción en el Museo del Prado madrileño cuando Antonio Mercero rodó su película La hora de los valientes. La productora alquiló un lunes (día cerrado al público) buena parte del Museo para el rodaje de una secuencia y resulta increíble pasear en solitario por las grandes salas sin turistas japoneses con sus cámaras...

Me imagino cómo será el ambiente del Museo del Louvre por la noche, iluminado solamente con las luces-piloto rojas. Brown lo refleja muy bien, aunque seguro que no conoció en su momento aquella famosa serie televisiva francesa Belphegor, con la actriz-cantante Juliette Greco en el papel protagonista. En los años sesenta, la serie causó impacto entre los telespectadores españoles. Recientemente se ha rodado un film con el mismo tema y personaje y es que, películas aparte, las antigüedades egipcias del Museo, como el busto de Amenophis y la colosal estatua de Ramsés II, bien merecen una visita.

El Louvre precisa por lo menos de tres días para poder decir que lo conocemos. Y desde luego, los españoles no olviden que el Louvre alberga maravillas de nuestros compatriotas como Velázquez, el Greco, Ribera, Murillo, Goya, Zurbarán o Carreño de Miranda.

En el ala “Denon” se halla la Gran Galería y en la misma la “Salle des Etats” (Sala de los Estados), donde se aloja La Gioconda, junto con otros cuadros, en la denominada precisamente “Sala de La Gioconda”. El público se agolpa ante este cuadro, aunque a muchos les decepcione su tamaño. Tras los obligados forcejeos para verlo de cerca -muy protegido por dos guardias de seguridad, que no quitan ojo a los visitantes, a raíz de un atentado salvaje sufrido hace tiempo y de un robo que privó a los franceses del cuadro durante dos años por culpa de un pintor italiano

que se sintió muy patriota-, muchos turistas no prestan ni pizca de atención al gigantesco cuadro de El Veronés, titulado Las bodas de Caná, que tienen a sus espaldas. Quizás porque Brown en su libro lo sustituye por otro cuadro de Leonardo da Vinci: La Virgen de las Rocas. Este cuadro, que en la novela y en el film oculta algo que “Sophie” descubre, se encuentra, abandonando la “Sala de la Gioconda”, enfrente a la izquierda. Claro está que para hacer bien las cosas, “según Brown”, habrá que ir más tarde a Londres, concretamente a la National Gallery, para conocer la segunda versión que Leonardo da Vinci llevó a cabo de La Virgen de las Rocas, pues al parecer al cliente no le gustó la primera, es decir, la que se ubica en el Museo del Louvre.

San Sulpicio es otra cita obligadísima para los “fans” de Brown. La magnífica y grandiosa iglesia, ubicada en la Plaza que lleva su nombre, es una obra maestra de la arquitectura clásica. A su restauración se han destinado 30 millones de euros.

Conocía esta iglesia, enclavada en el mítico barrio de Saint-Germain-des-Pres junto a la estación de “metro” que lleva su nombre, y también sus maravillosos vitrales. Nunca había gozado del favor de los turistas pese a ser la segunda en tamaño después de la catedral de Notre Dame de París. Hasta que llegó Dan Brown y su libro, ironías del destino, seguro que su párroco ignoraba, cuando escribió el prefacio de un folleto explicativo -también editado en versión castellana-, lo que iba a ocurrir: “También me gusta esta iglesia en los fines de semana y domingos del tiempo ordinario, cuando nos encontramos como en familia...”, escribe. Pero llegó la “familia Brown”, con gran indignación de la encargada de la sacristía, donde se venden los folletos que explican la historia de la iglesia de San Sulpicio. Y es que no vienen a rezar, sino a contemplar el obelisco del gnomon astronómico.

El gnomon de la iglesia de Saint-Sulpice es un calendario solar que marca el momento exacto en que comienzan los solsticios de invierno y de verano y los equinoccios de primavera y otoño, respectivamente. Funciona por medio de una línea “meridiana” materializada sobre el enlosado del transepto de la iglesia por una varilla de latón, rigurosamente orientada Sur-Norte, que se prolonga sobre un obelisco de mármol blanco. Pasando por un orificio –en ese tiempo dotado de un pequeño lente- abierto a 25 metros de altura en un ventanal de la Iglesia, los rayos de sol diseñan sobre las losas del piso un disco luminoso. Al mediodía (tiempo “real” de París), la línea cruza un punto que, dirección Oeste-Este, se desplaza a lo largo del año. El 21 de junio -solsticio de verano-, cuando el sol alcanza su altura mayor por encima del horizonte, la línea cae sobre la placa de mármol del suelo, bajo el brazo sur del transepto. El 21 de diciembre -solsticio de invierno-, cuando el sol alcanza su nivel más bajo, la imagen del sol pasa sobre el obelisco en el lugar marcado por una línea grabada en la piedra. Los equinoccios (21 de marzo y 21 de septiembre) son señalados por una placa oval de cobre, detrás de la puerta de la balaustrada del

coro.

La inscripción del obelisco, mutilada durante la Revolución para suprimir los nombres de Dios, del Rey y de los ministros, recuerda que este gnomon se encargó al relojero y astrónomo inglés Sully (1680-1728). Languet de Gergy se proponía conocer mejor el momento exacto de los equinoccios para fijar la fecha exacta de la Pascua. De hecho, las fiestas pascales, que conmemoran la muerte y resurrección de Cristo en la Pascua judía, deben ser celebradas como ésta, coincidiendo con la luna llena que sigue al equinoccio de primavera. Pero los astrónomos que impulsaron la construcción del gnomon de Saint-Sulpice, terminado bajo la dirección del académico Pierre-Charles Lemonnier (1715-1799), quisieron sobre todo, mediante la observación meticulosa de los desplazamientos del sol en el cielo, determinar con precisión ciertos parámetros de los movimientos de rotación de la tierra. Los Cassidi, padre e hijo, directores del Observatorio de París, pudieron establecer en Saint-Sulpice que la oblicuidad del eje de la tierra disminuye 45 segundos por siglo. La calidad del instrumento y de las observaciones hechas con el mismo son de resaltar, pues el valor obtenido con la precisión de los aparatos que tenemos hoy difiere muy poco de la cifra encontrada por ellos: 46 segundos y 85 centésimas.

Las guías serias y bien documentadas de París, al referirse a la iglesia de San Sulpicio, siempre han hecho una referencia al curioso pero razonable fenómeno del rayo de sol, que en los solsticios y equinoccios se refleja invariablemente en lugares bien concretos y diferentes.

Dan Brown sitúa al siniestro y misterioso monje Silas en San Sulpicio “admirando la longitud de aquel enorme bloque de mármol, arrodillado junto a la base, no por devoción, sino por necesidad”. Buscaba la baldosa suelta, “siguiendo la línea de bronce en dirección del obelisco”. Tanteando, encontró un hueco bajo la baldosa semoviente. Esa línea de bronce es “la línea rosa” de la novela. Una franja metálica que atraviesa el templo de Norte a Sur. Antes de Greenwich, la longitud cero pasaba por París, a cien metros de la iglesia de San Sulpicio, aunque en la novela se sitúe dentro de ella. Tampoco fue en 1888 como asegura Brown, sino en 1911, cuando Francia adoptó el meridiano internacional de Greenwich, precioso lugar cuya visita recomiendo incluir en el periplo “davinciano”, una vez en Londres.

“¿Sabría decirme donde podría encontrar a Sor Sandrine Bieil?”, pregunté con cierta sorna e ironía a la señora que atiende la pequeña librería de la sacristía. Enseguida captó mi alusión y agradecida por la compra de la brochure y la generosa limosna para las necesidades de la parroquia, se despachó a gusto contra Dan Brown y su novela. ¡Y todavía no se había estrenado la película...! Observé un cartel, solicitando guías voluntarios para la visita de la iglesia. Y un nombre: “Michel Rouge, en el 01 42 22 99 84.” Los van a necesitar...

La ruta de El Código da Vinci conduce en París a la Embajada de los Estados Unidos, justo al norte de los Campos Elíseos. Siempre resulta placentero recorrerlo a pie, hasta el Arco del Triunfo. Lo mismo sucede con Le Bois de Boulogne, pero ciertamente por la noche no resulta recomendable. Bien lo sabe “Sophie” en el film, pues a pesar de su apariencia “femme Amélie”, las prostitutas la miran como una competidora que les ha robado un cliente llamado “Robert Langdon”. Luego, el “fetichista” deberá dirigir sus pasos a la Gare Saint Lazare. Tampoco el personal que cobija resulta muy agradable. Además comprobará que “Langdon” y “Sophie” jamás habrían podido adquirir, con o sin tarjeta de crédito, dos billetes para Lille, porque jamás los trenes que parten de esta estación han ido a Lille. En sus mejores tiempos, el gran Marcel Proust llegaba a la estación para tomar el tren que le conduciría a Balbec-Cabourg, pero ahora tampoco hay tal servicio. Se ha convertido casi en una estación de cercanías.

“La ruta francesa” incluye también la posible visita al Château de Villette, que realmente existe. En el mismo se rodaron algunas secuencias, pero evidentemente no está habitado por “Sir Leigh Teabing”, encarnado en la película por Sir Ian Mc Kellen.

El histórico castillo no está situado “a 25 minutos al noroeste de París, cerca de Versalles”, como informa Dan Brown. Pero si se dispone de tiempo y dinero puede uno alojarse en el mismo y gozar de las maravillas de la región, rica en historia y en arte.

El Château de Villette, conocido también como el “pequeño Versalles”, es un palacio terminado en 1696. Situado cerca del río Meuse, en la península de Iges, es un lugar mágico que ha preservado sus orígenes. La región es rica en historia y arte: el castillo de defensa de Sedan (el más grande de Europa) y Bouillon (lugar de salida de la primera cruzada), la antigua tapicería de Sedan, varios castillos, iglesias, museos, festivales... El castillo conserva las habitaciones originales con paneles, chimenea y suelos del siglo XVIII. La visita merece la pena no solamente por el castillo, sino por sus alrededores.

Tras “la ruta francesa”, el fetichista “browniano” debería dirigirse al pequeño aeropuerto Le Bourget para volar camino de Londres igual que “Robert” y “Sophie”. Le Bourget fue el primer aeropuerto civil de París y hasta él llegó el mítico aviador estadounidense Charles Lindberg cuando cruzó el Atlántico. Ahora los turistas que llegan al aeropuerto Charles de Gaulle y utilizan el metro express hasta el centro de la capital pasan por la estación de metro “Le Bourget”.

Pero avionetas aparte, resulta más cómodo y menos peligroso utilizar el tren rápido que desde la Gare du Nord, en pleno centro de París, conduce a los pasajeros por debajo del túnel del Canal de La Mancha hasta la estación londinense de Saint Pancrace en dos horas y quince minutos. Este

recorrido modifica al antiguo que llegaba hasta la estación de Waterloo, ahora destinada a ser un centro comercial. Si nunca utilizaron este tren Eurostar, realmente se sentirán muy emocionados en su bautismo “acuático”. Ni el mismísimo Julio Verne concibió semejante medio de transporte para comunicar Francia con Inglaterra. Gracias al Eurostar se acabaron los mareos en los ferris y las turbulencias de los aviones. Precisamente, Tom Hanks y Audrey Tatou utilizaron este tren desde Londres a Cannes para estar presentes en la première en un “recorrido histórico”, ya que el Eurostar jamás efectúa este trayecto Londres-Cannes. ¡Ah!, y por supuesto, el tren fue bautizado como “Código da Vinci”... ¡Faltaría más!

Si alquilamos una avioneta, como los héroes de Brown, aterrizaríamos en el encantador aeródromo Beggin Hill, en el condado de Kent, al sur de Londres. El aeródromo se hizo muy famoso durante la Segunda Guerra Mundial en la llamada “Batalla de Inglaterra” y todavía conserva algunos aeroplanos de aquella época que participaron en los combates.

Ya en Londres, la búsqueda del Santo Grial por parte de “Robert Langdon” y “Sophie Neveu” empieza por error en la londinense Temple Church, en Fleet Street, la emblemática calle donde tenían su sede periódicos como The Times, el Daily Telegraph o la agencia Reuters. La Iglesia fue el epicentro de los Templarios en Gran Bretaña, y de ello dan fe las nueve estatuas de caballeros yacentes que hay en el interior. Fue consagrada en 1185, por lo que es una de las más antiguas de la capital y la única con forma circular que ha llegado hasta nuestros días. Vale la pena sentarse un rato a descansar y dejarse empapar por la atmósfera de tranquilidad que allí se respira o deleitarse con su coro, uno de los mejores de Gran Bretaña, en sus días de actuación. Desde luego nada de atmósfera terrorífica ni de ataques imprevistos, “según Brown”.

En la misma Fleet Street se encuentra King’s College, una de las universidades más antiguas de Londres y tradicional semillero de literatos e intelectuales, fundada por el rey Jorge IV en 1829. En la novela, los protagonistas se dirigen al Departamento de Teología y Estudios Religiosos para descifrar el pergamino con la siguiente pista: “En la ciudad de Londres, enterrado por el Papa, reposa un caballero”. Y el caballero resulta ser Sir Isaac Newton.

Es obligado visitar la National Gallery, que posee una de las colecciones de pintura más importantes del mundo. Situada en el lado norte de Trafalgar Square, los fetichistas tendrán ocasión de admirar La Virgen de las Rocas, de Leonardo da Vinci, segunda versión del cuadro expuesto en el Museo del Louvre de París. Con su visión se puede dar por finalizado el recorrido londinense.

Esto obliga a nuestros “héroes” a trasladarse a la Abadía de Westminster, donde se ubica la tumba del descubridor de la Teoría de la Relatividad y, según Dan Brown, también miembro,

como Leonardo da Vinci, de la supuesta sociedad secreta del Priorato de Sión. La manzana del científico es la clave para abrir el “criptex” que guarda el mapa del lugar donde se encuentra protegido el sagrado cáliz.

En esta abadía se corona a los monarcas británicos y muchos de ellos están aquí enterrados, al igual que autores de la importancia de Chaucer y Dickens, por lo que es interesante hacer una visita al Poet’s Corner.

Los responsables de Westminster no consideraron muy respetuoso llenar su abadía de focos y cámaras, por lo que el equipo de rodaje se tuvo que trasladar a la catedral de Lincoln, la tercera más grande de Gran Bretaña y uno de los edificios góticos más impresionantes de Europa. Situada a 230 kilómetros de Londres, es visitada en la actualidad por miles de fetichistas que buscan irremisiblemente la irreverente figura del “diablillo”. No pierdan el tiempo: se encuentra en el coro.

Quienes no conozcan Londres podrán aprovechar el viaje para disfrutar de una maravillosa ciudad que dejó atrás al smog (la niebla), el sucio Támesis y a Jack “el Destripador”. El Milenio la ha reconvertido en un parque de atracciones con esa gigante noria que compite ahora con la del Prater de Viena. Al fondo, destacan la Cúpula de San Pablo y “el Pepinillo” de Foster.

La “ruta británica” finaliza en Escocia, gracias a los rapidísimos trenes que unen la capital londinense con la capital escocesa. A diez kilómetros de Edimburgo se yergue la maravillosa capilla medieval de Rosslyn, que vivía en gran tranquilidad, ahora rota por culpa de la novela de Dan Brown y la consiguiente película.

La capilla bien merece una visita, novelas aparte, dentro de otra visita más amplia a la entrañable ciudad de Edimburgo. En la estación de ferrocarril se cruzan los fetichistas tradicionales de Robert Louis Stevenson, que visitan la casa natal del autor de La Isla del Tesoro e inventor de El Doctor Jekyll and Mr. Hyde, con los seguidores de Brown a la búsqueda desesperada del Santo Grial.

Construida en 1446 por orden del tercero y último de los príncipes de Orkney, la llamada “Catedral de Los Enigmas” muestra bellas esculturas, incluyendo el famoso “Pilar del Aprendiz”, que presentan un enorme simbolismo. La Capilla Rosslyn no se puede encuadrar en ningún estilo arquitectónico contemporáneo ni a moda alguna. Se representan muchas historias de la Biblia y existen frecuentes referencias a los Caballeros del Temple y a la Masonería, y son visibles símbolos paganos. Es interesante observar las esculturas de plantas procedentes del “Nuevo Mundo”.

Rosslyn se sitúa en el abrupto valle de Esk. El rico entorno arbolado permite disfrutar de agradables paseos y magníficas vistas. La Capilla ha sido un lugar de peregrinación durante siglos y ahora tiene que afrontar la oleada de fetichistas del mundo entero.

Pero la ruta de El Código da Vinci tiene su gran final de nuevo en el Museo del Louvre. Si no quieren arruinar la lectura de la novela de Dan Brown o el visionado del film, eviten leer el epílogo antes de tiempo e impida que se lo cuenten.

Para rendir un homenaje al héroe, es decir a “Robert Langdon”, pueden situarse ante la puerta del Hotel Ritz. Curiosamente, la película, como quizás ya habrán podido comprobar, no arranca en dicho hotel y sí la novela. Es después, al final de toda la aventura vivida, cuando “Robert Langdon”, mientras se afeita en el maravilloso cuarto de baño descrito por Dan Brown, se percata de que tiene que volver al Museo, cuando cree que ha descubierto “el misterio”. No hace falta hacerlo de nuevo desde el Hotel Ritz como lo hace “Langdon”, pero resulta muy curioso porque así, al igual que el protagonista de la novela, podrán encontrar en la rue Richelieu una de las treinta y cinco señales que jalonaban en las calles de París la indicación del eje Norte-Sur que atravesaba la ciudad. Los parisinos se han acostumbrado ahora a observar a los fetichistas de Brown mirando fijamente las aceras y en algunos casos fotografiando unos medallones de bronce incrustados en el suelo de unos diez centímetros de diámetro con las letras N y S grabadas. Al igual que “Garbancito”, “Robert Langdon” alcanza de nuevo el Museo del Louvre y termina descubriendo el emplazamiento de la Pirámide invertida. Tampoco a mí me resultó fácil su localización. Y es que observada desde el interior y echando la mirada hacia el cielo se contempla una cristalera transparente repleta de excrementos de paloma. Jamás había visto en la Gran Plaza del Louvre esta cristalera. Subí de nuevo al exterior y no conseguía localizarla. Por fin, al igual que “Robert Langdon”, abriéndome paso entre los setos de una zona circular ajardinada de difícil acceso porque el maldito tráfico dificulta el paso, observé que allí estaba la base de la Pirámide invertida. Saciada mi curiosidad, bajé de nuevo al interior. En aquel momento lo entendí todo: estaba la Gran Pirámide invertida y la Pirámide en miniatura de apenas un metro de alto, tal como lo describe Dan Brown. Aquí no hay nada inventado. Dos turistas, que se hacían una foto con una vasija de cristal, me aclararon que era una imagen para “colgarla” en un foro dedicado al tema. Para ellos la vasija se asemejaba el Santo Grial. Es en este lugar donde “Robert Langdon “con repentina emoción cae postrado de rodillas”. Y con él, miles de fetichistas. ¡Que Dios les perdone!

Como anécdota curiosa, quiero añadir que cuando El autor de El Código da Vinci, Dan Brown, se inventó el nombre de Robert Langdon para su “héroe”, y además le dio el título de “profesor de Simbología Religiosa de la Universidad de Harvard”, ignoraba quizás que Robert Langdon existió en la vida real. Murió en Australia, su país de origen, en 2003. Tuve la oportunidad de conocerle

y hacerle una entrevista en Madrid.

Investigador, escritor y periodista, fue el primer australiano al que el Rey Juan Carlos I concedió la medalla de Isabel La Católica en 1980, por sus trabajos acerca de los navegantes españoles del siglo XVIII. Escribió un best-seller mundial *The Lost Caravel* (“La carabela perdida”), el año 1975, que relata la epopeya del “San Lesmes”, una nao española que navegando hacia las Molucas por el Océano Pacífico se perdió, dando pábulo a multitud de leyendas. Langdon murió sin poder aclarar el misterio de la nao, es decir, el final que tuvo y la suerte de sus tripulantes, cántabros y vascos en su mayoría, con un capitán cordobés al mando. Algo así como el Santo Grial, pero en versión Pacífico.

A la búsqueda de Marcel Proust

El 18 de noviembre de 1922 moría en París Marcel Proust, “el más grande escritor del siglo XX”. En sus últimos años escribió o dictó febrilmente en su gabinete forrado de corcho y fumigado de vapores contra el asma, acostado en su cama y envuelto en abrigos, batas y bufandas. Presentía su final y quería dejar terminada su monumental y maravillosa novela: *A la búsqueda del tiempo perdido*. Lo consiguió. Diecisiete años antes, en 1906, en un día no determinado por sus meticulosos biógrafos, iniciaba el relato de su monumental obra de la siguiente manera: “Durante mucho tiempo me he acostado temprano”.



Placa conmemorativa en la casa natal de Proust, en la Rue Fontaine, 96, en París. La casa original fue demolida. (Foto Martínez Parra).

Walter Benjamin afirma que “Proust empieza la historia de su vida por su despertar”, quizás aludiendo al primer párrafo de su inmortal novela. Y como así es, resulta aconsejable iniciar en

París este itinerario sentimental desde el lugar de su nacimiento: la rue Fontaine, número 96, en Auteuil, en aquel entonces lugar de veraneo de la burguesía media parisina. Una placa indica que Marcel Proust nació en una casa, ya demolida, el 10 de julio de 1871. Era el año de la Comuna y sus padres se habían refugiado en casa de su tío Louis Weil huyendo de los horrores de la guerra civil y de la posterior feroz represión. En Auteuil vivieron dos años, y allí nacería también Robert Proust, su hermano.

El 1 de agosto de 1873, los padres de Proust se instalan en el segundo piso del número 9 del Boulevard Malesherbes, donde también hay otra placa que lo recuerda. Las puertas de entrada al edificio se conservan tal como eran en 1870, y en el dintel se ve el medallón de piedra labrada, con el número 9, rodeado de hojas de roble. Casi treinta años vivió aquí la familia unida -hasta 1900-, aunque la casa de Auteuil siguió durante veinticinco años sirviendo de residencia secundaria. El jardín de esta casa aparece reflejado en su primera obra: Por el camino de Swann, al igual que el jardín del abuelo en Illiers –el “Pre Catelan”- y le servirá de telón de fondo para la escena del beso fallido de su madre tras la cena y su posterior reivindicación con victoria final: dormiría junto a ella, con permiso de su padre.

Desde el nuevo domicilio parisino, el joven Proust acude al parque Monceau, donde conocerá al primer amor de su vida –Gilberte-, a los Campos Elíseos -donde se romperá la nariz-, al Bois de Boulogne, donde sufrirá su primer ataque de asma que le marcará para toda su vida, y finalmente al liceo Condorcet, donde empezó mal y terminó muy bien siete años más tarde, en 1889, con un premio de honor en redacción. En el liceo -en la rue Caumartin- no hay placa alguna pero su fachada se conserva igual y que el pintor Jean Beraud reprodujo en su famoso cuadro La salida del Liceo Condorcet, que se exhibe en el museo Carnavalet.

Ese mismo año, Proust se inscribe como voluntario en el Ejército para evitar los tres de servicio militar vigente, siendo destinado a Orleans. Podría ser otra historia, pero basta con saber que dio la talla -1,68 metros-, que no durmió en el cuartel porque sus ataques de asma molestaban a los compañeros, que intentó aprender a montar a caballo y se cayó, y que en su compañía, en el curso de instrucción, terminó con el número 63 de los 64 que eran en total (nunca he conseguido averiguar el nombre y apellidos del último...).

Existe una lamentable fotografía del soldado voluntario con su uniforme y una anécdota posterior que podría inducir a engaño: por un curioso error recibiría más tarde una notificación para una revisión militar... a las tres y media de la madrugada, en los Inválidos de París. Dado que se había convertido en un noctámbulo perdido la noticia le hizo feliz. Rectificada la cita, se llevó un disgusto.

Antes de ser desmovilizado, el 14 de noviembre de 1890, Proust se traslada con su madre, con motivo de un permiso militar, a Cabourg donde ya había estado en los años de la infancia con su abuela, que precisamente acababa de morir en enero de ese año.

Cabourg, al igual que Illiers, son nombres fundamentales en la génesis de *A la búsqueda del tiempo perdido*. Luego, en la obra serán conocidas como “Balbec”, la primera, e Illiers se transforma en “Combray”. Años después, el Gobierno francés dispuso que oficialmente la pequeña localidad se denominara Illiers-Combray, y así reza en los rótulos de las carreteras que conducen a la misma, a doscientos kilómetros al sur de París, en la ruta de Chartres.

Cuando desde París me dirigía a Illiers-Combray, no tuve más remedio que recordar a la madre de “Martin Romagna” y la novela del peruano Bryce Echenique, *La exagerada vida de Martin Romagna*, en la que hace referencia a una “peregrinación hasta la casa de Proust, en Illiers”. Una vez allí, su madre, la de Martín Romagna, se entiende, pasó tres horas citando uno tras otro “miles de párrafos de ese escritor, para asombro del pobre viejito guardián que había conocido a las sobrinas de Monsieur Proust y todo...”. Y aquí no acabó la cosa, por lo que sigue contando, ya que gracias a sus generosas propinas, consiguió que le hiciera sonar por diez veces la campanilla de la puerta para sentir lo que sintiera Proust...



De izquierda a derecha: Desde el año 1971 se añadió Illiers al nombre de la estación de Combray, situada en el kilómetro 25 de la línea férrea secundaria Chartres-Courtelaine-St.Pellerin, el famoso “Pré Catelan” denominado también “Jardin de Marcel Proust” y un rincón del “Pré Catelan”, donde Proust describe el encuentro de Swann con Gilbert. (Fotos Martínez Parra).

No sé si aquel viejito es éste que ahora tengo delante. Se llama monsieur Compere y habla de Marcel como de uno de la familia. Mantenemos una conversación obligadamente “proustiana”. Me escruta y me examina, con dos o tres preguntas al estilo de cualquier programa-concurso

radiofónico o televisivo. “En este rellano dicen que Marcel esperaba a su madre, cuando había invitados, antes de acostarse, para recibir el beso de despedida... Bueno, ya sabrá que para algunos estudiosos eso ocurrió en Auteuil...”. Le aclaré que lo sabía, porque precisamente acababa de dejar París tras recorrer los lugares de su infancia parisina. “Pero no han encontrado nada...”, añadió con cierto desprecio hacia el París “proustiano”.

A primera vista, Illiers-Combray no difiere mucho de otros pueblos franceses, retratados por Jacques Tati en su película *Joûr de fête*. Exceptuados los días de mercado -todos los viernes-, la tranquilidad reina por doquier. Cuando llega un forastero, enseguida queda catalogado. A los “proustianos” les descubren enseguida, por ese mirar de un lado a otro, investigador, tratando de descubrir las huellas de Proust en cualquier rincón, inmueble, calle, plaza, espino blanco, espino rosa, rododendros... Y saben que acabarán inevitablemente comprando las famosas magdalenas.

Muchos proustianos vienen a Illiers-Combray en peregrinación, añorantes, con el recuerdo vivo del primer tomo, el titulado *Por el camino de Swann*, tratando de adivinar y localizar el lugar descrito y vivido por el autor, en un intento desesperado e imposible de provocar en ellos mismos -en nosotros mismos- idéntica sensación, ignorando que es al final de la obra, en el séptimo y último tomo, *El tiempo recobrado*, donde está la clave de todo, cuando el autor, convertido ya en una persona adulta, regresa al mundo de su niñez, y resume su historia personal, la historia de una decepción que para él fue la vida.

Marcel Proust frecuentó con sus padres este pueblecito en su niñez, más o menos hasta sus catorce años, en la época estival. Pero la crisis asmática que empezó a sufrir en París a los nueve años, marcó su destino: ya no más veraneos en Illiers, sino en Normandía, en Cabourg, junto al mar, su salitre y sus algas. Pero treinta años más tarde, cuando por un asunto de testamentaria familiar tenga que volver a aquel mundo tan maravillosamente descrito antaño, se llevará una gran desilusión comprobando cómo aquella Gilberte maravillosa que le dejara embobado a diario en sus paseos “por el lado de Swann” y más tarde en los parisinos jardines de los Campos Elíseos, “había cambiado tanto que ya no me parecía bella, que ya no lo era en absoluto”.

En un último y terriblemente decepcionante paseo con ella, el pobre Marcel descubre que “las fuentes del Vivonne”, que se figuraba “como algo tan extraterrestre como la entrada a los infiernos, no son más que una especie de lavadero cuadrado del que salen burbujas”. Y además, se podía “ir a Guermantes por Meseglise, que es el camino más bonito”, inoportuna frase de Gilberte que “trastocando todas las ideas de mi infancia, me enseñó que uno y otro camino no eran tan inconciliables como yo creía”. Y caminando de nuevo por aquí, con una Gilberte ahora fea, recuerda también su otra pasión, Albertine. Y de pronto piensa que “la verdadera Gilberte,

la verdadera Albertine, eran quizás las que se entregaron en el primer momento en su mirada, una delante del seto de espinos rosa, la otra en la playa...”, en esa playa de Balbec –es decir, en Cabourg, que un día viera pasar cogiditas del brazo, a las muchachas en flor. Pero bien sabes Marcelo que mientes, y mientes aunque tu madre haya muerto –dicen algunos que esperaste a que muriera para no herirla...- porque no hubo tales muchachas y Albertine se llamaba Agostinelli, y murió en accidente de aeroplano en Antibes, cuando se cansó de hacer de chófer-amante-secretario y te dejó plantado.

En estas consideraciones me hallaba, en una calle de Illiers, cuando un coche se paró bruscamente ante nosotros, interrumpiendo la labor del fotógrafo y mis pensamientos. “¿Buscan a Proust, supongo?”. Ciertamente, buscamos a Proust, o mejor dicho, los recuerdos. El doctor Jean-Claude Fourtané, que alterna el cuidado de los enfermos con la pasión por Proust, fiel a su temperamento nervioso y eficaz, nos mostró con su coche, y como anticipo de lo que veríamos el día siguiente, Illiers y sus alrededores en una cabalgada impresionante de celeridad. Aquella noche, mi mente equivocaba los dos caminos, el de Swann y el de Guermantes, Montjuvin, Tansonville, Saint-Eman, Mereglise, Mirougrain y Villebon.

Para hacer bien las cosas en Illiers, debe el “proustiano” llegar en tren desde París y darse la misma prisa que se daba la familia Proust en prepararse para descender, ya que los trenes sólo paran dos minutos. Desde el tren, se puede apreciar y divisar a lo lejos, en la plaine, la gran llanura verde, la torre de la Iglesia de Saint-Jacques. “Visto desde el ferrocarril

-escribe Proust- cuando llegábamos allí, la semana anterior a Pascua, era tan sólo la iglesia resumiendo y representando al pueblo entero”. La estación se conserva igual que en los tiempos de Proust, convenientemente remozada, al igual que la avenida, aunque los tilos descritos por el escritor han sido sustituidos por plátanos. Hay un Instituto denominado “Marcel Proust” y una calle que lleva su nombre alberga la casa donde nació el padre de Marcel, el doctor Adrien Proust. Una placa lo recuerda.



La bandeja de desayuno de la tía Leonie con su taza para el té o tila y la magdalena correspondiente. (Foto Martínez Parra).

En la calle Ferré, muy próxima a la Plaza Mayor, una pastelería exhibe un letrero que afirma escuetamente: “Aquí, fabricación de la pequeña magdalena de Marcel Proust”. El primer impulso de todo buen “proustiano” es comprar rápidamente las dichosas magdalenas. Así lo hice y con ellas me presenté en casa de la tía Leonie, donde nos esperaba el viejecito en cuestión que debió conocer a la madre de “Martín Romagna”, y que acababa de visitar Santiago de Compostela. Y es que en este pueblo, que está en una de las rutas jacobeanas, las magdalenas tienen forma de “concha de peregrino” desde tiempo inmemorial, cuando los peregrinos que partían desde París descansaban en este pueblo. De ahí que también la iglesia esté dedicada a Saint-Jacques. “Cuando la tía Leonie acudía a misa todos los días a esa iglesia, acostumbraba a comprar los pastelillos dichosos en una pastelería que hoy existe todavía... junto a la librería que también existía en los tiempos de Proust, y que hoy día pertenece a Monsieur Renoult”. Interrumpo al viejecito y le muestro mis magdalenas de la rue Ferre. “Esa no es la auténtica tienda –me replica-, porque no existía en tiempos de Marcel”. Tremendamente decepcionado, pensé en arrojar las magdalenas al “Vivonne” proustiano, pero recapacité y supuse que la fábrica sería la misma para una y otra tienda.

La posterior visita que efectuamos a la “auténtica tienda”, la de la Plaza del Mercado, que ostensiblemente anuncia “Tía Leonie compraba aquí sus magdalenas”, me demostró lo contrario, sintiéndome obligado a comprar nuevamente otra remesa de magdalenas “auténticas”. Pero un día, la tía Leonie, que en la vida real se llamó tía Isabel, quedó postrada en cama, enferma imaginaria para muchos -aunque ella siempre trató de demostrar lo contrario-, y al final, bien que se salió con la suya, porque murió disipando cualquier duda en torno a sus presuntas dolencias, no sin antes haber enviado a su sobrinito Marcel en la mojadura de magdalenas en una taza de té o tila, rito que llevaban a cabo en el dormitorio que hoy día todos los “proustianos” visitamos con veneración... Años más tarde, el sobrino, allí en París, iba a experimentar por vez primera en su vida el fenómeno de la “memoria involuntaria” -tras haber sufrido las “intermitencias del corazón”-, un día en que rumiando tristes pensamientos entró en el patio de los Guermantes -aquel monsieur Guermantes que enviaba telegramas en los siguientes términos a sus pretendidos amigos: “Imposible ir, sigue mentira”, declinando invitaciones- y en su distracción no pudo ver un coche que avanzaba. El grito del cochero le hizo chocar bruscamente con el pavimento y al poner el pie en una losa más alta que la otra, le asaltó el recuerdo de las losas desiguales del baptisterio de San Marcos en Venecia. Y con el asalto, la felicidad, “la misma que la que sintiera comiendo la magdalena y cuyas causas profundas dejé de buscar entonces”. El genio del escritor trazará con nerviosa caligrafía esa maravillosa sensación: “Esto explicaba que mis

inquietudes sobre mi muerte hubieran cesado en el momento en que reconocí inconscientemente el sabor de la pequeña magdalena, porque en aquel momento el ser que yo había sido era un ser extratemporal, despreocupado por lo tanto de las vicisitudes del futuro. Aquel ser no había venido nunca a mí, no se había manifestado jamás sino fuera de la acción, del goce inmediato, cada vez que el milagro de una analogía me había hecho evadirme del presente. Sólo él tenía el poder de hacerme recobrar los días antiguos, el tiempo perdido, ante lo cual, los esfuerzos de mi memoria y de mi inteligencia fracasaban siempre”.

Y cuando se leen estas cosas, tratando de recomponer la situación que la provocó, se llega a la conclusión, triste y desolada, de que es una tarea totalmente inútil. Lo saben “Martin Romagna”, su madre y todos los mitómanos que por aquí pasamos.

Porque Illiers no es un pueblo “real”, sino un inmenso decorado, un escenario de la antigua farsa, habitado y cuidado con esmero por unos, maldecido por otros, que en su vida han leído ni leerán a Proust y que opinan que por su culpa, el pueblo y sus casas no se pueden tocar... Y al despedirme de monsieur Compere, supe con certeza que el tiempo pasado jamás se recobra, que es vana ilusión, que el tiempo está en nosotros mismos y que no hay sensación más dramática y al mismo tiempo más conmovedora que el reconocimiento de que la Muerte es lo único que tiene sentido. “Pero esta vez –escribió Marcel Proust-, estaba completamente decidido a no resignarme a ignorar por qué, como lo hice el día que saboreé una magdalena mojada en una infusión...”.

“¿Y usted, señora, tiene ya pensado lo que van a hacer estas vacaciones?”, pregunta monsieur de Norpois a la madre de Proust, en el tomo titulado A la sombra de la muchachas en flor. “No lo sé, quizás vaya con mi hijo a Balbec...”. Por vez primera en su obra cumbre, Marcel Proust se refiere a... Cabourg. Mejor dicho, a cierta Cabourg, porque “Balbec” también es la Bretaña, Dieppe, Douville, Trouville, Treport... y existe en la realidad, cerca de Rouen, un pueblecito llamado Balbec.

Cuando Proust marchó a Cabourg por vez primera con su abuela, “Gilberte le era ya casi por completo indiferente”. Habían pasado dos años desde la última vez que la vio. Pero paseando por el dique de Cabourg, días más tarde, oyó a un desconocido hablar de “la familia del subsecretario del Ministro de Correos”, familia a la cual una vez Gilberte se había referido en conversación con su padre. Por un momento volvió el dolor por el ser querido, pero “ese dolor y ese rebrote de cariño a Gilberte fueron tan poco duraderos como los sueños...”, confiesa.

Marcel va con su abuela a la estación parisina de Saint-Lazare -”uno de esos inmensos talleres de cristal...”- lleno de dolor porque mamá no les acompaña en el viaje. Parten en “el hermoso y

generoso tren de la una y veintidós”, y en el camino tiene la sensación por primera vez “de que su madre podía vivir sin él, consagrada a otra cosa, con otra vida distinta”. Sufrió mucho en el largo viaje -cinco horas y media- y siguió sufriendo cuando al llegar a Balbec-Place, se asoma al vestíbulo del Grand Hotel de Balbec, “frente a la escalera monumental imitando a mármol”. Le cayó muy antipático el director del Hotel y como los precios resultaban caros para el presupuesto de su abuela hubo de subir en el ascensor, “que trepando a lo largo de un pilar me arrastró hacia la bóveda de la comercial nave del edificio”. Es decir que se quedaron en las habitaciones más económicas, las del último piso. El ascensor que conoció la “mortal angustia” de Proust en la interminable ascensión ya no existe. Ha sido reemplazado por otro más moderno, más rápido, pero que impide toda visión del exterior.



El “Gran Hotel” de Cabourg desde la playa. (Foto Martínez Parra).

En los tiempos de Proust el prospecto editado para atraer a la gente al Grand Hotel se refería, no sólo a la exquisita cocina y a la vista ideal de los Jardines del Casino, sino también “a las leyes de Su Majestad la Moda, que no pueden violarse impunemente sin pasar por un beocio, a lo cual no quiere exponerse ninguna persona bien educada”.

Ahora el lujoso folleto del Hotel utiliza otra terminología y ofrece sus salas de reuniones para convenciones y congresos con referencias, por supuesto, al ilustre visitante que le dio fama: la “Sala Marcel Proust”, el “Salón Balbec” y un bar denominado “Du côté de chez Swann”, entre otros. La guía que acompaña durante la visita asegura que no hubo una, sino muchas habitaciones ocupadas por Proust. Dependía del estado de las finanzas del escritor. Entre 1907 y 1914, no faltó a la cita estival. Ese año, en pleno veraneo, el 3 de agosto de 1914, estalló la Primera Guerra Mundial y Marcel no volvería nunca más. A partir de esa fecha Cabourg-Balbec conoció una

lánguida y gris existencia.

Entre las dos guerras mundiales, Deauville y Trouville se pusieron de moda en todo el mundo y Cabourg quedó arruinada... Pero al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los parisinos y franceses en general descubren la Costa Azul, el bronceado, los baños en un mar cálido, otro sistema de vida. La alta sociedad internacional olvida Normandía. Niza, Cannes, Saint Tropez, Montecarlo, se imponen en la batalla turística. Luego vendrá la reacción, quizás también dada la saturación de la Costa Azul.

En los años sesenta del siglo XX, un intrépido empresario de variedades musicales, siempre con un gran puro en la boca, Bruno Coquatrix, director del famoso Olympia de París, lanza el eslogan "Cabourg, Playa Número 1". Y da un sentido moderno al veraneo en Cabourg. Es decir, traiciona el espíritu tradicional.

Como el Grand Hotel resultaba deficitario trasforma parte del edificio en apartamentos, tal como hoy día se aprecia, moderniza el Hotel y liquida el maravilloso ascensor que Proust utilizara con tanto temor... Pero explota sabiamente el escenario "proustiano". Un maravilloso escenario que se mantiene vigente a pesar de Bruno Coquatrix, elegido alcalde en 1971 y muerto prematuramente. Pero el camino ya estaba trazado, un camino que no va ni por el lado de Chez Swann ni por el de Guermites, sino directo en busca de ejecutivos ingleses, a los que se anima a pasar el Canal y celebrar aquí sus reuniones y convenciones.

Dado que todas las habitaciones que utilizara Proust están ocupadas por clientes -en 1973, Claude Chabrol vino a rodar *Le banc de la désolation*, y en el Gran Hotel reconstruyó "la habitación de Marcel Proust"-, la guía, compadecida, nos muestra, en el último piso, la buhardilla donde Marcel Proust se refugiaba para escribir *A la sombra de las muchachas en flor*. Por los "ojos de buey" vislumbraba el paseo marítimo y sobre todo el mar, el maravilloso mar y el cielo, uniformemente grises, en los que "se posaba con exquisito refinamiento un leve tono rosado...". Era esa "armonía gris y rosa", al modo de las pinturas de Whistler, lo que Marcel amaba.

Almuerzo con su abuela en el gran salón, este salón que ahora se llena de congresistas y ejecutivos, y donde resuenan palabras que hablan de marketing y estrategias de ventas, y en el que Marcel evocaba los dorados rayos de sol, "muy diferentes a los de por la tarde, sencillos y superficiales como doradas flechas temblorosas...". En ese comedor que para Proust era como un "inmenso y maravilloso acuario, y los obreros, los pescadores y las familias de la clase media de Balbec se pegaban a las vidrieras, invisibles en la oscuridad de afuera, para contemplar cómo se mecía en oleadas de oro la vida lujosa de una gente tan extraordinaria para los pobres como

la de los peces y moluscos extraños...”.



Placa que recuerda que en el “Hotel Ellysée Union” vivió sus últimos años y falleció Marcel Proust.(Foto Martínez Parra).

Marcel buscaba en el mar los efectos de la luz descritos por Baudelaire, “el sol radiante sobre el mar”. Buscaba el mar de cada día. Cuando se levantaba, lo primero que hacía era descorrer los visillos del balcón, “con objeto de enterarse de cuál era el mar que estaba aquella mañana jugueteando, como una nereida en la tierra costera. Porque cada uno de estos mares no estaba allí más que un día. Al día siguiente ya había otro, muchas veces parecido. Pero nunca vi el mismo dos veces...”.

Todo transcurría tranquilo y feliz para Marcel, hasta que un día “me quedé parado delante del Gran Hotel haciendo tiempo hasta que llegara la hora de ir a buscar a mi abuela: cuando, allá por la otra punta del paseo del dique, destacándose como una mancha singular y movable, vi avanzar cinco o seis muchachas tan distintas por su aspecto y modales de todas las personas que solían verse por Balbec, como hubiese podido serlo una bandada de gaviotas venida de Dios sabe dónde...”. Marcel se había topado con “las muchachas en flor”. Años más tarde, un biógrafo sesudo como Painter, admitiría la posibilidad de que fueran “muchachos”. Daría media vida porque Visconti hubiese rodado la secuencia del descubrimiento de las muchachas. Un proyecto que el gran Luchino no pudo llevar a cabo. ¿Qué puede hacer una cámara ante estas palabras?: “La muchacha que llevaba un sombrero de punto muy encasquetado iba muy preocupada con la conversación de sus compañeras y yo me pregunté si es que me había visto cuando se posó en mí el negro rayo que de su mirar salía...”. ¿Hermoso, verdad? Otra media vida se puede dar también por una frase como ésta.

Marcel Proust desde ese día se sintió atraído por “las muchachas”, y especialmente por una de

ellas, y la conoció gracias al pintor Elstir. Albertine Simonet se llamaba la elegida. Y los pasillos de este hotel serían testigos del andar nervioso y presuroso de Marcel, la noche en que Albertine pernoctó para poder visitar al día siguiente a su tía. Y no sabremos nunca qué habitación fue en concreto. La habitación en que Albertine se negó en rotundo a ser besada por Marcel. Simplemente besada. Nunca se explicó Marcel aquella negativa. Luego llegaron las lluvias, se fueron los clientes, los veraneantes, las muchachas en flor y también Albertine. Y Marcel, a solas con su abuela, en el salón casi vacío, decidió volver a París. Le esperaba el mundo de los Guermantes.

Pero volvería una y otra vez. Y al amor de Albertine, aunque dicen que fue una tal Marie Finaly el modelo de la “vida real” en el que se inspiró, le sucedería otro amor, inconfesable, el chófer Agostinelli. Y nunca se sabrá si el chófer era Albertine. Porque en “Albertine” hay muchos amores incluidos y en el Grand Hotel varios hoteles. El de Cabourg y el de Les Roches Noires, de Trouville, entre otros. Tuve ocasión de golpear con los nudillos los tabiques del Grand Hotel de Cabourg y percibir cierta endeblez en los mismos. Y traté de oír la respuesta de su abuela y más tarde de su madre, a las llamadas insistentes, a sus golpes nocturnos, inconfundibles para su abuela, que disipaban sus miedos y temores. Porque detrás de las imágenes y colores, “no había sino el triste vacío de la playa barrida por ese viento inquieto de la noche...”. Las noches de Marcel. Dolorosas, desesperanzadas por un amor o unos amores de los que nunca se atrevió a confesar su naturaleza. Un día, un amigo le daba una lección práctica sobre cómo estrechar la mano del prójimo, “con vigor, así...”. Marcel objetó: “Si sigo su ejemplo, la gente creerá que soy un invertido”. Ciertamente, Marcel Proust fue un invertido, atormentado por los remordimientos. Y por los celos, los recelos, fundados unas veces, infundados otras. Pero lejos del terrible mundo en el que el vicio posteriormente le sumergió, noches en burdeles, en que curioseaba cómo las ratas se convulsionaban, atravesadas por agujas y alfileres –“Yo le proporcionaba las ratas”, afirmaba un parisino hace años-. Lejos de ese mundo está la bellísima realidad de su obra, con esa banda sonora que es la frase del “septeto de Vinteuil”.

Para mí, de todos los mundos perdidos, irremisiblemente perdidos descritos por Proust, el de Cabourg-Balbec sigue siendo el más válido, porque todavía nos es posible escuchar el ruido del mar, los rumores provocados por las olas en su lucha contra las rocas y pensar que esos mismos ruidos, esos mismos rumores los captaron los finos oídos del genial escritor.

La familia Proust decide, en 1890, cambiar de domicilio trasladándose a la rue de Courcelles número 45. Marcel aprovecha la ocasión para viajar, por segunda y última vez en su vida, a Venecia. –“Proust tenía vocación de Venecia”, afirma Paul Morand-, huyendo de los inevitables líos y trajines que todo cambio de domicilio provoca. Y en la ciudad de los canales, le sucederá el episodio de la losa movible en el baptisterio de San Marcos, que provocará la “memoria involuntaria” -en el

argot “proustiano”- de otra losa tembleque en el patio parisino de la mansión de los príncipes de Guermantes. En la actualidad es un magnífico edificio, y penetrando en el gran portal, a la derecha, el visitante se topa con una gran escalera y una bóveda sonora, tal como lo describiera el mismo Proust. Aquí trabajaba, en el salón-comedor, por las noches, alumbrándose con una lámpara de aceite, recibiendo a sus amistades, con nombres tan ilustres como León Daudet, Anatole France, Madame de Noailles, Robert de Montesquieu..., ignorantes de que estaban sirviendo de modelos, de arquetipos, a unos personajes literarios que pasarían a la posteridad.

La boda de su hermano el 2 de febrero de 1903, y la posterior muerte de su padre, de una hemorragia cerebral el 26 de noviembre de ese mismo año, le sumen en profunda tristeza y melancolía, que se convierten en una terrible crisis cuando su adorada madre fallece dos años más tarde, el 26 de septiembre de 1905. Él, que de niño había respondido al cuestionario de un compañero que su idea de la infelicidad era “estar separado de la mamá”, dirá años más tarde – cuando lo descubrió “realmente”- a Celeste Albaret: “Muriendo mamá, se llevó consigo al pequeño Marcel”. Y es que sin su madre, creyó que el mundo se le vendría encima y fue al revés... Él se arrojó al mundo, a su mundo...

El 27 de diciembre de 1906, Marcel se traslada a la que sería su penúltima morada, en el número 102 del boulevard Haussman. En la casa de la rue Courcelles tampoco queda recuerdo alguno de su paso, porque en la actualidad todas las plantas están ocupadas por oficinas comerciales. Fuera, en la calle, se puede observar que la fachada conserva la huella de una supuesta placa conmemorativa. En cualquier caso, desapareció... y es que, aunque resulte penoso admitirlo, entre bancos, hoteles y oficinas, en la capital francesa está desapareciendo toda traza de la existencia de Marcel Proust.

Esta casa pertenecía a su tío George Weil, muerto cuatro meses antes, y Marcel ocupará el mismo dormitorio en que aquél murió. Ha conseguido el alquiler gracias a su tía, pero el piso le parece muy feo. Sólo le consuela el hecho de que lo conociera en vida su madre. Todavía permanece su recuerdo, que se irá amortiguando, especialmente cuando al año siguiente ocurre un acontecimiento trascendental: Marcel Proust reanuda su oficio de escribir con textos que anuncian ya directamente su obra magistral, la Búsqueda. Aseguran algunos críticos que el fallecimiento de su madre resultará fundamental en el desarrollo de su obra, permitiéndole afrontar algo que en vida de ella no hubiera osado plantearse: su homosexualidad, una homosexualidad que él jamás aceptó ni reconoció en sociedad, y que fue el gran reproche de André Gide, y que jamás se lo perdonaría.



De izquierda a derecha: la sala "Marcel Proust" en el "Gran Hotel" de Cabourg y tumba de Marcel Proust en el cementerio Père Lachaise de París. (Fotos Martínez Parra).

Seguirán aquí, en este piso, años de trabajo, de creación y de crisis asmáticas. El 28 de enero de 1910, el Sena inundó París, alcanzando el hogar de Proust, en el primer piso. Los trabajos de restauración le sumen en la desesperación... y se refugia en Cabourg. Sigue escribiendo sin descanso. El año 1912 será el año de la búsqueda de un editor, y tras muchas desilusiones y humillaciones (un editor le devuelve el manuscrito sin abrir el paquete siquiera), el 14 de noviembre de 1913 aparece el tomo titulado Por el camino de Swann. ¿Éxito fulminante, arrollador, críticas favorables unánimes? En absoluto. Es famosa la opinión del director de una editorial, Humblot: "Seré quizás obtuso, pero no consigo llegar a comprender cómo se puede emplear treinta páginas para escribir cómo dar vueltas y vueltas en la cama hasta quedar dormido". Pero Marcel Proust no se desanimó jamás. Creía firmemente en su obra y nada ni nadie pudieron impedirselo. Ni la muerte. Porque él llegó antes a su conclusión, culminando una obra magistral.

En 1919 afrontó el último drama inmobiliario de su existencia: su tía había vendido el edificio donde se encontraba su piso a la Banca Varin-Bernier, que proyectaba derruirlo y proceder a la construcción de uno nuevo. La famosa actriz Rejane le ofreció un apartamento en la cuarta planta de su casa, provisionalmente vacío. Se trataba del número 8 bis de la corta rue Laurent Pichet, situada entre la rue Pergolesi y la famosa Avenida Foch. En este apartamento permaneció cuatro meses, de junio a septiembre de 1919. Hay una placa conmemorativa.

El 1 de octubre de ese mismo año, Proust se instala provisionalmente en la cuarta planta de la rue Hamelin número 44. Parte del mobiliario lo deja en el almacén de un guardamuebles y solamente se lleva consigo los objetos más queridos. La muerte convertirá en definitiva esta decisión.

Pero no todo ha de ser pesares y críticas adversas. El 10 de diciembre se le concede el "Premio Goncourt" por su novela A la sombra de las muchachas en flor. Será el inicio de su consagración. Le empiezan a acosar los periodistas y le piden colaboraciones en diarios y revistas de gran prestigio. Proust inicia una dramática carrera contra el tiempo. Tiene trazado el esquema de su obra y teme que no llegue a culminarla. El séptimo y último tomo es fundamental, porque en él, con El tiempo recobrado, se cierra el inmenso arco –realizado con un millón trescientas mil palabras francesas- de una visión personal de la condición humana a través de una sociedad, que tras la guerra -la Gran Guerra- se hunde y desaparece irremisiblemente.

En la quinta planta del número 44 de la rue Hamelin muere Marcel Proust el 18 de noviembre de 1922 y en la que se había instalado en octubre de 1919. Es inútil tratar de visitarla, porque toda la

casa la ocupa en la actualidad un hotel, el Hotel Elyseés Union concretamente. Ni tan siquiera se puede ver la habitación en que murió, “la ocupa un cliente”, me aclaró un conserje que, en vida de Proust, hubiera sido, a no dudarlo, increíblemente solícito, porque Proust fue en extremo dádivo con ellos –daba propinas enormes, con gran escándalo de familiares y amigos- y respetuoso. Enviaba cartas dirigidas “al señor Conserje del señor Duque”, y otras por el estilo. Otro conserje, en otra ocasión, también me impidió conocer la habitación parisina del Hotel Le Bélier, donde muriera Oscar Wilde. Ignoran que los mitómanos pagaríamos un suplemento especial con tal de conocer y habitar esas moradas...

Pero se sabe, por ejemplo, que la habitación en que murió Marcel era siniestra, así le pareció a François Mauriac –otro de sus renombrados biógrafos- cuando le visitó una vez. Los muebles, los escasos muebles que conservaba se los llevaron sus herederos, porque otros que heredó anteriormente de una tía, terminaron en un burdel.

Tenía 51 años y sabía a ciencia cierta que se moría, aunque le costó admitirlo. Todavía, cuando escribía el séptimo y último tomo de A la búsqueda del tiempo perdido, el titulado El tiempo recobrado, llegó a decir “como la pereza me había acostumbrado a ir aplazando mi trabajo para el día siguiente, me figuraba que podía ocurrir lo mismo con la muerte”. Pero no ocurrió lo mismo aquel 18 de noviembre y murió a las cuatro y media de la tarde con los ojos aún abiertos, igual que el absceso que tenía en sus pulmones. Asegura George D. Painter que dijo “Madre”, pero quien le cerró sus ojos, su fiel sirvienta Celeste Albaret, lo negó rotundamente. Para los “proustianos” basta con decir “Celeste”. Ella murió el 25 de abril de 1984, a los 93 años y durante algún tiempo, tras la muerte de su amo, se ocupó –por intervención de la Administración francesa- de la custodia y conservación de la casa del compositor Maurice Ravel, en Montfort-L’Amaury, cerca de la capital francesa. Más tarde, Odilon, su marido, vendió el taxi y el matrimonio adquirió un hotel en París, el Hotel d’Alsace et Lorraine, en la rue de Cannelles, 14, que desemboca en la plaza St. Sulpice. Ahora el hotel se llama La Perle (desde el mes de enero de 1993) y no conserva ningún vestigio ni recuerdo de sus antiguos dueños, pero una señorita en la recepción recordaba “que había pertenecido antes a la gobernanta de Proust”.

Tras guardar silencio durante 50 años, en 1973, Celeste concedió una entrevista –habló ante un magnetófono durante 72 horas- al periodista Georges Belmont, para un libro que tituló Monsieur Proust. El libro decepcionó porque Celeste no tenía nada que contar, ni añadir a lo ya conocido. Las miserias de la vida cotidiana sólo tienen interés en las revistas “del corazón”. La antigua gobernanta contó que el primer domingo que estuvo al servicio del novelista, se vistió para ir a misa. Proust exclamó: “¿A dónde va? ¡No puede dejarme solo!”. Y Celeste no volvió a oír misa, por lo menos en vida del señorito...

Fue su fiel y abnegada sirvienta y, en las horas postreras, secretaria. Hasta el día de la entrevista nadie se acordaba de su existencia, a pesar de que Marcel había pronosticado “sus pequeñas manos me cerrarán un día los ojos”. Casada con uno de los chóferes de Proust en 1913, poco antes, en noviembre de 1912, había entrado a su servicio para siempre. La educó, la instruyó y le aclaró “que Napoleón y Bonaparte eran una sola persona...”, como contara a Gide.

Celeste cuidó de su amo hasta la muerte –le cerró efectivamente sus ojos- y escribió los últimos párrafos que le dictó, con la muerte en los talones. Unos párrafos que habrían de ser añadidos a *La Fugitiva*, pero no ocurrió así. ¿Se perdieron o no merecían la pena? Nunca lo sabremos. Son los peligros de dejar las cosas para última hora. “En vez de trabajar –reconoció Proust- viví en la pereza, en la disipación de los placeres, en la enfermedad, en los cuidados, en las manías, y ahora emprendía mi obra en vísperas de morir, sin saber nada del oficio”.

De esta casa de la rue de Hamelin saldría su cadáver, camino del famoso cementerio Père Lachaise, donde reposa en la actualidad, no sin antes pasar por la cercana iglesia de Saint-Pierre-de-Chailote, donde se celebraron los funerales, con los honores militares –cuenta Painter- que le correspondían por ser Caballero de la Legión de Honor, interpretándose la Pavana para una Infanta difunta, de Ravel (ese Ravel que ignoraba que Celeste Albaret sería su guardiana postmortem). En el entierro, un perro asustado y callejero, se refugió bajo el féretro y algunos rieron.

Tras las huellas de Paul Gauguin

Dos escuetas lápidas resumen, engañosamente, la vida de un genio atormentado llamado Paul Gauguin. Una se encuentra en París; la otra en el cementerio de Atuona, capital de la isla de Hiva Oa, una de las siete islas que integran el archipiélago de las Marquesas. En el número 56 de la rue de Notre Dame de Lorette, una casa típicamente parisina de finales del siglo XIX, una lápida dice: “Paul Gauguin, pintor, escultor, escritor. Muerto en Atuona (8-V-1903). Nacido en París (7-VI-1848)”. En el cementerio de Atuona la lápida solamente señala: “Paul Gauguin. 1903”.



Tumba de Paul Gauguin en Hiva-Oa (Islas Marquesas). (Foto Patxi Uritz).

Cuando el 19 de julio lo bautizaron en la iglesia que da nombre a la calle, nadie podía imaginarse que esa ceremonia católica y sus consecuencias le darían el derecho a ser enterrado en “tierra sagrada” en el cementerio de Atuona, con gran disgusto del obispo monseñor Martin, a juzgar por la lacónica nota que envió a sus superiores en Francia: “Y por aquí no hay nada más que reseñar que la muerte súbita de un triste personaje, llamado Paul Gauguin, artista de renombre, enemigo de Dios y de todo lo que sea honestidad”. Ahora la tumba del Obispo está muy cercana a la de Gauguin. Gauguin forjó un mito, sin que él se percatara de ello: la del hombre europeo que, harto de este mundo, busca otros horizontes remotos y lejanos, un paraíso quizás perdido. Abandona todo, trabajo, familia, mujer, hijos, amigos... para encontrarse a sí mismo y realizar su sueño dorado: pintar. Con el paso de los años los biógrafos han ido desmitificando el “mito Gauguin” para dejarlo en sus justos y normales límites.

Lo que nadie discute es su genialidad, incomprendida para la sociedad que le rodeaba y que tanto le hizo sufrir. Meses antes de su muerte, escribió: “Esta noche pasada soñé que estaba muerto y, cosa curiosa, era precisamente el momento en que me sentía feliz”. Está escrito en Atuona, donde se encuentra su tumba. Muy cerca reposan también los restos de otro artista francés, gran admirador suyo, el cantante Jacques Brel que, víctima de un cáncer, vivió en la isla mucho tiempo. Murió en París y pidió ser enterrado junto a Gauguin. Su deseo se cumplió.

Evocar a Paul Gauguin a través de sus escenarios requiere una gran voluntad viajera. Los amantes del arte de Gauguin, incluidos fetichistas y mitómanos, pueden completar un itinerario turístico maravilloso siguiendo sus huellas y localizando los escenarios de sus cuadros. En ese itinerario no pueden faltar París, La Bretaña y la Provenza. Pero, la gran atracción son Tahití y las Marquesas. Ciertamente la Polinesia que se nos muestra hoy día no es la misma que acogió a Gauguin, pero quedan los paisajes que reflejó y los descendientes de aquellos hombres y mujeres que se dejaron retratar, mejor diría, inmortalizar.

Contar en breves líneas la agitada vida de Gauguin resulta muy difícil, pero son muy recomendables la biografía de David Sweetman, así como la novela de Mario Vargas Llosa, *El paraíso en la otra esquina*. Seguramente que Gauguin heredó de sus padres la inquietud por moverse en la vida, ya que decidieron abandonar Francia por razones políticas cuando Paul tiene un año y trasladarse a Lima. Pero su padre no llegará a su destino pues muere en Puerto del Hambre, en Punta Arenas, en tierras chilenas. La mujer con los dos niños llega a Lima, ahora viuda, y cinco años más tarde consigue volver a Francia, a Orleans, primeramente, donde Paul estudia, y a París, después. Paul quiere ser marino, pero no puede ingresar en la Escuela Náutica porque sobrepasa la edad.

Quiere conocer mundo y en 1865 parte hacia Río de Janeiro. Luego volverá a Perú -el país que le vio crecer-, Chile, navegará por todo el Mediterráneo y llegará al Círculo Polar. En 1872 piensa que ha llegado el momento de sentar cabeza y consigue una modesta colocación en una agencia de Cambio y Bolsa. Al año siguiente conoce a la danesa Mette Gad y se casan por lo civil el 22 de noviembre. Posteriormente lo harían en la iglesia parisina luterana de la rue Chauchat. Resulta muy curiosa y recomendable una visita a esta iglesia que se conserva estupendamente.

En sus ratos libres, pinta. Ya tenemos el retrato típico del “pequeño burgués”, convertido en pintor dominguero sin mayores ambiciones, que tras ser padre de dos hijos -Émile y Aline, su adorada hija- consigue exponer por vez primera en su vida, sin éxito alguno, en 1876.



De izquierda a derecha: Tiki rojo en Hiva-Oa y Bahía de las Virgenes. Hanavave. Fatu Hiva. (Fotos de Patxi Uritz).

En 1879 cambia de empleo y se pone a trabajar en una Compañía de Seguros. Le nace el tercer hijo, Clovis Henri. Aquí es cuando hay que romper y aclarar el mito “melodramático” del hombre que abandona su “brillante” trabajo como agente de bolsa -ahora le llamarían broker- y decide dedicarse de lleno a la pintura, con todos los riesgos consecuentes. En primer lugar, jamás llegó a ser agente de bolsa, tampoco se quedó en la calle por el crack que sufrió la Bolsa, ni se marchó. La realidad fue más prosaica: le despidieron de la Casa de Seguros donde llevaba tres años trabajando.

En el paro, Paul trata de olvidar sus penas y miserias con los amigos pintores. Conoce a gente interesante, tan muertos de hambre como él, charla, discute, se apasiona, intuye que tiene que renovarse y que hay que renovar la pintura. Su mujer no soporta la situación y decide irse con sus hijos a su país, a Copenhague. Con los suyos, en su patria, podrán comer todos los días. Paul, abandonado por la familia -¡cómo se escribe a veces la Historia!- decide dedicarse por completo

a su pasión y en 1886 toma una de las decisiones más importantes de su vida: irse a una perdida localidad bretona, llamada Pont-Aven, para poder pintar tranquilamente, llevar a la práctica sus revolucionarias ideas sobre el Arte... y pagar lo menos posible en la pensión donde se hospeda, con una patrona que ignora que se hará muy famosa por albergar a tanto pintor hambriento.

Los senderos junto al río y el canal, se conservan en algunos puntos tal como los reflejara el pintor. Cuatro veces estuvo en tierras bretonas Gauguin. En Pont-Aven se conservan y se exhiben el Cristo Verde y el Cristo Amarillo, y ese paisaje junto al río que le serviría a Serusier, otro gran pintor alumno suyo, para poner en práctica los consejos de su maestro: “Si ves verde, pinta verde; si ves azul, pinta azul...”. El paisaje sigue intacto y la emoción que se puede experimentar, inenarrable. Y luego está la iglesia de Trémalo, cercana al pueblo, a la que todo el mundo acude en peregrinaje para ver al Cristo que le sirvió de modelo para la versión “jaune”, con ese mar azul de fondo que encontró en Le Pouldu, otro pueblo costero muy cercano, que hay que visitar sin ningún tipo de excusas.

Y en otra iglesia cercana, la de Nizon, en el “Calvario” encontraremos el modelo de su Cristo Verde. Al párroco de esta iglesia le dio casi un síncope cuando Gauguin le mostró el cuadro que pretendía venderle para su iglesia, su famosa Visión después del sermón. Se quedó aterrorizado y escandalizado por aquel rojo de la pradera contrastando con el blanco de la cofia de las mujeres bretonas, ésas que no encontraremos en toda la Bretaña a no ser que coincidamos con alguna manifestación folclórica.

En noviembre regresa a París y conocerá a un artista fundamental en su vida y carrera: Vincent Van Gogh, otro genio desesperado, que le invita a conocer el pueblo donde se ha instalado, Arles, en la Provenza. Gauguin, lo hará tras una segunda estancia en Pont-Aven. Pero antes, en 1887, vive otra aventura allende los mares. Empeñado en conocer tierras vírgenes e indígenas salvajes, en “toda su pureza” -su manía, su obsesión-, se acerca primeramente a Panamá, donde vive su hermana, casada, y trabaja para la Compañía que construye el Canal. Quiere conseguir algún dinero para encontrar la “isla de sus sueños”. Cree haberla hallado en la isla de la Martinica, llamada Taboga, pero los indígenas le explotan tanto a él como a su amigo y fiel admirador, Laval. Y, además, contrae la malaria y el paludismo. A duras penas y con gran esfuerzo, consigue pintar una docena de cuadros. Regresa a París y no consigue vender ni uno.

En octubre de 1888, Gauguin llega a Arles. Van Gogh le prepara una habitación en la famosa “Mansion Jaune”, adornada con un cuadro: Los girasoles. Por desgracia, esta casa desapareció junto con todo el barrio que la acogía durante los bombardeos aliados en la Segunda Guerra Mundial. Por vez primera oír de boca de su amigo Van Gogh, que le ha invitado a su modesta

y humilde casa, el relato que le ha de llegar al alma. Se trata de una novela de Pierre Loti, ambientada en Tahití y titulada El matrimonio de Loti. Se supone que, tras calentarle la cabeza a Gauguin en torno a los Mares del Sur, descritos con exuberancia y cierto almibaramiento, tuvieron la famosa discusión que provocaría que Van Gogh se cortase una oreja y se la regalara a Raquel, una prostituta a la que amaba con pasión. Sucedió el 23 de diciembre. Y lo que ocurrió sólo lo sabemos a través de las declaraciones de Gauguin a la policía. Todo ello se narra en el film El hombre del pelo rojo, en el que Kirk Douglas da vida a Van Gogh y Antony Quinn a Gauguin.

Gauguin no se portó bien con Van Gogh - ¡y pensar que Van Gogh ante la llegada de su amigo y para decorar su habitación pintó ex-profeso su famoso cuadro de los girasoles!-, lo dejó abandonado a su suerte y a su locura y regresó a París al día siguiente de su mutilación. Algún historiador llegó a escribir recientemente que fue el propio Gauguin quien le cortó la oreja. Durante los cuatro meses que duró la estancia de Gauguin en la Provenza pintó 17 telas, y quizás la más conocida sea la titulada Los alyscamps, un parque bellísimo al que ambos acudían a pintar y que hoy día se puede contemplar.

El mismo año de la muerte de Van Gogh, Gauguin conoce a una costurera, Juliette Huet, que termina siendo su modelo y amante. Al año siguiente va a Copenhague para visitar a su familia y a despedirse porque ha decidido marchar a la Polinesia.

El día 1 de abril de 1891 Gauguin embarca en Marsella y el 9 de junio llega a Papeete, la capital de Tahití. Los indígenas pronto le apodan “Taata Vahine” que significa “hombre-mujer” porque nunca habían visto a un blanco con cabellos tan largos. Pronto se enterará de que en París la costurera ha tenido un hijo suyo. Pero Paul ya tiene otros quehaceres, otras fatigas, otros amores. Ha conocido a Titi, una anglo-tahitiana que pronto le abandona. Se instala en Mataiea y toma como compañera a la bella “Teha’amana” y sus trece años. En Mataiea, Gauguin pintó en 1892 el célebre cuadro que figura en el Museo Thyssen-Bornemisza, titulado Matamua y que aparece numerosas veces escrito erróneamente con dos palabras: Mata Mua. En castellano significaría “otra vez” y no “erese una vez”.

En Mataiea, vivió desde 1891 a 1893, en su primera estancia en la isla, pero no queda vestigio alguno. El escritor británico Somerset Maugham, en una visita que llevó a cabo a la isla en 1916, buscando inspiración para su novela La luna y seis peniques, que más tarde sería llevada a la gran pantalla con el título de Soberbia (una versión libre de la vida de Gauguin), se encontró casualmente con una pintura realizada por Gauguin sobre una puerta con vidriera. Se la compró a un indígena por unos escasos dólares. Se lo llevó a su chalet en la Costa Azul, en Cap-Ferrat. Años más tarde, lo vendió a un millonario norteamericano por 17.000 dólares.



Atardecer en el lagoon de la isla de Bora Bora .

Gauguin pinta, se desespera porque no tiene un franco y su salud no marcha bien. Tiene frecuentes vómitos de sangre y es internado en el hospital de Papeete. Éstas serán siempre sus constantes: miseria económica, falta de amor y de salud... En 1893 regresa a Francia. Cuando llega a Marsella sólo tiene cuatro francos. De nuevo en París, trata de vender sus cuadros, de sobrevivir. Es un incomprendido pero cree en lo que pinta. Un nuevo amor escandaliza a todo el mundo: Annah “la javanesa”, una muchacha de trece años, de la Malasia, a la que inmortalizará en el cuadro que lleva su nombre, con un monito a sus pies. Juliette se entera y la bronca entre las dos mujeres es terrible. Paul decide irse a Pont Aven con Annah y su mono. Ambos se hartan y dejan al pintor. Éste y sus amigos sostienen una terrible riña con unos marineros. Le rompen la pierna, está inmóvil y toma morfina. A partir de este momento y tras haber percibido una indemnización, decide volver a Tahití para no regresar jamás...

El 9 de septiembre llega a Papeete. Se instala en una localidad cercana a la capital, Punaauia, en un fare, la casa típica de los tahitianos, hecha con cañas y hojas de palmera. La única fotografía que se conserva de las residencias de Gauguin es la de esta casa, obtenida por Jules Agostini en 1897. En la actualidad, Punaauia es una zona residencial. Desde la playa y sus alturas se divisa la isla de Moorea con sus puestas de sol. Es un espectáculo increíble y maravilloso. El mismo espectáculo que Gauguin contemplaba todos los días. Aquí viviría desde 1895 hasta 1901. El pueblo está muy cerca de Papeete, ya que necesita tener un hospital no demasiado lejos. Soporta un terrible eccema que asusta a Tehaamana, quien le abandona. Tiene sífilis. Los indígenas, al verle en tan lastimoso estado, creen que tiene lepra. Escribe a sus amigos confesando que está al borde del suicidio. Ingresas de nuevo en el hospital. En el registro queda anotado como “indigente”.

Transcurre el año 1897, no tiene un franco y de Francia no le ha llegado ningún giro, pero sí una amarga noticia: su hija Aline ha muerto en Copenhague por culpa de una pulmonía. Gauguin escribe una terrible carta a su mujer, que rompe con él. En enero de 1898, tras haber pintado su célebre cuadro de las tres preguntas: ¿De dónde venimos?, ¿qué somos?, ¿a dónde vamos?, se adentra en el bosque y trata de suicidarse ingiriendo arsénico, pero no lo consigue porque lo vomita todo. Meses después Paura le deja. Paul escribe: “He perdido todas las razones morales para vivir”. En 1899 se reconcilia con Paura, que está embarazada de cinco meses. Nace Emilio, el segundo, el tahitiano, que algunos tratarán, sin éxito, de que pinte como su padre.

De todos modos, en Panaauia es donde pintó sus cuadros más valorados, como *Te arii vahine*, *Nave nave Mahana*, *No te aha ce riri*, y también un magnífico autorretrato, *Prés du Golgota*.

En 1900 se inaugura en París la gran Exposición Universal, pero los cuadros que ha enviado no llegan a tiempo para su exhibición. Ese mismo año muere su hijo Clovis, con 21 años. Se queja amargamente porque no tiene dinero para comprar material.

Gauguin decide abandonar Tahití. Le habían hablado de las islas Marquesas y allá se fue, el 10 de septiembre de 1901.

Gauguin llegó a Hiva Oa en el viejo barco *La Cruz del Sur*, que hacía el servicio regular entre Papeete y las Marquesas. En Atuona, el pueblo que elige para vivir, construye la “*Maison du Jouir*”, que en una traducción caritativa al castellano podría ser “*La Casa del Gozar*” y que provoca un gran escándalo entre la gendarmería y los misioneros. Él creía que encontraría, lejos del mundanal ruido, la paz, la felicidad y la tranquilidad. Nada más lejos de la realidad... Todavía nadie se había percatado de su condición, aunque en su libro autobiográfico, *Escritos de un salvaje* llegará a confesar, en un momento de rabia y desesperación: “Puesto que mis cuadros son invendibles, que se queden sin vender para siempre. Llegará un momento en que creerán que soy un mito...”.

La isla de Hiva Oa constituiría para Gauguin la última batalla contra “los enemigos”, representados por las fuerzas vivas que mandaban en la isla. Tendrá que sobrevivir a un ciclón, que estalla y arrasa la isla entre el 7 y el 13 de enero de 1903. Afortunadamente el ciclón respeta la “*Maison du Jouir*”. Pero ese ciclón era un presagio... de muerte. El 8 de mayo de ese mismo año muere, a las once de la mañana, sin saber sus biógrafos la causa de la misma. Quizás una fuerte dosis de morfina o de láudano; posiblemente una crisis cardíaca. Tenía 55 años y muchos proyectos, entre ellos, visitar España, pues en cierto modo se sentía español, pues creía ser descendiente de un soldado de los Tercios de Flandes. Afirmaba que se sentía un Don Quijote.

Un siglo más tarde, el 8 de mayo de 2003, Atuona vivió un gran día. Con la presencia de más de 800 invitados llegados desde Papeete en aviones y sendos barcos, el Paul Gauguin y el Ara Nui III, se rindió un gran homenaje al genial pintor en el centenario de su muerte. Se inauguró, en el lugar donde se erigía su famosa casa, el denominado “Espacio Gauguin”, un complejo que incluye una sala de exposiciones con reproducciones de sus obras y una nueva reconstrucción de la “Maison du Jouis”, con un pozo adjunto que se supone era del pintor. Esa suposición -me lo contaron en el lugar de los hechos- se basó en que en dicho pozo hallaron, profundizando, unos restos de botellas de absenta de marca francesa. Nadie más que Gauguin podría haber sido el consumidor. Pero hay otras realidades que recuerdan a Paul, como “la bahía de los traidores”, la impresionante montaña Temetiu, que Gauguin amaba con pasión, y a la que resulta difícil ver el picacho pues siempre tiene una aureola de nubes, y la playa en la que siguen correteando los indígenas con sus caballos más o menos salvajes. Lo hacen para los turistas que frenéticamente toman imágenes para el recuerdo. En mi caso, yo me quedé con el recuerdo de un hombre de cabello blanco que, en medio de un grupo de fieles, seguía a una gran cruz. Era Viernes Santo, llovía y me encontraba en Puamau, el pueblo donde están los mayores tikis (dioses) del Pacífico. Jamás pudo verlos Gauguin porque sus piernas gangrenosas y con pústulas le impidieron llegar a esta recóndita localidad situada en el otro extremo de Hiva Oa. Ahora con los 4x4 resulta muy fácil. Le vi de perfil y era idéntico a Paul Gauguin. Era su nieto. (1)

(1) Este capítulo pertenece al libro *Tahití y sus islas*, disponible en formato e-book en www.alonsoibarrola.com

La vuelta al “pequeño mundo” de Julio Verne

Nantes le vio nacer un 8 de febrero de 1828, en el número 4 de la rue Olivier de Clisson. Una placa lo recuerda y señala que fue en la cuarta planta donde ocurrió el parto. La casa se salvó de milagro de los bombardeos aliados durante la Segunda Guerra Mundial que arrasaron parte de la ciudad, enclavada en una zona estratégica muy importante, pues cerca se encuentra el puerto de St-Nazare, donde los alemanes ocultaban su flota submarina del Atlántico.

Fue el mayor de una familia de cinco hijos. De familia burguesa y acomodada, su padre, hombre recto e inflexible, pretendía que su hijo estudiara Derecho y heredara más tarde su bufete de abogado. Julio no estaba por la tarea y, a los once años, ya demostró que sus ambiciones iban por otro lado. Intentó fugarse en un barco clandestinamente hacia las Indias. Su padre consiguió, por los pelos, impedir que partiera en el barco Coralie y lo metió interno en el Seminario de Nantes, pues su padre odiaba la escuela pública, que consideraba un nido de librepensadores.

Los seguidores de Verne se dividen en “vernólogos” y “vernianos”. Los primeros son los estudiosos y especialistas. Los segundos, los mitómanos y fetichistas que consideramos a Verne algo más que un escritor de novelas de aventuras para jóvenes.

Pensando en todos ellos la alcaldía de Nantes ha editado un completísimo dépliant en lengua castellana con el que se puede seguir y conocer paso a paso todos los lugares relacionados con la niñez y juventud de Verne, hasta su “huida” a París. Ya sabía que “la verdadera celebridad es imposible en provincias”, o como dicen los franceses hors de Paris, point de salut. Y Verne se lo tomó al pie de la letra, máxime cuando su prima Carolina, de la que estaba profundamente enamorado, le rechazó y se casó con otro. Hubo otras razones, las expuso en un poema que escribió en 1847, traducido por Servane Le Neel. Dice así:

“Un barrio nuevo y presentable entre muchos otros feos.
Hombres estúpidos construyendo sobre arena en negocios poco escrupulosos.
Un pueblo de negociantes de azúcar y de arroz que solo sabe contar su dinero.
Un pueblo sin ningún conocimiento de ciencias.
Un clero que es una nulidad.
Un precepto estúpido.
Una ciudad que no tiene fuentes.
Así es Nantes”.

No ha de extrañarnos que escrito esto, Nantes no quisiera saber mucho de él. Eso sí, Nantes está ahora repleta de fuentes.

Cuando nació Verne, su casa estaba situada en la denominada isla Feydeau. Una foto obtenida desde un globo en 1916 bien muestra que era una isla. Hasta que un desgraciado proyecto urbanístico enterró uno de los brazos del río Loira y unió la isla con tierra firme. Algunos “vernianos” creen que la isla semejava una inmensa “jangada” de piedra, una ciudad flotante, que provocó, al parecer, la vocación marinera y aventurera del niño Verne, junto a los relatos de los negreros acaudalados que aquí se instalaron construyendo espectaculares mansiones, con los típicos mascarones en sus fachadas y medallones reproduciendo sus rostros como señal de ostentación y poderío. La riqueza les llegó de su mercado de esclavos negros a los que transportaban desde África al Caribe, donde los cambiaban por especias y otros objetos exóticos que después vendían en el puerto de Nantes. Era una riqueza de mala reputación.

Las ciudades donde nacen sus hijos predilectos son proclives a señalar que la vocación les surge ya en la cuna o en la niñez. En el caso de Verne es posible que así ocurriera. Soñaba con ver el mar pero se conformaba con ver el río. Y es que desde Nantes a la desembocadura hay 50 kilómetros de recorrido. Con el transcurso de los siglos el puerto fluvial de Nantes perdió toda su importancia porque los barcos de gran calado no podían llegar hasta la misma. Hoy día los nanteses no saben qué hacer con tanto terreno baldío y solamente siguen funcionando algunos pequeños astilleros. En uno de ellos, en los antiguos astilleros Dubigeon, se estaba construyendo

una reproducción del yate St Michel II que fue propiedad de Verne y cuya conclusión estaba prevista para 2.008 con motivo de la celebración de su “año del centenario”. Conversé con los fabricantes y me mostraron los planos, los mismos que sirvieron para construirlo en 1868 por vez primera en Le Havre.

Pero sigamos conociendo Nantes: esta ciudad también vio nacer al director de cine Jacques Démy que rodó aquí algunas secuencias de su inolvidable película Lola. La magnífica Mediateca de la ciudad ostenta su nombre. En la actualidad Nantes se ha puesto de moda entre los parisinos a quienes les ha dado por vivir en este tranquilo lugar de seiscientos mil habitantes, provocando el encarecimiento del suelo. Otro cineasta, Claude Chabrol, rodó aquí La Dama de Honor.

Un punto obligado de visita es la bellísima catedral de San Pedro y San Pablo, sede del obispo de Nantes y a su vez iglesia parroquial. Destruida por un incendio el 28 de enero de 1972, actualmente ya ha sido restaurada en su totalidad. Ahora, los nanteses afirman que es “interiormente” la más bella catedral restaurada de Francia. Quien no se consuela...

En esta bellísima catedral Enrique IV firmó el famoso Edicto de Nantes el 13 de abril de 1598 igualando en derechos a católicos y protestantes. Más tarde, en 1685, Luis XIV lo revocaría provocando la terrible persecución de los hugonotes y obligándoles a dejar Francia. Tras la catedral se yergue el espectacular castillo de los duques de Bretaña que alberga dos museos: uno consagrado al arte popular bretón y otro a la historia marítima de la ciudad.

Pero nadie podrá afirmar que ha estado en Nantes si no ha visitado y recorrido el Passage Pommeraye, una creación arquitectónica del siglo XIX, diríase que “perfecta”, con una decoración suntuosa. Son tres plantas unidas por una monumental escalera adornada con estatuas alegóricas y cubiertas por una espectacular galería de cristal. Elegantes comercios y boutiques se ofrecen al visitante. El centro ha servido de plató cinematográfico en muchas ocasiones. Muy cerca está el Teatro Graslin, con una espectacular fachada de ocho columnas corintias, que coronan ocho musas con ropaje clásico. El teatro sirve de sede a la Ópera de Nantes, que ofrece temporadas muy brillantes. Se puede visitar al igual que el Palacio de Justicia, de moderno diseño, y cuyo autor es el arquitecto Jean Nouvel (1993), y que surgió entre el desolado paisaje de naves industriales abandonadas marcando el comienzo de la metamorfosis de la isla de Nantes.

Otro ejemplo es la “Maison Radieuse de Le Corbusier”, construida en 1955. Y en plan “modernidad” la ciudad exhibe con orgullo “la torre Lu”, una antigua fábrica de galletas transformada en 1998 en el teatro nacional de Nantes. Su torre parece una invención de Verne. Desde su cima, el Gyrorama ofrece una vista espectacular de la ciudad.

En cuanto a museos, el de Bellas Artes y el Museo de Historia Natural son de obligada visita. El segundo está considerado uno de los mejores de Francia en su especialidad.

Los “vernianos” deberán acudir a Chantenay, un antiguo barrio ahora inmerso en la ciudad, en donde todavía existe la mansión donde veraneaba la familia Verne. Cuando murieron sus padres, Julio se apresuró a venderla. Muy cerca de esta casa, en lo alto de la loma de Santa Ana, se yergue un caserón del siglo XIX, que alberga el Museo de Julio Verne. Desde aquí la vista es espléndida con el río Loira en primer plano y la ciudad al fondo.

La hoja de ruta de los “vernianos” indica que desde Nantes, y siguiendo la cronología, hay que trasladarse a París y luego a Le Crotoy y Amiens.

Para paliar el desengaño amoroso con su prima Caroline, Julio Verne se trasladó a París para estudiar Derecho. Tenía 20 años. Aquí alterna los estudios universitarios con los salones literarios. Entabló amistad con los Dumas, padre e hijo, una amistad importantísima para su futura carrera literaria. Graduado en Derecho en 1849, se dedicó a escribir obras de teatro, una tras otra, así como sus primeros cuentos. Testigo del golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, se negó a regresar a Nantes, donde su padre le esperaba para que se hiciera cargo de su bufete. Como respuesta, éste dejó de enviarle dinero a París, y Verne comenzó una etapa de grandes penurias económicas. Fue en este momento cuando empezó a mostrar interés en los temas de ficción y los viajes, y escuchaba embelesado a su hermano Paul, que era marino mercante, narrar aventuras sin cuento.

Cuando su prima Carolina enviudó, Julio hizo un nuevo intento por unirse a ella, pero le rechazó de nuevo. Defraudado amorosamente, Verne proyectó un matrimonio de conveniencia y lo encontró en la persona de una joven viuda de 25 años, Honorine, que ya tenía dos hijas. Sería, como confesará años más tarde, el gran error de su vida.

Decide comprar una participación que le permita trabajar como agente de cambio en la Bolsa de París y se permite el lujo de viajar a Escocia, a Noruega y Escandinavia.

El año 1862 es fundamental en su vida porque conoce a Hetzel, un editor que marcará su vida como escritor. Cree en él, en su proyecto de las “novelas de la ciencia” y le publica Cinco semanas en globo, que obtiene un éxito impresionante. Lo mismo sucederá al año siguiente con Viaje al centro de la tierra. Y al siguiente con De la tierra a la luna. Hetzel le hará firmar un, en principio, ventajosísimo contrato que le obligará a escribir dos novelas al año. Abandona la Bolsa, compra un barco y un chalet en Le Crotoy, en la bahía del Somme, muy cerca de Amiens.

Amante de los viajes, durante una estancia en Escocia y Londres visita los astilleros de esta última ciudad donde llegó a tiempo de ver construir el trasatlántico Great Eastern en el que viajaría ocho años más tarde, en 1867, a los Estados Unidos. Un año después gastó sus primeros ingresos en la compra de un barco, o más bien un barquito, el Saint Michel I, que más adelante sustituiría por el Saint Michel II y finalmente por el yate a vapor Saint Michel III, al que observaba diariamente, atracado en el puerto de Le Crotoy. Con este tercer barco llevará a cabo su sueño: viajar por el Mediterráneo hasta llegar al Canal de Suez. El primer crucero le lleva a Vigo, Lisboa, Cádiz, Tánger, Gibraltar, Tetuán, Málaga y Argel. En el segundo –verano de 1884- navega por el Mare Nostrum. Esta vez recoge a su mujer e hijo en Orán y visitarán Argel, Bona, Malta, Sicilia, Nápoles, CivitaVecchia, Roma, Florencia, Venecia y Milán. Fue en este crucero donde Verne pudo ver o vislumbrar desde el Saint Michel III el faro del fin del mundo, que no es otro que el faro de la Mola de la isla de Formentera, en las Pitiusas, es decir, en las Baleares. En su novela Héctor Servadoc, Verne hace referencia a Formentera, pero como bien señala Carlos Garrido en su precioso librito Formentera mágica, Verne comete desatinos al hablar de ella. Es decir, ni pisó la isla ni conoció el faro. De todos modos, merece la pena la visita. Hay un monolito con una placa metálica en la que “los jóvenes de espíritu” saludan “el CL aniversario del nacimiento de Julio Verne” (de lo que se deduce que fue colocado en 1868). Si algún lector ha viajado a la Patagonia argentina y ha llegado a Usuaia y tomado un barco, también habrá conocido “la isla del fin del mundo”, reconstruida hace escasos años. En este trayecto en barco los guías siempre la muestran y aseguran que es la isla que inspiró a Verne su novela del mismo título. Pero Verne no pasó por allí... Tras este último viaje vendería el barco. Su sostenimiento le resultaba carísimo.

Pero estábamos visitando Crotoy. Su primera estancia en esta villa portuaria cercana a París, la llevó a cabo de prestado, en la preciosa mansión de un amigo erigida sobre las ruinas de un antiguo castillo donde estuvo prisionera Juana de Arco, como recuerda una inscripción. De aquí, saldría la “Doncella” camino de Rouen donde le esperaba la hoguera.

Fascinado por el lugar, Verne decidió alquilar una casa y allí se instaló con la familia, alternando con viajes a París. En el encantador y pequeño puerto, que veía desde el balcón de su casa, tuvo atracados sus barcos. Hoy día le resultaría imposible porque otras edificaciones impiden la visión del puerto y de la bahía. Los “vernianos” acuden a ver el chalet y sus dueños ya están acostumbrados a su presencia. Ahora Le Crotoy es el típico pueblo de fin de semana placentero, con selectos restaurantes y numerosas tiendas de souvenirs. Verne cuando paseaba solía decir “me gusta el cielo gris de Le Crotoy” y es que por estos lugares, si no es verano-verano es muy fácil que el cielo sea gris. Cuando el año 1870 estalló la guerra franco-prusiana, Verne convirtió su barquito en guardacostas y ejerció en labores de vigilancia. Dado que los prusianos no disponían de muchos barcos su trabajo nada tuvo de aventurero. Le Crotoy y la bahía del Somme bien

merecen una visita, aunque uno no sea “verniano” porque la zona es de una belleza impresionante.

El año 1866 resultará para Verne un año negro. Es víctima de un atentado y su autor es Gastón, un sobrino demente que le dejará cojo, pues los cirujanos renuncian a extraerle la bala que se alojó en el hueso de una pierna. Ocho días más tarde, muere su gran amigo editor Hetzer. Al año siguiente, su madre.

Pese a todo, sigue publicando títulos y títulos, y en 1872 sorprende a todos sus amigos de París cuando abandona esta ciudad y se va a vivir a Amiens, la ciudad de su mujer. Quiere vivir tranquilamente en una ciudad provinciana, pero su único hijo Michel le causa graves problemas y ha de sufrir el verlo internado unos meses en una cárcel de menores. Habrán de pasar muchos años para que este hijo pródigo vuelva al hogar y siente cabeza.

En 1888 vuelve a sorprender a todos aceptando ser concejal del municipio de Amiens en una lista radical-socialista. Y es que Julio Verne, hasta aquel momento, había sido catalogado como filomonárquico, burgués y bienpensante. Curiosamente, la última medalla que concedió la emperatriz Eugenia de Montijo, antes de su exilio en Gran Bretaña, la recibió Julio Verne.

Decir Amiens es decir “la catedral”, la fabulosa catedral del Notre Dame, la misma que producía espasmos de placer a Ruskin y a Marcel Proust hace siglo y medio. Ambos escribieron en torno a ella cosas maravillosas... y ciertas. Es posiblemente la más bella catedral gótica del mundo. Aconsejan que nada más llegar a la ciudad vaya el visitante a contemplar la catedral sea la hora que sea; dicen que Verne cumplió la sugerencia. Si se llega al atardecer, cuando el sol declina y se refleja en sus piedras y en sus vidrieras, el efecto es indescriptible. Proust prefería penetrar en la catedral por la puerta que ahora se denomina la puerta Marcel Proust. “Cuánto me gusta la Virgen Dorada, con su sonrisa de ama de casa celestial

-escribió Proust-, cuánto me gusta su acogida en esta puerta de la Catedral”. Ahora las cosas han cambiado porque la Virgen Dorada está en el interior, protegida de las lluvias y de los vientos y de la contaminación que comenzaba a corroerla. Tras esta visión, otras maravillas aguardan en la catedral de Nuestra Señora de Amiens.

Los turistas se apresuran a contemplar el “laberinto” colocado en el suelo de la nave central, en una losa de forma octogonal que tenía una inscripción ya borrada pero que se conserva y que hace referencia a los tres arquitectos que construyeron la catedral. Aquí está también el famoso “ángel llorón” de tamaño muy pequeño y que llora, según afirman, por su triste suerte. En cuanto a tesoros, la catedral conserva el relicario de plata de San Fermín y el cráneo de San Juan Bautista.

El 24 de junio, festividad del santo, se exhibe dicho cráneo a los fieles en bandeja de plata, por supuesto. Aseguran que es auténtica.

Por la mañana, a primera hora, es gratificante acercarse hasta los canales que conforman los llamados hortillonnages, esos huertos y jardines flotantes repartidos en 300 hectáreas, testigos de 2000 años de historia de tierra recuperada por los huertanos a las marismas, día tras día, pacientemente. Por algo han llamado a Amiens la pequeña Venecia. Pasear entre sus canalillos es pura delicia, montados en unas preciosas canoas que asustan a los patos y sus patitos mientras discurren pacíficamente por sus tranquilas aguas.

Otro atractivo de Amiens lo constituye el Museo de Picardía, ubicado en un espléndido edificio, inaugurado en 1867 por Napoleón III y Eugenia de Montijo (la “N” y la “E” figuran en la entrada). Tampoco debe faltar un paseo por el delicioso barrio de Saint-Leu, con sus canales, su mercadillo sobre el agua, sus restaurantes y bares y sus tiendas de anticuarios. Por la noche el barrio cobra gran animación, con conciertos al aire libre en cada esquina.

Para los “vernianos”, Amiens ofrece muchos atractivos. Sus biógrafos aseguran que vino a vivir a esta tranquila ciudad de provincias en busca de paz, tranquilidad y tiempo para escribir. Además, su mujer era de Amiens y sus dos hijastras también. Ellas querían vivir en esta ciudad y la decisión de Julio Verne fue bien acogida en la familia. No pensaban lo mismo sus amigos y especialmente su editor Hetzel, que sospechaba la verdad. Ahora se ha sabido porqué se fue a vivir a Amiens.

“¿Es verdad que Verne se vino a vivir aquí porque tenía una amante en París y temía que su familia lo descubriera?”, pregunté a la guía que me acompañaba por la ciudad. Y la guía colocando su dedo índice en sus labios cerrados me susurró: “Eso es un secreto...”

Se ha sabido últimamente que Verne se enamoró en París apasionadamente de Estelle Duchense, y ella también le correspondió. Era un amor imposible para aquella época porque ambos estaban casados y tenían hijos. Además, Verne era la imagen del escritor moral que escribía para la juventud. Estelle murió a la edad de 29 años y aseguran que por amor. A Verne su fallecimiento le causó un gran impacto y significó el comienzo de su decadencia física.

Verne, en Amiens, siguió escribiendo y también se ocupó de la ciudad, pues fue elegido concejal del Ayuntamiento. A él se debe el precioso Circo Julio Verne, inaugurado por el escritor en el año 1861. Es una visita obligadísima porque, aunque remozado y modernizado, conserva en su interior toda la espectacularidad y candor de los viejos circos. Aquí rodó Federico Fellini su filme Los Clowns en 1972. Los “vernianos” también visitan el Ayuntamiento, con su espléndida fachada

y al que acudía el concejal Verne a las sesiones de trabajo.

La ruta conduce luego ante la estatua a él dedicada muy cercana a las dos casas donde vivió con su familia. Verne no tuvo suerte con los monumentos que le dedicaron ni en Amiens ni en Nantes. No valen gran cosa.

La familia Verne vivió 18 años en el número 2 de la rue Charles-Dubois que acoge el Centro Internacional Julio Verne. Los “vernianos” también deben visitar la biblioteca municipal a la que acudía su admirado para recabar material para sus novelas. Al final de su vida la familia Verne cambió de domicilio trasladándose a una casa más modesta y muy cercana a la antigua, que hoy ostenta en su portal el número 44. Se llama ahora bulevar Julio Verne. Una placa lo recuerda, pero la vivienda es de propiedad particular.

Con el comienzo del siglo XX, también empiezan los achaques para el escritor. Sufre de cataratas y de diabetes. Precisamente, tras una crisis diabética muere el 24 de marzo de 1905. Tenía 77 años.

Es obligada la visita al cementerio de la Madaleine, en la rue St-Maurice. Quizás sea la visita más emotiva. Cuenta J. J. Benítez en su biografía de Julio Verne -Yo, Julio Verne- que éste lo veía desde el balcón de su casa. A Benítez le costó dar con la tumba. Ahora resulta muy fácil porque a la entrada del espectacular y romántico cementerio –es difícil aplicar adjetivos a los cementerios– han colocado un plano orientativo. Y entre los cipreses y otros árboles de gran tamaño surge de repente el escalofriante panteón de Julio Verne, obra de un escultor de Amiens, amigo en vida de Verne, Albert Roze. Asusta y sorprende la visión de un hombre que trata de abandonar la tumba erigiendo su brazo derecho hacia el cielo, intentando quizás alcanzar ¿la eternidad, la luz, el cielo...? J. J. Benítez se ha dedicado a estudiar la tumba durante muchos años de su vida, a la búsqueda de un mensaje. Quizás no haya mensaje alguno, pero cuesta creer que Julio Verne no pensara en ello.

Cuando Julio Verne viaja a Londres lo hace en tren y barco, curiosamente jamás llegó a imaginar un túnel por el Canal de la Mancha. Ahora, de haber vivido, hubiera disfrutado de un viaje muy corto desde Amiens al mismísimo centro de Londres en menos de tres horas... Como en cualquiera de sus novelas imaginadas. Por eso, si se dispone de tiempo y se es un auténtico “verniano”, lo ideal sería cerrar este viaje sentimental con una visita a la ciudad en la que “Phileas Fogg” apostó que daría La vuelta al mundo en 80 días.

En el número 104 de la aristocrática calle londinense Pall Mall se sitúa un monumental edificio

–un tanto tenebroso, todo hay que decirlo- de estilo renacentista italiano, con unas escalinatas centrales y una placa dorada reluciente que reza “Reform Club”. Es el club de “Mr. Fogg”, y el comienzo de su aventura se inicia así: “En el año 1872, la casa que luce el número siete de Saville Row, Burlington Gardens –casa en la que Sheridan murió en 1814- estaba habitada por Phileas Fogg, esq., uno de los miembros más singulares y notables del Reform Club de Londres...”

Julio Verne, tan preciso él, escribió siempre “Saville” con “elle” cuando en realidad y en la actualidad la calle siempre se ha llamado “Savile Row”, aunque consultando un plano actual hay otra calle escrita con “elle” pero nada tiene que ver con la referida.

También da por supuesto Verne que todos sus lectores sabían quién era Sheridan, pero resultaría difícil en la actualidad encontrar personas que sepan que Richard Sheridan, nacido en Dublín, fue un dramaturgo y político británico que murió en el número siete de la citada calle un siglo antes de que Verne le atribuyera a “Fogg” tal domicilio, una calle que empieza ya a transformarse, pues la casa que lleva ese número fue derruida. Pero en la calle estrecha, siguen instalados los sastres a medida de más categoría de la capital. Aunque Savile Row también atrae a los mitómanos de los Beatles ya que en la vivienda con el rótulo número tres estuvo su casa discográfica “Apple” y aquí, en la azotea, lanzaron su famoso Let it be.

Tras la “decepción” de la imposible vivienda de “Phileas Fogg”, queda la siempre difícil visita al Reform Club, a todas luces imposible si no se conoce a dos distinguidos miembros del Club que faciliten el acceso. Desde luego, la visita merece la pena, porque nada más atravesar su puerta de entrada, es posible que veamos a “Phileas Fogg”

–como narra Verne- “paseando a un paso igual, por el vestíbulo con parqué de marquetería del club, o por la galería circular por la que se cierra una redonda cúpula de vidrieras azules que sostienen 20 columnas jónicas de pórfido rojo”. Exacto. René Escaich, estudioso de Verne, es decir “vernólogo”, sostiene que el escritor concibió su novela cuando leyó un anuncio en Le Magasin Pittoresque, del año 1870, en el que calculaba, teniendo la horadación del istmo del Canal de Suez, que se podía dar la vuelta al mundo en menos de tres meses. E incluso se atrevía a calcular, etapa por etapa, su duración: 80 días.

Y habría que añadir algo que Verne no cuenta: la existencia en la actualidad, tras la puerta de entrada, de un artilugio metálico dorado, reluciente, destinado a que los ilustres socios apaguen sus puros habanos cuando penetran en el “sagrado” recinto. Una curiosidad: el artilugio muestra un orificio a menor altura, para que pudiera acceder Winston Churchill sin su puro. Churchill, obviamente, era socio del club.

Y puestos a dejar volar la imaginación, dado que al otro lado de la calle existe una agencia de viajes “Nigel Burgess” -The Large Yatch Specialits-, para trayectos por mar de largo recorrido, cabe preguntarse si “Phileas” fue su cliente...

Y no quiero terminar este recorrido sentimental sin hacer una pequeña recapitulación sobre las relaciones entre Julio Verne y los lectores españoles. Sus obras siempre tuvieron en nuestro país una gran aceptación y acogida. Junto a la consideración de autor imaginativo, fantasioso y “científico”, se añadía otra muy importante: era “limpio” en sus historias, en el lenguaje utilizado, y limpios eran los personajes que creaba. Por lo tanto Verne se podía leer sin poner en peligro a los españoles. En el “terrorífico” libro del padre Ladrón de Guevara, Novelistas malos y buenos, donde sólo salva a algunos “mediocres” de sus críticas, Verne queda salvado en estas breves líneas: “Es inofensivo, habla de Dios y de la Providencia no pocas veces, pero no se manifiesta francamente católico, si se exceptúa alguna del tiempo de las guerras de Vendée y de los bretones contra la Revolución, aunque entonces tampoco deja del todo cierta escoria liberal”.

En los viajes con su yate, Verne llegó hasta Roma y curiosamente fue recibido por el papa León XIII por espacio de una hora. El Papa le aseguró que lo que más apreciaba en sus obras era “la pureza, el valor moral y espiritual”. Con este aval no ha de extrañarnos que, en su juventud, el fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer, lo tuviera entre sus autores predilectos.

Sin embargo, a Verne nunca le cayeron bien los británicos ni los españoles. Ningún héroe o protagonista español aparece en la selección de los 410 personajes extraídos de sus Viajes Extraordinarios. El estudio, llevado a cabo por Maria Helena Huet, es citado por J.J. Benítez en su libro ya mencionado y de imprescindible y curiosa lectura. Al parecer, su postura se dulcificó cuando recaló en Vigo, en Cádiz y en Málaga, donde fue agasajado con recepciones y homenajes. Iba camino del Canal de Suez, la gran obra de ingeniería de su amigo Fernando de Lesseps, que si bien consiguió llevar adelante este magno proyecto, fracasó sin embargo con el del Canal de Panamá.

Aparte de leer, muchas generaciones españolas han disfrutado también escuchando la zarzuela Los sobrinos del Capitán Grant, deliciosa parodia de uno de los títulos más emblemáticos de Verne, con música del maestro Fernández Caballero y libreto de Miguel Ramos Carrión.

Y hasta aquí, querido “verniano” este “curioso” recorrido por el mundo de Julio Verne. Aparte de París –la ciudad que realmente forjó al escritor, que le educó, que le dio oportunidades, que le lanzó a la fama, que le dio gloria y dinero- y Londres –de donde procede uno de sus personajes más famosos-, el viaje nos ha permitido conocer las dos maravillosas regiones francesas del Loira

y la Picardía. Ahora ya sólo queda releer de nuevo sus obras. Tenemos lectura para rato...

Normandía: día D, hora H

Todo comenzó en la madrugada del día 4 de junio de 1944. El parte meteorológico era desalentador. Pronosticaba nubes bajas, fuertes vientos y mar gruesa. El Alto Mando Aliado estaba dividido entre los generales Montgomery –jefe del mando británico-, y el estadounidense Eisenhower. El primero opinaba que había que ir adelante con la operación “Overlord” o apertura del segundo frente de guerra contra las tropas alemanas en la zona de Normandía. Por su parte, Eisenhower, bajo cuyo mando se encontraba la operación militar, decidió demorar el ataque. Acertó. Dos días después, las previsiones meteorológicas anunciaron, para la mañana del día 6, un periodo de relativa calma que duraría unas 36 horas. Eisenhower ya no dudó... y dio la orden.



Playa de Arromanches (Normandía). (Foto Martínez Parra).

En Francia, las radios de la Resistencia y las del servicio alemán de control captaron el esperado segundo verso del poeta francés Verlaine. Semanas antes, de un poema de éste se había difundido el primer verso: “los largos gemidos de los violines en otoño me gustan...”. Y ahora resonaba el segundo: “y hieren mi corazón con monótona languidez”. ¡La hora de la invasión de Normandía había sonado! El Alto Mando alemán se alertó y los miembros de la Resistencia francesa empezaron a actuar sabotando las vías de comunicación, cortando los cables telegráficos...

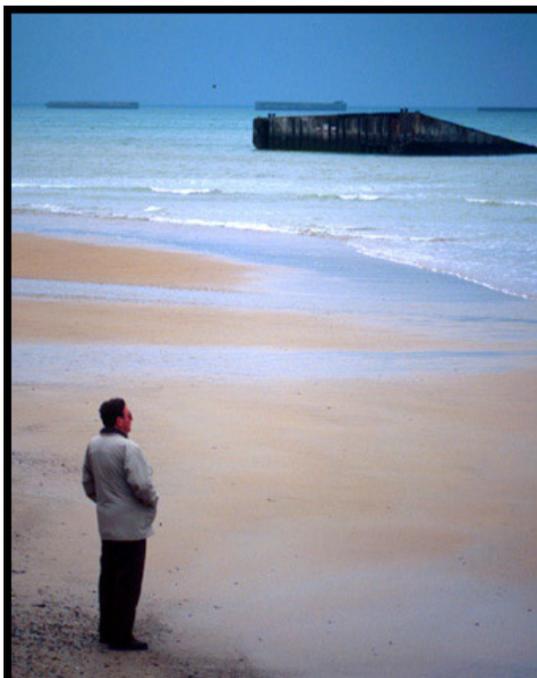
Desde los puertos británicos cinco mil barcos de todo tipo, llenos de soldados que ya llevaban embarcados desde unos días antes –mareados, cansados y nerviosos- se hicieron a la mar el “día D” a la “hora H”, es decir, el 6 de junio de 1944, a las 6.30 de la madrugada, hora inglesa. De los aeropuertos comenzaron a salir los aviones con su cargamento humano. En total, 1.662

aviones y 512 planeadores con 15.500 paracaidistas norteamericanos, por un lado, y otros 733 aviones y 355 planeadores con 7.990 paracaidistas británicos, por otro.



Restos del puerto artificial de Arromanches. (Foto Martínez Parra).

Jamás se había producido en la Historia un despliegue naval de semejante envergadura. Jamás el mundo había contemplado tal concentración de unidades. En un punto determinado del Canal de la Mancha, que los ingleses pronto bautizaron como “Picadilly Circus”, cada flota tomó rumbo a cada una de las cinco playas de desembarco localizadas en la costa de Normandía: “Sword”, “Juno” y “Gold”, al Este, en la zona británica; “Omaha” y “Utah”, al Oeste, en la zona americana. En estas dos últimas desembarcaron 57.500 soldados estadounidenses; en las tres inglesas, 75.215 soldados anglocanadienses. Ese día, “el día más largo”, murieron 10.000 soldados, de los cuales 6.000 fueron estadounidenses. Esa denominación está tomada de una carta que el general Rommel envió a su ayudante dos meses antes y que decía: “Créame, Lag, las primeras 24 horas de la invasión serán decisivas... De su resultado depende el destino de Alemania... Tanto para los aliados como para Alemania será el día más largo”.



A la derecha, la famosa Saint-Mère Église, en cuyo campanario quedó colgado durante trece horas el paracaidista John Steel. (Foto Martínez Parra).

Cuando llega el otoño a las playas de Normandía, le acompañan el silencio y cierta sensación de desolación. Me apasiona este paisaje, esta soledad. Atrás han quedado en estas playas, bautizadas desde entonces “del Desembarco”, el griterío infantil de los veraneantes, y especialmente los himnos patrióticos, los mítines, los discursos, las celebraciones, las lágrimas, los encuentros y los abrazos de los veteranos que sobreviven a los estragos de la vida cotidiana y al tiempo que transcurre implacable y cruel cuando se rememora este Desembarco aliado cada diez años. Cada año acuden menos, bien porque han muerto o bien porque están imposibilitados física o mentalmente. Cuando se cumplió el cincuentenario, en 1994, cientos de paracaidistas veteranos repitieron el salto. Uno de ellos falleció. Al final, la Muerte le esperaba pacientemente en el lugar fatídico.

Me atrae Normandía y sobre todo me apasionan sus playas, pero siempre fuera de la temporada turística. El turismo masificado lo convierte todo en un horror.

Quienes gozamos de estos defectos y desvaríos de ser mitómano y fetichista, siempre corremos el peligro de llevarnos una gran desilusión, pues revivir in situ acontecimientos que años atrás impactaron en nuestra mentes, en nuestra imaginación, a través de lecturas, visionado de noticiarios, documentales y películas, acarrea casi siempre grandes decepciones. No ha sido mi caso con Normandía.

Normandía es tierra de playas y prados verdes, de cañones y mantequilla, de vacas y caballos, de sidra y quesos, de “calvados”, ese orujo que penetra en las venas y nos hace amar la vida, trabar amistades y olvidar la realidad, como les sucedía a Jean Gabin y Jean-Paul Belmondo en el film de Henri Verneuil *Un mono en invierno*, cuya acción se sitúa en el imaginario “Tigreville” y donde se supone que desembarcaron los aliados, según la trama. Aquí descubren el mar los parisinos y aquel muchacho de François Truffaut, Jean Pierre Leaud, el protagonista de *Los 400 golpes* en la inolvidable secuencia final.

Quizás, el itinerario más espectacular sea el que abarca desde la preciosa localidad de Honfleur hasta la recóndita Barfleur, un pueblo pesquero que hizo sonar la sirena durante tres minutos en medio de un silencio sobrecogedor el 11 de marzo de 2003 por los muertos de Madrid.

Sería erróneo caer en la cursilería de definir este recorrido “de flor en flor” y también inexacto. Porque esa “fleur” que se incluye en la denominación de las localidades citadas es de raíz vikinga. Su auténtico significado sería “ir de fiordo en fiordo” más o menos. No olvidemos que fueron los

“hombres del Norte”, es decir los vikingos, los que invadieron estas tierras. Sus habitantes con el paso del tiempo se denominaron “normandos”.

Desde París, Honfleur está muy cerca y resulta cómodo llegar. Es un pueblecito que caía a trasmano, pero con la construcción del espectacular Puente de Normandía, que cruza el gran estuario de El Havre, es ahora lugar de paso.



En los acantilados de Point-du-Hoc murieron cientos de “rangers” estadounidenses. (Foto Martínez Parra).

Dicen en París las malas lenguas que cuando un director de cine tiene que rodar una escena romántica y no dispone de mucho dinero, recurre siempre a Honfleur. Y es que en este pueblo encantador está el Vieux Bassin (la antigua dársena), como un decorado siempre dispuesto para un rodaje de película de enamorados. En este pueblo, excepto en verano, los días suelen ser grises y plomizos, pero con el estío explota la luz y se convierte en un cuadro impresionista. Lo saben muy bien los pintores, y sobre todo lo supo Eugène Boudin y su buen amigo Monet, que nacieron aquí. Todos en sus cuadros han reflejado el bassin que el gran Colbert, quizás el mejor ministro de Finanzas que Francia haya tenido, mandó construir en el siglo XVII. Con los años la dársena se quedó pequeña y al otro lado del estuario se construyó el gran puerto de Le Havre, así Honfleur quedaba tal cual para los artistas y los turistas. De esta manera, recoleto, ha quedado inmutable con su puerto, sus edificios medievales y esas estrechas callejuelas tan bien cuidadas. Y el visitante curioso puede muy bien subir, casi resulta obligado, a la preciosa colina que se yergue sobre el pueblo. En la cima, una preciosa iglesia del siglo XVII, la capilla de Nuestra Señora de Gracia, lugar de peregrinación marinera. Desde aquí arriba, el panorama sobre el mar y el estuario del Sena, con Le Havre al fondo, y a la derecha el puente de Normandía, resulta espectacular. Sobre todo al atardecer. Y en esos atardeceres los pintores tratan de detener el tiempo para captar la luminosidad de ese mar que, cuando se revuelve y agita, asusta.

Desde Honfleur, siempre por la costa, la carretera discurre por unos prados salpicados de las habituales vacas normandas, y pronto aparece Trouville, famosa por sus carreras de caballos y por su casino, al igual que su vecina Deauville, quizás más conocida todavía. En verano, la sociedad parisina ocupa sus playas, pero quizás sean más atractivas en invierno, cuando la niebla se apodera de las mismas y, a la orilla del mar, se entrevén los caballos corriendo al trote, en sus diarios ejercicios para las carreras de temporada.

Desde Deauville se puede alcanzar Caen rápidamente por la autopista, pero lo aconsejable es seguir bordeando la costa, porque de esta manera conoceremos Blonville-sur-Mer, Villers-sur-Mer y sobre todo Cabourg. Dicen los ancianos de este pueblo que tuvieron mala suerte con el turismo, pues aquí no hubo ningún desembarco aliado y, por lo tanto, no hay ni museos, ni recuerdos, ni cementerios. Pero quizás olvidan que el pueblo fue inmortalizado para la literatura cuando el gran Marcel Proust lo denominó “Balbec” en su novela *A la sombra de las muchachas en flor*, escrita en el Grand Hotel de Cabourg, que se conserva igual que cuando el gran escritor francés pasaba sus vacaciones junto con su abuela. Este hotel sigue siendo una maravilla y están acostumbrados a la visita de los “proustianos”, que al menor descuido se llevan uno de los ceniceros, ya que en los mismos figura la palabra “Balbec”. Este Hotel da obviamente a la playa y tiene un paseo inmortalizado por Monet en uno de sus cuadros. Pero ya no pasean “muchachas en flor...”

A partir de Cabourg, la carretera se sumerge en el interior y pronto se divisa Caen, la ciudad que desapareció del mapa tras los bombardeos aliados preliminares al desembarco y el asedio posterior de dos meses. La ciudad se incendió y casi desapareció. Es fácil percatarse de ello, porque casi todo es de “nueva construcción”. Por fortuna, Caen mantuvo intactas tres maravillas: la iglesia de Saint Etienne y su abadía aux hommes, fundada en 1066 por Guillermo el Conquistador; la iglesia de la Trinidad, fundada por su esposa Mathilde cuatro años antes; y el impresionante castillo, que por la noche está espectacularmente iluminado y que también fue mandado erigir por el mítico Guillermo. Por algo le llaman a Caen la “ciudad de Guillermo el Conquistador”. Desde la cima de las murallas del castillo se puede admirar esta nueva Caen industrial y rica, y también puerto de mar, gracias al canal lateral del río Orne. Desde aquí parte la ruta de las playas del Desembarco, pero antes para quienes deseen hacerlo, resulta fundamental la visita del “Memorial de Caen”, un gran museo inaugurado por Mitterrand el 6 de junio de 1988. Es algo más que un recuerdo del Desembarco, ya que está consagrado a la historia del siglo XX a través de tres espacios: la II Guerra Mundial, la Guerra Fría y el Mundo por la Paz. Gracias a las modernas técnicas audiovisuales, la visita resulta didáctica y emotiva.

A partir de Caen, Normandía –es decir, Calvados y la Mancha- se convierte en un inmenso recordatorio de aquel “día más largo”. Monumentos, cementerios, museos... De todo ello está

repleta la “Costa de Nácar” y la posterior zona del litoral que llega hasta “Utah Beach”. Es un itinerario recomendable por si solo.

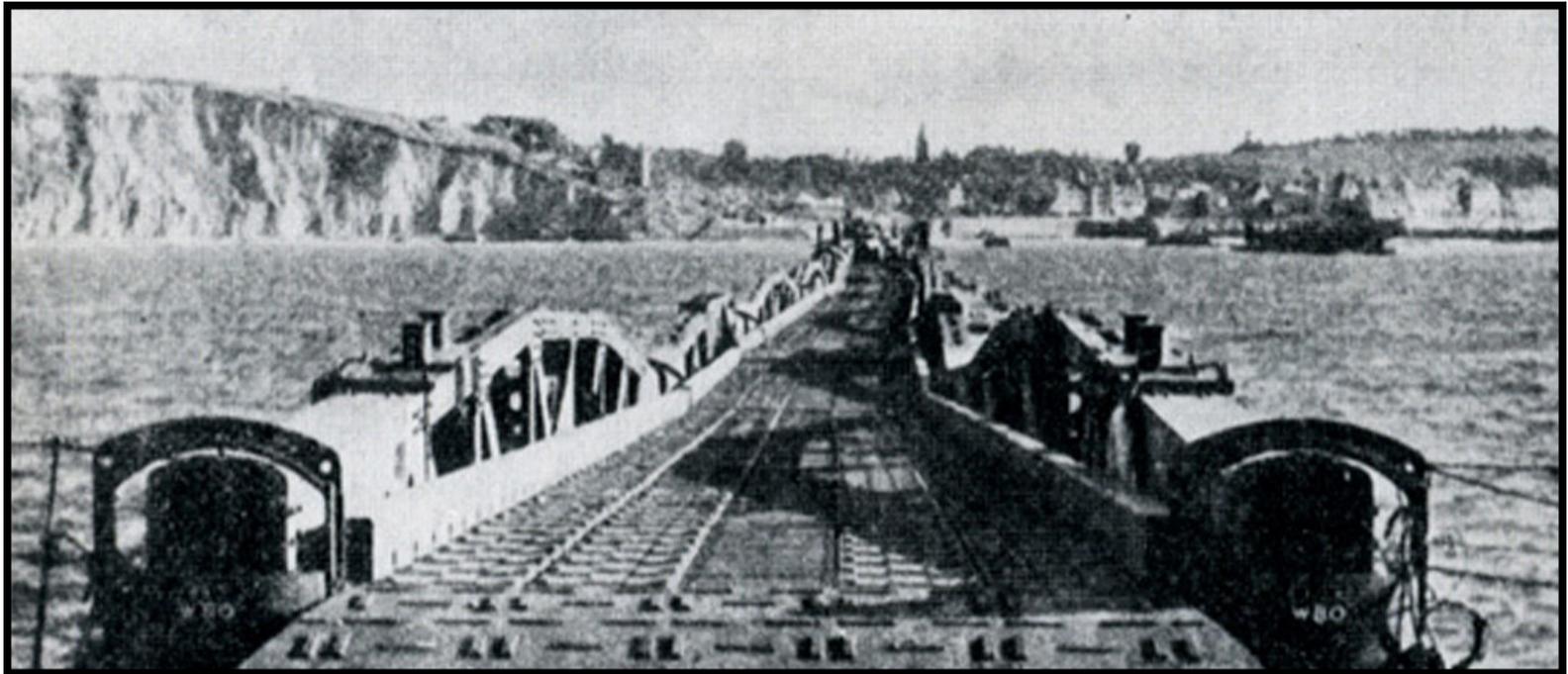
Muchas, muchísimas son las películas que tienen como referencia el desembarco aliado de Normandía, pero hay dos que destacan poderosamente: El día más largo y Salvad al soldado Ryan. Me viene a la memoria también el film 6 de Junio Día D, de Henry Koste, con Robert Taylor y Richard Todd, una de tantas secuelas de El día más largo. Curioso es el film que dirigiera Leon Klimosvsky en una coproducción hispano-italiana titulada Junio 44: ¡¡Desembarcaremos en Normandía!! y que del desembarco como tal ofrece solamente en sobreimpresión un fotomontaje. El resto cualquier playa española. Y como inevitable secuela cómica, una parodia titulada El día más corto, dirigida por Sergio Corbucci en 1963 y protagonizada por la pareja cómica italiana Franco Franchi y Ciccio Ingrassia.

El “Desembarco de Normandía” subyace en películas tan espléndidas como Lacombe Lucien, de Louis Malle, en torno a la “resistencia” francesa. De este tema son innumerables los filmes rodados en Francia. Lo mismo sucedería con los prolegómenos al “desembarco” en suelo británico. Recuerdo Yanquis, dirigida por John Schlesinger, y que refleja la vida de millones de soldados estadounidenses que esperaron el “Día D” en pueblos del norte de Inglaterra. No es de extrañar que un periodista británico señalara con humor e ironía que si seguían llegando más soldados, la Isla terminaría por hundirse...

Al recorrer ahora las playas del “Desembarco”, no puedo por menos que lamentar el paso del tiempo, por una razón muy simple: el escenario está cambiado, transformado, rehabilitado, adecentado, limpiado, adornado. Hace treinta años, todavía se mascaba el drama allí vivido y recuerdo que había un rótulo en los acantilados que recordaba el peligro de minas soterradas. Al parecer más de un granjero normando voló por los aires con su arado y las vacas. Actualmente, la Normandía del Desembarco es un inmenso parque temático y un inmenso museo al aire libre y en interiores. Hace medio siglo tenía la sensación de ir descubriendo personalmente los lugares que antes había visto reflejados en imágenes. Hoy todo está indicado, planificado, controlado. Los tres departamentos normandos de Calvados, de la Manche y del Orne, han creado el denominado “Espacio histórico de la batalla de Normandía” con los lugares que fueron escenario de una de las operaciones militares más impresionantes de la Historia. Se calcula que cada año este “Espacio Histórico” acoge a más de cuatro millones de visitantes provenientes del mundo entero, que se apuntan a uno o varios de los ocho recorridos temáticos que ofrecen una señalización específica, plasmada en un símbolo visual que representa la libertad.

Resulta curioso observar que desde “Pegasus Bridge” hasta Saint-Mère Église, las playas del

Desembarco han conservado su nombre y su código: “Sword”, “Juno”, “Gold”, “Omaha Beach” y “Utah Beach”. Todo un homenaje y por qué no decirlo, un gancho turístico.



Puente flotante colocado en Arromanches tras el desembarco aliado. (Foto archivo).

El cinéfilo que se anime a visitar este escenario e inmenso plató, tiene que saber –seguramente lo sabrá- que la fabulosa secuencia de arranque del film *Salvado al soldado Ryan* está rodada en playas irlandesas y no en Normandía. La secuencia se acerca a la cruenta realidad y nos hace meternos de lleno en el drama. Luego el film se pierde por vericuetos de aventuras casi infantiles, en decorados de cartón-piedra, que recuerdan a los *Games Workshop*.

La historia que cuenta el film de Steven Spielberg es inventada, pero tiene su trasfondo en otra real que sucedió en la Primera Guerra Mundial, cuando cinco hermanos estadounidenses, los hermanos Sullivan, murieron al mismo tiempo, dejando huérfanos al matrimonio que los engendró. Una verdadera tragedia, que el gobierno de los Estados Unidos se propuso que jamás volviera a suceder. El film *Eran cinco hermanos* recogió este terrible episodio. Mucho más honesto, aunque con el paso del tiempo resulte más soporífero, es el film *El día más largo*, producido en el año 1962, por “el hombre del puro habano” Darryl F. Zanuck, que falleció en 1979. Aunque fueron seis los directores que intervinieron en su realización, *El día más largo* es “la película de Zanuck”. Este tuvo la habilidad de basar la película en un trabajado y honesto libro de Cornelius Ryan titulado de la misma manera, y que también se hizo cargo del guión. Pero contó con la ayuda de cuatro excelentes escritores: James Jones, autor de la novela *De aquí a la eternidad*, entre otros éxitos; el francés Roman Gary, David Pursall y Jack Seddon, aparte de un numeroso grupo de militares y expertos de varias nacionalidades. El film pretendía ser objetivo y mantener un cierto tono o estilo de “documental” y en parte lo logró. Pero tanto el film de Spielberg como el de Zanuck, han tenido que luchar siempre con el legado documentalista que los reporteros gráficos y las cámaras

nos han dejado para el archivo de la Historia. Conocemos hasta la saciedad documentales y fotos obtenidas in situ por hombres que se jugaron la vida. Cuando surge la “recreación”, la comparación resulta odiosa. Y es que cuando vemos una figura humana caer a lo lejos, en una playa, víctima de una bala, sabemos que está muriendo “realmente”. Y cuando observamos los rostros crispados, la desolación de los supervivientes, los cadáveres amontonados en una zanja, la tensión del combatiente presto para saltar la trinchera, nos emocionamos, asociándonos al momento vivido. Pero en el film todo es ficción a pesar de que resulte difícil olvidarlo cuando asistimos a la proyección en la pantalla, ya sea grande o sea pequeña. Normandía está demasiado cerca en el acontecer de nuestra existencia. Y ahí están los miles de protagonistas, que también fueron “figurantes” sin trampa ni cartón.

De todos modos, del film de Zanuck jamás olvidaré el cartel promocional, el ruido de las “ranitas”, posteriormente utilizado en tantas convenciones empresariales aunque muchos ejecutivos ignoren lo que significó un toque o dos toques emitidos en plena oscuridad en los campos anegados de Normandía. Para algunos significó la vida; para otros, la muerte. Y luego la banda musical, con la marcha militar silbada y el tema cantado por Paul Anka, que ningún cinéfilo olvida.

Volviendo a la realidad, es decir, a la Normandía de hoy, bien les animo a recorrerla con pasión fetichista y mitómana. No les defraudará. Caen es el centro de la “operación-nostalgia”. Muy cerca en la costa, nos aguarda el “Grand Bunker” de Ouistreham, fabricado en hormigón armado y que es único en su género. Con sus 17 metros de altura dominaba gran parte de la costa. El 6 de junio no pudieron con él los comandos anglo-canadienses. Por fin, tres días más tarde, sus dos oficiales y los cincuenta soldados que se encontraban en su interior se rindieron. Otro famoso episodio recogido en El día más largo, es la toma del puente que hoy se conoce como “Pegasus Bridge”. Se conserva intacto y en el 60º aniversario, los soldados supervivientes, algunos en silla de ruedas y con muletas, volvieron a recorrerlo emocionados y llorosos recordando a los que dejaron allí sus vidas.



El "Grand Bunker" de Ouistreham. Con diecisiete metros de altura dominaba gran parte de la costa. (Foto Martínez Parra).

Tras el éxito inicial, los aliados sabían que era necesario mantener cabezas de playa a toda costa para recibir el material. Y aquí se reveló particularmente eficaz el puerto artificial de Arromanches. El 12 de junio, seis días después del desembarco, el Puerto Winston- así llamado en honor del político inglés Winston Churchill- ya estaba funcionando. Por el mismo pasaron cientos de miles de hombres, vehículos de todo tipo, avituallamientos... Este puerto artificial se había fabricado en el sur de Inglaterra. Se construyeron 500 cajones de hormigón armado huecos y otros ingenios, que ensamblados permitirían disponer de un puerto más grande que el de Dover y de mayor capacidad operativa que el de Gibraltar. Es increíble contemplar la bahía con los restos de este puerto artificial desde la Butte de Saint-Côme. Una idea genial concebida para 18 meses. Han pasado más de 60 años y todavía se yergue una parte del mismo para curiosidad del visitante. Cuando la marea baja, quedan al descubierto los malecones artificiales que cruzaron el canal arrastrados por potentes transbordadores. Una vez emplazados frente a la costa, fueron sumergidos abriendo sus compuertas al agua del mar. Al mismo tiempo fueron hundidos 60 viejos barcos mercantes para completar la protección.

Los habitantes de Arromanches todavía recuerdan hoy que un día del mes de marzo de 1967 la marea bajó tanto que el mar dejó al descubierto los restos de muchos de aquellos barcos. Quizá uno de ellos era el de un barco-hospital que naufragó al chocar contra una mina y se hundió en tres minutos, arrastrando consigo a 2.500 soldados heridos.

A partir de Arromanches, las emociones mitómanas se suceden una tras otra. Siempre bordeando la costa, nos aguarda el impresionante grupo de búnkeres de Longues-sur-Mer, muy bien conservados y con los impactos de los buques de guerra aliados en sus costados. Luego, llegando a Vierville, la gran emoción: la playa de "Omaha". Es aquí donde Spielberg debería haber rodado su desembarco, ese terrible desembarco que tantos muertos provocó entre los marines norteamericanos. Resulta emocionante recorrer esta playa en otoño, en las mismas condiciones meteorológicas del "Día D", pues aunque era un mes de junio, jamás se había dado una tormenta de tales proporciones en las costas normandas en plena temporada estival. Pero en Normandía todo es posible, cosa que ni Hitler ni Rommel tuvieron presente.



Vista de Arromanches con algunos restos del puerto artificial. (Foto Martínez Parra).

Tras “Omaha”, otro lugar mítico del desembarco: Point-du-Hoc. La vista es maravillosa dada la altura a la que está emplazado. Abajo, la playa de guijarros, alcanzable por mar solamente. Hasta aquí llegaron los rangers norteamericanos y murieron como moscas intentando superar los acantilados con cuerdas y escalas. Arriba les esperaban los alemanes con metrallicas y bombas de mano. De todo aquello, todavía permanece un terreno ondulante a causa de los grandes hoyos surgidos tras los terribles bombardeos. Semeja un paisaje lunar. Cuando los rangers llegaron a la cima, comprobaron la inutilidad de su esfuerzo: en los búnkeres no había ningún cañón. Días más tarde los descubrieron tres kilómetros tierra adentro. Los alemanes no llegaron a tiempo de colocarlos y los espías de la Resistencia no pudieron hacer llegar la información a los aliados.

La última estación de este Via Crucis bélico finaliza en “Utah Beach”. Se llega muy pronto por la costa, siempre que lo hagamos en coche y no en bicicleta o a pie, que también es posible disponiendo de tiempo. Jamás hubieran imaginado los habitantes de Saint-Marie du Mont, que su playa ya nadie la conocería como tal a partir de 1944. Tiene su museo, con sus recuerdos. Hace 30 años, muchos de estos tanques, cañones y triángulos de la muerte permanecían abandonados y a la intemperie. Con el tiempo se han recuperado, recogido y resguardado en decenas de museos, de mayor o menor importancia.

Personalmente el recuerdo más imborrable será siempre un paseo por las playas de Utah u Omaha, y decenas de documentales, películas y series televisivas jamás podrán con la imagen de ese soldado estadounidense flotando entre las aguas de las playas de Omaha, tratando de llegar a tierra firme entre los triángulos mortales, rodeado de cadáveres y material bélico. Esa foto es el símbolo real, es el legado de aquel genial fotógrafo llamado Robert Cappa, muerto en Indochina –ironías del destino- en 1954, cuando pisó una mina. Durante el Día D obtuvo 106 fotografías y por culpa de un error en el revelado, en los laboratorios londinenses, solamente ocho se salvaron. Una desgracia, una terrible desgracia. Pero por lo menos nos queda el consuelo de saber que aquel soldado no es un desconocido. Se llamaba Ed Regan y no recordaba haber visto a Cappa. No murió, siguió luchando hasta alcanzar Alemania. Se licenció y vivió muy feliz. Fue su madre la que le reconoció de manera fortuita y llamó a la familia Cappa en Nueva York. Regan recordaba que hacía un tiempo muy malo y que se mareó. Volvió a la playa de “Omaha” en 1984 para hacerse la consabida foto con la foto de Cappa.



A la derecha, la mítica imagen obtenida por Robert Cappa. El soldado visible sobrevivió al desembarco.

Tras el itinerario de las playas del Desembarco, al final siempre nos esperará Bayeux, que es como decir “el tapiz de Bayeux”, tal es su fama en el mundo entero. Se trata de un bordado de hilos de lana, que, al parecer, fue cosido en el siglo XVIII sobre otra tela de lino muy fina, de una longitud de unos 70 metros y una anchura de medio metro. Sus escenas recogen 626 personajes, 202 caballos, 41 barcos y 37 edificios, amén de otra multitud de detalles, que convierten el “tapiz” en un testigo único de los tiempos medievales y de las luchas franco-inglesas.

Pero la ciudad medieval de Bayeux es algo más que la ciudad del “tapiz”. Afortunadamente, no sufrió daño alguno durante la Segunda Guerra Mundial y, aunque también exhibe con orgullo un “Museo de la batalla de Normandía”, el mejor museo es la vieja Bayeux. Pura delicia el barrio de los tintoreros, con el viejo molino de agua en el río y, al final del recorrido, la catedral y el palacio episcopal. Detrás de la plaza se yergue un inmenso árbol, un plátano, que data de 1799 y que la naturaleza y las guerras han respetado. Un milagro.

Desde Bayeux, la siempre útil autopista que finaliza en Cherburgo conduce a un pueblo mítico, Saint-Mère-Eglise, que ha pasado a la historia por ser la primera localidad que liberaron –durante la Segunda Guerra Mundial- los paracaidistas aliados la noche anterior al Desembarco de Normandía. Muchos no llegaron a pisar suelo francés vivos. Se estrellaron, se ahogaron en los campos anegados por los alemanes o fueron ametrallados mientras descendían o quedaban suspendidos en los árboles. Por aquí, perdidos en la noche, miles de paracaidistas estadounidenses extraviados hicieron sonar carracas y “ranitas”, ese juguete de hojalata que produce un peculiar sonido, para reconocerse en la oscuridad y poder reagruparse.

Quiso el destino que uno de los miles de paracaidistas quedara enganchado del tejado lateral de la iglesia de Saint-Mère-Église. Durante trece horas estuvo “haciéndose el muerto”, aunque al final fue descubierto y hecho prisionero por un soldado alemán, Rudolph May. En la película El día más largo esta secuencia se rodó en la misma plaza con la colaboración de todos sus habitantes. El actor estadounidense Red Buttons incorpora en la película el papel de su compatriota, el soldado John Steele. Éste moriría en su país en mayo de 1969. En 1964, con motivo del 20º aniversario, Steele fue homenajeado por todos los habitantes del pueblo. Existe un hotel, un restaurante, un bar y una tienda de recuerdos bélicos que llevan el nombre de John Steele. En la preciosa iglesia, uno de los vitrales está dedicado a la Virgen de los Paracaidistas y existe una “oración del paracaidista” rezada por primera vez en esta misma iglesia el día de su liberación.

Muy cerca de la Iglesia, donde permanentemente cuelga un muñeco-paracaidista, asimismo

iluminado por la noche, se yergue el Museo Airborne, donde se relata el rodaje de la secuencia mencionada, y se exhibe un planeador “Waco”, cuyo interior puede ser visitado. Cuando uno se sienta en los bancos corridos y se imagina lo que tuvo que ser el despegue en tierras inglesas, el cruce del Canal y el posterior aterrizaje- en algunos casos amerizaje- en plena oscuridad, tratando de esquivar las luces y el fuego de las baterías alemanas, enseguida comienza a comprender el valor que aquellos hombres demostraron.

Precisamente esta odisea está muy bien reflejada en el segundo episodio de la serie televisiva *Band of Brothers* (“Hermanos de Sangre”), producida por Tom Hanks, Steven Spielberg y HBO; y que en 2002 fue muy galardonada. Basada en un libro del mismo título de Stephen A. Ambrose, constituye un homenaje a un grupo de paracaidistas estadounidenses que, adiestrados en Georgia, son trasladados a Inglaterra, luego lanzados tras la playa de “Utah”, para tomar más tarde parte en la batalla de las Ardenas, en la liberación del campo de concentración de Dachau y en la toma del famoso “nido del águila” de Hitler, en Berchtesgaden. La formación era conocida como “Easy Company” y pertenecía al regimiento 506 de la División Airborne 101 de la Armada de los Estados Unidos. De todos modos, la serie resulta reiterativa y un tanto fatigosa de seguir.

Existen numerosos cementerios bélicos por toda Normandía. Cerca de Saint-Mère-Église, en Orglandes, se yergue un cementerio alemán. Curiosamente las cruces de los cementerios americanos son blancas, en cambio las cruces alemanas son negras, como si quisieran guardar luto permanente. Cada cruz exhibe el nombre de un soldado alemán. Sin embargo, una de ellas exhibe 22 nombres: resultó imposible identificar a cada uno de los soldados que murieron en el camión que los transportaba y que hizo explosión.

Desde Orglandes, ya de nuevo en la autopista que conduce a Cherburgo, se llega muy pronto a Valognes. Aquí conviene tomar la dirección de la costa del istmo de Contentin, porque el destino merece la pena. A la altura de Quettehou, una carretera secundaria conduce a Saint-Vaast la Hougue, primer puerto francés liberado por los aliados en 1944. El pueblo es una maravilla. Pescadores y aficionados a la vela se entremezclan en su puerto, rodeado de restaurantes que ofrecen los productos típicos de la zona: ostras y mejillones y gran variedad de pescados. Resulta difícil olvidar un atardecer en este pueblo de difícil pronunciación desde los malecones que se adentran en el mar. Al fondo, se divisa la isla Tatihou, cuyas construcciones fueron rehabilitadas en 1990 y que albergan museos y dos jardines.

Siguiendo ruta, pronto nos espera otro pueblo maravilloso y que culmina el arco de la gran bahía normanda: Barfleur. Alguien resumió sus cualidades en cuatro palabras: “el mar, la pesca, el viento, la vida”. Así es. Un puerto pintoresco. Unos pescadores muy amables. Un viento que enrabieta

el mar y una preciosa iglesia, Saint Nicolas du Barfleur. Fueron precisos 223 años para terminar su construcción, que se inició en el siglo XVII. Entre sus tesoros se encuentra La Visitación, una pintura sobre tela del artista flamenco Maerten de Vos “el Viejo”. Desde su campanario se divisa un espléndido panorama.

Nada más abandonar Barfleur, se divisa la imponente mole del faro de Gatteville. Con sus 75 metros de altura, es el segundo faro más grande de Francia. Su papel fue primordial en otros tiempos, ya que ésta es una de las costas más peligrosas de toda Francia. Cuando el viento sopla con fuerza y el mar se agita el espectáculo es inolvidable. La carretera por la costa hasta Cherburgo es pura delicia. A cada momento surgen pueblos y playas, como la de Fermanville, que obligan a detenerse para admirarlos.

Y cuando llueve, posiblemente en Cherburgo, Catherine Deneuve seguirá paseando por el puerto, más bella que nunca, con su paraguas. La lluvia y los paraguas son el emblema de Cherburgo. Cuando pregunté a la guía local por los paraguas me dijo: “¿la fábrica o la tienda?”. “¡La tienda, por supuesto!”, contesté. Y allí está, allí sigue con su bello rótulo demodé, en círculo y letra inglesa, que reza “Les parapluies de Cherburgo”. Aquí no hubo desembarco, sino bombardeos previos que destruyeron casi la ciudad.



La mítica tienda de los paraguas en Cherburgo. (Foto cedida por Juan Rodríguez Bravo).

Pero Cherburgo, al igual que Caen, ha surgido de las ruinas de los bombardeos aliados. Su magnífico puerto fue totalmente destruido, poniendo fin a un periodo de esplendor, cuando desde aquí salían los grandes paquebotes y transatlánticos rumbo a las Américas. De aquí partió el Titanic camino de su trágico final. Pero han pasado los años y Cherburgo ha recobrado su antiguo esplendor. En sus nuevos muelles atracaba el Queen Mary 2. Setenta y cinco años antes atracaba

el primer Queen Mary. La antigua estación marítima trasatlántica, que acogía los trenes de los pasajeros que embarcaban rumbo a América, en gran mayoría emigrantes, se ha convertido desde el año 2001 en el Gran Hall. En el mismo está instalado el famoso “batiscafo Arquímedes”, que en los años 60 realizó extraordinarias inmersiones. Su andadura finalizó en 1974 y ahora, felizmente restaurado, es lo primero que contemplan los visitantes de la “Cité de la Mer”, un gran complejo turístico-científico-cultural, único en Europa. Tiene una finalidad didáctica y el público infantil puede visitar el interior de un gran submarino nuclear, Le Redoutable.

Cherburgo es algo más que un gran puerto, del que por cierto salen los ferris a diario con destino a los puertos ingleses e irlandeses. Los bombardeos respetaron en parte la ciudad, incluida la basílica de la Trinidad y la capilla Saint-Germain, que son el orgullo de la urbe.

Tras Calvados y La Mancha, de nuevo en la autopista camino de París. Pero antes, resta visitar la región de l’Orne, la más meridional. Pasando de nuevo por Caen, desde aquí la carretera conduce a Falaise y después a Argentan. Estamos en tierra de caballos, de queso, de manzanas y de sidra. Muy recomendable la visita al “châteaux du Bourg-Saint-Leonard”. Muy cerca también, Camembert, un pueblo de cuatro casas pero que en una de ellas vivió y murió Marie Harel, la campesina que inventó la fórmula del famoso queso en los tiempos de la Revolución Francesa. Napoleón III y De Gaulle tenían pasión por este queso, que hizo fortuna al ser incluido en la ración diaria de los soldados franceses durante la I Guerra Mundial. Marie tiene una estatua en el pueblo de Vimoutiers. En esta localidad hay un curioso museo dedicado al queso y otro en el propio Camembert, propiedad de la multinacional Président.

Muy cerca de Camembert, se encuentra una de las más célebres yeguas de Francia: “Haras National du Pin”. “Haras” puede traducirse como “caballerizas” o “yeguas”. El “Versalles del Caballo” se llama también a este lugar por los numerosos elementos arquitectónicos que recuerdan al palacio de Versalles, como la disposición simétrica de las construcciones o la perspectiva de la Avenida Luis XIV a través del bosque. El “Haras du Pin” dispone de 60 sementales –de 10 razas diferentes- que pertenecen al Estado.



Playa de Omaha Beach, con el autor al fondo (Foto Francisco Guerrero).

Para dar por terminada esta fantástica cabalgada por la Normandía de hoy, resulta obligado acercarse a Montormel, donde se libró la última batalla de la Segunda Guerra Mundial en suelo normando. En el gran valle se produjo el cierre de la llamada “bolsa de Falaise”, a principios de agosto de 1944. Cien mil soldados alemanes que se retiraban hacia París estuvieron a punto de quedar encerrados. En el valle se produjo un brutal combate y murieron 10.000 soldados alemanes y 40.000 fueron hechos prisioneros. El resto consiguió huir, a pesar de la feroz resistencia de los soldados polacos que les cerraban el paso y que, al quedar sin municiones, se enfrentaron a los desesperados alemanes con las bayonetas. En una de las colinas que domina el valle se ha construido un observatorio desde el que los guías narran las peripecias de la batalla. El 21 de agosto de 1944 y los días posteriores, cuando la batalla se dio por finalizada, los aviones aliados observaban una mancha negruzca que invadía todo el lugar. Eran millones de moscas que reposaban sobre los miles de cadáveres entremezclados de soldados y caballos.

En el país de los Cátaros

Todo comenzó en la ciudad francesa de Béziers, cuando los cruzados entraron en la misma a sangre y fuego y dieron cuenta de todos sus habitantes, con la excusa de que se negaban a entregar a los creyentes cátaros. Hacía falta un escarmiento ejemplar y no se anduvieron en contemplaciones, matando a todos, sin distinción de creencias. De este hecho arranca la famosa frase atribuida a varios personajes, aunque seguramente fuera Arnaud Amaury, el legado pontificio, quien la pronunciara ante los soldados que querían saber cómo distinguirían a los católicos de los herejes: “Matadlos a todos, que Dios ya reconocerá a los suyos”, afirmó.

La palabra “cátaro” proviene del griego kataros, que significaría “puro”, aunque otros se inclinan por creer que se deriva del vocablo medieval ketter, es decir, “hereje”, que a su vez vendría de katte, gato, símbolo del diablo.

Se les conoce asimismo como “albigenses”, ya que también los hubo en la ciudad francesa de Albi. Ellos jamás se llamaron “cátaros”, lo utilizaban los católicos despectivamente. Usaban los términos “buenos cristianos” o “cristianos”, y se creían portadores del auténtico mensaje de Cristo. Era una religión dualista, basada en dos principios, el Bien y el Mal, y no creían en un juicio después de la muerte. Para ellos, el infierno era el mundo. Solamente el alma liberada de la carne, imbuida del olvido del mundo terrenal, adquiriría su salvación eterna. Por este motivo creían en la reencarnación. Y en un Cristo que vino al mundo no como un Cristo redentor, sino como un Cristo revelador, que enseñó el bautismo como camino de salvación. Su bautismo se diferenciaba

del católico porque se recibía por la imposición de manos, la transmisión del conocimiento por contacto, al contrario del católico que es un rito purificador. Era el único sacramento que admitían los cátaros frente a los otros sacramentos católicos. Tras un largo periodo de preparación, el cátaro, tras recibir el sacramento, renunciaba a comer carne, al sexo y a la violencia. La igualdad de las mujeres cátaras ante los hombres era motivo de escándalo para los católicos, al igual que al no existir el sacramento del matrimonio las parejas se unieran libremente.

La iglesia cátara estaba jerárquicamente organizada en obispados. El catarismo murió tras casi dos siglos de existencia. Antes del envío de cruzados, el Vaticano envió a Domingo de Guzmán para que con su apostolado tratara de reconducirles a la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana. Resultaron inútiles sus prédicas y llegaron las matanzas...

El término "cátaro" surge a principios de la década de los ochenta, en el siglo XX, cuando el Departamento del Aude, al sur de Francia, tuvo la feliz idea de desarrollar una propuesta de promoción turística, con denominación de origen: "País Cátaro". Como bien dice la historiadora Anne Brenon, "el pretexto cátaro no es un mal pretexto para conocer este país".

A la propuesta del Aude se unieron otros dos Departamentos, el Ariège y Hérault, que incluyen en sus itinerarios citas ineludibles como los castillos de Queribus, Peyrepertuse y Lastours, la maravillosa localidad de Minerva, Lagrasse, Caunes Minervois y un largo etcétera, que en un fin de semana trepidante se puede cumplimentar. Es una manera de llegar al corazón del país cátaro, por supuesto que en coche.

El punto obligado de referencia es la ciudad de Carcasona, se llegue por donde se llegue. Durante los meses de verano la afluencia turística es enorme. Por eso, los meses de septiembre y octubre son los más recomendables; al igual que alojarse en la Cité de Carcasona, es decir en el recinto interior de su ciudadela, dado que por la noche y al amanecer, los turistas ocasionales desaparecen y quienes se quedan tienen la posibilidad de pasear por sus murallas y callejuelas, que ocultan historias de inquisición, mazmorras, suplicios y amores...

Carcasona está magníficamente restaurada. Los trabajos en las murallas, torres y catedral de San Nazario fueron posibles gracias a un escritor francés muy amante de lo español y de España, Prosper Mérimée, el autor de Carmen, en la que se inspiró Bizet para componer su célebre ópera.

Dos recintos amurallados, tres kilómetros de muralla y 26 torres es la imagen que ofrece la Cité desde el Pont Vieux, quizás la visión panorámica más hermosa de la misma, especialmente al atardecer. Las obras de restauración, bajo las directrices del arquitecto Viollet-le-Duc, se

iniciaron en 1852, confiriendo a la Cité una homogeneidad que nunca tuvo antes. Quizás le sobre pintoresquismo, pero está ahí, y no hay más remedio que admirar a una de las ciudadelas más hermosas del mundo.

Luego aguarda un recorrido fantástico que conduce primeramente a Saissac, con los restos de su famoso castillo, a 25 kilómetros solamente de Carcasona. Es la región de Cabardés, que en el sur de la misma ofrece la vista de sus viñedos, que producen el aromático y excelente vino que lleva el nombre de la región. Geográficamente la región se corresponde con la Montaña Negra, que configura las últimas estribaciones del Macizo Central francés. Por estos bosques se oyeron los gritos de represión de los cruzados, los silencios de los fugitivos de la Revolución francesa y los más recientes de los maquis, que en estas tierras se refugiaron durante la Segunda Guerra Mundial.

Dejando atrás Cuxac-Cabardés y Salsigne pronto se descubre uno de los lugares más hermosos del país cántaro: Lastours y sus castillos, aunque antes se pueden contemplar los destrozos del paisaje ocasionados por las minas de oro y arsénico, entre otros minerales, que degradan el entorno. Las protestas de los ecologistas de nada sirven. Ahí están, en Lastours, los cuatro castillos, sobre la cresta de la montaña, como si fueran cuatro guardianes que otearan la llegada de los cruzados, que, por desgracia, llegaron y arrasaron con todo. Aún parece oírse el griterío de los asaltantes, en medio del viento y la soledad, acrecentada por la presencia de los cipreses, plantados en el siglo XIX. Cabaret, Tour Régine, Surdespine y Quertinheux son los nombres del cuarteto. Al parecer existió un quinto castillo, pero todavía las excavaciones no lo han localizado. Desde el mirador de Montfermier la vista del conjunto es formidable.

Muy cerca están las grutas de Limousis. Se recorren unos 60 metros y la visita dura 50 minutos. La vasta galería, casi rectilínea, la integran ocho salas separadas por barreras de estalagmitas.

En la comarca “minervois”, resaltan los cultivos de vid y colza, esa colza que a los españoles nos suscita macabros recuerdos. Su nombre le viene de Minerva, la pequeña población que soportó uno de los ataques más feroces de los cruzados. Una parada obligadísima: Caunes Minervois, que alberga una joya arquitectónica: la antigua abadía benedictina de Saint Pierre y Saint Paul de Caunes, que sufrió innumerables vicisitudes a través de los siglos. Calificado como monumento histórico en 1983, se han llevado a cabo trabajos de restauración. Merece la pena su visita así como el pueblo y su centro histórico, con casas que muestran sus fachadas gótica y renacentista.

De Caunes a Rieux Minervois hay 11 kilómetros. Aquí una breve parada para visitar una joya románica: la iglesia de Sainte Marie. Luego, un pequeño desvío para contemplar el “dolmen de las

Fadas” (“hadas” en occitano). Es el monumento megalítico más largo del sur de Francia y uno de los más hermosos. Tiene una antigüedad de 3000 años a.C. Aseguran en la región que las hadas, como las meigas, existen y que, según la tradición, siguen haciendo la colada en fuentes y ríos. En nuestro viaje no se dejó ver ninguna, ni tampoco en aparición fantasmal.

En lo alto de una meseta calcárea surge Minerva, casi intacta, como en tiempos de cruzados y herejes. Cinco semanas resistieron el asedio, pero su talón de Aquiles era el agua potable. Se rindieron sin condiciones. El 22 de julio de 1210, 140 cátaros fueron arrojados a la hoguera por negarse a abjurar de su religión. En la plaza de la iglesia parroquial de Saint-Étienne está la famosa escultura de Séverac. En un bloque megalítico de piedra, el artista cinceló en hueco el vuelo de una paloma. Realizado en memoria de las víctimas de 1210 su imagen es hoy día el emblema del País Cártaro.

Y de Minerva al puerto fluvial de Homps, punto de partida para dar un paseo por el famoso “canal del Midi”. El puerto era uno de los pocos lugares donde las embarcaciones podían dar la vuelta si lo deseaban. El canal del Midi constituyó en su tiempo una obra de ingeniería excepcional y los trabajos duraron unos 14 años. En 1996 la Unesco lo declaró Patrimonio de la Humanidad. Muy recomendable dar un paseo, por lo menos, de dos horas y salvar una esclusa, observando los movimientos y ajetreos. En invierno no funciona, ya que el canal se desagua, se limpia y hasta marzo no vuelve a llenarse de agua. La apertura del Canal, gracias al ingenio de Pierre Paul Riquet, que por cierto se arruinó, permitió el rápido comercio de la sal, del aceite y de los vinos, sin olvidar el comercio textil. Ahora es una atracción para turistas, especialmente si van con niños.

De Homps a Lezignan Corbières hay escasos kilómetros. Pero la visita merece la pena por su Museo de la Viña y del Vino. Para los que inician la ruta desde Narbona -a 20 kilómetros- es un buen comienzo de viaje ya que si el Museo no es una maravilla, en cambio la bodega de degustación de vinos del Languedoc lo hace muy recomendable. También desde Lezignan está la posibilidad de visitar la abadía de Fontfroide, escondida en el fondo de un valle de las Corbières. Es una de las más grandes abadías cistercienses de Europa.

El sur nos espera pasando antes por Lagrasse, una de las sorpresas más agradables del itinerario. El pueblo es un encanto. Y en medio de su centro histórico, la plaza de Les Halles (mercado), con su fuente en mármol rojo, su pavimento del siglo XVII bastante conservado y casas de los siglos XIV y XV. Cruzando su magnífico puente, construido en el siglo XII, se llega a la abadía de Sainte Marie de l’Orbieu (toma el nombre del río). Se remonta a la época de Carlomagno y su situación privilegiada entre España y Francia hizo de ella un enclave estratégico. Se puede acceder, por una escalera del siglo XVI, a la cima de la torre. El premio es una magnífica vista del pueblo y sus

alrededores. En la capilla abacial o de San Bartolomé se encuentran vestigios de los frescos que decoraban el techo. Tuvimos la oportunidad de fotografiar los mosaicos, ya que por su fragilidad, no está permitido el acceso a la capilla.

En la actualidad una de sus grandes salas acoge una exposición en homenaje al Maestro de Cabestany, el que fuera uno de los más célebres escultores románicos del Languedoc y Cataluña. La mayoría de sus obras se localizan entre Narbona y Girona. Se sitúa cronológicamente a mediados del siglo XII y trabajó exclusivamente para abadías benedictinas. Su figura es un misterio pues se desconoce su procedencia. En nuestro país trabajó en Navarra, en Errondo concretamente, y en Sant Pere de Rodas en Cataluña. Tuvo colaboradores pero su arte, tan difícil de ejecutar, desapareció con él.

De Lagrasse a Saint-Martin des Puits hay diez kilómetros. Merece la pena detenerse en su pequeña iglesia, que casi pasa desapercibida desde la carretera. Está abandonada y abierta a todos y no hay que pedir llave alguna. La parte más antigua de la iglesia es un arco prerrománico del siglo IX y en el muro sur hay unos frescos románicos de la primera mitad del siglo XII. La única nave fue construida en el siglo XI. Causa malestar y tristeza comprobar su abandono y expolio, pero hay algo en el ambiente que emociona.

Desde aquí la carretera conduce a Termes. Y hablando de las carreteras en esta zona, hay una peculiaridad en las mismas muy curiosa. De repente, cuando se comienza a avistar la silueta del castillo, a ambos lados de la ruta se observan y aprecian setos recortados y trabajados por manos hábiles de jardinero. Al parecer es una tradición iniciada a principios del siglo XX por los peones camineros, que se sentían artistas, que se ha perpetuado por fortuna. Del castillo de Termes sólo quedan ruinas, eso sí, declaradas monumento histórico nacional en 1989. El castillo fue destruido con explosivos en los años 1653 y 1654. Fue reducto cátaro y acabó con la huida y muerte de los sitiados.

Más atractiva resulta la visita al castillo de Villerouge Termenés, rodeado de un encantador pueblo medieval. La última página oficial sobre el catarismo se escribió en este lugar. Aquí murió, en la hoguera, Guilhém Bélibaste, sin abjurar de su fe cátara, tras una vida de película, que le llevó a vivir en España, en Morella concretamente. El conjunto de castillo y pueblo está muy explotado turísticamente. Hay una “taberna medieval”, con menú medieval y casi sin cubiertos. Es decir, hay que comer con las manos, como en la época. En verano, hay grandes festejos conmemorativos y en el Castillo un museo audiovisual, didáctico y pedagógico.

La gran emoción del viaje sobreviene al divisar dos impresionantes castillos: Quéribus y

Peyrepertuse. Parece imposible que seres humanos pudieran edificar semejantes moles pétreas siglos atrás, en cimas rocosas. Parecen colgadas del cielo. Cuando nos acercamos, el asombro no decae. Fueron los últimos baluartes del catarismo. Se divisaban de un castillo a otro. Y suponemos que se comunicarían por algún medio. Ambos cayeron en manos de los cruzados en 1255. Once años antes, había caído Montsegur, otro castillo emblemático.

En medio de los dos castillos hay un pueblo, Cucugnan. Lo hizo célebre el escritor Alphonse Daudet en sus Cartas desde mi molino. En él recoge la leyenda del “Sermón del cura de Cucugnan”. Es una versión en idioma francés y en prosa de una historia escrita en verso y en occitano por Achille Mir, un maestro del Aude al cual Cucugnan le ha dedicado un miniteatro en el que se cuenta a través de la imagen y el sonido el viaje profético del cura de Cucugnan. Daudet y Mir terminaron en los tribunales por los derechos de autor.

Resulta muy difícil decantarse por el castillo más bello y espectacular, una vez que se ha subido a los dos y admirado el increíble y maravilloso panorama. Con buen tiempo, se llega a divisar el mar y, por supuesto, los Pirineos con el Canigó presidiéndolo todo.

Por castillos que no quede. El de Peypertuse formaba parte de los “cinco hijos de Carcasona” junto al de Queribus, Aguilar, Termes y Puylaurens, que defendían la línea fronteriza frente a la corona de Aragón. Quien disponga de tiempo puede completar la visita del quinteto y también acercarse a Montsegur. Pero si el tiempo apremia, la ruta más corta, desde Cucugnan, nos dirige al castillo de Puylarens, digno también de verse, y luego, por Gincla, de nuevo a Carcasona. Así habremos cumplimentado un pequeño acercamiento por el país de los cátaros, aquellos “albigenses” que cometieron un grave error en su vida: pensar por su cuenta... y riesgo.

Provenza: de Aix a Arles

A la Provenza se puede viajar por muchos motivos. Porque a uno le gusta la juerga, la movida y tenga ganas de vivir. O la música. O las ruinas románicas. O los toros. O la naturaleza. O los caballos. O la pintura y sobre todo dos grandes e inigualables artistas como Van Gogh y Cézanne. Pues bien, todo eso es la Provenza, con su luz intensa, sus atardeceres de locura, su gastronomía, sus viñedos, sus frutales, sus vinos, su cordialidad, su música, sus gentes.

Y en la Provenza dos ciudades imprescindibles, dos ciudades con embrujo: Aix-en-Provence y Arles, muy cercana la una de la otra.

Aix es como un decorado natural. En un lugar muy concentrado se sitúan plazas y fuentes,

palacetes de los siglos XVII y XVIII, parques y jardines. En total, 36 vestigios o monumentos y nueve Museos y Fundaciones.

Su atractivo está en su casco viejo, y para entrar en el mismo la referencia es La Rotonde, una gran plaza con una espectacular fuente con tres estatuas que representan la Justicia, la Agricultura y las Bellas Artes. Y ya dentro, el Paseo Mirabeau. Animadísimo siempre, jalonado de plátanos, fuentes, cafés y sus terrazas. En el café de los “Deux Garçons” hace un siglo se podía ver al famoso pintor Cézanne charlando con sus amigos. En el paseo, hay tres fuentes y a una de ellas la llaman la “fuente del agua caliente” o “musgosa”. Se calcula que esa agua caliente mana desde hace mil años por lo menos.

El paseo Mirabeau, creado en 1649, constituye el enlace entre el barrio Mazarin en el sur y el comercial, en el norte. Era, además, la línea divisoria que separaba dos clases sociales: la aristocracia y la burguesía.

El barrio Mazarin tiene forma de tablero de damas y fue realizado en el siglo XVII por voluntad del arzobispo Mazarin, para que la aristocracia encontrara en él su escenario adecuado. Hace algunos años el actor Alain Delon compró uno de los palacetes y se cargó la bella fuente del patio interior para construirse una piscina, con gran escándalo de los vecinos.

Pero en Aix están también sus mercados, de gran colorido, donde los hortelanos exponen sus productos, frutas y verduras, flores... Se huele a menta fresca, a albahaca, a romero, a especias muy diversas. Hay animación y calor humano, hay vida y alegría en el entorno.

De todas formas, aunque se pierdan por sus callejuelas, no dejen de admirar la iglesia de la Magdalena, del siglo XVII. En la Plaza del Ayuntamiento, el edificio que da nombre a la misma exhibe su fachada italiana, pero sobre todo llama la atención la famosa Torre del Reloj, antiguo campanario de la ciudad con su reloj astronómico del año 1661, en la que aparecen estatuas representando las cuatro estaciones. La plaza, con sus puestos de flores, sus palomas y sus terrazas llenas de gente, es uno de los grandes atractivos de Aix. De aquí arranca la calle Gaston de Saporte que pronto desemboca en una preciosa plazoleta, con plátanos y terrazas. Es la Plaza del Arzobispo, con su Palacio al fondo, antigua residencia de los arzobispos de Aix. En el mismo se celebra en el mes de julio el Festival Internacional de Arte Lírico. Un poco más adelante se encuentra la Plaza de la Universidad. En la misma, la antigua Facultad de Derecho, hoy instituto de Estudios Políticos, donde estudió sin éxito Paul Cézanne. Es un bello edificio de Georges Vallon, del año 1734, con rostros esculpidos en piedra, todos distintos.

Enfrente, la catedral de Saint-Sauveur. Todos los estilos arquitectónicos están representados, desde el siglo V al XVII. Su torre la dejó inmortalizada en algunos cuadros Cézanne, que acudía todos los domingos a misa. Aquí se celebraron sus funerales.

Vista y degustada la ciudad no hay que poner puertas al campo. La campiña provenzal espera... Hay rutas para todos los gustos y todas las épocas. Están las "rutas de la lavanda" por doquier, y las rutas de los viñedos de la Provenza. En Aix se pueden catar los vinos de los "Côtes de Provence" en numerosas bodegas y castillos. También están las rutas de los pintores, y no solamente de Van Gogh y Paul Cézanne, porque hubo muchos más que venían atraídos por la luz y los colores provenzales. Matisse, Braque, Derain y otros muchos de muy variados estilos, que veían estos paisajes de maneras muy diferentes. Hay también una "ruta de la tierra", dedicada a la tierra cocida, a la cerámica y a la loza, un arte que se practica en Provenza desde el siglo XVIII. Hay una "ruta del tejido", con visita a talleres, en los que los tejidos aún se realizan artesanalmente y se pintan a mano. Y también hay una "ruta de los anticuarios"... Pero al final, en esta encrucijada de la antigua via Aurelia que une Italia con España, que es lugar de encuentros del viento Mistral y del viento del mar, la ruta señala el mítico "camino de Arles...". Pero antes, mi admirado Cézanne requiere mi atención.

Paul Cézanne pasó toda su vida en la ciudad que le vio nacer, Aix-en-Provence. Se fue a París como todos los pintores que querían aprender y triunfar, pero no le gustaba para vivir. Era un tanto pueblerino, pero dijo: "Con una manzana, quiero asombrar en París". Y lo consiguió. Ya en su tierra demostró que nadie es profeta, ya que no vendió cuadro alguno. Y lo que es mucho peor: en el famoso Museo Granet de la ciudad, el director del mismo entre los años 1892 y 1925, el escultor Auguste-Henri Pontier se juró que mientras él estuviese vivo ninguna obra de Cézanne se expondría en el museo, y mantuvo su palabra. Ahora se ha hecho un poco de justicia con el artista y el Museo exhibe ocho cézannes depositados por el Estado el año 1984, así como acuarelas, grabados, una litografía, tres dibujos y un guache. Poca cosa para tan gran artista.

Recrear y revivir los cuadros y la vida de Cézanne resulta muy fácil en Aix-en-Provence, pues se le rinde un auténtico culto. Siguiendo los cuadrillos de hierro que están clavados en el suelo y marcados por una "C", se puede ver la casa natal del artista, la iglesia donde fue bautizado, que no es otra que la Iglesia de la Madeleine; el instituto, en donde conoció a Émile Zola; la Academia de Bellas Artes en donde estudió dibujo; la tienda de sombreros de su padre, en cuyo edificio todavía son visibles los rótulos; el café de los "Deux Garçons", lleno de lámparas, espejos y camareros que no se dejan retratar; el Ayuntamiento, la iglesia donde se casó, la casa que compró para vivir y su casa de campo en Jas de Bouffan, y la casa donde pintaba, el Taller Cézanne, tan visitado en la actualidad. Y por supuesto, saliendo al campo abierto, y sin seguir ya las huellas, porque

Cézanne acostumbraba a darse grandes caminatas para localizar escenarios para sus cuadros, siempre hay un testigo que no falla: la famosa Montaña Sainte-Victoire, casi siempre vista desde Lauves, es decir, desde su atelier. Nada menos que 44 óleos y 43 acuarelas testimonian el apego del pintor por Sainte-Victoire.

Al instalar su caballete cerca del camino de la Margueritte, Cézanne elige el punto de vista más elevado con respecto a la montaña. En los primeros cuadros algunos elementos del paisaje aun no se identifican. Son campos de trigo, ruta de los Alpes, techos rojos de granjas y la fábrica eléctrica. También tuvo un puesto de observación en el perímetro de la finca de la Margueritte. Frente a la montaña, que desde ese panorama se convierte en un mascarón de proa, diez paneles reproducen las principales Montaña Sainte-Victoire pintadas por Cézanne desde el camino de la Margueritte.

A partir de 1887, Cézanne alquila una modesta habitación en una casa llamada Château Noir (“Castillo Negro”), un bello lugar entre bosques y pinos, al igual que en la actualidad, y que le dio tema para numerosos cuadros en su época madura. Dos años más tarde quiso comprar la mansión, que pertenecía a un carbonero enriquecido, pero no lo logró. Fue así que el destino quiso que adquiriera un terreno en el camino de Lauves, dominando Aix, para instalar allí su taller. Ahora el atelier es lugar de peregrinación de todos sus admiradores, que son miles y miles. El atelier, donde nunca vivió, está muy bien conservado. Acaban de arreglar las aceras de acceso y se llega caminando desde el pueblo. Una buena caminata, en empinada subida, que Cézanne recorría todos los días.

Trabajó en su taller todo el día durante los últimos cuatro años de su vida. En una repisa permanecen esos objetos que figuran en muchos de sus cuadros y bodegones: botellas, jarrones, flores, flores de papel, tejidos, frutas, manzanas sobre todo, así como cráneos y “el pequeño amor” en escayola que figura en uno de sus cuadros. Y tras los ventanales, el verdor, y a lo lejos, la montaña.

Arles, curiosamente, es el municipio más extenso de Francia, con sus 76.810 hectáreas. Está considerada una ciudad fronteriza, mucho más cercana a la Camargue que a la Provenza clásica. Fue una importante ciudad romana que posee un teatro y anfiteatro magníficos. Curiosamente, este último sirve de escenario para corridas de toros, que aquí, en esta tierra, tienen una acogida formidable, al igual que toda una tradición. Con la llegada del verano la temporada taurina se muestra en todo su apogeo. En torno a la Plaza de toros, es decir, al Anfiteatro romano, existen restaurantes y bares con denominaciones españolas, más bien andaluzas, y también se ofrecen por doquier la paella y la sangría. Nuestro malagueño Pablo Picasso, que aquí se le venera,

ayudó mucho a esta pasión taurina.

Para comprender bien a esta ciudad es preciso echar una ojeada a sus orígenes y para ello nada mejor que visitar el Museo de Arles Antiguo, donde se cuenta la historia de la gran ciudad del Imperio Romano, fundada por Julio César para sus veteranos soldados. Pero además de ruinas romanas y de fiestas taurinas, Arles es la ciudad de Van Gogh, la ciudad de la luz y de los colores intensos, la del río majestuoso, el Ródano, que acogió al genial pintor holandés que aquí vivió su drama que le conduciría a dos centros psiquiátricos, uno en la misma ciudad y otro en Saint-Remy-de-Provence.

Van Gogh llegó a Arles un día de febrero de 1888 y nadie pensó que aquel loco del pelo rojo -como se le conocería más tarde en la ciudad- estaba destinado a revolucionar la historia de la pintura. De sus 879 pinturas catalogadas, doscientas las realizó en la Provenza, en Arles y en Saint-Remy. La única tela que vendió en vida fue una pintada en Arles, El viñedo rojo, aunque algunos críticos dicen que no es verdad... que vendió algunas más.

Obviamente, todos los que visitan Arles, al igual que sucede con Cézanne en Aix, quieren hacer la "ruta Van Gogh". Ciertamente existe un itinerario, pero se llevan una desilusión al saber que la famosa "Mansion Jaune", es decir, "amarilla", donde vivió, desapareció junto a todo el barrio que la acogía durante la Segunda Guerra Mundial, en 1940, cuando desembarcaron en Tolon. Todavía se aprecian sobre el Ródano los grandes pilares y la entrada de un puente espectacular que desapareció. Muy cerca Van Gogh vivía y pintaba.

Pero aparte de Van Gogh, Arles ofrece itinerarios y ambientes muy atractivos. Hay un Arles antiguo, un Arles medieval, un Arles renacentista y clásico y un Arles del siglo contemporáneo. Son muy famosos los Encuentros Internacionales de Fotografía, y existe una Escuela Nacional de Fotografía que confirma a Arles como la ciudad de la Imagen. A Pablo Picasso le debe mucho esta ciudad. El malagueño vivió muchos años en Vallauris y tuvo el gran gesto de donar en 1971 a Arles una colección de dos cuadros y 57 dibujos que hoy se pueden admirar en el Museo de Bellas Artes, llamado también Museo Reattu. Con este gesto, Picasso quiso rectificar algo insólito: que no hubiera en Arles ningún cuadro original de Van Gogh, pues bien es sabido que el pobre Vincent se llevó toda su producción, sin haber encontrado comprador alguno en este pueblo que amó tanto. Este gesto fue secundado con los años por otros artistas de renombre, y sus cuadros en homenaje al holandés han sido reunidos en el Hotel de Luppe, en una exposición permanente, muy aconsejable.

Imprescindible la visita a Los Alyscamps, un lugar bellísimo al que acudían Van Gogh y Gauguin

a pintar. Un paisaje de sarcófagos romanos y paleocristianos, que han quedado para siempre inmortalizados en sus cuadros. Y al fondo la Iglesia de San Honorato, del siglo XII. Era una etapa de la peregrinación a Santiago de Compostela.

Pero la evocación y homenaje a Van Gogh no será completa sin la visita a Saint-Remy-en-Provence, a 22 km. solamente de Arles. Merece la pena por lo que es y no porque aquí viviera recluido Van Gogh, concretamente en el Hôpital Monasterio Saint-Paul de Mausole. En este lugar encontró la paz, la inspiración y trabajó como un demonio. Más de 150 pinturas y numerosos dibujos llevó a cabo en este lugar, muy bien conservado y rehabilitado. Causa emoción visitar lo que fue su habitación, en una sobria reconstrucción de otra similar, los pasillos por los que se movía, la iglesia y el claustro, la alameda y sobre todo el paisaje circundante que sigue intacto. Y esos olivos, cuyas raíces retorció en sus cuadros... El 16 de mayo de 1890 Van Gogh abandonó este lugar para trasladarse a Auvers sur Oise, cerca de París. Aquí nunca se sintió prisionero y jamás pintó los barrotes de su cuarto en sus cuadros. Porque él se sentía libre...

Loira atlántico: de Le Mans al océano

Dejando a nuestras espaldas los Pirineos y camino de París por la autopista, a la altura de Le Mans conviene detenerse. En la mítica ciudad de los bólidos de carreras y motos hay que tomar una drástica decisión: girar a la derecha o a la izquierda. A la derecha nos aguardan los, para muchos, ya conocidos y trillados castillos del Loira, majestuosos y convertidos en su gran mayoría en fríos museos, testigos de una época de esplendor que jamás ha de volver. A la izquierda, sin embargo, hay un mundo por descubrir: Loira Atlántico.

Conviene aclarar, ante todo, que “Loira Atlántico” es la versión castellana de lo que los franceses denominan “Pays de la Loire”, y que lo componen cinco provincias o departamentos: Vendée, Mayenne, Sharte, Maine-et-Loire (también conocida por Anjou) y Loire Atlantique. Esta última es una provincia de reciente creación política y administrativa, teniendo en cuenta que el año 1941 el Régimen de Vichy separó la Loire Inférieure de la Bretaña. Tras la retirada alemana y la caída de Pétain tomó el nombre actual. Pero los viajeros no entienden de límites administrativos y políticos, sino de escenarios y ciudades. Y la ruta que recorrimos nos llevó desde Le Mans hasta el Océano Atlántico como si de un circuito automovilístico se tratase. Resultó un circuito de fábula. Nos aguardaban castillos, muchos de ellos habitados, visitables y pernocables; abadías maravillosas; ríos navegables sin esclusas; viñedos cuya producción se guarda en bodegas de increíbles tamaños; caballos adiestrados; vacas generosas en su producción láctea que después se convierte en deliciosos quesos; y el vino, por supuesto, mejor dicho, los vinos... Al final del circuito, como si de un gran prix se tratara, espera el Océano, llamado Atlántico, que concede su

nombre al Loira para denominar la región. Y es que aquí muere el gran río Loira, que va a dar al mar –como todos los ríos- que aquí es el vivir, y no el morir como en el soneto de Jorge Manrique.

Todos los años, a finales del mes de junio, Le Mans se convierte en un paroxismo. Y es que es el mes de la gran fiesta de los bólidos, de las “24 horas de Le Mans”. Todos los aficionados viven pendientes de la competición y los miles que se acercan viven la emoción diurna y nocturna. Además, Le Mans les ofrece la posibilidad de visitar el Museo del Automóvil. En cierto sentido el “Le Mans automovilístico” perjudica al lugar en sí porque son muchos los que desconocen la belleza que encierra esta ciudad medieval que conserva muy bien, en su centro histórico, edificios de época y sobre todo la fabulosa catedral de Saint-Julien du Mans. Llama poderosamente la atención su fachada sur y una capilla que muestra una rara representación de 47 ángeles tocando distintos instrumentos musicales del siglo XIV. A la catedral le falta ahora la flèche. Actualmente en fase de restauración, gracias a las donaciones voluntarias de los ciudadanos. Aunque conviene precisar que deducen de Hacienda. La muralla romana, del siglo III, es la mejor conservada de Europa. Pasear por sus callejuelas es toda una emoción y hasta sería posible toparse con Cyrano de Bergerac. Precisamente en la plaza del Cardenal Grente se rodó una de las secuencias del film del mismo título que protagonizara Gérard Dépardieu. Otro atractivo permanente de la ciudad es el mercado de los jacobinos, al pie de la Catedral. A primeras horas de la mañana convoca a cientos de vendedores con sus productos hortícolas.

Desde luego no se puede abandonar Le Mans sin visitar el circuito automovilístico emplazado en Les Raineries, al sur de la ciudad. Un sector del circuito todavía sigue abierto parte del año al tráfico rodado. Tampoco dejen de acudir al Museo del Automóvil de La Sarthe. Se exhiben 115 vehículos recordando un siglo de triunfos y epopeyas.

Desde Le Mans, por la autopista, se llega muy pronto a Laval, una ciudad que es toda una sorpresa. Fundada alrededor del año mil, Laval es la capital de la Mayenne. No ha perdido cierto carácter provinciano en el mejor de los sentidos, con una población que no excede los 100.000 habitantes, es tranquila y apacible. Está atravesada por el río Mayenne, afluente del Loira, río histórico por muchos motivos, pues al ser navegable muchos de sus habitantes emigraron a América llegando en barco al puerto de Nantes antes de iniciar la gran travesía. Gente de Laval fundó la ciudad canadiense de Montreal.

Laval se siente orgullosa de su casco antiguo, con su castillo, que alberga un museo de Arte Naïf, porque -conviene decirlo cuanto antes- en esta ciudad nació Henry Rousseau, a quien no se sabe muy bien por qué llamaban “el aduanero”, pero que no pasó de ser un modesto funcionario de un fielato de París. Rousseau forma parte de los llamados “hijos terribles de Laval”, entre los

que se encuentran también el escritor y ciclista Alfred Jarry, creador del personaje Ubu, el Rey; Ambroise Paré, fallecido en 1590, y considerado el padre de la cirugía moderna; y Robert Tatin, fallecido en 1983. Este último dejó una serie de estatuas y un sorprendente museo en pleno campo, al que acuden visitantes del todo el mundo. Viajero incansable -de Nueva York a Cartago, de Brasil a Tierra de Fuego- trabajador infatigable, a ratos carpintero, pintor de brocha gorda, ceramista, arquitecto, escultor, fresquista, trabajador de mosaicos..., durante 20 años, Robert Tatin construyó su museo bebiendo de todas las fuentes culturales, o casi, y recreándolas a su manera. Tatin inauguró en 1962 este museo al aire libre, puente entre Oriente y Occidente. El último “hijo terrible” es Alain Gerbault, el primer navegante que dio la vuelta alrededor del mundo en solitario en 1929. La réplica de su barco “Firecrest” está expuesta en los preciosos jardines de La Perrine, en el llamado “Espacio Gerbault”. Curiosamente, sus restos permanecen en Bora Bora, en una plaza desprovista de unos magníficos árboles que él hizo eliminar para jugar al fútbol con los indígenas. Murió en Timor durante la Segunda Guerra Mundial y en 1946 sus restos fueron trasladados a la mítica isla. Ahora descansa en paz pues en la plaza nadie juega al fútbol.

Desde Laval a La Flèche, la ruta tiene dos paradas muy interesantes: Solesmes y su famosa abadía, y Malincorne-sur-Sarthe, un centro de fabricación de cerámica con escuela incorporada y un curioso museo de faïence, que es como denominan los franceses a este tipo de cerámica cuya fabricación se inició en Faenza, en Italia. La historia de la cerámica de Malincorne-sur-Sarthe se remonta a 1740, cuando un artesano llamado Moreau abrió la primera fábrica. Desde entonces, la localidad ha adquirido una creciente reputación en la cerámica artística.

Por Malincorne pasa el río Sarthe, otro afluente del Loira, que llega a La Flèche, otra ciudad muy atractiva, muy orgullosa de su escuela militar, denominada “Le Prytanée National Militaire”. Está edificada sobre un antiguo castillo, construido entre 1539 y 1541 por la abuela de Enrique IV. Cuando se convirtió en Rey fundó en 1603 el célebre Colegio Real de los Jesuitas, destinado a formar a la elite de la nación. Descartes fue alumno del mismo. Cuando Napoleón llegó al poder en 1808 el colegio fue transformado en escuela militar y tomó el nombre que exhibe actualmente. Ahora acoge a los jóvenes cadetes que se preparan para el ingreso en las grandes escuelas militares. Resulta siempre muy curioso observar el paseo de los jóvenes cadetes de ambos sexos con sus clásicos uniformes por las calles de La Flèche. También La Flèche está orgullosa de su pequeño teatro a la italiana, emplazado en un bello edificio clásico que ocupa lo que era la intendencia de la Compañía de Indias Occidentales. Los atractivos de la ciudad los completa su parque zoológico situado a cuatro kilómetros del centro. Exhiben más de 120 especies de animales exponentes de la fauna de los cinco continentes.

Siguiendo la ruta nos esperan Angers y Saumur, dos grandes núcleos de atracción turística y

situadas en el Departamento de Maine-et-Loire, la denominación actual de la antigua provincia de Anjou. Un millar de castillos, casonas y casas solariegas, un clima privilegiado y el Loira, presente en todas partes, hacen de la región un lugar muy acogedor. Ya lo sabían los reyes que vivieron por estos lares. Angers es para muchos la gran desconocida. Lo reúne todo: un castillo impresionante que alberga el sorprendente Tapiz del Apocalipsis, la catedral, por supuesto, y dos grandes museos, el de Bellas Artes y el de David D'Angers. Ya de por sí toda la ciudad es un bello museo donde sus edificios conjugan el negro de la pizarra de los tejados (l'ardoise) y la toba, esa piedra blanca, calcárea, fina y fácil de trabajar. El castillo es una de las fortalezas medievales mejor conservadas de Francia. Nuestra Blanca de Castilla impulsó la construcción en el siglo XIII de un complejo defensivo con 17 torres. Cuando dejó de ser cuartel pasó a ser cárcel. Muy interesante es la visita de su interior, con sus jardines, sus paseos por las murallas y el "descubrimiento" de un pequeño viñedo, aunque sobre todo por los tapices. Gracias a un canónigo, apasionado del arte medieval, que en el año 1845 consiguió recomponer un maravilloso tapiz, que en el siglo XVII casi se perdió, porque la Corte lo consideró fuera de moda. Lo encargó en 1375 Luis I de Anjou y tardaron diez años en fabricarlo. Sufrió muchas vicisitudes, ahora cinco siglos después luce en todo su esplendor en unas modernas dependencias anexas al Castillo y muy adecuadas para su visión. Es el conjunto medieval tejido más grande del mundo, mide 130 metros. Realizado, según revelaciones de San Juan Evangelista, en Patmos, el tapiz o colgadura constituye además una extraordinaria transcripción visual de un texto religioso. Me contaba la guía que siglos atrás, trozos del tapiz sirvieron para que los caballeros cubrieran en las caballerizas los flancos de los caballos. Ahora se exhibe con majestuosidad y no acierto a comprender por qué en nuestro país, conocemos el Tapiz de Bayeux e ignoramos el de Angers.

El Museo de Bellas Artes de Angers fue renovado por completo hace dos años, en 2004, y ciertamente se palpa en su modernísima representación. La visita al mismo se compone de dos circuitos bien diferenciados: la Historia de la ciudad desde el Neolítico hasta nuestros días y, mucho más interesante para los foráneos, la sección de Bellas Artes, que incluye pinturas y esculturas de los siglos XIV al XX. Aquí están Lippi y Guardi, al frente de la pintura florentina y veneciana y en la gran galería: Watteau, Chardin, Fragonard, y los impresionistas Ingres, Claude Monet y Jean-Jacques Henner, un pintor que ya utilizaba las artes fotográficas en su inquietante mujer, exhibida. Muy cerca del Museo, en la restaurada abadía de Todos los Santos, construida en el siglo XIII y abierta al público en 1984, se expone la obra de un hijo muy querido de la ciudad, Pierre-Jean David d'Angers, que quiso firmar así sus obras en agradecimiento a su ciudad por las ayudas que recibió y para diferenciarse del otro David pintor. A principios del año 2006, la ciudad le recordó en el 150º aniversario de su muerte. Obras monumentales, encargos como el frontón del famoso Panteón de París, galería de bustos de personajes tan famosos como Balzac,

Victor Hugo, Andrea Chénier y medallones componen esta impresionante Galería en una genial rehabilitación.

Todavía en Angers se puede visitar la Catedral de San Mauricio, que ofrece la visión de unas magníficas vidrieras de los siglos XII, XIII y XV. Se comenzó a construir a mediados del siglo XII y se terminó alrededor de 1250. Primera construcción que presenta las características propias del estilo gótico angevino, con sus bóvedas con ojivas que dan paso a finos nervios en el coro y en el transepto.

Saumur es una ciudad amable, tranquila, apacible... en una palabra, provinciana, pero en el buen sentido de la palabra, que se ha convertido en la meta de tantos ciudadanos de las grandes metrópolis. A lo largo de las orillas del río Loira se yerguen edificios espléndidos y en el interior de su casco antiguo todavía parecen resonar los pasos de "Monsieur Grandet" y de su hija "Eugenia". La casa donde presuntamente vivían está localizada en la plaza de Saint Pierre, plagada de coches estacionados por todos los resquicios, pero con bellos edificios de la época. Y es que decir Saumur es decir "Balzac" y su novela Eugenia Grandet, de recomendable lectura. Aquí, todavía el mundo del gran escritor francés se puede decir que sigue vigente en sus calles y edificios. La fechó en 1833. Existe un film del mismo título, dirigido por Matio Soldati en 1946 y protagonizada por la gran actriz italiana Alida Valli.

Saumur y su región son sinónimos de buenos vinos y de excelentes caballos. Su fama es internacional. Los prestigiosos jinetes del Cadre Noir, herederos de la Escuela Francesa Clásica, ofrecen sus demostraciones en la Escuela Nacional de Equitación. Cuatrocientos caballos perpetúan la tradición ecuestre francesa.

La ciudad vieja está dominada por el castillo, que sería utilizado como prisión bajo el reinado de Luis XIV. Desde 1906 es propiedad de la ciudad y alberga dos museos, el de Artes Decorativas y otro dedicado al caballo. El culto al caballo se plasma también en Saumur y la región de Anjou con sus trece hipódromos y en los 500 kilómetros de senderos balizados para el mejor desarrollo del turismo ecuestre. Más de mil haciendas perpetúan la riqueza de la cría de caballos de Anjou.

Desde Angers o Saumur, lo mismo da, están cercanos dos famosos castillos y una abadía. Los castillos son el de Brissac, en Brissac Quincè, y el de Montreuil Bellay. Y la abadía, la de Fontevraud, una maravilla que conviene visitar con calma. Luego nos aguarda Nantes, la ciudad de Julio Verne.

Nantes requiere su tiempo porque por algo es la quinta capital francesa. Debe su singularidad

principalmente al patrimonio del siglo XVIII. Es obligadísimo un paseo por el centro histórico, por el llamado Barrio del Bouffay, con sus callejuelas medievales cuyos nombres evocan antiguos gremios, con sus tiendas y restaurantes de todo tipo y procedencia. Nantes está muy orgullosa del Castillo de los duques de Bretaña, construido en el siglo XV y que desde 1921 ha sido sede de un museo municipal. En obras durante muchos años, el año 2006 fue testigo de la apertura de su gran Museo de Historia de Nantes. Muy cerca del Castillo se yergue la Catedral de San Pedro y San Pablo cuyas obras se iniciaron en 1434 y finalizaron en 1891. Desgraciadamente sufrió un grave incendio en 1972, pero ha sido felizmente restaurada y sigue siendo un bello edificio gótico de líneas muy puras. El “Nantes moderno” podría definirse muy bien con estos cuatro lugares: la Isla Feydeau, el Pasaje Pommeraye, el Barrio Graslin y la Torre LU.

La denominada Isla Feydeau dejó de ser tal isla cuando uno de sus flancos fue unido a tierra firme. En los tiempos de Julio Verne era todavía una isla y quizás para él un gran buque de piedra, pues era la época en que llegaban los barcos a la ciudad cargados de esclavos negros que eran luego vendidos por toda Francia. Los llamados negreros de la ciudad se dedicaron a construir bellos edificios en el siglo XVIII con toba y granito y una singular particularidad, los adornaban con mascarones y balcones de forja. Algunos de estos mascarones retrataban a su dueño. Las tiendas y almacenes de los bajos de la época han dado paso a restaurantes, pero todavía se pueden visitar algunos de los antiguos patios que se conservan tal como eran.

Si hay algo que convierte en emblemática a la ciudad es sin duda el llamado Pasaje Pommeraye. Inaugurado en 1893, de estilo barroco, tiene tres pisos, una escalera central y unas galerías que unen la ciudad alta con el puerto. Jacques Démy y algún otro director de cine utilizaron el pasaje para sus películas. Siempre está repleto de público, pues ofrece una amplia gama de locales comerciales.

El Barrio Graslin constituye un bello ejemplo de neoclasicismo que tanto gustaba al arquitecto Crucy. Su Teatro de la Ópera ofrece en la actualidad temporadas líricas muy importantes y el paseo, una especie de avenida y jardín, lo comparan muchos con el del Palacio Real de París. Curiosamente hay un restaurante en el barrio llamado “La Cigale” (“La cigarra”) que comenzó a funcionar en 1895 y que ha sido declarado monumento histórico-artístico.

La Torre LU durante mucho tiempo funcionó como fábrica de galletas, hasta que en 1986 la fábrica se desplazó a las afueras de la ciudad. En el viejo edificio en 1998 se reconstruyó una de las dos torres, hoy otro de los emblemas de la ciudad de Nantes. Alberga el “Lugar Único”, encuentro de culturas y punto de cita de lo más chic de la ciudad.

Y por último en Nantes, la arquitectura contemporánea tiene dos formidables exponentes: el casco urbano de Le Corbusier en Rezé y más reciente, el nuevo Palacio de Justicia, construido por Jean Nouvel, autor de la barcelonesa Torre Agbar y de la ampliación del madrileño Museo Reina Sofía. Detrás del Palacio de Justicia se trabaja febrilmente en unos antiguos astilleros reconvertidos para mostrar “Las máquinas de la isla de Nantes”. Pierre Orefice está construyendo unas “máquinas” fantásticas, inspiradas en algunos casos en el escritor Julio Verne, que nació en Nantes y cuyo Museo es muy recomendable visitar. Está situado en Chantenay, donde todavía se puede ver la mansión de verano de la familia Verne. Nantes es también la ciudad querida por los surrealistas. Aquí vive Julien Gracq y su “jefe”, André Bretón escribió: “Nantes es quizás, junto con París, la única ciudad de Francia donde tengo la sensación de que me puede ocurrir algo que merezca la pena...”. El Museo Julio Verne, inaugurado hace 30 años, ha sido totalmente renovado gracias al programa “Nantes Renaissance”, que también ha rehabilitado Trentemoult, un barrio de Rezé, que ahora es una auténtica maravilla. No es de extrañar que sirva de plató cinematográfico a menudo y ubique varios restaurantes de prestigio. Y de Nantes al Océano Atlántico...

Elegimos la ruta que conduce a la isla de Noirmoutier que dejó de serlo cuando construyeron el espectacular puente que la une con tierra firme en Fromentine. La isla también deja de ser isla cuando baja la marea y es perceptible una carretera que la une a tierra firme a la altura de Beavoir-sur-Mer. Calculando las mareas, es posible su utilización. Si se llega tarde, una barrera impide el paso de peatones y coches. Tuvimos ocasión de observar la transformación de la bahía con marea alta y baja. Resulta impresionante el cambio de paisaje. A través de unos postes emergentes se adivina el recorrido de la carretera sumergida. Aseguran que los postes han sido la salvación de más de un despistado.

Noirmoutier-en-L'Île (“monasterio negro”) es el refugio de los que quieren vivir alejados del mundanal ruido. Por algo, el 65 por ciento de sus diez mil habitantes son jubilados. Su planificación urbanística impide todo desmán inmobiliario, todas las casas son de una sola planta, pintadas de blanco y azul, los colores de la isla. No se permite más construcción y las salinas son respetadas en sus primitivos perímetros. Los habitantes en activo viven de la sal, del cultivo de sus famosas patatas, de la pesca, especialmente de los crustáceos, ostras y mejillones. Se calcula que en verano la población llega a los cien mil habitantes. Abandonamos la isla por el puente y, al llegar a Fromentine, unos rótulos anuncian los horarios de los barcos que hacen la travesía a la encantadora isla de Yeu. Entre los turistas siempre hay viejos nostálgicos del mariscal Pétain, que murió nonagenario en la prisión de la isla, que acuden a visitar la tumba del viejo militar.

Desde Fromentine a Saint Nazaire, por la costa, el viaje es impresionante con la visión de las marismas, repletas en algunos puntos de redes fijas que los pescadores mantienen y utilizan para

la pesca de lucios, carpas y percas y, por supuesto, de anguilas.

Pornic es una preciosa localidad costera que recuerda mucho a los pueblos ingleses de Cornualles. Está repleta de balnearios y talasoterapias dado que se ha convertido en un centro de moda.

Después nos aguarda el río Loira, inmenso en su desembocadura. Para atravesarlo, se ha construido un moderno y espectacular puente que nos conduce a Saint Nazaire, la ciudad que fue casi destruida en un 80 por ciento por la aviación aliada durante la Segunda Guerra Mundial, ya que en su puerto las tropas alemanas construyeron una gran base submarina para albergar los submarinos que tanto destrozo y pánico provocaron en el Océano Atlántico durante la contienda atacando a los convoyes provenientes de Estados Unidos. Curiosamente, la base submarina resistió todos los bombardeos y fue el último reducto alemán que capituló en tierras francesas. Ocurrió el 11 de mayo de 1945, el mismo día en que oficialmente finalizó la Segunda Guerra Mundial. Viendo sus enormes paredes no cabe duda que podrían haber resistido hasta hoy día. La ciudad, ante el costo de su destrucción, años después de acabada la guerra, decidió conservarla y convertirla en un museo dedicado al mundo de los transatlánticos. Merece la pena la visita, pues resulta curiosísima. El Museo se llama “L’Escale Atlantique”.

También se pueden visitar los astilleros donde se siguen construyendo enormes transatlánticos. Fue en 1964 cuando se construyó el primero, bautizado como Emperatriz Eugenia, curiosamente en homenaje a nuestra compatriota Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III. El último gran transatlántico construido en Saint Nazaire, botado en diciembre de 2003, fue el Queen Mary II.

Abandonando Saint Nazaire y llegando a la costa, nos espera un pueblecito encantador, St. Marc-sur-Mer. En una barandilla, oteando la playa, un curioso personaje –el director y actor francés Jacques Tati- reproducido en bronce y con su vestimenta de “Mr. Hulot” durante sus vacaciones en esta localidad.

A partir de aquí, la costa se convierte en playa, siendo La Baule la más famosa de la región y de Francia, siempre en competencia con Deauville y Biarritz. Luego, las playas dejan de serlo y se transforman en la denominada “Costa salvaje”, escenario de tantos naufragios. Desde La Baule hacia el interior pronto se llega a una deliciosa ciudad, Guerande.

La ciudad tan querida por los duques de Bretaña, Guerande (cuyo nombre bretón es Gwenrann) es toda ella un pequeño museo dentro de sus cuidadas murallas. En el interior están las callejuelas adoquinadas, salpicadas de comercios modernos y tiendas “antiguas”; además se exhiben locales con artesanía muy curiosa como, por ejemplo, un taller de caligrafía y un museo de muñecas. La

ciudad medieval fortificada atrajo a escritores como Zola, Apollinaire y sobre todo, al ya citado Balzac. Guerande se sitúa en medio de dos paisajes de contrastes: el País blanco, el de la sal y de las salinas, y el País Negro, el de la turba y del Parque Natural Regional de Brière. A partir del siglo XVI, Guerande dejó de ser un importante puerto marítimo, dado que las arenas invadieron los puertos y el valor de la sal descendió, pero gracias al turismo Guerande ha renacido. Resulta muy interesante recorrer las marismas de agua salada que el hombre ha creado. Las marismas están divididas formando un mosaico de cuencas separadas por taludes arcillosos y abastecidas de agua a través de canales. Se puede visitar una típica casa de los cultivadores de sal y también una cooperativa de fabricantes. La producción de sal y de moluscos son las principales actividades humanas llevadas a cabo en estas marismas.

Dejando Guerande, enseguida se llega al Parque Natural Regional de Brière. Creado en 1970, el Parque se extiende sobre 49.000 hectáreas, es el segundo de Francia en extensión y de su equilibrio depende la protección de los territorios de agua dulce y de agua salada. Los viajeros tendrán la oportunidad de saber cómo vivían sus antiguos habitantes visitando la aldea de Kerhinet, admirablemente restaurada. En cada una de sus cabañas se desarrollan actividades artístico-culturales y gastronómicas, así como pedagógicas. También se brinda la posibilidad de pasear en una chalande, una barca, que manejada por los pescadores de la zona hará recordar a Venecia a más de uno. Es una manera muy romántica de poner el broche final a la ruta, a este circuito fabuloso.

Y a la hora del balance de las emociones vividas, de las sensaciones experimentadas, surge inevitablemente el recuerdo del gran escritor francés Honorato de Balzac, que reflejó especialmente en su magistral obra La Comedia Humana estas tierras y sus ciudades de principios del siglo XIX. “Bien sabemos –escribió- que la Francia del siglo XIX está dividida en dos grandes zonas, la provincia y París”. Tenía toda la razón del mundo. Hoy día, en los inicios del siglo XXI, París sigue siendo París, pero la provincia francesa es cosa bien distinta. La provincia que Balzac refleja en sus novelas es mediocre, cerrada, vulgar y monótona. Desapareció. Ahora, las provincias desafían a París y acogen a los parisinos hartos de la gran metrópoli que engulle y estresa. Aquí encuentran la paz.

El Loira Atlántico es un país de contrastes. Mejor dicho, lo fue. De contrastes sociales, se entiende. Algunos, pocos, vivían en sus maravillosos castillos y palacios y otros, muchos, vivían en cuevas. El paso del tiempo y la Revolución con guillotina incluida hicieron que las cosas cambiaran. Ahora, los dueños de los castillos y palacios, para poder sostenerlos, los muestran y hasta los ofrecen como alojamiento. Signo de los tiempos. Con las cuevas, que en esta región llaman “trogloditas”, ha sucedido algo diferente. Son las clases burguesas, medias y altas, ejecutivos, intelectuales,

artistas en general los que han puesto de moda rehabilitarlas, hacerlas confortables y vivir en ellas... los fines de semana.

En el Loira Atlántico resulta normal que un marqués nos reciba en mangas de camisa, nos salude en castellano y se ponga a hablar de vinos españoles. Nos ocurrió en el castillo de Brissac, en el Val de Loira, muy cerca de Saumur. Vive en el castillo todo el año con su esposa y tres hijos en edad escolar. El castillo de Brissac es una espléndida construcción medieval del siglo XV al que le quedan dos torres de aquella época. En la actualidad pertenece al decimotercero duque de Brissac. Su hijo mayor Charles André, marqués de Brissac, fue quien nos guió en la visita por los espléndidos salones. Desde sus ventanales, la vista panorámica del parque no tiene fin. A este parque le cruza el río Aubance y suelen elevarse numerosos globos de recreo en un gran festival de mucho colorido. En uno de los salones, el marqués nos mostró fotografías de algunos de los personajes que se han alojado en su castillo: desde la actriz italiana Sofia Loren hasta el escritor Paulo Coelho, Jeremy Irons, Roger Moore el "Santo" y Gérard Dépardieu, que muy cerca tiene también su mansión.

En Champigné, en la ruta que va de la Val a Angers, se encuentra el castillo de Briottieres, que más bien es un espléndido palacio sin torres. Lo atiende personalmente François de Valbray, un enamorado de su tierra, de su casa, de su mansión, de sus vinos y de sus caballos. El castillo está rodeado de un extenso y hermoso parque cuyos límites no se vislumbran. Él atiende a los huéspedes personalmente y habita en la propia mansión junto a su esposa Heehewige y sus cuatro niños. El castillo, que dispone de diez suntuosas habitaciones, está siempre reservado durante la celebración del Gran Prix de Le Mans por un acaudalado estadounidense que se presenta invariablemente con sus amigos. A fin de cuentas, Le Mans está solamente a 70 km.

Muy cerca está también el castillo de Vaulogé, que lo regenta y dirige una dama encantadora, Marisa Radini, que habla cuatro idiomas, entre ellos el español. Como todo castillo que se precie, además de sus magníficos salones y espectaculares habitaciones para los huéspedes, dispone de dos capillas, un molino y hasta de una prisión. Eran otros tiempos. Ahora Marisa Radini vive sola con su servicio doméstico, y sus cuatro hijos la llaman desde diversos lugares del mundo. Ella nos confesaba que se siente muy feliz en su castillo, charlando con sus invitados, a los que jamás considera "clientes".

Un castillo maravilloso que no admite huéspedes pero que sí se puede visitar es el de Montreuil-Bellay, cercano a Saumur y a la bahía de Fontevraud. Desde lo alto de sus trece torres y las almenas la vista de la campiña es impresionante. Fue este castillo el último de las 32 plazas fuertes amuralladas de Anjou en la Edad Media. En su interior, espléndidos salones suntuosamente

amueblados y, sobre todo, las escaleras, 18 en total. Es famosa la llamada “escalera de honor”, construida con dos clases de piedras, amarillas y blancas. La duquesa de Longueville, que vivió exiliada en el castillo durante dos años con su pequeña corte y que, al parecer, se aburría mucho, las subía montada a caballo. Cuentan que para descender tenían que vendar los ojos al caballo.

Muy cerca de Saumur, en Rochemenier, se puede conocer la otra cara de la vida de los franceses en otros tiempos, no tan lejanos porque los últimos habitantes de las cuevas trogloditas las abandonaron a principios del siglo XX. La palabra “troglodita” no tiene gran significado en nuestro idioma castellano, como se lo hice ver a Victor Leray, responsable de este curioso “museo”. Para nosotros, los españoles, habituados a las cuevas granadinas y almerienses, el término “troglodita” nos trae invariablemente a la memoria a Los Picapietra. En las granjas “trogloditas” de Rochemenier los objetos expuestos explican la vida de esos últimos moradores. Se inauguraron el año 1967.

A lo largo del cauce del río Loira es muy frecuente observar en las rocas, socavadas por el discurrir de las aguas, casas-cavernas de las que solamente la fachada es obra del hombre. La diferencia entre estas construcciones y las cuevas “trogloditas” estriba en que las primeras se excavaban en rocas sedimentarias, provenientes de la sedimentación marina de la era Secundaria, mientras que las cuevas de Rochemenier surgen del “falun”, rocas de la era Terciaria. Todas ellas son fáciles de trabajar. Se calcula que ya en el siglo VII, en plena llanura, los campesinos excavaban hasta obtener un profundo hoyo. Después lo horadaban en horizontal para obtener las viviendas y anexos. Como la arena de la roca servía de abono para los campos, los granjeros la vendían y con su beneficio reembolsaban la compra del terreno y los gastos de la mano de obra. La vivienda así obtenida resultaba mucho más barata que las construidas en superficie. Además, protegía a los animales de la granja de los lobos, que en esta región proliferaban, y por ello hay muchos pueblos que ostentan denominaciones formadas con la palabra “lobo”, en francés loup, como Louresse, Lourre, Ambillou... Y aparte de lobos, también estaba el peligro humano en forma de guerras religiosas y persecuciones. En resumen, que los “picapiedras” franceses supieron encontrar una forma de vida lejos del mundanal ruido y de los fastos de los castillos.

Siempre fue el Loira tierra de abadías y prioratos y, por supuesto, de monjes. Algunos trabajaban la tierra, otros fabricaban elixires maravillosos y digestivos, más tarde comercializados. Pero todos rezaban, por supuesto, y todos lo hacían cantando. En todo el mundo occidental son famosos los cantos gregorianos de la abadía de Solesmes. Quizás la abadía benedictina más prestigiosa de la Cristiandad. Su origen se remonta al siglo XI y, como todos los monasterios, tuvo un origen muy modesto. Ni los ingleses, que la arrasaron, ni la Revolución Francesa, ni el moderno laicismo, han podido con este reducto del que solamente se muestra al público la iglesia, abierta diariamente

al culto. No hay en la vida cosas tan emotivas como asistir cualquier día a la misa de diez de la mañana o a las “vísperas” de las cinco de la tarde. Sentarse en los bancos de madera y escuchar durante 45 minutos el canto gregoriano en estado puro. Además, en ciertos momentos, una estudiada coreografía ayuda a experimentar una emoción que aturde: hábitos blancos y negros se entremezclan en un austero y grave ceremonial que roza lo místico. El padre Bosel, un monje estadounidense que habla estupendamente el español, pues vivió cuatro años en el Real Monasterio de El Escorial, conocía a un fraile español amigo mío y, quizás gracias a esto, nos permitió algo que está prohibido a los visitantes: fotografiar los jardines del claustro, donde los monjes meditan, pasean y se relajan. Son sesenta monjes quienes habitan la abadía.

También resulta obligadísima la visita a la abadía de Fontevraud, considerada uno de los complejos monásticos más grandes del Occidente cristiano. Lo creó el año 1101 Robert d’Arbrissel, con una particularidad: también podían ingresar mujeres y leprosos. Eso sí, cada uno con su grupo. Los Plantagenêts la eligieron como necrópolis real y hasta la llegada de la Revolución Francesa siempre estuvo regida por una abadesa. En total fueron doce. Tras la Revolución, asumida como Patrimonio Nacional, Napoleón –en 1790- la transformó en una cárcel que podía acoger hasta 1750 reclusos. Funcionó como tal hasta el 30 de septiembre de 1985, día en que se fue el último prisionero. Durante la Segunda Guerra Mundial fue prisión de numerosos miembros de la Resistencia; después, de los colaboracionistas con los alemanes. Ahora, olvidado aquello y restaurado de manera maravillosa, la abadía nos invita a explorar mil años de historia. Además de su famosa “cocina románica”, fabricada aparte por aquello de los incendios, en la abadía se encuentran las tumbas yacentes de los reyes de la dinastía de los Plantagenêts: Enrique II, Ricardo Corazón de León, Leonor de Aquitania e Isabel de Angulema. Se dice que por el claustro y los corredores se pasea “la dama blanca” cuando los turistas se van. No es otra que Leonor.

Sur de Inglaterra: el círculo mágico

En el continente -europeo, por supuesto- siempre se ha dicho que “todos los caminos conducen a Roma”. En la Isla -Gran Bretaña, por supuesto- todos los caminos salen de Londres. En el caso que voy a relatar, resulta más cómodo hacerlo desde el aeropuerto de Gatwick y a poder ser un sábado por la mañana. Todo tiene su explicación.

Y es que nuestra primera parada sabatina y si es primaveral u otoñal mucho mejor, porque en Inglaterra la primavera y el otoño son maravillosos, será Farnborough, localidad situada a cinco kilómetros de Farnham (Surrey) por la M-3. En esta localidad se encuentra la iglesia conmemorativa de San Miguel, cerca de la estación. Fue construida en 1887 por la emperatriz española Eugenia de Montijo, fallecida en 1920 en el madrileño palacio de Liria y aseguran que en el lecho de su

hermana Paca, la duquesa de Alba de entonces. Así se cumplió su deseo: reposar en una iglesia católica, junto a su marido Napoleón III y su hijo, el príncipe imperial, que murió en África del Sur, luchando contra los zulúes, con uniforme de oficial británico. Los benedictinos que cuidan la iglesia sólo la abren al público los sábados, a las quince treinta horas. De ahí mi insistencia de la jornada sabatina por estos parajes. Aseguran que nunca hay flores sobre la tumba de nuestra española. Vayan tomando nota porque fue una gran mujer, aunque eso sí, siempre envuelta en polémicas. En ninguna guía española -y he consultado las cinco más importantes- aparece referencia alguna a Farnborough. Una lástima.

Y de aquí, vayamos, en coche, claro está, hasta Chawton, localidad no muy lejana en Hampshire por la M-3 y un desvío. Aquí está la casa de otra gran mujer, pero muy distinta en todo: Jane Austen. En la casa-museo que se muestra a los turistas vivió durante ocho años y escribió tres de sus novelas, aunque también revisó casi todas las restantes. Durante años se ha vivido en Europa la “austenmanía”, provocada por la gran acogida que tuvieron las películas y series televisivas basadas en sus más famosas novelas como Orgullo y prejuicio, Persuasión, Juicio y sentimiento, Emma...

Visitando con calma las numerosas habitaciones de la mansión, celosamente vigiladas y con la prohibición de obtener fotografías, el visitante cree haber retrocedido doscientos años en el curso de la pequeña historia de las cosas, de los seres humanos... ¡Pobre Jane Austen! ¡Cuánto debió sufrir en esta mansión calladamente! ¡Y qué dulce fue su venganza reflejando en sus obras la mezquina realidad de la sociedad que le circundaba y que le tocó vivir! Nació muy cerca de Chawton, en Steventon, el 16 de diciembre de 1775. Hija del párroco de la localidad -un pastor anglicano-, Jane pasó casi toda su vida encerrada en el hogar familiar. Le gustaba escribir, pero temía contrariar a su padre, que murió dejando a una viuda con cinco hijos, de los cuales tres eran féminas. Y en aquella época una mujer esmeradamente educada pero carente de dote, era difícil que encontrara un marido conveniente. Jane era la más pequeña. Al morir la mujer de su hermano mayor -oficial de la Marina británica- se vio ante el compromiso de educar y cuidar a los once sobrinos que su cuñada había parido. Jane y su hermana Casandra se las vieron y desearon para educar a tanta chiquillería huérfana de madre. Y con todo, Jane tuvo tiempo de escribir novelas, aunque tenía buen cuidado de que los visitantes y los criados no se enteraran de sus aficiones literarias.

Orgullo y prejuicio fue su primera obra digna de mención, aunque no lo entendió así un editor, que la rechazó. Tentada estuvo Jane de abandonar para siempre la pluma, a raíz de su segundo fracaso con su siguiente novela La abadía de Northanger, obra que no saldría a la luz pública hasta un año después de su muerte, al igual que Persuasión.

Enferma de tuberculosis, tratando de buscar remedio a su mal, fue a Winchester, donde residía un notorio médico de su época. Jane Austen murió en esa preciosa ciudad el 18 de julio de 1817. Tuvieron que transcurrir más de 80 años para que los críticos literarios y biógrafos repararan en su persona. Ella que creía en el amor, murió soltera. Pocas de sus obras alcanzaron en vida una segunda edición y otras ni tan siquiera llegó a verlas publicadas.

De Chawton a Brighton el camino, por carreteras secundarias, es pura delicia. Brighton, en la actualidad, ya no es lo que era. Diríamos que hay demasiado personal, demasiados escolares, jubilados y los fines de semana, los londinenses, en tren o en coche por la autopista, inundan la playa de guijarros.

Brighton es famosa por los dos pier, esos largos pontones de madera que se adentran en el mar, uno ya desaparecido y el otro en trance. Pero sigue resistiendo los vientos, mareas y grandes oleajes y aloja el Palace Pier, un parque de atracciones, vetusto y demodé. La primera novela del gran escritor inglés Graham Greene, en la versión española, lleva por título Brighton, parque de atracciones precisamente y aludiendo al Pier, pero en su original inglés se titula Brighton Rock, aludiendo a las “rocas” de Brighton, que no son lo que a primera vista la palabra sugiere, sino unos grandes chupetes de caramelo, una especie de “chupa-chups” gigantes, capaces de destruir los dientes de cualquier niño o adulto.

Brightelstone no era nada, simplemente un pueblo de pescadores hasta que a comienzos del siglo XVIII se empieza a poner de moda gracias a un médico, Richard Russell, que proclama las excelencias de los baños de mar y las propiedades curativas del agua salada. En 1783 el mismísimo Príncipe de Gales se apunta a esta moda y acude a Brighton, que ya se había dejado de llamar Brightelstone. Hasta su muerte acudió anualmente a la cita salada. Algo parecido le ocurrió a San Sebastián, con la Reina Isabel II y la moda de los baños, que tenían que ser impares, pero jamás se supo porqué. Isabel II tomó baños de mar para curarse de una enfermedad de la piel. Al parecer, los baños no causaron efecto.

El futuro rey Jorge IV hizo construir para su descanso y sus juergas estivales un curioso edificio, denominado “Royal Pavilion”. Este Pabellón Real, algo así como la Casita del Príncipe veraniega, es un impresionante edificio de estilo oriental, todo de estuco y piedra. Algunos definen el estilo como “gótico hindú” y no deja de ser una excentricidad, rayando en lo kitch. Es visitable y casi obligado verlo. Para Brighton todo cambió cuando el ferrocarril inauguró la línea Londres-Brighton en 1840. Todo Londres se volcó y la gente adinerada y aristocrática comenzó a emigrar a la Costa Azul y a Dauville y Trouville, en la Normandía francesa.

Visto el Pier Palace y el Pabellón Real, hay otras dos cosas esenciales que hacer en Brighton: visitar “The Lanes”, un abigarrado conjunto de callejuelas, repletas de tiendas de moda, de antigüedades, de pubs y restaurantes. No tiene pérdida porque todo ello gravita en torno a Brighton Square. En el número 20 de esa plaza, el “Stenos Coffee House” sigue siendo una cita inevitable.

Por último, un recorrido por el Paseo Marítimo es esencial, para conocer la curiosa arquitectura que jalona Brighton desde sus inicios como capital del veraneo londinense. Marcan la elegancia y gusto de una época y el tono triunfal de un siglo esplendoroso... que jamás volverá. Pero quizás el trayecto que con más atractivo justifica esta excursión de fin de semana sea lo que nos resta para el domingo, tras haber dormido en Brighton.

Madrugando, para aprovechar las primeras luces de la primavera o del otoño, pasaremos enseguida por Newhaven, que acoge los ferris que llegan desde la localidad francesa de Dieppe (ferry muy recomendable si no se quiere llegar con el coche hasta Boulogne o Calais). Hablo del coche, porque a quien le guste el senderismo ha de saber que existe un camino maravilloso que conduce hasta Eastbourne, por los acantilados que bordean el canal de la Mancha. Pero en un fin de semana con un paseo de una hora es más que suficiente. Al llegar al serpenteante río Cuckmere, es preciso detenerse y abandonar el coche en un parking, propiedad de una especie de mesón rústico, el “Golden Galbeon”, donde se pueden reponer fuerzas, después del precioso paseo que nos aguarda hasta la desembocadura del mencionado río, famoso por sus meandros. En mi juventud quedó plasmada en mi mente la imagen de este río en un fabuloso reportaje. No he cejado hasta conocerlo y devorarlo con los ojos. Cuando se llega a su desembocadura un sendero aguarda a la derecha. Se asciende un kilómetro y es suficiente. El panorama es impresionante. Enfrente están los downs (las colinas), las famosas “Siete Hermanas”, las Seven Sisters. No importa la estación climatológica, tan bello es en verano, con el sol que parece blanquear más aun los calizos acantilados, como en invierno, cuando nieve y caliza se confunden y conforman un paisaje fantasmagórico.

Recuperado el coche, la carretera nos conduce a Birling Gap., entre medias de dos de las colinas “hermanas” y desde cuyo borde se aprecia la erosión que el mar lleva a cabo implacablemente. Algunas casas están en peligro y la discusión está planteada: unos optan por asegurarlas con cemento armado u hormigón, otros por abandonarlas a su suerte. Luego, la carretera nos lleva a Beachy Head, parada obligatoria y espectacular. A 30 metros de altura, el majestuoso mar y, a la izquierda, nuestro próximo punto de llegada: Eastbourne. Es una preciosa localidad costera que también tiene su pier, pero que resulta más acogedora, más recoleta y entrañable. Aseguran que en Eastbourne pasó una temporada el gran compositor francés Claude Debussy y que finalizó aquí su composición El mar. Y también escribió esta preciosa frase: “El mar hace gala de una

corrección típicamente británica”. Seguro que no vivió una tormenta típica del Canal.

Nuestra próxima meta será Rye, pero antes atravesaremos Hastings, con su balneario y sus casas construidas en la colina. Las ruinas de Guillermo el Conquistador están, al parecer, repletas de pasadizos y subterráneos. No confundamos este Guillermo con “Guillermo Brown” del que hablaré más adelante. Luego, pasaremos por un pueblecito encantador, Winchelsea, sobre un promontorio ya que el anterior fue arrasado por una tormenta. Concebida como damero, la localidad conserva tres puertas de acceso y de las ruinas de la que fuera gran iglesia de Santo Tomás, queda un magnífico presbiterio y capillas con estatuas yacentes del siglo XIV.

Y a cuatro kilómetros, la preciosa Rye, que se divisa desde muy lejos, ya que está situada en la ladera de una colina y todas sus casas tienen techos rojos circundando a su imponente iglesia de Santa María, cuya construcción comenzó en el siglo XII. Indispensable observar en su interior el famoso reloj del siglo XVI, cuyo gran péndulo de cinco metros y medio sigue funcionando todavía. Desde la iglesia se disfruta de una preciosa panorámica que llega hasta el mar, que bañaba al pueblo y su puerto, pero que se retiró tres kilómetros nada menos. Es un pueblo delicioso, muy romántico, con sus calles y callejuelas empedradas que descienden hasta el pequeño puerto o dársena, refugio de yates y embarcaciones de recreo. Resulta difícil encontrar un lugar en los bancos públicos, ocupados siempre por parejas muy compenetradas. Muchos artistas han vivido aquí, entre ellos Henry James, según cuenta una placa en una preciosa mansión llamada “Lamb House”, con fachada georgiana. En la calle de la Sirena (Mermaid Street) destaca la “Mermaid Inn”, es decir, la “Posada de la sirena”, que tiene fama de haber sido refugio de contrabandistas. En estas costas todo el mundo hacía contrabando siglos pasados.

Desde Rye, iniciaremos el camino de regreso a Londres. Hay varias rutas, pero una de ellas, la que recomiendo, pasa por Sevenoaks, otro pueblo encantador, con un precioso parque público, muy cuidado, aunque los horarios de apertura lo hagan difícil de visitar. Y muy cerca, uno de los más populares restaurantes chinos de la región: “Sun-Do” (61, High Street). Agradable, gran cocina y nada caro. Luego es posible que pasen por Bromley. Y si así fuera, no dejen de preguntar por una pequeña mansión, “The Globe”, en la calle Oakley, cerca del pub “Two Doves”. En dicha casa vivió otra escritora, más cercana a nosotros que Jane Austen. Inventó un personajillo, “Guillermo Brown”, quizás el héroe juvenil inglés más famoso hasta la llegada al mercado librero de Harry Potter. Me refiero a la escritora Richmal Crompton, que vivió desde 1928 a 1954, y murió víctima de una dolencia que le impidió ejercer de profesora y le permitió dar rienda suelta a sus aficiones literarias¹. Y antes de abandonar Bromley, muy cerca está Chislehurst. En lo que hoy es un precioso palacete que alberga a un club privado de golf, hay una placa que dice que allí vivieron en el exilio Eugenia de Montijo, Napoleón III y su hijo. Iban todos los días a misa a

una encantadora iglesia católica. Cuando Napoleón III murió y su hijo fue masacrado a lanzazos por los zulúes, Eugenia de Montijo concibió construir una iglesia más grande para los tres: la de Farnborough, la iglesia por la que, en definitiva, hemos iniciado este círculo mágico.

Viena: tras las huellas de “El tercer hombre”

Hay muchas “Vienas”. Tras conocerla, cada uno se queda con la que más le cuadra. Está ante todo, y sobre todo, la Viena tradicional, la Viena del turista normal y corriente, de ese turista que nada más llegar quiere conocer la célebre sala dorada que alberga el Teatro Musikverein, donde la Orquesta Filarmónica de Viena ameniza con su “Concierto de Año Nuevo” la mañana de millones de telespectadores somnolientos, con los valeses de la familia Strauss y la famosa Marcha Radezky como punto final.



La famosa noria del Prater. (Foto C. Gómez-Miguel).

Hay otra Viena, la heredada de la magnificencia provocada por el Imperio austro-húngaro. Es la ciudad esplendorosa que se muestra al visitante con toda su espectacularidad en cualquier estación del año.

Otra Viena muy añorada por los vieneses es la de principios del siglo pasado, esa Viena 1900 que tan poderoso influjo ejerció en la cultura europea y americana. Es la Viena de Freud, Klimt, Mahler, Kokoschka, Schiele, Wittgenstein, Musil, Schönberg y de otros tantos genios. Esa Viena sí que desapareció por completo, aunque ahora, por fortuna, podemos disfrutar de las sinfonías de Mahler, de los cuadros de Klimt y de la visita a la Casa Museo de Freud.

La Viena invernal es una ciudad totalmente distinta a la que se ofrece al turista en verano.

Resulta más íntima, más entrañable, más auténticamente “vienesa”. Sobre todo si ha caído la nieve y la envuelve en su manto blanquecino. Resulta incomparable, por ejemplo, la visión del Museo de Historia Natural cubierto por la nevada.

La capital austriaca requiere por lo menos de cuatro jornadas para ser conocida un poco, para vivirla de emoción en emoción. Se empieza por el Barrio de los Museos y se termina escuchando una ópera en el famosísimo Teatro de la Ópera de Viena, y entre medias, la obligada e inevitable Escuela Española de Equitación.

El Barrio de los Museos alberga el Museo Mumok, dedicado al arte moderno desde el año 1945; la Kunsthalle Wien, referida primordialmente al arte contemporáneo; el Museo Leopold y el Museo de Arte Moderno. Más emociones nos aguardan en la famosa Galería Austriaca, con las pinturas de Gustav Klimt, Egon Schiele y Oskar Kokoschka.



De izquierda a derecha: Café Mozart con adornos navideños. (Foto C. Gómez-Miguel) y el estanco vienes de Herbert Halbik. (Foto Pedro Grifol).

Los melómanos tienen su Milla Musical, o paseo de la fama, como el de Hollywood, pero con estrellas de la música clásica. Se inicia con Beethoven y se termina con Mozart, en la antesala de la catedral de San Esteban. En el recorrido, una setentena de estrellas, donde no faltan los Strauss, Chopin y Mahler. Por supuesto, la catedral merece la pena ser visitada sin prisas. En esta maravilla gótica, construida entre los siglos XIII y XV, se casaron Mozart y Constanza. Algunos se animan a remontar la torre sur del templo para contemplar la espléndida panorámica que se obtiene tras culminar sus 345 escalones. Muy cerca está la denominada Casa Fígaro, cuyo título le viene por haber compuesto en ella Wolfgang Amadeus su famosísima ópera Las Bodas de Fígaro. Es la única, de las doce viviendas que utilizó Mozart en Viena, que sigue en pie. Desde

principios del año 2006 ha sido rehabilitada y convertida en museo, conocido como Mozarthaus. También es muy recomendable la visita al Museo Albertina. Por último, es de visita obligada para los melómanos la denominada “Casa de la Música de Viena”, un espectacular museo interactivo que ocupa el palacio histórico del archiduque Carlos, ubicado en la calle Seilerstätte, 20. Fue inaugurado oficialmente el 15 de julio de 2000, 190 años y seis días después del nacimiento de Otto Nicolai, compositor y fundador de la famosísima Orquesta Filarmónica de Viena y que vivió en este palacio.

La gran escritora austriaca, Ingeborg Bachman, escribió cosas maravillosas en torno a la “Ciudad de la Música”. “¿Debí ataviar una metáfora con una flor de almendro?”, se pregunta en su libro de poemas Nada de Delikatessen. Abandonó Viena en 1953, enfrentada a las autoridades que se negaban a condenar el pasado nazi de su país, y se fue a Roma, donde murió en 1959 a causa de las quemaduras sufridas en un accidente doméstico. Una de las poetas más importantes en lengua alemana es ahora el orgullo de los vieneses.



De izquierda a derecha: Alonso Ibarrola ante la mítica puerta utilizada en el rodaje de “El tercer hombre”. (Foto C. Gómez-Miguel) y cementerio central de Viena, escenario de la última secuencia de la película. (Foto C. Gómez-Miguel).

También existe la Viena de los cafés para los degustadores de esta infusión y para los amantes de los dulces, y que son de imprescindible visita. La lista de cafés y sus anécdotas podrían dar contenido a un libro, pues se calcula que existen actualmente unos 560 cafés y 250 pastelerías. Para los nostálgicos del mítico film de Carol Reed El Tercer Hombre, el Café Mozart (Plaza Albertina, 2), fundado en 1794 y totalmente renovado en los años ochenta del siglo pasado, les ofrece su bella imagen, sobre todo si su visión se lleva a cabo desde el Museo Albertina, en el nivel superior de su entrada, resguardada por una visera o marquesina que suscitó grandes controversias en los años de su reconstrucción. Curiosamente, la terraza al aire libre que muestra

el film no es la misma del café, sino otra situada en una plaza más cercana.

También los fans de El Tercer Hombre tienen ocasión de evocar el film en el famoso Hotel Sacher (Philharmonikerstrasse, 4), que acoge un precioso café, igualmente renovado y que además de los variados cafés, ofrece la mundialmente famosa tarta Sacher, así como el licor Sacher, un exquisito licor de chocolate con toque de albaricoque.

Hay muchas más Vianas. Haría falta un libro. Sin embargo, hay una Viena que a mí me subyuga, que si bien ya no existe, es la que yo siempre he amado y la que busco al llegar. Es la Viena de El Tercer Hombre.

Porque un cinéfilo ha de ser también mitómano y fetichista. Yo lo soy y no me avergüenzo de ello. Por eso cuando llego a Viena enseguida tomo el tranvía seis con el rótulo "Zentralfriedhof", que como su nombre indica conduce al Cementerio central. Si es de los míos, procure estar junto a la gran puerta de entrada a los dos y media de la tarde de un día otoñal. Tiene que ser así, porque si se ha visto hasta la saciedad, como me ocurre a mí, El Tercer Hombre, sabrá muy bien que al final de la película Holly Martins pregunta al Mayor Calloway qué hora es y, enterado de la misma, desciende del jeep que lo debía transportar al aeropuerto y decide esperar a Anna Schmidt "en la larga avenida flanqueada por árboles que conducían a la entrada principal y la parada del tranvía, chapoteando por la nieve fundida". Así lo narra Graham Greene en su inicial relato que serviría de guión posteriormente. Lo que cuenta después, por fortuna, no llegó a rodarse. Mejor dicho, se rodó, pero de otra manera muy distinta, tal como sugirió Carol Reed.



Diversas secciones del museo de "El tercer hombre". En el interior de la garita de cristal la cítara de Anton Caras. (Foto C. Gómez-Miguel).

Greene lo cuenta así: “Reed pensaba que mi final

–que era indeterminado, sin que se hablara una palabra- podría resultarle al público, que acababa de ver la muerte y el entierro de Harry, desagradablemente cínico. Me convenció sólo a medias; temía que poca gente iba a aguantar en sus butacas el largo paseo de la muchacha desde la tumba y que el resto de los espectadores abandonarían el cine pensando que ese final era tan convencional como el mío. Yo no sabía hasta dónde era capaz de llegar la maestría de Reed y, por entonces, ninguno de nosotros preveía el descubrimiento que hizo de Anton Karas, el tañedor de cítara”.

Y es que realmente en el relato de Greene el final queda un tanto ambiguo porque Martins, tras arrojar al suelo el último cigarrillo, se sitúa al lado de Anna: “la alcanzó y caminaron juntos. No creo que le dijera una palabra: fue como el final de una historia, salvo que antes de que giraran y se perdieran de vista la mano de ella cogió el brazo de él...”. Seguramente Greene ignoraba que en la vida los amores imposibles son los más bellos amores.

Con todo este bagaje literario y cinematográfico resulta comprensible que ahora me sitúe más o menos en el lugar de Holly Martins. Pero no para aguardar el paso de Anna camino de la salida del cementerio. Más bien, para verla entrar y muerta en un féretro. Porque Anna para mí y para todos siempre será Alida Valli. Y Alida Valli murió. Con su muerte, acaecida el 22 de abril de 2006, a los 84 años en Roma, desaparecía la última figura del gran reparto de la película. Sería impresionante un panteón en el cementerio vienés con el septeto fundamental: Carol Reed (fallecido el 25 de abril, a los 69 años en Londres), Graham Greene (fallecido el 3 de abril de 1991, a los 86 años en Vevey), Trevor Howard (el 7 de enero de 1988, a los 75 años en Londres), Orson Welles (el 10 de octubre de 1985, a los 70 años en Los Angeles), Joseph Cotten (el 6 de febrero de 1994, a los 88 años en Los Ángeles), Anton Karas (el 9 de enero de 1985, a los 78 años en Viena) y Alida Valli. Pero dejemos en paz a los muertos que reposan en los países que les vieron nacer, excepto uno, Orson Welles que por expresa voluntad suya, sus cenizas reposan en Ronda en un pozo florido y cuidado dentro de la finca donde nació el diestro Antonio Ordóñez. Por lo que respecta a Alida Valli había nacido en Pula, una ciudad que era italiana cuando vino al mundo, aunque ahora pertenezca a Croacia. Pero Alida ha sido enterrada en suelo italiano.

El año 2006 en Viena se conmemoró el centenario del nacimiento de Anton Karas. Todo el mundo está de acuerdo en que la película no hubiera obtenido tan clamoroso éxito de no haber sido por la banda sonora del citado músico austriaco. Este modesto artista que desde los doce años tocaba su cítara en los típicos cafés vieneses, tuvo la gran fortuna de que en una tarde de 1948 aparecieran Carol Reed y Graham Greene por el café de Martinkowitz. Llevaban semanas buscando por

distintos establecimientos de la capital austriaca melodías apropiadas para ilustrar su film. La suerte estaba echada, Karas se hizo famoso, pero no rico, a pesar de haber vendido tres millones de discos en aquellos años. Abrió su propio café cerca de Viena, llamado apropiadamente “Zum Dritten Mann”, bajo la advocación de El Tercer Hombre, en las afueras del pueblo de Sievering y afrontaba noche tras noche a los turistas que llegaban en autobuses organizados para escucharle. Un día ya no pudo seguir tocando la cítara porque la artritis hizo mella en sus prodigiosas manos. Y la cítara se calló.

En el film no se pueden concebir los diálogos de Alida Valli y Joseph Cotten sin el fondo nostálgico, triste y melancólico de la cítara de Karas. Ni tampoco los momentos culminantes.

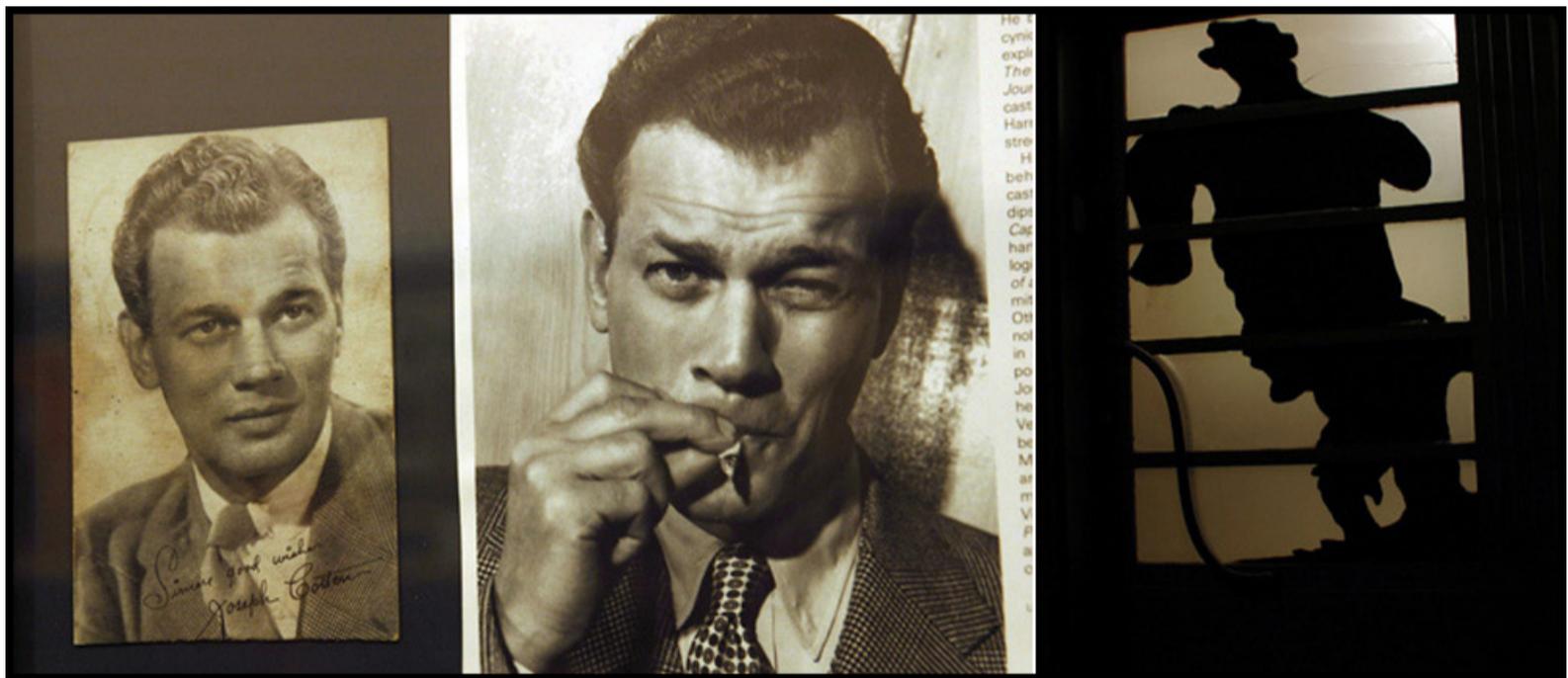
Los cinéfilos estamos de enhorabuena porque también Viena ha unido a su larguísima relación de lugares de interés turístico, uno muy original: el Museo de “El Tercer Hombre”. Todos los sábados por la tarde un pequeño museo privado de Viena invita a sumergirse en el mundo del film. Se exponen carteles históricos, fotografías originales de la película, programas de cine y alrededor de 300 grabaciones de imagen y sonido, en diferentes formatos que alcanzan desde Schellack al DVD. Localizado cerca del pintoresco mercado Naschmarkt, el Museo ofrece una visión de cómo era la vida cotidiana de Viena tras los bombardeos que masacraron esta bellísima ciudad. Por supuesto que mientras el visitante se pasea por el mismo, se escucha la música de Karas registrada en una cinta de Schellack que suena desde las profundidades de una histórica caja de música. El museo muestra entre otras curiosidades la cítara original que Anton Karas usó en Londres para componer y grabar la música de la película. Otro de los platos fuertes es la colección de versiones del tema Harry Lime. Se pueden escuchar más de 350. De todos modos, el cinéfilo puede actuar por su cuenta en Viena y no apuntarse a ningún circuito organizado.



El autor con la guía vienesa Susan en la mansión de la Josefsplatz, donde “vivía” en la segunda planta Harry Lime. (Foto

C. Gómez-Miguel).

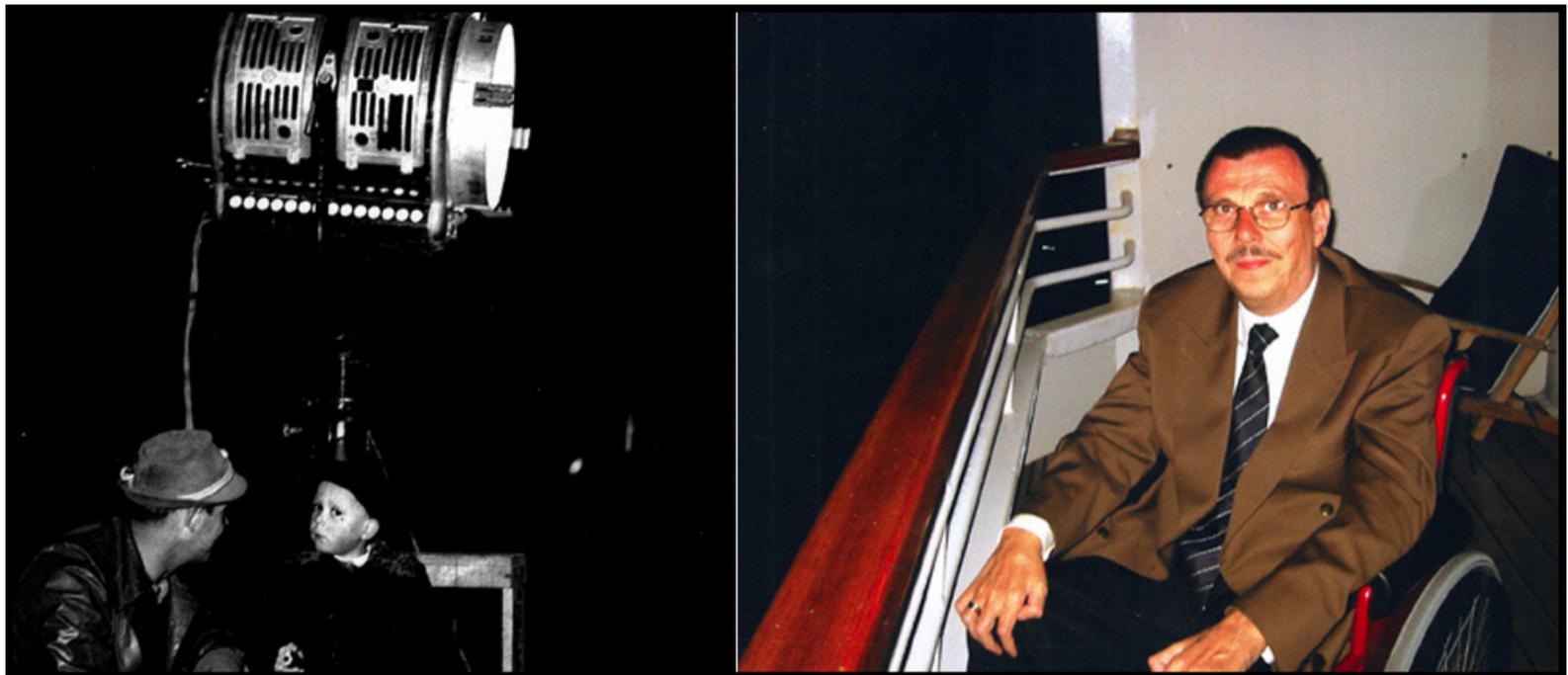
Recuerdo con mucho cariño y emoción el circuito que llevé a cabo en enero de 1992, con una guía profesional, Friederike Mayr, una señora vienesa ya entrada en años. Me citó en la estación de metro de Karlsplatz. Se dedicaba una vez a la semana a mostrar la Viena de El Tercer Hombre. Afortunadamente, además del alemán, hablaba el inglés. Por teléfono me indicó su tarifa y dado que no era el día fijado para las visitas accedió a mostrarme esa Viena tan particular y tan querida para mí siempre que asumiera el coste de un grupo de diez componentes. Invité a varios colegas míos a la visita y aceptada la invitación nos personamos en la mencionada estación de metro blandiendo varias linternas. Resultó un itinerario inolvidable. Empezamos, como en la película, por el Cementerio Central, después fuimos al café Mozart, que en aquella época estaba cerrado y en venta. Querían comprarlo los japoneses, pero los vieneses habían puesto el grito en el cielo.



El actor Joseph Cotten figura en el museo con fotos del rodaje. (Foto archivo del museo).

Nos trasladamos a la noria del Prater y como mandan los cánones nos subimos a las vagonetas. Arriba del todo, recordábamos la conversación de Orson Welles y Joseph Cotten con “los puntos negros o manchas” y el cinismo de Harry Lime respecto a su valor económico. ¡Y cómo no! La famosa frase de la paz suiza, de la violencia renacentista italiana, tan creativa a fin de cuentas y del reloj de cuco. Ya se ha repetido hasta la saciedad que la famosa frase se la inventó Orson Welles sobre la marcha y que se equivocó rotundamente: los suizos no fabrican relojes de cuco, sino que son los alemanes del sur. Después de la noria el momento más emocionante llegó con el descenso y las visitas de las cloacas, sobre todo de la gran cloaca central que confluye en el Gran Canal del Danubio. Siguen paseando las ratas tranquilamente, pero la guía no supo darnos razón de si eran descendientes de las que intervinieron en el rodaje. Otra de las grandes emociones la viví en la calle Schreyvogelgasse número 8. En esa maravillosa casa y en ese número hay

un portal y en el dintel de ese portal aparecían en el film los pies de un desconocido y un gato. Enfrente una ventana que se abría y cuya luz mostraba al mismísimo Harry Lime. Pocas veces habrá dado el cine la oportunidad a un actor de crear tal expectación como la creada por Orson Welles en esa inolvidable aparición. Proseguimos nuestro itinerario por la Josefsplatz y tantos y tantos lugares que evocan el film. Sin olvidar la casa donde supuestamente vivía Harry Lime, ante cuya puerta Holly Martins es denunciado por un niño. Y la plaza en la que Harry Lime desaparece como por arte de magia hasta que descubren que los adornos inmobiliarios ocultan escaleras que conducen a la red de alcantarillas y cloacas. Todavía existen en Viena algunos de estos artilugios o por los menos existían cuando yo la visité por última vez. .



De izquierda a derecha: El niño Herbert Halbik, Hansen en la ficción, durante el rodaje en Viena de la película El tercer hombre en el año 1948 y Herbert en la actualidad en su casa de Viena en su permanente silla de ruedas.

Y para terminar el apasionante recorrido nada mejor que la cafetería del Hotel Sacher para degustar la famosa tarta. Recuerdo que la guía y el que esto suscribe nos vimos inmersos en un desafío memorístico en torno a los protagonistas del film. La guía empezaba a sentirse visiblemente molesta ante el hecho de que no pudiera avasallarme con sus conocimientos y mis amigos daban evidentes signos de cansancio y aburrimiento. En un momento crítico la guía me espetó: “Y, ¿sabe usted cómo se llamaba el niño?” Rápidamente le respondí: “Hansel en la película y Herbert Halbik en la realidad”. No se dio por vencida y volvió a la carga preguntándome: “¿Sabe si vive?”. Me sentí derrotado, no lo sabía. Entonces con aire triunfal me aclaró: “Herbert afortunadamente vive. Y digo esto porque años más tarde bañándose en las aguas del canal, se arrojó al agua, dio con una roca al zambullirse, con tan mala fortuna que se lesionó la columna y quedó para siempre sentado en una silla de ruedas. Se casó y el Ayuntamiento le concedió un estanco o algo parecido”. Dicho esto con mirada triunfal, el silencio lo rompió uno de mis amigos con este grito: “¡Al estanco no!”

Años más tarde, el mes de diciembre de 2006, volví de nuevo a Viena, y a recorrer en parte la ruta de “El tercer hombre”. En el Museo ya figura una aportación española, la única: la portada original de un disco de vinilo de larga duración que recoge la música de El tercer hombre con Anton Karas. Su dueño era yo. El director del Museo, Gerhard Strassgschwandtner, agradecido y ante mi insistencia, me proporcionó la dirección “secreta” del estanco que regenta Herbert Halbik, el que fuera “Hansel”, el niño acusador de la película. “Pero, por favor, no intente localizarlo, él no quiere saber nada de periodistas”, me dijo. Durante varios años insistí y, por fin, el mes de abril de 2011, me envió una fotografía reciente y las respuestas a un breve cuestionario. De esta manera supe que para él “es agradable no ser olvidado por completo, pero que algunos periodistas no saben respetar ciertas reglas y que es muy importante la privacidad”. También añadía que es muy consciente de “ser el último eslabón vivo de un film mítico y que es muy agradable haber interpretado un papel, aunque corto, en la película, un documento de aquel tiempo, que para los vieneses es reflejo de una época humillante”. Finalizaba la entrevista diciendo que “no recuerda a los actores pero sí que se portaron muy bien con él”. Curiosamente, me afirmaba que nunca tuvo contacto con Anton Karas.

Alonso Ibarrola

Otras obras de Alonso Ibarrola en formato digital

Relatos 1

Relatos 2

Relatos 3

Relatos 4

Tahití y sus islas

amazon.es



Reader Store **nook**[™]  tantamount
by Barnes & Noble

